

# LOS MALETINES

Juan Carlos Méndez Guédez

Nuevos Tiempos Siruela



Juan Carlos Méndez Guédez

**Los maletines**

**S**iruela  
Nuevos Tiempos

## Índice

Cubierta  
Portadilla  
Los maletines  
Primeros rounds  
  Primero  
  Segundo  
  Tercero  
  Manuel y el Ñato  
  Cuarto  
  Quinto  
  Sexto  
  Los sueños de Manuel  
  Séptimo  
  Octavo  
  Noveno  
  Los binoculares  
  Décimo  
  Décimo primero  
  Décimo segundo  
  Aeropuertos  
  Décimo tercero  
  Décimo cuarto  
  Décimo quinto  
  Manuel y el río  
  Décimo sexto  
  Décimo séptimo  
  Décimo octavo  
  Décimo noveno  
  Vigésimo  
  Vigésimo primero  
  Pies  
  Vigésimo segundo  
  Los zapatos de Manuel  
  Vigésimo segundo  
  Vigésimo tercero  
  Vigésimo cuarto  
  La noche  
  Vigésimo quinto  
  Vigésimo sexto  
  Vigésimo séptimo  
  Pipino Cuevas  
  Vigésimo octavo  
  Vigésimo noveno  
  Trigésimo  
  El peso del mundo  
  Trigésimo primero  
  Trigésimo segundo

Trigésimo tercero  
Mayéutica  
Trigésimo cuarto  
Trigésimo quinto  
Trigésimo sexto  
La noche de las noches  
Trigésimo séptimo  
Trigésimo octavo  
Trigésimo noveno  
En un lugar de Caracas

## Séptimo round

Primero  
Segundo  
Tercero  
Como Luis Primera  
Quinto  
Sexto  
Kowayo  
Séptimo  
Uppercut  
Octavo  
Noveno  
Décimo  
Chapatín  
Décimo primero  
Décimo segundo  
Otro  
Décimo tercero  
Décimo cuarto  
Ñato en la avenida  
Décimo quinto  
Décimo sexto

## El último round

Primero  
Las islas  
Segundo  
Alfredo Marcano  
Tercero  
Orxata

## Créditos



# Los maletines

*A Slavko Zupcic, el hermano que  
volvió en Chile con un taxi a cuestras.*

*A Carmen Ruiz Barrionuevo,  
porque había una vez Salamanca.*

*A Silda Cordoliani,  
que celebra, que sonríe la palabra y las tardes.*

*Aunque como afirmó Benoit de Sainte-Maure: «No digo que algo propio no añada», los hechos ficticios aquí relatados son reales y los hechos reales son ficticios. El autor se excusa porque quizás ha imaginado unos y otros. Cualquier semejanza con la ficción es una buscada coincidencia.*



## Primeros rounds

*Qué triste está el infierno.*

SHAKESPEARE

*¿Ves como alcanzo a seguir fielmente la línea de tu historia? Puedo contarla... puedo trasladarte al futuro o al pasado: poseo el lenguaje.*

JOSÉ BALZA

*No había nada más. Nada en absoluto: solo el terrible dolor.*

JOHN LE CARRÉ

*... se paró sobre la línea que separaba el medio del camino y empezó a agitar el pañuelo.*

OSVALDO SORIANO

## Primero

Los dos cuerpos aparecieron frente al edificio, muy juntos, como dormidos dentro de un carro color azul: labios pálidos, entreabiertos, mandíbulas rígidas. En ese instante Donizetti imaginó que las figuras de cera no serían muy diferentes. «Pero ese olor», pensó incómodo mientras se rascaba la punta de la nariz y detectaba en el aire un rastro de agua empozada.

Llamó a Verónica desde el celular. «No bajas con Amandita por la puerta principal, vayan al colegio por la salida del estacionamiento. Mataron a una mujer y a su hijo».

Miró el reloj. Un gesto mecánico. Segundos después había olvidado si era temprano, si era tarde, si le quedaba tiempo para llegar al trabajo, cobrar los viáticos, recoger el maletín en el momento preciso. Preguntó a una vecina si sabía la hora en que sonaron los disparos. La señora le facilitó innumerables detalles. Donizetti la miró de reojo y comprendió que solo balbuceaba mentiras. Para ella resultaba inaceptable que hubiese sucedido algo tan grave sin haberse enterado.

Avanzó unos metros. Estiró el cuello para ver. Donizetti jamás comprendió por qué se detuvo junto a los cuerpos; por qué cuando llegaron los periodistas él se mantuvo entre dos ancianos, como a la espera de una respuesta inútil.

Supo que ninguno de los compañeros de la agencia cubriría la noticia. Tenían instrucciones de no reseñar demasiados asesinatos y la noche anterior, cuando él se encontraba de guardia, le tocó hacer una nota sobre un triple homicidio en La Vega. Cinco desaliñados párrafos que al final no envió a los medios porque un autobús había volcado cerca de San Cristóbal y las víctimas ya eran suficiente sangre para un domingo.

Le pareció que el aire turbio de la mañana ocurría en otro lugar, en un punto lejano. Pero en ese momento, cuando apareció un fotógrafo joven y con una patada empujó al niño para mejorar la composición de la foto, Donizetti sintió un escalofrío que saltó desde su nuca hasta la espalda.

El niño quedó acurrucado junto al cuerpo de la señora. Donizetti distinguió con claridad los ocho balazos que ascendían desde su pequeño abdomen hasta el rostro, como si alguien hubiese querido dibujarle un árbol en la piel.

La claridad rodó por la avenida como una bola de fuego. El sol subió sobre los edificios. Donizetti retrocedió un par de metros para alejarse del carro. La señora estaba pálida y apergaminada, un trozo de lengua asomaba entre sus dientes y en medio de su cara brillaba el ojo rojizo de un balazo.

Incómodo, se movió hacia la izquierda porque el reflejo de la luz en las ventanas

hirió sus pupilas. Luego algo se apretó en su estómago. Volvió a mirar al niño. Le pareció distinguir con claridad su mano pequeña, una mano un poco gorda y con las uñas comidas. Ese detalle le hizo entrecerrar los párpados.

Llamó a toda prisa un taxi. Al montarse sufrió un ataque de tos, como si un insecto estuviese saltando en su garganta. «El maletín, lo que debo hacer es buscar el maletín», murmuró Donizetti y poco a poco sintió que esa rutina lo impregnaba de una densa tranquilidad, de una dulce modorra.

## Segundo

Después de fumar dos cigarrillos logró serenarse un poco. Llegó a la oficina y pasó a la zona de los cubículos. Matías y Raúl alzaron sus manos para saludarlo y continuaron discutiendo sobre apuestas de lotería. Cerca del baño tropezó con el mayor hablando en susurros por un celular pequeñísimo y mirando hacia todas partes, como si estuviese tomando notas mentales de cada movimiento de la agencia.

Cruzaron un saludo: sin énfasis, sin ninguna frase. Luego el mayor continuó susurrando. A Donizetti le pareció que lo hacía en un ruso salpicado de groserías cubanas.

Se alejó del militar. Caminó hasta su pequeño despacho. Revisó dos o tres gavetas de su escritorio hasta que consiguió el pasaporte. Era más práctico tenerlo siempre allí. Ya le había tocado en ocasiones salir directamente desde el trabajo a un imprevisto viaje.

Al fondo cruzó Dayana, la jefa de la sección internacional; tacones verdes, falda ajustada. Al verla caminar, Donizetti quedó aturdido con su movimiento de caderas. Pensó en dulces colinas, en montañas, en carreteras oscilantes y llenas de curvas. Luego jugó un rato con las hojas del pasaporte. Le gustaba contemplar todos esos sellos en idiomas indescifrables. Sin especial entusiasmo miró su bandeja de correo y borró sesenta y dos mensajes que no quiso leer. Aburrido, golpeó el escritorio con sus nudillos. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar la llamada con los datos para la nueva misión? Contempló el cielo: nubes color grasa, nubes inmóviles, impenetrables. «Si Dios existiese, no se enteraría nunca de que hay un lugar llamado Caracas.»

Respiró con fuerza, como si estuviese expulsando un olor espeso dentro de su nariz. «Tampoco sé por qué pienso hoy en Dios», murmuró moviendo papeles en su escritorio para dar la impresión de laboriosidad. Desde hacía mucho tiempo el tema no le interesaba. Donizetti solo creía en Dios cuando escuchaba *La Pasión según San Mateo* de Bach o cuando se montaba en aviones.

«Y esa es la vaina», comprendió aliviado. En unas horas tomaría un Airbus 340 para cerrar la nueva misión que acababan de asignarle. En el momento del despegue y del aterrizaje incluso rezaría un padrenuestro tembloroso, rutinario; sin fe ninguna pero con intensidad. «Por si acaso», pensaba siempre.

Abrió el mensaje con las instrucciones básicas para su viaje; se trataba de lo usual: llevar un maletín sin dejar de mirarlo ni un segundo; defenderlo con su vida

si era necesario; luego esperar noticias; finalmente entregarlo a una silueta anónima, fugaz.

Se sirvió un vaso de agua y comprobó que acababa de apagar la computadora. Pasaba días sin prestarle atención. En los últimos meses, sin que él se hubiese percatado de ello, sin un memorándum o una instrucción precisa, resultaba obvio que apenas necesitaban sus trabajos escritos y precisaban más de él para realizar viajes secretos, para llevar esos maletines verdes con los que de tanto en tanto atravesaba el mundo.

Le dolió el estómago.

Pensó otra vez en los dedos pequeños del niño que había aparecido frente a su edificio. Donizetti comprendió que si la vida fuese una novela, este sería el punto donde él se dedicaría a investigar por qué una familia amanece rociada de balas. Páginas y páginas atando cabos, sorteando peligros, inventando en las palabras conexiones que serían más reales que la propia realidad, hasta cazar una huella que revelaría una conclusión inesperada, pues casi siempre los actos abrigan una respuesta y en muchos lugares la muerte tenía sentido. Pero en Caracas todo era el comienzo de un boceto; todo resultaba un trazo efímero, balbuceante.

Se masajeó el estómago.

El Blackberry de su bolsillo derecho sonó tres veces. Donizetti se fue hasta el baño y contestó en susurros.

–Aló.

–Panadería Los Próceres; avenida Los Próceres, San Bernardino, y luego a Roma –dijo una voz asmática.

Donizetti intentó memorizarlo. Le pareció una dirección demasiado sencilla, pero a los tres minutos comenzó a dudar y rompiendo una vez más todas las precauciones que le habían exigido, tomó su libreta, anotó los nombres y hasta agregó una impresión: «Creo que cerca de la librería Catalonia».

Cuando bajó en el ascensor se encontró con Gonzalejo. Se saludaron con esa impaciencia de quienes comparten tantas horas que prefieren intercambiar las palabras mínimas. Al despedirse, Donizetti cambió de idea y tomó a su colega por el brazo.

–Oye, ¿sabes de un doble asesinato esta mañana en la Francisco de Miranda?

–¿Ah?

–Parecían madre e hijo. Los cosieron a balazos.

Gonzalejo alzó los hombros. Luego se acercó al oído de Donizetti y le susurró:

–Pana, desde el viernes hasta ahora mataron a más de sesenta y tres personas. Bueno, yo conté hasta sesenta y tres y ya me cansé de contar, porque tampoco sirve de nada saberlo, pero si tú lo dices... pues serán sesenta y cinco. Y si eran familia o amigos tuyos, pues lo siento mucho, y si me necesitas tengo conocidos en la morgue que me deben favores: por mil bolívares les harían la autopsia rapidito para

que no tengas que esperar demasiados días. Mira que es un buen precio, allí por adelantar la autopsia te piden dos mil... la mitad, pana, te consigo que te cobren la mitad.

Donizetti negó con la cabeza. Quiso explicarle a Gonzalejo la situación exacta, pero prefirió seguir caminando hacia la línea de taxis. Luego pensó en su propio hijo. Demasiado tiempo sin saber nada de él.

Cuando pasó al lado de un árbol lo rozó con sus dedos, procurando librarse de la sensación que acababa de asaltarlo, una sensación pegajosa, espesa, como de aceite quemándole las manos.

## Tercero

Llevaba un par de días intentando hablar con Jaime y nunca lograba apartar dos minutos para saludarlo; para preguntarle en detalle por su colegio, por sus amigos. Al niño tampoco parecían importarle esos silencios.

Antes de llegar al encuentro que le habían pautado, Donizetti llamó a casa de Elizabeth. Odiaba hacerlo, pero ese era el precio por haber tenido un hijo con esa mujer detestable.

Sonrió al admitir que era capaz de pensar en ese apartamento como la «casa de Elizabeth». Cerró los ojos. Casi pudo mirar el árbol de mango que durante años contempló desde la ventana de la habitación donde dormía: árbol oloroso que por las noches parecía llenarse de electricidad.

Escuchó los repiques de la llamada: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Al fondo irrumpió la voz de Jesse, el novio de su ex. Donizetti colgó. Miró el reloj con gesto incrédulo, las nueve y media. Se alegró. Al menos había despertado al hijo de puta. Antes de las once nadie lo había visto quitarse el pijama ni tomar el desayuno.

Se masajeó el estómago una vez más. En el fondo le gustaba esa sensación gélida que le lamía el abdomen cada vez que iniciaba una nueva misión. Miró el reloj. Sospechó que llegaba con diez minutos de adelanto (¿o eran de retraso?). La calle se iluminó: el sol parecía una quemadura de cigarrillo sobre el cielo. Se detuvo a coger aire. Pensó una vez más en los dos cuerpos frente a su edificio y resopló contrariado. Para sobrevivir en Caracas era necesario olvidar en diez minutos los diez minutos anteriores.

Escupió en el suelo y le pareció que uno de sus ojos se reflejaba dentro de la mancha de saliva que había quedado en la acera. Un ojo rasgado que se fue transformando en un erizo tembloroso. Apuró el paso. Miró la plaza de enfrente. Creyó recordar que, muchos años atrás, había vivido allí un sábado entrañable volando un avión plateado mientras sus padres lo observaban sonrientes. Luego pensó que probablemente era un recuerdo inexacto. Sus padres se odiaban. Para ser más precisos: su madre detestó siempre a su padre. Y él tampoco tuvo jamás un avión plateado.

Donizetti dio vueltas alrededor de la panadería donde debía aparecer en unos minutos y así comprobó que nadie lo venía siguiendo. Prefería llegar a los sitios en taxi, no caminar distraídamente por ninguna calle, pero cada vez le daban menos dinero para sus desplazamientos. Tendría que hablar con Gonzalejo. Si querían discreción, si exigían seguridad, no podían tenerlo dando vueltas con un par de billetes en el bolsillo.

Entró a la panadería y se sentó en la terraza. Pidió dos cachitos de jamón, un Ricomalt y encendió un cigarrillo. Esperó un rato; casi nunca aparecía la misma persona, pero aunque cambiase el color de la piel o la estatura, él solía reconocerlos con anticipación; compartían miradas de azogue, cierta manera de sacar el pecho como gallos de pelea y un modo de caminar como si estuviesen clavando los talones sobre el piso.

Sonó un Blackberry en los bolsillos de su saco. Estuvo un rato dudando si era el personal, el de la agencia o el de las misiones especiales. Sacó los tres y los colocó sobre la mesa; comprobó que no recordaba muy bien cuál era cuál y tomó el que vibraba en ese preciso instante.

Escuchó la voz de su esposa comentándole que cuando pudiera llevase medio kilo de queso. Sonrió agradecido por lo incongruente del mensaje. Era muy sencillo pasar del temor a la indiferencia. Le murmuró que estaba ocupado. Preguntó si debía ser queso blanco o amarillo y ella respondió que cualquiera, el que hubiese, cariño, pero en el improbable caso de que encontrase de ambos, pues mejor amarillo que era más rico para las arepitas, corazón.

Donizetti pensó que buscaría en Italia un kilo de queso y lo traería como regalo. Debería averiguar primero sobre sabores y sobre la calidad de los productos para no equivocarse y comprar cualquier baratija. *Vorrei un formaggio molto buono, signore.*

Recordó que nunca debía comentar con nadie a dónde viajaba. Por eso, de sus misiones retornaba silencioso, exhausto y con dos juguetes a los que les arrancaba las etiquetas que pudiesen indicar su origen. Nunca dejaba de sorprenderle el entusiasmo con que su hijastra Amanda recibía su obsequio, la euforia con la que se abalanzaba sobre él y lo abrazaba, mientras al día siguiente cuando se encontraba con Jaime debía conformarse con un gesto flácido.

Tamborileó los dedos con impaciencia. Al regresar se propuso hablar con Jaime, decirle algo. ¿Pero qué? ¿Qué podía hablar con un niño de ocho años que estaba siendo criado por una madre irascible y un vago como Jesse que dormía siestas de cuatro horas?

Miró hacia la calle. El sol se afincaba sobre los árboles. Intentó buscar la librería Catalonia. Giró el rostro. Un inmenso muro blanco se levantaba a lo lejos. ¿No era allí donde estuvo siempre? Confuso salió de la panadería. Le pareció que el lugar había cambiado. Creía recordar una glorieta, unos árboles, un taller mecánico.

Frente a él se detuvo un carro azul: un muchacho con nariz de boxeador se bajó presuroso, dio un par de pasos y mirándole fijamente le cruzó el rostro con una cachetada.

—¿Tú eres pajúo? Panadería Los Próceres, coño. A ver si te pones pilas, mongolicoide.

Donizetti se quedó congelado. Las personas que pasaban por la calle siguieron

de largo y apresuraron el paso. El tipo le arrojó el maletín en el pecho y le dijo que mirase su correo electrónico. Luego se montó en el carro y se marchó en medio de un sonido rechinante de cauchos.

Al voltear, Donizetti vio el inmenso cartel: Panadería Alba. Le ardía la mejilla, pero ahora sintió que una ola de calor cubría su rostro.

## Manuel y el Ñato

El día anterior, el pendejo celular sonó veintisiete veces.

Carajo.

Veintisiete.

Las conté.

Me angustié mucho.

Hoy no había sonado ninguna.

Volví a angustiarme. Era como si desconociese la posibilidad de un territorio intermedio. El silencio me agobiaba tanto como el exceso de ruido.

Quizás por eso me quedé un buen rato acostado sobre el suelo del baño sintiendo la humedad, contemplando los restos de pasta de dientes, las mínimas grietas de las baldosas.

Pensé que los baños eran ese lugar donde yo desconocía la angustia. En ellos ocurría siempre un paréntesis: tiempo de toallas limpias, olores a champú, agua que corre.

Sí. Me encantaba permanecer en los baños dándome largas duchas mientras fingía hablar en la radio o narraba peleas de boxeo sucedidas tiempo atrás.

Por eso me quedé tirado mucho rato en el suelo. Era un buen lugar para mí. Esa tarde no había sonado ni una vez el pendejo celular, lo cual era lógico si tomamos en cuenta que el día anterior yo me había negado a contestarlo veintisiete veces.

Pero me jodían ambas cosas.

Una.

La otra.

Y no veía salidas.

Años atrás, cuando tenía un problema pensaba con serenidad: le pido ayuda al Ñato. Eso me tranquilizaba. Con esas palabras parecía que un universo entero restablecía sus reglas, su orden, sus giros y órbitas.

El Ñato fue una especie de ángel feroz de mi adolescencia y mi juventud. Si el mundo se me venía encima, yo imaginaba que el Ñato aparecía con su revólver y con dos disparos restablecía la tranquilidad. Pero, ahora, ¿para qué podía servirme? Quizás para que apuntase con su 38 al centro de mi celular y lo hiciese saltar en pequeños trozos o para esparcir mi cerebro sobre el techo del apartamento.

No. Eso no. Me gusta mi cabeza; mi corte de pelo; mi piel impecable.

Era mejor aquel otro tiempo de la juventud. Si en el liceo un par de tipos me empujaban al pasar por la rampa, o si en la salida de la universidad me robaban el

reloj, o si el profesor de Física me reprobaba un examen, yo pensaba: suelto dos frases, el Ñato aparece y después de unos balazos todo vuelve a estar en orden.

Lo cierto es que nunca se lo pedí; tampoco puedo jurar que él me hubiese ayudado. El Ñato tenía sus propios negocios. Siempre iba armado y me saludaba cortésmente, pero jamás cruzamos demasiadas palabras. Crecimos juntos en el bloque, muchas veces tomamos juntos el autobús y cuando tuve carro lo llevé unos cuantos días cerca de la universidad.

Yo tardé en comprender quién era. Notaba que cuando caminábamos juntos la gente nos miraba con respeto y nos cedían el paso desviando la mirada. Eso me agradaba. Pero tardé en comprender la razón. Fue una mañana que pasaba por mi calle cuando después de saludarnos, descubrí que llevaba una gasa cubriéndole el mentón. Cerca de la cauchera escuché que alguien decía: «Allí va la rata esa, lástima que no la mataran anoche». Así até cabos. Como a las nueve, justo al empezar la pelea de Sugar Ray Leonard y Hagler (una pelea espectacular, una maravilla en la que Sugar terminó flotando sobre el ring, soltando una ametralladora de puños sobre el calvito), habían sonado treinta o cuarenta disparos. Me tiré al suelo con el mando a distancia. El asunto duró cinco minutos. Era extraño. En aquel tiempo los tiroteos comenzaban a la medianoche. Algo importante sucedía para que se hubiese adelantado el momento de las balaceras. Un rato después, mis padres hablaron por teléfono con los vecinos del piso once; ellos les dijeron que los camellos del otro lado de la avenida habían intentado conquistar un nuevo territorio y el dueño de este lado tuvo coraje para repelerlos.

Así conocí el poder y la suerte del Ñato. El aburrido vecino que en una ocasión me dijo que trabajaba de cajero en un supermercado resultó ser el dueño de los negocios de esta parte de la avenida.

Desde ese momento pensé que el Ñato era una opción, era la puerta de emergencia de mi propia vida, como si una parte de su poder me perteneciese solo por el hecho de haber crecido juntos.

Pero esta tarde horrible en que el celular no sonaba; esta tarde como de relojes blandos; como de aire aceitoso; como de camisas ásperas y comida cruda; esta tarde comprendí que debía regresar al trabajo y que el celular seguiría sin sonar porque ya había sonado demasiado, y esta vez el Ñato no me salvaría; esta vez ni siquiera dormir en el suelo del baño podría calmarme.

Me puse de pie. Fui hasta el cuarto de tía Felipa y apagué las velas del altar de María Lionza.

Después me lavé el rostro y al mirarme en el espejo tomé agua entre mis manos y la lancé sobre el azogue. Solté una carcajada. Desde los tiempos del liceo no hacía algo igual. En ese entonces imaginaba que si lavaba mi reflejo, el día se presentaría repleto de suerte.

De golpe sentí un zumbido seco, un ruido como el de un globo al desinflarse.

Mierda. Otro apagón. Tendría que bajar los veinte pisos por las escaleras.  
Con el rostro empapado salí al pasillo.  
Sentí el sol como un navajazo sobre mi rostro.  
El celular seguía sin sonar.

## Cuarto

Leyó el correo electrónico en el baño de la panadería. Siguió la acostumbrada rutina. Buscó en los borradores; allí estaba el mensaje, siempre incompleto y sin enviar. «Posiblemente el 13, via Reggio Emilia 10, ristorante La Breccia, y en la misma calle hotel Kent, eso el 12, y luego...» Intentó comprender las frases; poco a poco se percató de que debía alojarse en el hotel Kent y quizás al día siguiente acudir a ese restaurante. Sabía que era posible escribir con mayor claridad, pero ya se había resignado a la redacción de ese sujeto anónimo que le enviaba los correos. Al principio creía que era una clave para ocultar datos, pero en una oportunidad esa persona le envió una instrucción de urgencia: «Voy a ser sincero contigo, debes hechar otra vez una carta...», y comprendió que lo único encriptado en esos escritos era la mente de quien los preparaba.

Oyó un parpadeo. Se quedó a oscuras en el baño. Salió con prisa y por los murmullos comprendió que acaba de ocurrir un corte de electricidad. Miró su reloj. Los apagones de veinte o treinta minutos no perturbaban demasiado. La gente se fumaba un cigarrillo, conversaba un poco, mentaban la madre y contaban chistes, pero si el metro se paralizaba sería imposible moverse a ningún lado.

Llamó un taxi de línea y se subió una vez comprobado que el número coincidía con el que le habían dado por teléfono. Decidió gastar su propio dinero para pagar la carrera hasta el aeropuerto.

Debía reclamar que le estuviesen dando cantidades tan pequeñas para moverse en las misiones especiales. También debía protestar por este imbécil que le había dado una cachetada en plena calle. Segundos después sintió un frío lamiéndole la espalda. Si reclamaba por eso tendría que admitir su equivocación, y lo que ahora le permitía seguir sobreviviendo era el sobresueldo de los viajes. Elizabeth había sido implacable al arruinarlo con el divorcio.

No.

Mejor callar.

Respiró cansado. Donizetti acarició el maletín verde que acababan de entregarle. Sintió la textura pegajosa; una tosca imitación de cuero. A lo lejos, como si se tratase de una garganta llena de vidrios rotos escuchó la radio: un locutor soltaba eses alargadas como hachazos.

Escuchó con atención las noticias de sucesos; no mencionaron a las dos personas que amanecieron baleadas frente a su edificio. Miró con impaciencia su reloj. A esta hora Jaime podría estar regresando a comer. Le pidió al chofer que cambiase de ruta y acarició el maletín.

El taxi se detuvo. Donizetti le pagó con un par de billetes y le dijo que lo esperase media hora para bajar a Maiquetía.

Al pisar la calle lo inundó un olor a cebollas trituradas. En la esquina, vio a Jaime devorando un perrito caliente junto a un carrito lleno de calcomanías y fotos de muchachas en biquini.

Se saludaron con naturalidad. Donizetti giró el rostro a uno y a otro lado, no vio a Elizabeth ni a Jesse. Resopló con impaciencia.

–Hijo, no deberías comer justo antes de almorzar –susurró.

–Mamá salió y Jesse está durmiendo –se disculpó el niño dándole otro mordisco al perrito.

Donizetti se puso en la boca un cigarrillo y cuando vio la cara sonriente de su hijo comprendió que lo había encendido al revés. Tiró la colilla a la calle. Jaime lo miró con atención y después de limpiarse la salsa de tomate alzó la mano y le acarició la mejilla.

–Tienes muy rojo el cachete, papá. Se te ve como una mano marcada.

A Donizetti se le encendió el rostro. Pensó en el muchacho que le atravesó la cara en medio de la calle, y en el gesto posterior, esa manera de lanzarle el maletín como se le arroja a un sirviente. Se alegró de que su hijo no hubiese visto esa escena.

Le comentó que debía viajar esa tarde, que si deseaba algún regalo en especial. Jaime apretó la boca, miró hacia los lados. Al final murmuró que cualquier cosa estaría bien.

Subieron al apartamento. Donizetti reconoció el olor de las escaleras: esa mezcla de repollo, madera húmeda, aserrín, tomates maduros. Cuando entró a su antigua casa, encontró el salón lleno de revistas, flores de cerámica, papeles tirados por el suelo, ceniceros repletos. En la cocina los platos se elevaban como una montaña. Le pidió a Jaime que le mostrase las tareas que debía llevar en la tarde y, sorprendido, el niño abrió un cuaderno lleno de cifras. Donizetti comprobó que la camisa de Jaime tenía manchas de salsa y un botón a punto de caerse.

Fingió revisar los deberes de su hijo, pero en la entrada de la cocina contempló un envase de papas fritas desde el que asomaban dos cucarachas brillantes. Dudó si patear el pote o marcharse, pero cuando vio que su hijo comenzaba a morderse las uñas, el estómago le saltó hasta la garganta.

–Carajo, no hagas eso. No vuelvas a hacer eso. ¡No te comas las uñas, coño!

El niño abrió los ojos asustado. En el balcón un bulto pareció moverse. Jesse se levantó de la hamaca y caminó hasta el recibo arrastrando los pies con unas pantuflas de peluche.

–Ah, eres tú, Donizetti. No hables tan alto, pana, estaba teniendo un sueño bien bonito.



## Quinto

A Donizetti le habían advertido que utilizase carros viejos para desplazarse, pero el taxi con el que bajaba hacia el litoral tenía aire acondicionado, una carrocería brillante y el chofer exhibía orgulloso una primorosa corbata lila.

Un fallo involuntario, pensó mientras se limpiaba la boca con la mano para quitarse el sabor ácido que le brotaba desde la lengua.

El tráfico apenas se movía. Colocó el maletín bajo sus pies y trató de ocultarlo. Pensó enviar un mensaje con su Blackberry para advertir que existía la posibilidad de que perdiese el vuelo a Roma. Desistió. Ya con el incidente de la mañana era suficiente. No podía seguir acumulando errores. Miró el reloj. Supuso que si el atasco se disipaba en pocos minutos podría llegar al aeropuerto.

En el carro de delante varios adolescentes ruidosos sacaron los brazos por las ventanillas y destaparon cervezas al ritmo de un reguetón.

Al lado, en un ostentoso carro, Donizetti vio a una mujer que le recordó a Marjorie: ese caoba artificial en el cabello, esos pechos redondos llenando la blusa, esa boca delgada como una raya. La miró. Era demasiado huesuda; podía parecer una Marjorie comprimida en sí misma.

Una gota de sudor bajó por su frente. Los autos se movieron unos pocos metros y volvieron a quedar detenidos.

Donizetti suspiró. Por Marjorie había perdido su primer matrimonio. Entonces juró huir de su cercanía, pero lo cierto es que una semana atrás se había vuelto a acostar con ella. Desde que se casó con Verónica intentó evitar las recaídas. Resultó imposible. Entre Donizetti y Marjorie se establecía un lazo indisoluble, absolutamente sexual; exclusivamente sexual, pero que no se sostenía en la pericia erótica de ambos. Al contrario, Marjorie y Donizetti perpetraban los peores polvos sucedidos en la ciudad de Caracas desde 1567. Toda desgracia, toda torpeza, toda decepción posible había ocurrido entre ellos. Ese era el lazo que los unía.

Miró el reloj. El vuelo saldría pronto. Apretó los puños y volvió a mirar a la mujer que se le parecía a Marjorie. Cruzó una mirada curiosa y hasta intentó sonreírle, pero ella resopló con ironía.

Su amiga jamás haría un gesto así. Por otro lado, acababa de comprobar que un hombre acariciaba la oreja de la mujer, y no, Marjorie jamás aceptaría una caricia en público.

Frotó el maletín con la yema de sus dedos, como si fuese un trozo de seda. Recostó su cabeza en el asiento del taxi.

Al poco de casarse, Donizetti conoció a la verdadera Marjorie en el comedor de

la universidad. Le gustaron sus pechos juguetones temblando dentro de la camisa. Ella sugirió que le invitase a unas cervezas. Fueron a Sabana Grande. Era diciembre. El aire en Caracas se volvía un temblor tenue, miles de ventanas encendidas, música saltando desde los edificios, luces parpadeando en los balcones como luciérnagas rojas, azules, amarillas.

Donizetti y Marjorie despacharon varias rondas. Luego salieron a caminar por el bulevar. Terminaron en un hotel cercano. Se desnudaron. Donizetti pensó que Marjorie tenía unas tetas bellísimas. Estuvieron once minutos caracoleando el uno sobre el otro. Tardaron un rato en aceptar que no lograban el más mínimo placer. Él detuvo su mirada en el espejo del techo y en vez de excitarse con la visión de esos dos cuerpos sudorosos, le pareció profundamente ridículo el movimiento con que embestía a la mujer y la rigidez con que ella bamboleaba sus caderas.

Sin decir una palabra lo dejaron. Cada uno se echó a un lado de la cama. Donizetti se quedó mirando la pared un buen rato mientras la mujer se dormía. Supuso que nunca más volvería a verla.

Se equivocó. A los tres meses tropezaron a la salida de un cine. Se saludaron con educada indiferencia. Ella llevaba una camisa blanca y Donizetti pensó de nuevo que tenía unas tetas hermosas. Se saltaron las cervezas y recalaron directamente en un hotel donde por más que lo intentaron durante una hora no lograron excitarse.

Al despedirse no fingieron que volverían a llamarse por teléfono. Pero a los dos meses se encontraron en un congreso de estudiantes en Valencia. Bailaron; procuraron reírse de chistes repetidos. Una vez más terminaron en la habitación. A Donizetti y a Marjorie los enlazaba una idéntica perplejidad, una humillación compartida: cada uno pensaba que nunca había resultado un amante tan prescindible, tan torpe, como al encontrarse con el otro.

Volvieron a desnudarse y esta vez todo pareció arrancar mejor. Se mordieron; se lamieron como leones; ella le chupó una oreja; él le arañó la nalga izquierda; ella le mordió la barbilla.

Sintiéndose muy fuerte, Donizetti elevó a la chica con sus brazos para penetrarla; dio un traspie, luego otro; los brazos cedieron.

Marjorie vio la lámpara de la habitación. El techo. Un trozo de cama. La puerta entreabierto del baño y otra vez el techo. Luego creyó recordar el sonido crujiente de su espalda al estrellarse contra la alfombra.

Se marchó indignada. Estuvo quince días tomando calmantes.

Pero los encuentros fortuitos nunca dejaron de sucederse (un jueves en la Biblioteca Nacional; la entrada del cine La Previsora; la mesa del fondo en ese restaurante cubano de la Andrés Bello; la puerta de la librería Lugar Común); y alrededor de ellos se tejía siempre la repetición de varios gestos: una educada aproximación; un intercambio de sonrisas; y luego, una vez más, ese optimismo

quebradizo, esa certeza de que la abulia, la ineptitud, podían vencerse con un polvo feroz, prolongado, definitivo.

A lo largo de quince años, Marjorie y Donizetti continuaron viviendo en esa circularidad que los envolvía y los alejaba. Él continuó casado con Elizabeth; Marjorie pescó a un empresario que importaba carros de lujo para gente del gobierno.

El herido orgullo de ambos los llevó una y otra vez a la cama de hoteles con olor a desinfectante; a habitaciones repletas de espejos y armarios vacíos. Fracasaron con todas las variantes posibles: alguna vez Donizetti no tuvo erección; otras Marjorie provocó heridas en los genitales de su amigo con mordiscos excesivos; dos veces Donizetti se quedó dormido por una medicación para los dolores musculares; Marjorie padeció en cuatro ocasiones una rara alergia que le provocó asfixias. También en una oportunidad, terribles calambres en el estómago encogieron a Donizetti; y la ocasión en que Elizabeth los descubrió saliendo del hotel, Marjorie y Donizetti acababan de golpearse la cabeza, pues las patas de la cama habían estallado cuando la mujer saltó apasionadamente sobre el hombre.

Se odiaban. Cada vez que volvían a reunirse apenas cruzaban palabras, pero aparte de la necesidad de lograr un encuentro en condiciones, ambos creían que si una ciudad tan grande como Caracas los reunía con inesperada regularidad, un cierto sentido debía ocultarse tras aquella persistencia; una suerte de señal; de felicidad inminente.

Pese a eso, cuando Donizetti tuvo que separarse, le resultó complicado explicar a su esposa que no se marcharía con esa otra mujer, que no mudaría sus ropas, sus maletas y sus manías a los brazos abiertos de una chica feliz de verlo solitario, pues su amante se encontraba razonablemente casada. Marjorie no se divorciaría, no haría ningún esfuerzo por vivir con él, de hecho, nunca lo llamaría por teléfono, jamás diría de él ninguna palabra tierna o al menos amable.

Y sin embargo, Marjorie continuó siendo la persistencia, el eslabón del vivir. Pese a los muchos cambios en la existencia de Donizetti (los tiempos de guerra con Elizabeth; la muerte del padre; la luminosa aparición de Verónica; el trabajo en la agencia de noticias; las misiones en el mundo entero), el hilo conductor de sus días fue siempre el cuerpo desnudo de esa amiga suya que lo detestaba y a la que él odiaba con nitidez.

Semana y media atrás volvieron a intentarlo. Acababan de coincidir en una exposición. Se reconocieron a cincuenta metros de distancia; esquivaron a las cientos de personas que se interponían entre ellos. Marjorie habló sobre el racionamiento de agua; sobre el calor de esos días. Donizetti comentó la subida de los precios del petróleo.

Intentaron desnudarse en el mismo ascensor, asfixiados, esperanzados por la urgencia. Marjorie empujó a Donizetti contra el tablero y le arrancó la camisa. La

espalda de Donizetti tocó algunos botones; luego vino un temblor, una ondulación; al final el ascensor se detuvo entre dos pisos.

Los bomberos tardaron tres horas en aparecer y sacaron a la mujer con el rostro encarnado después de un ataque de claustrofobia.

Y el caso es que esa muchacha que ahora mismo Donizetti veía en el atasco hacia el aeropuerto podía parecerse bastante a su amiga. Al menos un poco. «¿O será que quiero imaginar un parecido? ¿Será que deseo pensar en Marjorie?»

Arrugó el rostro. Apretó con sus piernas el maletín. Recostó su cabeza en el asiento del taxi. Se frotó los párpados para quitarse el dolor que saltaba desde su cerebro como pequeños pinchazos. Contempló los lados de la carretera: los cerros de un verde fosforescente interrumpido por manchas rojizas como llagas en una espalda desnuda; millones de ranchos hacia la derecha; millones hacia la izquierda. En los ranchos más cercanos a la carretera se distinguían fotografías del comandante.

Intentó enviar un mensaje para advertir de los problemas que tenía para llegar al vuelo. Miró sus tres Blackberries. ¿Cuál era el indicado? Apretó los párpados procurando recordar con exactitud qué terminal debía utilizar en ese momento.

Oyó un rumor a lo lejos: pensó en un montón de abejas dentro de un cubo lleno de agua. Donizetti escuchó gritos. Los adolescentes del carro de adelante comenzaron a discutir con el hombre bigotudo que acariciaba a la falsa Marjorie.

Dos de los muchachos se bajaron del vehículo y patearon el carro del bigotudo. Este agachó el rostro, parecía asustado, pero cuando alzó la barbilla y abrió su puerta, salió con una pistola y lanzó un disparo al aire. Los muchachos corrieron hacia atrás, pero el resto de sus amigos se bajaron en grupo y empezaron a lanzar botellas. La falsa Marjorie gritaba. El hombre comenzó a disparar hacia los adolescentes.

Donizetti apretó el maletín. Quiso reducir su cuerpo; imaginó que se volvía un pequeño gusano y se refugiaba en las alfombrillas del carro. En algún momento pensó en Jaime; después le pareció que el aire se impregnaba con un parpadeante aroma de vainilla.

Luego recordó los pechos de Verónica.

Sintió el abrazo de Verónica.

Siguió escuchando disparos y ruido de botellas.

Pensó en el sabor de un café con leche bebido muchos años atrás junto a su papá.

Y en el rostro de Jaime.

Y otra vez en el rostro de Jaime.

Y en un balón entrando en la canasta.

Y en la piel vainilla de Verónica.

Sonaron más disparos. Oyó muchas voces. Igual que si el mundo despertase de un letargo. Alzó la barbilla. El hombre avanzaba hacia los adolescentes, que,

refugiados entre varios árboles, no cesaban de lanzarle botellazos. La mano del tipo temblaba cada vez que lanzaba un disparo. «Mamagüevos, mamagüevos; a mi mujer nadie me la mira», gritaba con el rostro enrojecido.

Los carros comenzaron a arrancar, como si la razón del atasco se hubiese disipado milagrosamente o el miedo empujase a todos los vehículos hacia delante. El taxista se alejó unos metros, y cuando ya dejó atrás al grupo que continuaba peleando, aceleró de golpe y cruzó los túneles que llevaban a Maiquetía.

«Qué suerte», pensó Donizetti acariciando el maletín y recuperando el aliento «estaré a buena hora».

## Sexto

Al llegar al aeropuerto verificó que nadie lo hubiese seguido. Con gesto indiferente miró rostro a rostro y comprobó que ninguna persona le resultaba familiar. Así le habían explicado que debía hacerlo. Se trataba de pasear la mirada y sentir que todo le resultaba novedoso. A la más mínima señal de reconocimiento o coincidencia debía sospechar y enviar un mensaje por el móvil para esperar instrucciones.

Jamás le había ocurrido nada preocupante.

Donizetti abrigaba la duda de si sería capaz de realizar ese enlace, pero finalmente confiaba en que sus ojos se hubiesen educado en estos últimos tiempos, que hubiesen ido adquiriendo una sagacidad felina para alertarlo en un momento de peligro.

Caminó hasta la ventanilla de la línea aérea. A su lado se detuvo un hombre con lentes de sol que intentaba colocarse una chaqueta oscura. Un guardia nacional se acercó a ellos y obligó al hombre a sacar la lengua. «Tengo que preguntar un día para saber qué es ese examen de la lengua. ¿Será para ver si la gente anda encocada?»

Apretó el maletín entre sus manos y pasó a la zona donde sellaban los pasaportes sin colocar su equipaje en la cinta de rayos X.

Le gustaba su vida actual. Esa sensación de burbuja que lo cubría casi todo el tiempo. Alzó los hombros para beberse el aire entero del aeropuerto. No se vio obligado a hacer cola porque, al verlo, un cabo segundo le indicó que pasase directamente.

Se colocó cerca de la puerta del avión. A su alrededor, los guardias nacionales se aproximaban cada dos minutos a los pasajeros y los interrogaban; los llevaban a un escáner que los desnudaba, los traían de vuelta para cinco minutos después volver a interrogarlos y llevarlos nuevamente al escáner.

Notó que después de un rato, los guardias caminaban directamente hacia unas muchachas jóvenes y solitarias para llevárselas con gesto divertido. Y sin embargo, cada vez que alguno de aquellos uniformados pasaba junto a él y veía su maletín, alzaba la barbilla y miraba hacia otro sitio.

Incluso cuando estaba a punto de embarcar, un guardia despistado pareció acercársele y un sargento le hizo un gesto negativo con la cabeza; algo sutil; casi imperceptible. Donizetti contempló cómo aquel uniforme verde pasaba a su lado, igual que si hubiese cobrado un repentino interés por una pareja de muchachos que

comían chocolates y que debieron responder a un montón de preguntas y mostrar sus pasaportes.

Ya en la cola, Donizetti presenció cómo revisaron una vez más a cada pasajero, palpándoles el cuerpo, hurgando en la ropa de cada uno y haciéndoles nuevas preguntas. Él siguió de largo. Buscó su asiento. Intentó localizar en su Blackberry un mapa de Roma para situar los puntos donde debía dirigirse al llegar a la ciudad.

El avión tardó un rato en despegar; cuando ya habían ubicado a los viajeros en sus asientos, volvieron a bajar a tres personas para revisarles el equipaje. Una mujer reclamó indignada y el hombre que iba a su lado le rogó que mantuviese silencio. La espera se prolongó durante otros cuarenta minutos. Donizetti comenzó a quedarse dormido. Los ojos le pesaban.

Trató de repetir de memoria las instrucciones generales que recibió cuando le encargaron las misiones con los maletines. Nada de nervios. Eres una máquina. Un robot que lleva en su mano un maletín que nunca debes soltar hasta haber recibido la señal exacta. Déjate llevar. Alguien vigila por ti. Alguien te cuida y te dice exactamente lo que debes hacer. Una vez que despegues no analices; no dudes. Solo hay una voz que te conduce: la de los mensajes que te enviamos. Nunca hagas algo diferente a lo que te dice esa voz. Solo interpreta el guion que se construye para ti y saldrás bien librado.

Se frotó el rostro. Pidió un whisky. Lo bebió en dos sorbos. Paladeó el sabor amargo que le abrasaba la lengua. Escuchó voces infantiles a su espalda discutiendo por unos juegos. Sintió un golpe en las costillas; más bien una especie de llamarada fría, como si le hubiesen clavado un pico de hielo.

Donizetti llamó a la aeromoza. Le pidió otro whisky. Las voces de los niños lo irritaban. Por momentos tenía ganas de gritar y pedir que el avión permaneciese en silencio; luego le parecía que algo se apretaba dentro de sus ojos, que una tristeza antigua lo reclamaba, algo sin nombre, sin consistencia.

Estuvo a punto de voltearse y exigir a los padres que hiciesen callar a los pequeños.

Acarició el maletín.

No preguntes. No analices. Sé apenas un cuerpo que mueve un encargo desde un punto hasta otro. Una presencia.

Poco a poco comenzó a dormirse y cuando el avión dio un par de sacudidas, rezó un padrenuestro rutinario con frases a medio acabar. Luego sintió que su cabeza era un lugar lleno de viento, un lugar leve, despejado. Soñó con Manuel y Pepe Reig, dos amigos del liceo, y se contempló con ellos en una calle de La Candelaria corriendo detrás de una moneda que se les había caído y que escapaba entre sus pies hasta desaparecer en una alcantarilla.

Al despertar le causó gracia esa imagen.

Apagaron las luces del avión y frente a él se desplegó una pantalla. Comenzó a

ver una de esas comedias de adolescentes que beben cerveza y tratan de acostarse con mujeres de cabellos oxigenados y senos grandes.

Apretó el maletín, como si desde allí brotase el calor de un cuerpo con fiebre.

Los niños colocados en los asientos posteriores se habían callado y parecían dormir.

«Roma», musitó Donizetti en voz baja, y la palabra le produjo un breve estremecimiento.

## Los sueños de Manuel

Los zapatos me aburrían, me daban temor. En ocasiones parecía que ocultaban ojos, ojos pequeños, minúsculos.

Vivía entre muros de zapatos. Una cárcel de zapatos, de aterradores zapatos que aguardaban los pies sudorosos de mujeres y hombres que al comprarlos experimentaban la ilusión de que los llevarían a un lugar desconocido, a un mejor lugar.

Imbéciles.

Sí. Estaba de mal humor esa tarde. El celular seguía sin sonar y nunca me había resultado tan desolador un triunfo.

Me encerré en el baño. Solté frases incoherentes para decirme a mí mismo que mi voz seguía siendo hermosa, que se trataba de una pausa, un paréntesis de vida, que pronto mis palabras de barítono saldrían otra vez como un susurro desde un estudio de radio.

Pero no terminaba de creérmelo, y quizás no era ausencia de fe, sino una lucidez precisa.

De todas maneras, lo que me parecía más perturbador eran las duermevelas. Cuando no aparecía nadie por la tienda entraba en una especie de estado hipnótico, de ojos abiertos que no miraban hacia afuera.

Y yo deseaba que las duermevelas me diesen claves de vida; inesperadas soluciones. Pero nada más lejano. Las imágenes que me llegaban eran repeticiones de mi entorno: pies desnudos; zapatos de colores; personas que corrían; ecos de algún tiroteo.

Solo que esa tarde fue diferente. Quedé detenido junto al depósito. Me contemplé con un peine de madera entre mis dedos. Entonces descubrí a una de las primas Llovet. Sí. Una de las muy deseadas primas Llovet de mis tiempos liceístas.

La mujer me contemplaba con los ojos abiertos, pero tenía el cuerpo lleno de gusanos. Salí corriendo y todos los gusanos del cuerpo de la Llovet se convirtieron en pequeños monstruos. Para salvarme les lancé las púas de mi peine como si fuesen flechas, pero en el aire las púas se convertían en racimos de uvas que las figuras devoraban. Así pude alejarme, hasta que vi que la Llovet también corría tras de mí y llevaba una pistola. Recordé al Ñato, mi amigo el Ñato, pero supe una vez más que no tenía sentido pedirle ayuda, entonces lancé las últimas púas de mi peine y esta vez no salieron uvas, sino un par de semillas doradas y golpearon a la Llovet en la frente. Entonces sonaron disparos. La Llovet quedó aturdida y cuando intenté huir me encontraba de nuevo en la zapatería.

Mi padre preguntó por qué me sudaba el rostro.  
Lancé un murmullo áspero.  
Miré el celular.  
Nada.  
Qué cagada de mundo.  
Mamá comentó que al panadero de la esquina acababan de secuestrarlo. Alcé los  
hombros y me puse a acomodar unas cajas.  
En el cielo me pareció que un avión atravesaba las nubes.

## Séptimo

Esperó tanto tiempo en el aeropuerto de Roma que poco a poco fue olvidando la desazón de las últimas horas en Caracas. Ciento veinte minutos escuchando ese sonido silbante del italiano y mirando a los lados: una mujer en una silla de ruedas a la que ayudaban dos personas del aeropuerto, un matrimonio que miraba con hostilidad hacia las pantallas, un hombre que se rascaba los brazos como si tuviese pulgas.

La mano derecha comenzó a sudarle. Bien cerrada, casi como si fuese a dar un puñetazo, aferrada el asa del maletín verde.

Llamó a Verónica para avisarle de que había llegado bien y de que tenía mucho trabajo por delante. Amanda se empeñó en saludarlo. Donizetti sonrió cuando la niña le contó que estaba dibujando un retrato suyo para no extrañarlo mientras estuviese fuera.

Reflexionó mucho sobre Amanda mientras esperaba el equipaje. «Qué mal hecho está el mundo», pensó. «Otro cuida a mi hijo y yo cuido a la hija de otro.» Era como si los actos de los veinte, de los treinta años fuesen solo una pantomima, un encadenamiento de errores, una especie de frustrado ensayo general. Luego la vida se ponía de cabeza (¿o tal vez se enderezaba?) y había que arrastrar antiguos retratos, vacaciones inútiles, recuerdos viscosos, adoloridos rostros, perplejidad.

Él cuidaba a la hija de otro. Y no lo hacía mal. La niña saltaba al verlo cada tarde y se le colgaba del cuello para darle besos en la barbilla. Y ya hacía tiempo que cuando se asustaba con algún programa de la tele se escondía entre sus brazos y solo se calmaba cuando él le hablaba. Así hasta que un día le dio por llamarlo papá y Donizetti le pidió a Verónica que por favor, que mejor utilizase su nombre, que se lo dijese, y ella que no, que no, «díselo tú, vamos, díselo tú, yo no puedo». Y él calló. Nunca comentó nada, se limitó a desear que ojalá Jaime nunca llamase a Jesse de ese modo. Pero después de un rato se tranquilizó al ver que si su hijo hiciese tal cosa, Jesse no se daría cuenta porque estaría durmiendo en la hamaca.

Las pantallas del aeropuerto parpadearon.

Desde la silla de ruedas, la señora le hizo una seña a Donizetti y murmuró una frase en un idioma que a él le pareció arenoso, casi intangible. Sonrió largamente, como cada vez que no comprendía algo. Uno de los empleados del aeropuerto le explicó que se habían estropeado los ordenadores. Donizetti asintió, murmuró algunas palabras y trató de alejarse unos centímetros, pero la cinta con las maletas se puso en marcha.

Ahora tocaba esperar en el hotel. A veces solo unas pocas horas, a veces días.

Había traído libros, el iPod repleto de música, un *notebook* y tres o cuatro guías de viaje. Lo de siempre. Se trataba de ignorar el aburrimiento de las habitaciones, de los paseos cortos, de las horas mirando un Blackberry que podía sonar, que podía permanecer en silencio muchas horas o dar un vibrante alarido en medio de la madrugada.

Tiró la ropa en el suelo y se colocó feliz bajo el ruido crepitante de la regadera. Disfrutó del agua. Se lanzó desnudo sobre la cama. Encendió la tele y vio un programa de concursos donde dos mujeres tetonas y con escotes de vértigo realizaban preguntas de geografía a varios señores de rostros hinchados.

Al llegar a su habitación, miró una vez más el mapa de la ciudad. Comprobó que el restaurante al que debía acercarse en un par de días se encontraba hacia la derecha del hotel. Debía evitar esa ruta. Tenía que moverse hacia el otro lado. En sus misiones anteriores había pasado en pocas oportunidades por Italia. Quizás una o dos veces a lo sumo. Recordaba alguna caminata breve y una visión fugaz del Coliseo. Tal vez podría aprovechar esta misma tarde y dar un paseo. La fecha de la entrega del maletín siempre era una incógnita. No olvidaba la ocasión en que construyó montones de planes para conocer París y en el mismo aeropuerto recibió un mensaje. Diez minutos después un hombre le ofreció la contraseña y se marchó con el encargo. Donizetti regresó esa misma tarde a Caracas y de París solo pudo contar un *quiche* de verduras que comió en el aeropuerto y una lata de *foie gras* que compró a un precio imposible.

Saludó al señor de la recepción y se informó sobre los autobuses que lo llevaban al centro. El hombre le preguntó sonriente por la relativa incongruencia de su nombre: Donizetti García. Le respondió que no, no tenía familia italiana; su padre y sus abuelos eran de Caracas, y sus bisabuelos venían de unas aldeas caficultoras en un lugar llamado Portuguesa; pero el nombre se lo había puesto su padre por una preciosa aria.

Cuando salió a la calle, Donizetti pensó en que había hecho bien dejando la historia suspendida en ese punto. Le parecía inútil contar que el compositor era Giacomo Puccini y que el aria se titulaba «E lucevan le stelle». Porque debía explicar también que su padre se había confundido, que mezcló a Donizetti con Puccini y así él heredó un nombre nacido de una búsqueda confusa de la belleza, de un error, de la equivocación de ese padre suyo que un día quedó prendado de un aria que escuchó en la radio.

Donizetti suspiró y apretó de nuevo el maletín. Tomó el autobús que le indicaron en el hotel. Se dio cuenta de que fue el único en marcar el billete. Trató de que sus ojos fijaran cada detalle, de que cada esquina y cada ventana entraran en él como una huella.

El autobús se detuvo en Piazza Venezia. Donizetti caminó un poco. Miró un amplio y pesado monumento que refulgía bajo el sol acerado: una estatua, muchas

banderas. En algún sitio leyó: «*Altare della patria*». Caminó en busca del río. Le gustaba mirar los ríos; le parecía que esas aguas retenían el reflejo de la ciudad por la que habían pasado, y que así prolongaban esas calles, esas fachadas, esos árboles, como si los estuviesen esparciendo muy lejos de sí mismos.

Atravesó el Ponte Fabricio, cruzó la isla Tiberina y al otro lado se detuvo a beber un té helado. Miró a sus espaldas: las esquinas refulgían con resplandores naranja. Al fin sintió que Roma lo recibía con un aire propio, amable. Sonrió y se rascó la barbilla. Se distrajo un segundo; solo un segundo. Detrás de un árbol apareció un hombre delgado con cara de idiota y cabellos cortos. «El maletín», pensó Donizetti, y quiso apretar el asa, pero justo en ese momento el hombre se lo arrebató con gesto felino y después de darle un pequeño empujón, saltó a la calle como una exhalación encarnada, como una línea de humo.

## Octavo

Donizetti corrió. Apenas dio un par de zancadas supo que jamás podría alcanzar a esa figura aceitosa y ágil que se escurría entre las personas y los quioscos con su maletín.

Gritó un par de veces. El corazón parecía estallarle. Bajo sus zapatos la ciudad entera pareció oscilar como un temblor. «Carajo», pensó. «Carajo, se me escapa.»

Tomó una piedra inmensa entre sus manos. Recordó sus días de jugador de baloncesto en el liceo. Apuntó a la cabeza y lanzó el peñasco. Un crujido brotó desde sus músculos. La piedra hizo un pequeño arco y golpeó en la espalda del ladrón, que dio un traspié y perdió el equilibrio.

Donizetti se lanzó sobre el hombre y le pasó el brazo por el cuello para ahorcarlo. Era delgadísimo. Tenía un olor ácido, como de limones podridos. Parecía una figura endeble, pero apenas le apretó la garganta pareció convertirse en un erizo, porque le lanzó mil codazos y lo dejó sin aire. Donizetti se encogió de dolor. Aterrado ante la posibilidad de perder el maletín, agarró por las orejas al ladrón y le propinó un mordisco en la nuca. Escuchó cómo le crujían los dientes. El hombre dio un alarido, pero con el mismo maletín lanzó un golpe que dejó mareado a Donizetti. Luego salió corriendo hacia la avenida.

Transcurrieron unos lentos, inabarcables segundos.

Y el aire pareció agrietarse.

El ladrón salió disparado hacia arriba como un cohete, dio una vuelta y al final rebotó en el asfalto. Una moto acababa de atropellarlo. A la imagen del ladrón flotando como un papel se superpuso la del maletín volando por los aires y golpeando sobre el suelo. Donizetti se lanzó como un portero y lo cubrió con sus manos. Unos metros más allá, el ladrón parecía mareado, le sangraban los oídos, pero en dos segundos se puso de pie y desapareció entre callejuelas.

El motorizado también se levantó del asfalto y soltó un montón de improperios al ver que su moto se había estropeado por el golpe. Puteaba en italiano y cojeaba. Donizetti bajó la mirada y emprendió el camino de vuelta. No deseaba que nadie le preguntase nada ni que lo citasen como testigo; que ninguna aseguradora le preguntase sus datos.

Al montarse en el autobús de vuelta, se dio cuenta de que una isla oscura manchaba su pantalón. Se había orinado. Quizás había ocurrido en el momento cuando parecía que el maletín desaparecía entre las calles del Trastevere, o cuando el ladrón voló hacia el cielo, o cuando se lanzó sobre el maletín que rodaba por el alquitrán de la calle.

Respiró feliz. Necesitaba aferrarse a ese maletín espantoso cuyo modelo se repetía en cada ciudad, en cada vuelo de avión. ¿Qué habría hecho si finalmente se lo hubiesen robado? ¿Cómo habría podido avisar que la misión había fracasado en manos de un carterista?

Se imaginó escribiendo el mensaje, se imaginó recibiendo una andanada de insultos y recriminaciones; pero sobre todo se estremeció al pensar que no recibía el pago por los traslados de los maletines. En un par de meses lo echarían de su casa; un par de meses después echarían a Jaime, a su ex y a Jesse del otro apartamento. Dos familias en la calle por esos tres segundos en los que quiso beber té helado.

Le ardió el estómago.

Respiró hondo. Lo importante es que ahora se había salvado.

Hundió sus uñas en el maletín.

Durante un par de horas le tembló todo el cuerpo. Dudó si avisar a Caracas o si pasar por el hotel para quitarse el hedor cítrico y putrefacto que le quemaba las manos. Estuvo un rato sopesando la posibilidad de que el robo no hubiese sido una casualidad y de que todo respondiese a un plan ejecutado por un invisible enemigo, pero miró en internet y comprobó que la zona donde habían intentado quitarle el maletín era una de las más bellas de la ciudad y una de las más succulentas para las bandas de carteristas.

Caminó un buen rato buscando que la fatiga lo serenase. Solo había sido un error mínimo. Un parpadeo. Una mínima distracción. Y todo probablemente por la conmoción de haber visto a ese niño y a esa mujer tiroteados frente a su casa.

Al llegar a la Piazza Alessandria tropezó con una *trattoria* pequeña. Pensó que el aire de la noche, el olor a levadura y una cerveza helada podrían borrarle el disgusto.

Observó las otras mesas: personas conversando, personas ensimismadas con los ojos perdidos en algún libro o en alguna tableta, rostros blandos, borrosos. Los miró una y otra vez. La indiferencia de todos le produjo una sensación parecida al miedo.

Si ahora mismo le diese un ataque, si alguien le disparase en medio de los ojos, esa gente se levantaría con prisa para alejarse y volverían a sus casas. Irían a toda velocidad para que la brisa de la noche les borrara la imagen de ese cuerpo que había retumbado sobre el suelo como un tambor.

Le dolió el estómago. Morir era un espanto; pero morir lejos le pareció peor. Ningún nombre. Un trozo de carne sin nombre.

Nada le habría gustado más en ese instante que permanecer acostado en su casa escuchando alguna pieza de Bach; algo que lo convirtiese en la pureza, en la

irrealidad de un sonido: el *Concierto para dos violines en re menor*, por ejemplo, y que a su lado se escuchasen las voces de Verónica y Amanda.

La cerveza que le trajeron circuló por su sangre con rapidez. Se la bebió casi de un trago. Lo despejó como si alguien hubiese pasado un trapo húmedo por una ventana llena de polvo. Pidió otra. Sin saber por qué, pensó en lo mucho que se parecían el miedo y el amor. En algún sitio había leído que el enamorado vivía la oscura alucinación de que el mundo se llenaba de signos susurrados directamente para él, signos que lo nombraban y le ofrecían señales de placer o de advertencia. Con el miedo sucedía igual: cada detalle entrevisto parecía repetirlo, reseñarlo. El miedo se multiplicaba y el más mínimo sonido: un perro que ladra, una ventana que se cierra, el crujido de un papel, parecía otra nueva señal de amenaza.

Cuando pidió la tercera cerveza sintió cómo esa sensación se iba disipando lentamente. El rostro pareció relajarse en una pesadez espumosa. Decidió no beber ni una gota más de alcohol.

Apresó el maletín entre sus muslos.

Le sirvieron un *carpaccio* y una *pizza* cuatro quesos. El *carpaccio* no le gustó. Le pareció grueso y desabrido; la *pizza* le resultó espectacular, crujiente. Regresó al hotel sintiendo que su cuerpo flotaba sobre la ciudad. Comenzó a parecerle que el susto de la tarde le había ocurrido a otro. Incluso decidió leer esa situación como una prueba superada, un reto que había logrado solventar gracias a su veloz respuesta.

En el bolsillo de sus pantalones notó la llegada de un mensaje. Utilizando tan solo su mano izquierda pudo leer: «Cambios; de Roma cuando amanezca baja con maletín a Cosenza; espera instrucciones. Nuevas».

Regresó de inmediato al hotel. Se mantuvo despierto para no perder el primer tren que bajase al sur. Vio la tele. Mujeres con escotes vertiginosos se sucedieron en programas de cocina, de noticias, de deportes, de concursos. Recordó a unas primas que estudiaban en su liceo y que él y sus amigos miraban siempre con ojos hambrientos y resignados.

«¿Qué habría sido de Manuelito? No supe más de él desde que lo tropecé unos minutos cuando la muerte de mi padre.» Buscó en su computador. Con ese nombre tan común, Google y Facebook recogían miles de personas. Ninguno era su amigo.

Desde hace un par de años pensaba mucho en Manuel y en Reig.

¿Manuel se habría dedicado a la radio, como había dicho siempre, o se habría metido de lleno en el espiritismo?

Miró el maletín con ojos agradecidos. Lo colocó de almohada. Contó cada minuto que faltaba para el amanecer.

## Noveno

En la estación de Termini se detuvo un rato a comprobar los horarios de salida. Estuvo a punto de equivocarse: debía ir a Paola y hasta dos veces pidió un billete para Padova. Solo en el último momento se atrevió a preguntar al malencarado vendedor si Padova quedaba cerca de Cosenza. El hombre gruñó que se encontraba a cientos de kilómetros. Luego le arrojó un mapa de rutas, un papel brillante repleto de flechas y nombres minúsculos en el que Donizetti pudo aclarar la confusión.

Entró en el vagón que le correspondía. Saludó a dos señores de rasgos afilados y a una momia que leía un libro de Isabel Allende, una momia que podía ser hombre o mujer, porque su rostro de escayola tenía una suavidad de rasgos que en pocos segundos se endurecía y se hacía punzante.

Colocó el maletín detrás de sus pantorrillas. Con sutileza dejó caer una mano para sujetarlo con firmeza sin que nadie pudiese notarlo. Se trataba de situarse en un territorio intermedio: parecer relajado y al mismo tiempo permanecer vigilante, como un gato que intuye un ataque.

Miró a la momia que leía. El título del libro estaba en español. Otra razón para soportar en silencio todas las horas del viaje y ahorrarse preguntas y comentarios insulsos sobre el clima.

El tren arrancó. Donizetti pensó que habría sido estupendo contarle a su padre todos esos viajes que estaba realizando en los últimos dos años. Seguro que él habría podido guardarle el secreto; con él habría podido sentarse a comentar momentos especiales, mirar fotos y fijar detalles. Quizás hablando de ciudades, personas, olores y matices de las paredes, habría podido borrar ese aire asustado de su padre cada vez que pensaba en su esposa; esa expresión desolada de aquellos años en los que la veía alejarse, diluirse, permanecer con ellos sin estar.

Al pensar en ello, Donizetti estuvo a punto de entristecerse, pero en ese momento descubrió que la momia que leía llevaba un par de ajustadas sandalias y en una de ellas asomaba una uña de color metálico, casi verde. Quizás era un hombre, porque una mujer no mostraría uñas tan asquerosas. ¿O sí?

El aire acondicionado del tren se detuvo. Eso le despertó una impresión de inmovilidad que se disipó al girar el rostro. Por la ventanilla se deslizaban pueblos de playa, casas blancas, aguas vibrantes de azul, rocas inmensas.

Al llegar a Nápoles subieron al tren un montón de hombres de rostros brillantes que abrían con brusquedad las puertas de los vagones y vendían películas piratas, llaveros, imágenes de san Jenaro y vídeos pornos. Donizetti apretó el maletín con

una mano. Con la otra se preparó para lanzar un puñetazo si el barbudo que le ofrecía un vídeo con unas pelirrojas lamiéndose los pechos avanzaba un centímetro más o volvía a hablarle con voz estridente.

Tenía sueño, pero prefirió seguir alerta. El tren se puso en marcha y el traqueteo sobre las vías le pareció un sonido hipnótico y acuoso, como de lentas olas que lo iban sumergiendo en el sopor. Pensó que debía pedir algún tipo de arma especial para las misiones: algún gas paralizante, un bolígrafo con perdigones o una pequeña pistola eléctrica. No tendrían sus jefes que ahorrar dinero en esos detalles.

Le dio hambre. Con tantas emociones había olvidado comer a sus horas. Preguntó a unos empleados el número del vagón donde estaba el bar, pero le respondieron con una sonrisa irónica.

Permaneció un rato en el pasillo, estirando las piernas. Recordó haber leído que en el sur comían un queso estupendo llamado Caciocavallo. Anotó que debía comprar un par de kilos. Luego tachó esa nota. No sabía si era seguro dejar ese tipo de rastros; tampoco estaba seguro de que un queso tan específico no fuese una huella muy clara de los lugares por los que había pasado.

Donizetti comprendió por la voz afónica de los altoparlantes que había llegado a su destino. Apenas pudo bajar. Decenas de personas lo empujaron y lo apretaron contra las puertas, arrinconándolo. Le pareció que la lengua febril de un perro le frotaba los brazos. Una humedad salina flotó en el aire y entró en su cabeza como un soplo. Miró en un panel las salidas del tren que debía tomar desde Paola a Cosenza y sintió un pinchazo en el estómago. Tenía dos minutos de retraso y probablemente el tren color naranja que aparecía en ese preciso momento era el que debía tomar. Corrió a la máquina expendedora para sacar un billete pero no funcionaba; cada vez que pulsaba un botón se encendían luces o aparecían signos incomprensibles en una pantalla y tampoco había nadie en la taquilla. Miró a los lados. Descubrió que ninguna persona compraba billetes. Corrió hacia donde se encontraba una multitud de gente vestida con ropas de playa, pantalones cortos, chancletas, sandalias, sombrillas y biquinis. Cuando se abrieron las puertas del tren sintió que lo empujaban hacia adentro y lo aplastaban contra una puerta. Miró a su alrededor: todos los asientos estaban ocupados y en los escalones decenas de personas se apretujaban entre gritos y risas feroces.

Escuchó un mensaje que acababa de llegar a su Blackberry. Con esfuerzo logró leer el texto. «Detrás de ti, el hombre de camisa blanca: dale el maletín.»

Donizetti esperó unos segundos. Luego le pareció mejor idea contar hasta veinte, incluso hasta treinta, y ocultando un bostezo se giró. Un hombre de rasgos cuadrados, ojos de un pálido azul y piel casi transparente lo miraba con indiferencia. Resultaba obvio que ellos dos eran los únicos extranjeros en ese tren. Donizetti sonrió un poco y le preguntó si conocía a la tía Benicia. Sin mover un músculo del rostro, el hombre asintió. Luego Donizetti no supo muy bien qué

hacer, no sabía si acercarse, si mantenerse lejos o si seguir hablando. La gente no dejaba de empujar.

El hombre lo observaba con gélida quietud.

Cuando llegaron a Cosenza y la multitud se derramó del tren como si fuesen una cerveza que estalla, Donizetti vio que el hombre se colocaba a su lado y sin decir palabra, se llevaba el maletín. No hubo ningún gesto excesivo. Aquel hombre se ubicó a su derecha y fue como si sus manos tuviesen el poder mágico de atraer un objeto y absorberlo.

Donizetti avanzó unos metros dentro de la estación, deseaba fingir que era uno de esos viajeros comunes que llegan a una ciudad para pasear por ella sin un plan preciso. Luego se detuvo. La estación se había quedado desierta. Solo se escuchaban sus pasos. El sol brillaba alto en el cielo, pero él pensó en los últimos minutos como un viaje poblado de fantasmas, de espectros que habían desaparecido para burlarse de él.

Se sentó en un banco. Miró su mano derecha. Los músculos le dolían. No sabía por qué, pero pensó en esos heridos de guerra a quienes una bomba les arrebató un brazo o una pierna. Recordó el maletín y le pareció que todavía lo llevaba consigo, que debía seguir apretándolo, muy fuerte, para no perderlo.

Fue en ese momento cuando tuvo la certeza de que alguien oculto no dejaba de mirarlo. Hundió su mano en sus pantalones y apretó las llaves de su casa; pensó que podría utilizarlas como un mellado cuchillo que le permitiría librarse de cualquier ataque.

Se levantó, caminó por la estación, miró tras las columnas, tras los anuncios de publicidad. Nada. La estación se encontraba completamente vacía.

Giró en redondo intentando sorprender a alguien. Volvió a sentarse.

Otra vez sintió un par de ojos clavados en su nuca. Se dio la vuelta.

Nada.

«Será la falta de sueño», pensó.

## Los binoculares

¿Qué habrá sido de la vida del Ñato? La última vez que supe de él fue la noche que casi lo volvieron a matar (¿dieciocho, veinte años atrás?). Yo estaba en el salón de casa con Reig y Donizetti. Mi tía Felipa preparaba unas arepas mientras escuchaba la radio y musitaba sus oraciones. De repente sonaron disparos. Mis amigos y yo nos echamos al suelo (era una rutina, creo que he pasado más años de mi vida en el suelo que caminando por la casa). No fue un tiroteo largo, cuatro golpes secos mientras tía Felipa continuaba de pie porque ella decía que los espíritus le espantaban las balas. Luego vino lo de siempre. Las alarmas de los carros que se activan por el sonido, los perros que comienzan a ladrar como si hubiesen visto al demonio y después un gran silencio.

Esa misma noche comentaron los vecinos que el Ñato regresaba a casa con su hija en brazos. Venía confiado, sin nadie que lo acompañase, y desde el cerro bajó una moto. Sin voltear, escuchando el ruido a sus espaldas, el Ñato tiró a la niña sobre un jardín e intentó sacar la pistola, pero solo le dio tiempo a ver unos fogonazos. El sicario era muy malo o estaba asustado; solo le rozó un codo y le metió un balazo en la pierna.

Después de eso, el Ñato quedó caminando con una pequeña cojera.

Es lo que puedo recordar.

Poco más. Y al final dejé de verlo, pero no me había dado cuenta hasta ahora.

Los que en verdad desaparecen lo hacen en silencio: sutiles, imperceptibles, como una gota de agua.

A media tarde preparé un sándwich con una especie de queso blanco y un trozo correoso de jamón. Horas atrás hubo disturbios y tuvimos que cerrar la zapatería. Cuando vimos que no había peligro de saqueos, permanecimos cerrados porque el centro se quedó solitario, un clima perfecto para que apareciesen atracadores.

Mis dos hermanas llamaron desde Maracay para preguntar si nos encontrábamos bien. Les respondí que todo continuaba en orden. Fui escueto con ellas; les retornaba esa frialdad con la que me trataban desde varios años atrás.

El sándwich me cayó pesado. Tomé bicarbonato y luego limpié el altar de tía Felipa: quité los restos derretidos de las velas, las frutas secas, los vasos de leche agria y le puse nuevas ofrendas a María Lionza. Al terminar salí al pasillo. Me gustaba mucho esa hora. El sol lamía la fachada del edificio y la luz entraba por las colmenas del pasillo llenando el suelo con cuadrados de luz. Desde niño me había

encantado ese momento. Caminar entre cuadrados de oro mientras tía Felipa me preparaba un espumoso vaso de Toddy con pequeños grumos que yo deshacía con la lengua.

Hoy la calle se veía tranquila, pero cerca del módulo de la policía distinguí unas figuras nerviosas, como parpadeos. Apreté los ojos. Siete policías subían el cerro. Corrí a buscar los binoculares.

A la ventana de un rancho se asomó un tipo de rostro cetrino. Gesticulaba. Supuse que estaría drogado, porque la boca le bailaba dentro del rostro. Tenía brazos nervudos y con uno de ellos lo vi asomar la cabeza de una mujer a la que apuntaba con un pistolón.

Probablemente los estaban persiguiendo y entraron a una casa para tener rehenes y utilizarlos como escudos. Pensé que en la época cuando el Ñato controlaba la calle algo así no habría sucedido.

Encendí la televisión. Ninguna noticia.

Volví a pasearme con mis binoculares. El tipo se asomó una vez más y entonces pude detallar con claridad a la mujer. Debía tener un embarazo de seis o siete meses.

Pasé el resto de la tarde navegando por internet y cada tanto me asomaba para saber cómo continuaba la historia. Al anochecer, descubrí que los vecinos del rancho habían sacado sillas y cervezas para no perderse ningún detalle del secuestro.

Cuando el sol empezó a hundirse entre los superbloques, permanecí en la ventana. Varios policías se fueron arrastrando como serpientes hasta acercarse a la puerta del rancho y dispararon una ráfaga. El mensaje parecía claro: los policías no iban a quedarse en esa zona al caer la noche, sería una trampa mortal para ellos, así que entrarían a la fuerza en los próximos minutos, se salvase o no la mujer secuestrada.

De repente vi a dos malandros salir con las manos en alto.

Los esposaron. Uno de ellos, el del rostro cetrino, se tambaleaba al caminar. Justo antes de bajar los binoculares me di cuenta de que los vecinos aplaudían a los secuestradores y les soltaban frases indescifrables.

Miré el celular.

Mi celular.

Hace una semana me habría dolido la oreja de tanto usarlo para contar cada minúsculo detalle de lo que había ocurrido. Pero ahora nada.

Encendí la tele. Un hombre con el rostro redondo y la boca encendida por un color rojo granate echaba las cartas del tarot.

## Décimo

Regresó a Caracas con la tenue intuición de que algo empezaba a torcerse.

A pesar de ello, se sorprendió cuando Verónica lo despertó diciéndole que Gonzalejo le pedía con urgencia que lo llamara, que no tardara ni un segundo en responder, que era urgente. Él abrió los ojos con esa pesadez que inoculan los viajes, esa fatiga de los colores, de los volúmenes. Apretó su mano derecha y comprobó con alivio que ya había finalizado la más reciente entrega del maletín. Luego miró a su mujer: le gustó el brillo de sus pupilas. Pensó en besarle los párpados y luego abrazarla con ese cansancio rendido de quien hace unas pocas horas se encontraba muy lejos.

–Que lo llames, Doni, ya mismo, parecía angustiado, incluso se veía un poco arrecho.

Se lavó la cara. Alzó los brazos diez veces para estirarse. Apoyó su frente en el espejo. Le resultaba muy extraña la ansiedad de su amigo. Como si fuese un anuncio, la señal de una posible catástrofe.

Pensó unos instantes en su padre. Siempre que estaba nervioso pensaba en él.

También la pareció que en algún apartamento vecino alguien escuchaba un partido de baloncesto.

Donizetti se fue a la cocina con su celular y se sirvió un café muy cargado.

–Hola, buenas tardes, ¿está Gonzalejo?

A su padre le encantaba el baloncesto. Le gustaba sobre todo Kareem Abdul Jabbar, aquel jugador que inventó un tiro en el que giraba el codo de tal manera que nadie podía taponearlo. Pero su papá también seguía los campeonatos de Venezuela y no parecía apoyar a ningún equipo en concreto; se detenía en los juegos brillantes, en las grandes estrategias, en el genio de un atleta como el mago Sam Shepard: una gota de mercurio que se deslizaba entre hombres mucho más altos.

–Gonzalejo, señorita, Gonzalejo, el subdirector de Economía. De parte de Donizetti.

Por eso le regaló a su hijo un balón de básquet, para que practicara, para que intentase al menos esa belleza que los sentaba muchos fines de semana frente a la tele a mirar jugadores que desafiaban la gravedad y se elevaban como plumas.

–Gonzalejo, señorita, no Juan Alejo, Gon-za-le-jo.

Donizetti no puso mayor empeño en mejorar su habilidad, pero alguna vez llevó el balón a clase para matar algún receso jugueteando con amigos como Manuel y Pepe Reig. Repentinamente, el entrenador le pidió en nombre del colegio que se

incorporase al equipo. A Donizetti lo sorprendió esa invitación. Aunque daba asistencias rápidas y potentes, no se sentía un jugador respetable. Rebotaba el balón con descuido y encestabá en raras ocasiones, pero le gustó la oportunidad y nunca pudo relacionarla con las continuas visitas de su padre al despacho del entrenador.

–A ver, ya se lo dije, Gonzalejo, Gonzalo Torres, el subdirector de Economía... pero, señorita, claro... ¿Esa es la agencia nacional de noticias? Pues eso... Si es que yo también trabajo allí. Donizetti, el de Nacionales... Sí, con Gonzalejo, quiero hablar con Gonzalejo.

Jamás el entrenador le daba minutos; pasaba el partido calentando la banca, mirando con distracción, animando en algunos momentos puntuales. Pero le encantaba ponerse las zapatillas y colocarse las muñequeras de colores, le gustaba frotarse el rostro con la toalla o saludar a sus amigas con gesto alegre. Por eso no le pareció demasiado grave que su colegio no pudiese asistir a la final del campeonato porque no tenían dinero para fletar un autobús hasta la playa. Lo comentó en casa con aburrida expresión. Al terminar la frase, su madre levantó la vista y siguió hojeando sus revistas. Fue su padre quien pidió detalles y pareció contrariado.

–Gon-za-le-jo, se lo repito. Gonzalejo, el bajito gordo y calvo. No puede ser que usted no sepa quién es. Me dijo que lo llamara urgentemente.

Ese viernes el entrenador anunció que el colegio había solucionado el problema de transporte; que bajarían a la playa el sábado y que en el equipo inicial estarían Pepe y Mario y Manuel y Gerardo y Donizetti. A él le dio un vuelco el estómago. Sonrió. No llegó a percatarse de la mirada perpleja de sus compañeros de estudio.

–Carajo, Gonzalejo, ya se lo he dicho mil veces. Sí, ya me comentó usted que acaban de ascenderla a orientadora de debate de una patrulla del Partido, ya me lo dijo y la felicito, compañera, pero es que ahora necesito hablar con Gonzalejo, solo eso, no, no soy un maldito oligarca gritón, es que hace diez minutos que estamos en esto.

Bajaron en un autobuseté. Su padre los acompañó y repartió desayuno y café para todo el equipo. Se veía radiante, feliz, el rostro alborozado, vestía una camisa azul pálido que parecía quedarle estrecha y con las mangas demasiado cortas. Donizetti comprendió que su padre había pagado el transporte cuando lo vio pasando un sobre amarillo al chofer.

La final fue emocionante. Ganaron el campeonato por seis puntos: dos triples maravillosos de Manuel casi al final del último tiempo.

El único detalle fue que su padre, abatido, nunca levantó el rostro al comprender que con las prisas, a Donizetti se le había olvidado llevar el uniforme. Lo había olvidado por completo. No pudo jugar. Sobre su cama habían quedado la bolsa con los pantalones, la camiseta, las rodilleras y las muñequeras de colores.

–Gonzalejo, sí, el señor bajito que trabaja cerca de la escalera. Ese mismo. ¿No está? ¿No ha llegado? ¿Está segura?

Al subir a Caracas todos celebraron cantando merengues, pero Donizetti se sentó en la última fila para no ver el gesto de su padre, que forzaba una sonrisa cuando el entrenador le daba manotazos en la espalda.

–Bueno, lo importante es que ganaron –murmuró el viejo al llegar a casa.

Donizetti dijo que sí, que eso era lo importante. Después escondió el uniforme en el fondo del armario y ya nunca volvió a los entrenamientos del equipo. Supuso que si cortaba con esa parte de su vida, podría olvidar el rostro de mono triste de su papá, los ojos hundidos en el suelo, las mejillas hinchadas, como si fuese un cerdo que llevaban a un patio donde afilaban cuchillos. El mismo rostro con que su padre aceptaba los gritos feroces de su esposa, sus desaires, sus repentinas ausencias.

–Dígale a Gonzalejo que lo llamé. Sí, Muchas gracias. Sí, compañera.

Donizetti suspiró. Luego se encendió un cigarrillo. Lanzó una bola de papel en el cubo de la basura. Limpió con una servilleta la foto de Amanda que resplandecía en el salón. Se tumbó en el sofá. Volvió a pensar en su padre unos instantes. Luego pensó en Gonzalejo. Lástima no haber podido hablar con él. Algo sucedía. Algo malo estaba pasando. Encendió otro cigarrillo y cayó en la cuenta de que aún no había terminado de fumar el anterior.

## Décimo primero

Dio vueltas por el apartamento y después de preparar la merienda de Amanda y responder a sus preguntas sobre cómo volaban los aviones entre las nubes, decidió saltarse las normas de seguridad y llamar al celular de Gonzalo.

–Coño, al fin te oigo. ¿No te dijo tu mujer que era urgente?

–Sí, pero te respondí de inmediato y no estabas.

–No tengo ninguna llamada tuya, Donizetti. Miro la lista de llamadas a cada rato y hoy no aparece tu número.

–Te llamé a la agencia, Gonzalejo, me atendió la telefonista nueva, que no es muy... o sea, que no parece muy enterada todavía de quiénes trabajamos allí.

–Coño, pendejo, si fue lo primero que te dije, nunca me llames a la agencia, llámame a mi celular. Además, tú lo sabes, yo muchas veces no voy a esa vaina.

–Perdón, Gonzalejo, lo entendí al revés.

–Carajo, si es que va ser verdad lo que andan diciendo.

–¿Qué dicen? No te creas cualquier cosa, Gonzalejo... Lo de la panadería fue un error, pero es que no me dieron las instrucciones con claridad, y San Bernardino es complicada para las direcciones.

–¿Qué panadería, pajúo?, eso me lo contarás luego, pero ya sé que estuvieron a punto de robarte el maletín en Roma.

–¿Ah?

–No te hagas el loco, un poco más y nos metes a todos en un peo.

–Coño, Gonzalejo, pero fue solo un descuido de un segundo y lo resolví, agarré al tipo y lo tumbé de un carajazo.

–No me mientas, si casualmente no aparece esa moto, el tipo se te pierde en el Trastevere.

–...

–Te quedas calladito, Donizetti, ¿ves? No me digas mentiras porque lo que yo no sé es por qué no ha pasado.

–Bueno, pero el maletín llegó a su destino. Todo en orden, Gonzalejo.

–No cuentes el asunto por teléfono, chico. Ya está bien. Esta vaina tiene que cambiar, no tienes idea del problema que pudiste armar con tu descuido. Es un tema de compromiso y responsabilidad.

–Lo siento, de verdad, Gonzalejo, lo siento, lo voy a corregir.

–Mira, Donizetti, no te preocupes por mí, ni siquiera por nosotros... el problema menos grave que vas a tener soy yo, el problema menos grave que vas a tener si

pierdes un maletín es quedarte sin trabajo o perder la confianza del Partido. Te lo digo en serio, tú tienes una hija.

–Un hijo, Gonzalejo, la hija es de mi mujer.

–Pues eso, tienes un chamo, tu chamo te necesita, y si tú pierdes un maletín, el chamo se queda sin papá.

–Coño, Gonzalejo, tampoco te pongas así.

–Solo te estoy aconsejando, esto no tiene que ver conmigo. Si pierdes un maletín de esos hay una gente muy jodida que se va arrechar mucho, y yo no podré hacer nada ni volveré a contestarte el teléfono. Esto no tiene que ver conmigo, Donizetti, métete esa vaina en la cabeza. Tu vida te la cuidas tú mismo. Si pierdes un maletín, no sé quién eres.

Desde la ventana el sol entró al apartamento como una espada amarilla.

Al fondo escuchó a Amanda jugando en la habitación.

Deseaba olvidar ese temblor que ahora subía hasta sus brazos; le dijo a la niña que se bebieran una chicha en la avenida. Ella salió presurosa, feliz. Cuando llegaron a la calle, él la tomó firmemente de la mano y se dio cuenta de que no había comprado el queso en Italia. Masculló una maldición. La niña advirtió que le apretaba los dedos con demasiada fuerza. Él se disculpó. Pidieron dos chichas en vasos largos y bromearon, brindando como si fuese champaña.

Donizetti sintió un escalofrío. Gonzalejo se lo había advertido claramente. El trabajo era rutinario; algo aburrido; pero bastante peligroso. No podía permitirse un error porque lo vigilaban de cerca, conocían cada uno de sus pasos cada vez que volaba con uno de esos maletines. Era una precaución lógica, después de todo.

Suspiró. Pensó en visitar a Jaime esa noche; llevarle su regalo; conversar un poco con él. Luego tomó una servilleta, la volvió una pelota y ante la sorpresa de Amanda, la lanzó hacia el otro extremo del cafetín y la encestó en el cubo de la basura. Miró hacia la derecha y contempló una mesa en la que dos adolescentes coqueteaban entre ellos; cada uno mostraba al otro lo musculoso que tenía el brazo. Luego se levantaban la camiseta para exhibir sus vientres planos.

El Blackberry de Donizetti volvió a sonar.

–Oye, hermano, una pregunta. ¿Por tu casa todo tranquilo? –dijo Gonzalejo.

–Sí, ¿por qué?

–No. Por nada. Como me dijiste que mataron hace unos días a un niño y a su madre...

–Ah. Eso –respondió Donizetti y sintió que una lengua fría pasaba por su espalda–. Todo tranquilo. ¿Por qué?

–Por nada, hermano. Por nada.

## Décimo segundo

Pidió un taxi.

Antes le preguntó a Verónica dónde había colocado la caja en la que guardaba los objetos viejos. Ella suspiró. Le indicó el fondo de un armario.

Consiguió lo que buscaba y bajó a toda prisa. Verificó que el taxi perteneciese a la línea que había llamado y comprobó que desde la ventana Verónica tomase nota de la placa y de las características del carro.

Lo hizo sin pensar. Mecánicamente.

Apenas el auto arrancó, comenzó a jugar con su Blackberry, como si pulsando los números pudiese descifrar algún oculto mensaje; alguno de esos penumbrosos misterios que traían los días. «Mi fracaso tiene la fortaleza de un fracaso propio», pensó al recordar que viajaba hacia la casa de su exesposa. «Mi padre fracasó a su manera. Yo no repetí sus errores; su amor miserable, enfermo, asfixiante. Yo no sé por qué fallé, pero lo hice a mi modo.»

El viento fresco de la ciudad entró por la ventanilla y lo impregnó de una sensación de levedad. Siguió jugueteando con el Blackberry. Miró el reloj. Con suerte Elizabeth estaría en alguna feria de artesanías, o haciendo yoga, o muy concentrada en su estudio de trabajo.

La detestaba con un odio rutinario, sin aristas, sin excesos. Un sentimiento romo, casi automático.

En los años iniciales del matrimonio, Elizabeth no parecía interesada en las cuentas bancarias, en el sueldo, en las bonificaciones de fin de año. El dinero entre ellos parecía algo natural: lo traía él, lo traía ella; ganaban cantidades similares. Elizabeth puso una pequeña cifra para el apartamento y él pagó el resto de la inicial. Con el carro hicieron lo mismo; gastos compartidos; pequeños acuerdos, compensaciones. La sorpresa estalló al divorciarse: Elizabeth se lanzó a su cuello con avidez. Durante meses le impidió ver a Jaime como castigo por no aceptar la pensión que ella exigía; luego un juez que usaba pajaritas de colores la ayudó con el aniquilamiento: Donizetti debió resignarse a seguir pagando la hipoteca de esa casa en la que no podía vivir. Lo aceptó con oscilante serenidad, como si la ruina fuese un modo de expiar su fracaso. Pero luego cambió de idea; concretamente el día que fue a buscar al niño y encontró a un señor durmiendo en una hamaca.

Lo habló con su ex. Le importaba poco verse sustituido por un hombre más joven, más guapo, más relajado; pero era necesario revisar el asunto de la hipoteca. Elizabeth suspiró; no tuvo otro de sus estallidos frenéticos; explicó entre susurros que la separación había clarificado muchas de sus necesidades y que en ese

momento se estaba buscando a sí misma. No deseaba seguir discutiendo el asunto del dinero; ella acababa de dejar su trabajo en el liceo y quería dedicarse al cultivo de su mundo interior; Jesse era una circunstancia; un buen amigo que estaría unas pocas semanas en casa hasta que retomase los estudios en la universidad y consiguiese trabajo.

Donizetti no supo qué responder. Comprendía que su mujer estuviese buscando su renovación espiritual en un hombre con espaldas de pesista: no parecía un mal lugar para encontrarse; menos sensato le parecía que hubiese dejado el trabajo de profesora para fabricar horrendas flores de cerámica que jamás lograría vender.

Se tomó esta revelación con relativa calma; esperaría a ver cómo evolucionaba la situación. Seguía pensando que era necesario conjurar los atisbos de culpa que lo asaltaban de tanto en tanto: Elizabeth se había separado de Donizetti al descubrir la existencia de Marjorie una tarde en la que coincidieron los tres en una calle de plaza Venezuela, y en la que su esposa comenzó a lanzarle bofetadas junto a un semáforo lleno de peatones y carcajadas.

Mejor esperar; aguardar a que el novio efímero y bronceado de su ex siguiese su camino o asumiese nuevas responsabilidades.

Pero pasaron los meses y Jesse solo se movía de la hamaca al salón; del salón a la hamaca; de la hamaca al cuarto. En contadas ocasiones realizaba una fugaz excursión a la cocina; incluso podía bajar hasta el cafetín de enfrente y paladear algunas cervezas o un jugo de tomate; pero nunca nadie lo había visto moverse a más de doscientos metros del edificio. Donizetti se fue impacientando. Ató cabos. Armó conclusiones. La familiaridad con la que Jesse se movía en casa revelaba que conocía a Elizabeth desde tiempo atrás. ¿Quién fue primero? ¿Marjorie o Jesse? ¿Eso era importante? Le pareció que no. Luego le pareció que sí. Y una tarde, dudando entre el sí y el no, cuando nadie lo miraba, hurgó en un armario de su antiguo apartamento. Encontró una brillante foto en la que un eufórico Jesse abraza a Elizabeth y lleva una camiseta celebratoria: *Brasil campeão do mundo 1994*. Al fondo, en una pantalla gigante de televisión, Romario alza eufórico la copa.

Echó cuentas. Mes arriba mes abajo, Jesse y Marjorie llevaban años formando parte invisible de la familia.

Llevó la foto donde su abogado; exigió que se revisase el acuerdo. El hombre se encogió de hombros.

–Pero ¿qué es lo que quieres, Donizetti? ¿Le ibas a Italia en la final?

–Coño, que el tipo ese se vaya... O no, mejor que se quede, pero que yo no tenga que seguir pagándole la casa a ese desgraciado.

El abogado suspiró desconsolado. Las leyes eran tan lentas, Donizetti, los abogados, los jueces, todo en estos tiempos se arrastraba como una tortuga, había demasiado sabotaje, ya sabía él, la oligarquía, las cúpulas podridas del pasado no

dejaban de joder, aunque bueno, ahora que al fin se había inscrito en el Partido, pues, había gente en los tribunales, gente con la que podía hablarse, varios jueces amigos, compañeros del gobierno, podía mirarse el tema, averiguar una cantidad, ¿cuánto podrías gastar? No, no dijera nada ahora, pero con un chequecito tuviese por seguro que en un mes tenía la casa de vuelta y a los tres en la calle.

Donizetti se paralizó.

Los tres.

¿A dónde iría Jaime? ¿Dónde se iría arrastrando las flores de cerámica de su mamá, la hamaca de Jesse, las latas vacías de cerveza, los platos sucios de lasaña? Cerró los ojos.

–Mejor dejemos así la vaina –murmuró.

Nunca volvió a consultar el abogado.

Cuando tocó la puerta, le abrió Jesse. Se saludaron entre dientes. Donizetti pasó al salón sin esperar que lo invitasen. Jaime jugaba con un celular y apenas levantó el rostro para mirarlo. En la televisión el comandante inauguraba un estadio y vestido de beisbolista se colocaba en la lomita para lanzar un par de *innings*. Cada tanto soltaba una recta suavcita que ningún bateador lograba conectar.

–Papá, tienes que ponernos el cable –dijo Jaime y pulsó el mando a distancia para que Donizetti verificase que en todos los canales se repetía el juego de pelota.

–Hijo, es que ya no me alcanza –murmuró él–. La plata no la regalan.

Jaime resopló.

Donizetti le dio el regalo que había traído de Italia y el niño lo abrió. Pareció contento; era un futbolín en miniatura. Estuvo manipulándolo un rato; luego lo puso a un lado y continuó jugando con el celular. Donizetti metió la mano en una bolsa amarilla que llevaba consigo y extrajo un balón de básquet.

–¿Y eso? –dijo el niño sin soltar el celular.

–Mi balón, el que yo usaba de chico, el que me regaló tu abuelo.

El niño sonrió y con torpeza lo rebotó cinco veces contra el suelo. Desde el cuarto apareció Elizabeth con el rostro desencajado.

–Ah, eres tú... ¿Y esa pelota?

–Se la traje ahora. La tenía guardada en una caja y...

–Lo sé, Doni, pero ¿qué va a hacer Jaime con esa pelota?

–Jugar.

–¿Dónde? Aquí puede estropearme las flores de cerámica; no tenemos espacio... y ya me dirás si puedo dejarlo que salga solo a la calle. Hace dos días secuestraron al vecino; la familia está reuniendo dinero, a ver si se lo regresan vivo.

Donizetti suspiró y tomó el balón entre sus manos. Por un instante imaginó que lo lanzaba por el balcón hacia la calle. Cerró los ojos. Con mucha suavidad colocó

el balón en el suelo. Pensó que hay derrotas que no conocen fin, que se prolongan y se repiten incansables.

Elizabeth se frotó las manos como si tuviera frío y se sirvió una taza de té. No le preguntó a Donizetti si quería un poco.

–A menos que tú vayas a llevarlo a jugar a un sitio donde no pueda ocurrirle nada, es maldad que le dejes esa pelota porque aquí no va a poder jugar.

–Ya entendí, Elizabeth. Me llevo mi vaina y ya está.

–No te pongas así, que ahora yo seré la mala y tú, el papá deportista que quiere ayudarlo a que crezca sano. Pero no hace falta que te diga cómo están las cosas. Si hasta tuvimos que darle un celular para tenerlo controlado y que esté más seguro.

–¿Celular? ¿Ese celular es de él? –preguntó Donizetti abriendo mucho los ojos.

Jaime lo mostró orgulloso y sonrió con un énfasis que a su padre le resultó desconocido.

–Jesse me ayudó a escoger el modelo, papi, y con la oferta a él le regalaron uno igual.

–Pero si Jesse no corre peligro de extraviarse –murmuró Donizetti poniéndose de pie–. La casa es demasiado pequeña como para que le perdamos el rastro.

Elizabeth lo miró con ojos asesinos y dijo que debía continuar trabajando. Bebió el resto del té y dejó la taza en la mesa.

A Donizetti le llegó un mensaje de Gonzalejo que le hizo saltar el estómago: «Urgente, en un par de horas te llamo a tu casa». Miró su reloj. Sintió que desde el estómago le subía una ola caliente y áspera. «¿Qué habrá sucedido ahora? ¿Me quedaré fuera de la misión? ¿Estarán arrechos conmigo?» Luego, al fondo repicó una vez más la voz quejosa de su exmujer.

Donizetti se quedó callado. Trató de contar cuántos segundos pasaban antes de escuchar la frase que con toda certeza iba a oír en los próximos instantes. Contó. Uno, dos, tres, cuatro; antes de llegar a cinco oyó la voz de Jesse desde la hamaca.

–Conseguí un plan de ahorro del carajo, es una tarifa preferencial, Giovanni.

–Me llamo Donizetti.

–Eso, Donizetti, no tendrás que pagar mucho cada mes, es una tarifa bajísima y tienes que estar contento porque así tu hijo estará más seguro.

–¿Y el terminal? –dijo avanzando hacia la puerta.

–Lo pagaremos a medias –respondió Elizabeth–, pero mi parte te la deberé un tiempo, porque las flores no se están vendiendo; así que si no te importa, la factura está sobre la nevera; no te vayas a ir sin dejarme la plata.

Fue hasta la cocina y con gesto fatigado colocó los billetes junto al lavaplatos. Por una ventana distinguió el árbol de mango meciéndose en la avenida: dos frutas secas y escurridas colgaban de sus ramas.

Tosió. El aire olía a frituras; a vegetales húmedos. Una montaña de latas abiertas se apilaba sobre el horno. Vio tres flores de cerámica colocadas en una esquina. No

supo definir el color de ninguna de ellas: mezcla de rojos, naranjas y verdes. Apuntó. El balonazo las quebró con un sonido de nueces secas.

–Carajo, Elizabeth, tienes razón, mejor me llevo mi pelota, aquí no hay espacio.

## Aeropuertos

Esa tarde me descubrí silbando el *Réquiem* de Mozart.

Algo me había puesto más triste que mi tristeza de esas semanas.

Un par de días atrás, cuando bajé al aeropuerto a rescatar un envío, me pareció ver a Donizetti García. Casi seguro era él. Tenía ese mismo andar de elefante enfermo que yo le conocí, esos ojos cansados, igual que si tuviese los párpados llenos de lodo, pero también se veía menos inseguro, menos torpe que en el pasado, como si los años le hubiesen regalado una vitalidad que en los tiempos del liceo resultaba impensable.

Quizás debí acercarme; saludarlo. Estuve a punto de hacerlo. Lo recordaba con afecto. Era tan torpe... Algunos compañeros decían que parecía idiota; pero conmigo se notaba relajado, incluso divertido, y nos encantaba leer y compartir libros, aunque él solía no devolverlos. Me invitó a su casa muchas veces; me gustaba estar allí. Y no es que fuese agradable hacer esas visitas, su casa era un lugar cargado de olores a sopas tristes, a ropa percutida, tiesa, pero por eso mismo parecía un lugar más vivo que mi propio hogar, donde salvo la presencia de mi tía Felipa, todo lograba irritarme. La idea de pasearme por un espacio donde sucedía algo me resultaba atractiva; un lugar donde los días tenían un rasgo de incertidumbre, de perplejidad. Quizás me agradaba ir a esa casa porque sus ruidos, sus fatigas, sus silencios y chillidos, me ayudaban a no escucharme. Aquel era un tiempo difícil donde intentaba no pensarme demasiado, no estar en mí, cerca de mí, sino contemplando las mínimas desgracias de los otros. El padre de Donizetti era perfecto: ese rostro apaleado, esos ojos de perro huérfano; y la madre parecía una distancia, una lejanía altiva. Donizetti no debía tener tiempo para contemplarse a sí mismo porque vivía sosteniendo los mínimos equilibrios entre ellos, tapando los odios secretos, las humillaciones, las amenazas veladas.

Al principio dudé. Pero sí. Era él. Casi seguro. Llevaba un horroroso maletín verde que solo alguien como Donizetti podría considerar adecuado para hacer un viaje. Siempre tuvo mal gusto. Recuerdo que una Navidad me regaló una espantosa chaqueta gris. La utilicé mucho tiempo. En esos años yo no me fijaba en esas cosas. Y el caso es que mi antiguo compañero parecía no haber cambiado. Estaba yo pasándole un sobre con billetes a un teniente de la Guardia Nacional para que no siguiesen robándome la mercancía que importábamos y vi a mi amigo caminando con la barbilla alzada.

Estuve el resto de la tarde pensando que debí saludarlo. O tal vez no. Probablemente tenía prisa.

Luego, al subir a Caracas, sintiendo en la espalda el aire salino y punzante de la playa, imaginé que quizás no deseaba tropezarme con él. Tal vez me sentía culpable por lo que sucedió con su mamá. O más bien odiaba la idea de contarle que volví a trabajar en la zapatería de mis padres, como si el tiempo hubiese soltado un largo eructo y me hubiese colocado en el punto exacto donde Donizetti debió verme por última vez.

Mi vida se había movido demasiado como para parecer inmóvil.

Quizás al pensar eso me decidí a llamar por teléfono y no seguir contando los días que tenía mi celular en silencio.

Y por eso marqué el número.

El número de teléfono de Félix.

Acerqué el pulgar hacia el botón de llamada.

Acaricié el botón con la yema.

Una.

Dos.

Tres veces.

Félix.

Al final hundí el celular en mi bolsillo. Sin llamar. Y seguí silbando el *Réquiem* de Mozart, con un extraño, con un desolador alivio.

## Décimo tercero

El teléfono sonó en medio de la madrugada como un alarido. Donizetti se puso de pie y corrió hasta el salón. La voz de Gonzalejo sonó cortante. Estuvo un rato preguntando nimiedades hasta que comentó que para calmar a los compañeros y hacer olvidar el incidente sucedido en Roma, lo más práctico era que al día siguiente Donizetti llevase con urgencia otro maletín.

Se despertó por completo. Era la primera vez que lo llamaban tan seguido. Sus miedos se dispararon. Le pareció una buena oportunidad de borrar el fallo del viaje anterior, de arrimar el hombro con lo que hiciese falta. Además lo de los viáticos nunca le venía mal. Fue hasta la cocina. Se preparó un café. Intentó prepararlo tan fuerte como el que había probado en Italia: esas tazas mínimas en las que más que un líquido, brillaba una crema negra donde el azúcar tardaba en hundirse hasta el fondo.

Escuchó las respiraciones de Verónica y Amanda. Pensó en lluvia. Pensó que le gustaba el ruido de la lluvia. Se asomó por la ventana. La avenida desierta. Solo de tanto en tanto un taxi volaba sin detenerse en la luz roja de los semáforos. Buscó su reloj. Recordó que era un regalo de su madre. Sonrió con burla. Tenía tiempo sin saber de ella. Ya no intentaba disimular su indiferencia y su distancia. Antes llamaba de vez en cuando, pero ahora pasaba semanas sin dar un toque, sin preguntarle con voz monocorde cómo va el trabajo-la familia-los estudios-mi nieto Jaime-tu mujer Elizabeth. Al menos ya no era necesario insistirle:

–No vivo con ellos, mamá, me divorcié hace años, ahora estoy con Verónica, ¿no la recuerdas? La última Navidad que pasamos juntos, la que estaba a mi lado era Verónica, no Elizabeth, Ve-róni-ca, que es muy rubia y bajita, no como Elizabeth que es alta y pelirroja.

–Ya, ya, pues qué bien me lo dices, hijo –respondía ella con voz rugosa– ya comprendo por qué esa noche me sorprendí al ver lo mucho que ha cambiado mi nuera y lo dulce que se veía mi nieto Jaime con ese corte de pelo.

–Claro, mamá, la que estaba era Amanda, que no es tu nieta, sino la hija de tu nuera.

–Ya, ya, hijo, y ¿qué tal el trabajo la familia, los estudios, Jaime y tu mujer la que es rubia, la Elizabeth esa?

Donizetti resopló. El café le quedó horroroso. Aun así bebió dos tazas y encendió un cigarrillo. Lanzó una bocanada de humo, un vapor azulado que lo hizo pensar en los labios de la mujer que habían tiroteado frente a su edificio.

Esperó a que el sol iluminase por completo la calle. Cuando vio grupos de

personas aparecer en las puertas del metro y la avenida comenzó a poblarse de autobuses asmáticos, se vistió a toda prisa y se fue a la agencia. Excepto el mayor cubano, que iba de mesa en mesa mirando los papeles que estaban muy a la vista, apenas había llegado nadie, pero cuando Donizetti se colocó en su sitio, Matías, el adormecido compañero que concluía su guardia, le pidió que preparase cinco párrafos acusando de corrupción a un alcalde de la oposición.

–Es urgente, al mediodía lo vamos a acusar por la tele y en dos días el tribunal abrirá el caso, así que debemos tener el asunto bien amarradito; si no el coronel se arrecha.

Donizetti se sorprendió. Normalmente cuando debía llevar maletines lo exoneraban de sus escasas funciones. Encendió la computadora. Tomó una bocanada de aire y soltó siete párrafos perfectos, sólidos como el concreto. No se esmeró demasiado; ya tenía una suerte de libreto para estos casos; esos canallas siempre eran culpables más o menos de lo mismo: tráfico de influencias, manejo irregular de partidas, traición a la patria, compras no justificadas, relaciones con la CIA, aprovechamiento de bienes públicos, cobro de honorarios a cuenta de organizaciones extranjeras.

Las dos o tres primeras veces que hizo trabajos semejantes le parecieron complicados; intentó investigar datos; ofrecer precisiones; pero luego comprendió que Venezuela era, desde su remoto nacimiento cualquier áspero día de 1777, un país de culpables: quien no había hecho alguna trastada estaba a punto de cometerla.

Revisó las repeticiones de palabras, ajustó un par de comas y envió el archivo. Tenía razón Gonzalejo cuando lo convenció de que se fuese a trabajar con ellos; el periodismo no consistía en ninguna ciencia oculta como para que un licenciado en Educación no pudiese realizarlo. Igual los primeros tiempos le dio un poco de apuro permanecer en la agencia rodeado de periodistas, sobre todo porque solían burlarse de él, machacarlo, echarle en cara su intrusismo, su impericia.

Pero cuando nombraron director de la agencia a ese coronel que para llamar al personal gritaba cuartelariamente: «CO MU NI CADORRRRR, PRESÉN TE SE», Gonzalejo pidió una cita para ambos y le contó que se sentían incómodos.

–Porque sabe usted, mi coronel, el compañero Donizetti y yo somos cuadros fieles al Proceso, y aquí estamos trabajando con muchas ganas, pero al igual que usted, no tenemos título de periodistas y esta gente no deja de criticar, quiero decir, de criticarlo a usted, de burlarse, de hacer bromas sobre nosotros, sobre todo del discurso que usted nos dio cuando asumió el cargo y dijo aquello tan bonito de «me dirijo a ustedes, LA MASA, masa de la información, masa noticiosa, masa solidaria, masa comprometida, masa del mundo que haremos»; así que ahora a usted lo llaman el Coronel Masa.

El militar no respondió una palabra, pero hizo una depuración en quince días.

Lanzó a la calle a tres cuartas partes del personal, pues le parecían gente sospechosa, espías que habían trabajado para gobiernos anteriores al Proceso. Y en la fiesta de diciembre, por si quedaba alguna duda, lo advirtió con nitidez:

–Lo del periodismo es una mariconada; ahora lo que necesitamos son comunicadores alternativos; y comunicador alternativo es quien el Proceso dice que es comunicador alternativo y ya está y se acabó. Feliz Navidad y próspero Año Nuevo.

Aquella noche Donizetti alzó su copa feliz: comprendió que su amigo Gonzalejo era un genio y que además acababan de graduarlos a los dos. Nunca más se sentirían a disgusto en ese lugar.

Luego se embriagó moderadamente; bailó una conga con todos sus compañeros; cantó gaitas y en la madrugada ayudó al coronel a limpiarse la camisa cuando se puso mal del estómago y empezó a vomitar en medio de la redacción.

Quizás por eso habían confiado en Donizetti para el asunto de los maletines. Había mostrado desde el principio que era una persona prudente; con estrategias, con respuestas rápidas para cualquier reto. El coronel en persona lo había llamado para decirle que Gonzalejo tenía una propuesta que hacerle, que incluía unos viáticos razonables, que se trataba de un grupo de apoyo para operaciones especiales conducido por un general con el que nunca tendría contacto, que jamás volverían a hablar sobre ese tema, que dijera ya mismo su respuesta.

–Y ahora puede retirarse CO MU NI CADORRRRR y nunca comente esto con nadie o yo mismo le meteré un tiro en el culo.

Aceptó encantado.

Ahora buscó su pasaporte en su escritorio y esperó el mensaje por el celular. Pasó una hora hasta que le dijeron que mirase la bandeja de correo. «Dirígete al restaurante chino de Centro Plaza, y colócate en la primera mesa, la que se encuentra más cerca de la barra.» Sonrió, al menos parecía que estaban dando cursos de redacción a sus contactos.

Llegó con media hora de anticipación. Dio un par de vueltas; contempló la sombra espesa, de un verde casi cremoso que los árboles esparcían sobre la calle. Miró un rato las librerías. Quería una novela de Miljenko Jergović, pero desde hace unos años era imposible conseguir ciertos libros; lo compraría en algún viaje; ¿dónde lo enviarían esta vez?

Entró al restaurante chino. Miró a los lados por si atisbaba un rostro sospechoso. Pidió una lumpia y un arroz con camarones. Le pareció que el arroz estaba un poco salado y tenía demasiada soja, pero la lumpia lo hizo feliz. A su padre le encantaban las lumpias bien rellenas, las que parecían estallar con sus brotes de frijoles, su apio, su zanahoria, su cebollín.

Respiró hondo como para limpiarse los pulmones. Desde esa mañana en que vio a la mujer y al niño rociados de balas, sentía una cierta viscosidad interna, como si

tuviese las venas llenas de grasa; como si la serenidad que ya lo iba alcanzando después de la muerte de su papá, se resquebrajara por segundos y lanzara agujonazos. Tomó una servilleta; se limpió la boca. Un muchacho con cara de encurtido y orejas como platos se le puso enfrente. Por el corte de pelo y la manera de sacar el pecho, pudo reconocer la misión que traía.

Se saludaron como si fuesen un par de compañeros de trabajo que habían quedado para resolver algún tema.

El muchacho pidió un tres en uno con más zanahoria que remolacha y naranja, y después de comentar que hacía mucho calor, se levantó para responder una llamada en su celular.

Luego murmuró:

–El Wichi dice que necesita que mire lo de los planos. Me voy corriendo.

El tipo arrió la silla y salió dando grandes zancadas. La gente volteó. Dos o tres hombres se llevaron la mano al bolsillo. Donizetti trató de encogerse. El aire de Caracas era siempre un erizo expectante. Miró a su alrededor. Supuso que la mayor parte de los hombres iban armados. Él mismo, durante un tiempo, recibió en la agencia una Glock 9 mm y fue un par de semanas a realizar entrenamiento militar a una hacienda confiscada. Le dieron instrucciones básicas sobre cómo disparar y le insistieron que en caso de un movimiento contra el gobierno debía reportarse en la oficina del mayor cubano que custodiaba la agencia.

Pero un lunes llegó temprano a trabajar y el arma no se encontraba en su sitio. Alarmado, preguntó a Raúl si sabía qué había sucedido; luego lo comentó con Gonzalejo, quien le quitó importancia y le advirtió que probablemente algún compañero la había necesitado para alguna acción de defensa. Donizetti asintió, pero estuvo dándole vueltas al tema varias semanas hasta que comprobó que nadie parecía preocuparse.

Así se olvidó de su Glock hasta ahora, cuando la imprudencia del tipo con orejas como platos le hizo recordarla.

Pagó la cuenta y en el instante en que el mesonero se colocó a su lado, dijo con nitidez:

–Este carajo, con el apuro, dejó su maletín; mejor me lo llevo para guardárselo.

El mesonero bajó la mirada y resopló.

–Es bien feo ese maletín, señor, parece un caimán chiquito. Mi primo vende unos que están de pinguísima; dígame a su amigo que le consigo una buena rebaja y que se deje de andar con esas vainas tan chimbas.

Donizetti sonrió educado y agarró el maletín con fuerza.

## Décimo cuarto

La muchacha de las tiendas del aeropuerto le dijo que por favor le comprase una botella de whisky; ella le daba el dinero ahora mismo y él mostraba su *boarding pass* para que se lo vendiesen con descuento.

Aunque el escote salvaje de la mujer lo dejó aturdido, Donizetti respondió que tenía mucha prisa. «Tetas operadas», pensó. «Medio país se ha puesto tetas, hay una epidemia de silicona; si el imperialismo nos invade, ojalá la oficialidad tenga un plan en el que las tetas sirvan de arma secreta porque aquí nadie está pensando en estrategias defensivas, sino en ponerse tetas o en mirar tetas o en soñar con tetas o en criticar las tetas ajenas. El peor enemigo de la revolución es la silicona.»

La muchacha insistió inflando el pecho y él sonrió al imaginar que se elevaba hacia las nubes y caía justo en medio de ese escote donde un crucifijo de plata parecía vivir una delirante agonía.

–Lo siento, mami, otro día te ayudo, pero el avión ya va a salir.

–Es solo un momentico, señor –repitió la muchacha y al oír que lo llamaba señor, Donizetti metió la barriga y se dio la vuelta. Que se envainara, que le buscara el whisky el comemierda de su padre o la perra de su hermana.

Miró tiendas durante un rato. Dudó si comprarse un paquete entero de Camel. Recordó con disgusto que no había conseguido queso en los últimos días; tampoco huevos ni leche ni pan. Pensó que en el aeropuerto no venderían lo que necesitaba Verónica y sería muy aparatoso comprarlo en el extranjero y luego tomar aviones con una bolsa de la compra.

Releyó las instrucciones que acababan de llegarle. «Capital Apartments en Praga, plaza Wenceslao. Luego ir junto a la estatua de San Wenceslao y esperar a un hombre que lleva una camisa marrón.»

Bebió un refresco. Le ardía el estómago después del disgusto que acababa de llevarse con su hijo. Pasó por el colegio para despedirse de él e invitarle a una merienda. Lo encontró distraído, mirando en el celular un vídeo que acababa de pasarle un compañerito. Donizetti lo ojeó por curiosidad y sintió un pinchazo en el estómago. Conocía el material pues lo recibieron en la agencia meses atrás. Unos presos en Ciudad Bolívar agarran a un hombre que acaba de entrar a la cárcel, lo visten con ropa interior de mujer y lo obligan a caminar por todo el retén meneándose como una prostituta. «Vamos, jevita, muévete, muévete, y vamos a ponerte nombre, te llamas Elvirita, la zorra más bonita de la ciudad.»

Donizetti respiró aliviado; las imágenes que guardaba el hijo se cortaban justo

antes del final del vídeo: el instante en que ocho hombres violan al nuevo presidiario mientras a lo lejos tres guardias nacionales sonríen y fuman cigarrillos.

–¿Qué carajo haces con esto, Jaime?

–Nada, papá –dijo el niño con ojos asustados–. Mis compañeros se pasan cosas así todo el tiempo.

Donizetti tomó el celular de su hijo y lo lanzó contra el asfalto. Un ruido crujiente, como de galletas rotas, saltó sobre ellos. El niño comenzó a gimotear. Donizetti lo tomó de la mano y lo subió a un taxi. Apenas hablaron por el camino. Luego, el niño apenas probó su helado y se distrajo desmenuzando una galleta. Donizetti le dijo que le compraría otro celular; le pidió que lo perdonase, que se olvidase del asunto, que no aceptase más vídeos de ese estilo.

Jaime se mantuvo en silencio: las cejas arqueadas, la mirada baja.

«Qué difícil es todo, carajo», pensó al pedir la cuenta. Siempre que intentaba un gesto con su hijo, la ternura se convertía en torpeza, en esperpento, en viscosidad.

Miró la pantalla con las salidas de los vuelos. Estuvo un rato descifrando las letras amarillas que parpadeaban con nombres de lugares lejanos. Tardó en conseguir el dato que requería. «A lo mejor necesito anteojos», suspiró. Al fin encontró la información sobre Praga. Tenía tiempo. Quedaban varios minutos. Quizás podía llamar a su hijo por teléfono y volver a pedirle disculpas. Luego recordó que acababa de destrozarle el celular.

Nunca acertaba con él. Sobre todo cuando intentaba sorprenderlo, el mundo se ponía de cabeza.

También le sucedió así un diciembre anterior, cuando el divorcio con Elizabeth atravesaba su peor momento. Donizetti se reunió con amigos de la universidad. Se encontraron en el apartamento de alguno de ellos, leyeron poemas de Rafael Cadenas, escucharon a Armstrong, bebieron mil botellas avinagradas de tinto y así, poco a poco, la madrugada sucedió como una vaporosidad lenta, como un encadenamiento de licorerías y bares, como una pared que decidió saltar cuando el sol se elevó sobre el Ávila.

Eran las seis y media cuando el director del colegio encontró a un aletargado Donizetti que rasgaba una guitarra sin cuerdas sentado en un escritorio. El director lo saludó; fingió arreglar unos papeles. Donizetti llevaba un solo zapato; tenía los párpados hundidos y ojeras color tamarindo. Olía a orines y vómito.

El director se mantuvo a distancia y preguntó a Donizetti qué hacía en su despacho.

–Necesito ver a mi hijo Jaime. Jaime García. Viene Navidad, quería sorprenderlo y saludarlo.

El director movió la cabeza con gesto afirmativo, como si en verdad conociese a todos los alumnos del colegio. Luego pensó si sería necesario llamar a la policía.

Comentó que irrumpir en las oficinas del colegio no era manera de visitar a un estudiante.

–No tengo otra opción. Por eso salté la pared de la calle y forcé la puerta. Mi exmujer no me deja ver a mi hijo hace meses porque no le firmo el acuerdo de divorcio. Solo quiero hablar con él cinco minutos. Luego me marchó. No se preocupe por mi esposa; no sacará al niño del colegio si se entera; no tiene cómo pagar otro.

El director se rascó el cuello. Pensó que era un razonamiento adecuado. Cuando llegaron los niños pidió que subieran a Jaime. El muchachito abrió los ojos al ver a su padre tambaleante sobre un escritorio. Escuchó la voz de su papá, pero no entendió lo que decía. Finalmente le dio un beso y murmuró que quería ir al patio para jugar. Donizetti le entregó un papel. Le pidió que le llevara ese mensaje a su madre. El papel solo decía: «Elizabeth. Firmaré».

Donizetti salió a la calle. En una parada de autobús se fue quedando dormido. No recordaba en qué parte de la noche quedó su zapato, de dónde apareció esa guitarra que ahora llevaba encima. «Las madrugadas son como el mar», pensó, «traen cosas, se llevan otras».

Por el altavoz llamaron a su vuelo.

Miró la pista de aterrizaje. Dos aviones se movían con lentitud. «Ojalá hoy mismo Jaime comience a olvidar que destrocé su teléfono. Ojalá haya olvidado el diciembre en que aparecí en su colegio», pensó.

Mientras buscaba una silla para esperar la salida del vuelo, un distinguido de la guardia le pidió sus documentos. Donizetti lo miró extrañado, con gesto de asco. Sacó su pasaporte, no comprendía qué podía estar sucediendo, pero la voz del soldadito le pareció amenazante.

Suspiró. Mostró sus papeles. Tomó nota de los rasgos del muchacho para comentar con Gonzalejo esa irregularidad. Luego lo pasaron por el escáner y un sargento con el rostro hinchado se quedó mirando el maletín verde. Con ojos sorprendidos, casi alarmados, el suboficial se fue a una esquina y habló por un celular. Donizetti sintió con claridad cómo una gota de sudor le bajaba por la espalda.

–Abra eso –escupió el sargento y colgó el celular con impaciencia.

Donizetti se quedó inmóvil. No recordaba las instrucciones que le habían dado para una situación de ese tipo. Apretó los ojos y recordó que en su bolsillo derecho llevaba una llave pequeña con la que podía abrirse el maletín. Con mucha lentitud, fingiendo serenidad absoluta, sacó la llavecita, la introdujo en la cerradura y giró a la derecha.

El maletín se abrió.

Donizetti vio las manos del sargento hurgar con aspereza y ansiedad.

–¿Qué vaina es esta? –dijo el sargento.

Donizetti se acercó; bajó su rostro y contempló pequeños bultos desparramados. Quedó paralizado. En una mesa reposaban dos camisas, un pantalón roto, tres pañuelos, una bufanda. «¿Qué está pasando?», se preguntó en silencio. «¿Me hacen atravesar el mundo para llevar kilos de trapos hediondos y percutidos?»

–Ropa, solo es ropa vieja –dijo en voz baja y sintió que la garganta se le secaba al punto de dejarlo sin más palabras.

El sargento lo miró con burla.

## Décimo quinto

«Putá ropa vieja.»

Lo repitió cien veces hasta que las palabras en la boca le parecieron asquerosas, con esa blandura de las papas podridas.

Subió al avión y cuando despegó se puso a leer una revista sobre relojes que había conseguido en el escritorio de Gonzalejo. No le interesaba el tema, pero en ese momento solo deseaba leer; necesitaba que ocurriesen relojes, agujas, minuterios, materiales, formas, modelos, precios. No deseaba más palabras. Ni una. Las palabras lo conducirían a cierta forma del ridículo. Las palabras rodearían su cuerpo, apuntarían hacia ese maletín que llevaba sobre su cabeza, allí arriba, en el compartimento. Apuntarían hacia esa ropa vieja de colores chillones que al parecer debía cuidar con esmero feroz.

Llamó a la azafata y le pidió un whisky.

—No, mejor un vodka.

Le habría gustado tener enfrente a Gonzalejo. Tomarlo de las solapas de la chaqueta y luego estrellarlo contra una pared. «A ver, cabeza de bola, ¿me quieres decir por qué me tienes recorriendo el mundo con un montón de ropa vieja? ¿Me quieres decir por qué hoy me revisaron, por qué hoy me trataron como una mierda?»

Quería sacudir a su amigo, darle un par de cachetadas; también al motorizado que lo había golpeado en San Bernardino, a la mujer y el niño que se murieron frente a su casa, a la azafata que tardaba en traerle su segundo vodka, a Elizabeth, a Jesse, a su madre, a los compañeros de Jaime que se pasaban vídeos de humillaciones carcelarias.

«Ropa vieja, carajo, alguien que me explique para qué sirve la ropa vieja. Alguien que me diga por qué la revolución me tiene llevando ropa usada, ropa olorosa a sudor y encierro.»

El tercer vodka le reveló que en los aviones se bebía mucho peor que en esos restaurantes donde se reunía con Gonzalejo y Raúl. «Ojalá pudiera estar ahora mismo en el Rúa, en el Casa Urrutia, en el Punta Grill», suspiró con impaciencia y cansancio.

Con el cuarto vodka concluyó que tal vez la ropa vieja ocultaba una clave especial, una delicadísima información que los servicios secretos de gobiernos amigos utilizaban para transmitir datos fundamentales. Hasta ese momento había pensando que trasladaba dinero a organismos y personas cercanas al Proceso, pero quizás su misión era todavía más delicada y necesaria.

Cuando aterrizaron en Praga, llevaba una borrachera feliz. Una vez más lo dejaron pasar sin problemas. Siempre en los aeropuertos de llegada había un guardia que alzaba las cejas al mirarlo y lo dejaba seguir una vez que él le entregaba un pequeño sobre con billetes.

A la ciudad lo llevó un taxi. Allí se quedó sin aliento al pasear junto al Moldava: le pareció que el río envolvía Praga como una capa temblorosa, un brillo afrutado, una prolongada esfumatura. Praga parecía copiar el agua de su río, levantarse como una prolongación de su humedad.

Llegó al hotel y se dio una larga ducha. Luego se secó vigorosamente con una toalla. Se peinó frente al espejo. Al intuir que esa sensación cálida en las sienes era el anuncio de la resaca se encajó otro vodka mirando la plaza Wenceslao: una plaza con forma de avenida.

Bajó a dar un paseo. En un puesto de comida pidió una salchicha. Se la sirvieron con mostaza y un trozo de pan. Pidió otra. A su lado, un calvo delgado con cejas muy pobladas, le hizo una fotografía a su plato. Idiota, pensó Donizetti. Giró el rostro. Le parecía recordar que en algún hotel cercano, Kafka había leído uno de sus cuentos más famosos para un público perplejo que se daba codazos. Bebió una cerveza en un par de sorbos. ¿Qué pensaría Kafka de viajar por el mundo arrastrando una maleta llena de ropa vieja?

Subió a su habitación. Quizás lo más prudente era llamar a Gonzalejo y revelarle lo que había sucedido en el aeropuerto. O mejor no. A él le pagaban por llevar un maletín. Seguro que lo que había pensado un rato antes era la respuesta adecuada. La ropa llevaba un mensaje cifrado a ciertos aliados internacionales. Ahora mismo se estaban moviendo asuntos complejos, secretos. En una ocasión, cuando debía trasladar un maletín a Oriente Medio, preguntó si no era posible viajar en el avión que semanalmente volaba casi vacío entre Caracas y Teherán, y luego moverse desde allí por tierra. Le dijeron que ni lo pensara. En ese avión solo podía entrar gente muy escogida.

—Además —bromeó Gonzalejo—, dicen que quienes viajan allí, cuando regresan, si apagan las luces se ven fosforescentes y verdecitos.

Donizetti cerró las cortinas de la habitación y se encerró en el baño. Abrió el maletín y extrajo las camisas y pantalones. Intentó mirar cada trozo de tela. Hurgó en las mangas, en los bolsillos, miró las etiquetas con atención extrema. Pasó la yema de los dedos por cada pieza de ropa intentando comprobar si tenían algún doblez, algún fragmento cosido de manera discreta. No consiguió nada.

Intentó recordar el orden en que se encontraban las piezas de ropa. Las colocó de la misma manera en que se encontraban y luego se sirvió otro whisky. Sabía que sin esa sensación fogosa recorriendo sus músculos no se habría atrevido a fisgonear dentro del maletín. Se sentía audaz. Al menos por unos minutos. Al menos durante

los minutos que transcurrieron entre su arriesgado gesto y el mensaje que le llegó en el celular. «Regresa al aeropuerto; agarra el primer avión que sale para Ginebra.»

Tomó un taxi. Llevaba en la boca el sabor áspero de la mostaza.

Al subir al avión pidió entrar al baño de inmediato. Le gustó mirar su rostro en el espejo. Se sintió guapo. Luego vomitó un par de veces y cuando se limpió la boca comprendió que el miedo regresaba como una fría caricia en la espalda.

«A lo mejor debería retirarme», pensó. «Dejar este asunto de los maletines y quedarme tranquilo en la agencia, haciendo mis notas, mis reportajes.»

Apretó los párpados. Respiró grueso, alzando los hombros. Le pareció que a sus espaldas una voz fantasmal e invisible contaba hasta diez. «¿Y si en Ginebra alguien me espera para asesinarme por un par de kilos de ropa vieja?», pensó.

Le pareció una muerte ridícula, innecesaria.

Sin saber por qué, recordó el entierro de Rafael Orozco, el cantante de vallenatos al que años atrás le llenaron el rostro de disparos. Una despedida de miles de personas agitando pañuelos blancos en el aire y siete cantantes al lado de la tumba entonando una melodía desgarrada a la que acompañaban dos acordeones. «Esa sí es manera de morir», murmuró. Luego comenzó a tararear la última canción que puso de moda aquel hombre, una canción dedicada a su bellísima amante, una mujer de veintitantos años, cuyo padre, según dicen, fue el que contrató a los sicarios que aniquilaron a Orozco una noche de fiesta. «Esa sí es manera de morir», repitió, y por un instante imaginó que lo enterraban y que al lado de su tumba solo aparecía un enlentecido Jesse que le arrojaba un poco de tierra y le soltaba entre bostezos: «Caramba, Doni, ahora sí vas a poder dormir más que yo».

## Manuel y el río

Lo leí en un tuit: el Guaire es un río que no se atreve a ser río.

Suena bien.

Pero quizás no es eso. Lo pensaba esta mañana cuando fui a buscar una mercancía y en medio del atasco de la autopista contemplé esas aguas de miel negra, ese hedor, esas espumas de índigos brillantes, y dos o tres garzas blanquísimas que saltaban al paso de las ratas buscando improbables piezas de comida.

¿Y por qué pensaba hoy en ese río?

Lo ignoro.

Pensé en el Guaire como a veces lo hacía en el Ñato, o en aquella lejana radionovela que escuché junto a mis hermanas: *Martín Valiente: el ahijado de la muerte*, o en la primera vez que tía Felipa me llevó a la montaña de Sorte, o en las tardes de estudio con Donizetti y con Reig, y por encima de todo, en la primera pelea de boxeo que vi completa: un imponente Betulio González ganando a Miguel Canto, ese extraño boxeador que atacaba y atacaba mientras retrocedía y daba la impresión de huir.

Retrocesos. Supervivencia. Manera de pelear a lo Canto. Yendo hacia atrás pero golpeando duro.

Aunque también pensé en el Guaire porque un rato antes, mientras ordenaba las vidrieras con los zapatos que llegaron esa semana, retornó otra de mis duermevelas. Entonces me vi en una montaña y distinguí a un grupo de hombres que desviaban el curso de un río gracias un muro de rocas.

Los contemplé mientras enterraban a una persona a la que colocaban sobre una refulgente y sólida mesa dorada. Entonces el muro que represaba el río estalló y las aguas retornaron a su cauce.

La imagen continuó un rato. No puedo asegurar cuánto porque escuché ruidos. Mi padre gritaba furioso. Un flaco con labios de serpiente acaba de salir corriendo después de robarnos un par de zapatos. Caminé hasta la caja para buscar la 9 mm, pero luego descubrí que el tipo se había marchado con un modelo de cada pie.

–Si vuelve en unos días a buscar la pareja correcta le abro el cráneo–, grité para que mi padre me escuchase.

Lo vi resoplar con desprecio.

Un par de días después había olvidado el Guaire y las duermevelas, pero me dio

por pensar que la amistad es siempre un proyecto incumplido. Encontré la espantosa chaqueta que me regaló Donizetti años atrás. Así, recordé a aquel boxeador que se llamaba Carlitos Gutiérrez: un fajador que juró públicamente que algún día sería campeón del mundo. Lo cierto es que peleaba como si eso fuese inevitable, pero ni siquiera luchó por un título. Se fue desinflando. Poco a poco. Como las grandes amistades. Sin aspavientos.

Mis amigos: Donizetti, Reig, algunos otros, se me fueron borrando como las esperanzas de Carlitos Gutiérrez. Sin decisiones drásticas.

Comencé a vestirme con esmero, a cuidar mis cortes de cabello, a deleitarme horas en un gimnasio donde mi cuerpo se transformaba en la exacta dureza de una escultura de Praxíteles.

Eso fue lo que Félix encontró en mí.

Teníamos juntos quince años. Vivíamos estupendamente. Él en su casa, con su familia: esposa, tres hijos, tarjetas de Navidad con arbolito iluminado al fondo. Yo aquí. Solo. Y cada vez que podíamos, nos encontrábamos.

Hasta que algo sucedió.

Félix preparaba una ensalada griega cuando escuchamos siete disparos frente al edificio. Me derramé sobre suelo; seguí leyendo el periódico y él se agachó con un trozo de queso feta en la mano mientras tropezaba con platos y ollas. Una lluvia de ojos negros llovió sobre su espalda. Cuando me acerqué a él, dijo que las carísimas aceitunas encargadas a un amigo que viajó a Europa habían caído en el piso y ya no servían para comer.

Unos segundos después vi a Félix asomarse al pasillo. Insistió en pedirme los binoculares. Descubrió a un adolescente desmadejado junto a la venta de cauchos; un charco color vino salía de su espalda. Comenté que posiblemente habían querido robarle los zapatos.

Cuando le pedí a Félix que terminase la ensalada, tiró los platos sobre el fregadero y salió a toda prisa.

Llamó dos días después. Dijo que saldría del armario, que abandonaría a su familia, que viviría conmigo, que nos mudaríamos a alguna ciudad del interior: Mérida, Coro, Porlamar. Corté la comunicación. Esperé que se tratase de una locura transitoria.

Siguió insistiendo al día siguiente. Le expliqué con suavidad que yo jamás me movería de Caracas. Mucho menos deseaba hacerme fotos con un pesebre taiwanés, regalos envueltos en papel dorado y fotos tamaño afiche de nuestras vacaciones en Ibiza. Furioso, preguntó cómo podía seguir viviendo con tanta tranquilidad en el lejano Oeste.

No quise volver a hablarle.

Y es desde ese momento cuando aumentaron las duermevelas; cuando los zapatos de la tienda parecieron crecer como monstruos, cuando sucedieron

encuentros desangelados como el de mi antiguo amigo Donizetti García o cuando me dio por preguntarme qué habría sido de la vida del Ñato o cuál era el espacio de río Guaire dentro de mi existencia. Como si mis tiempos de plenitud trabajando en la radio, mis fiestas con gente hermosa, mis viajes de vacaciones por ciudades irrepetibles, mis años con Félix se hubiesen disipado por siete disparos.

Pensando estas cosas salí a las calles próximas a mi superbloque. Compré un par de kilos de papas esmirriadas en un camión y aburrido pregunté a varios conocidos por el Ñato.

Seguí caminando. Encontré tres carros desvalijados. Hace años que mis calles eran un cementerio perfecto para autos robados que morían aquí y permanecían como la osamenta de un animal devorado por buitres.

Cerca del quiosco de periódicos, un viejo que en vez de piernas tenía dos muñones sonrosados como rostros de bebés, comentó que el Ñato había progresado mucho, que ya no vivía por la zona, sino que pasaba cada tanto a evaluar los negocios. El anciano señaló con su dedo hacia una calle que bordeaba el cerro.

—Allí aparece ese señor en una tremenda nave, lo cuidan siete tipos que tienen cara de perro.

Miré el dedo de aquel hombre. Un dedo encorvado, con la uña mugrienta, larga. Luego arrastrándose, el anciano se dio la vuelta y lo escuché orinar contra la pared. El charco creció y poco a poco le empapó los muñones.

## Décimo sexto

Le sorprendió que en Ginebra el cielo estuviese radiante, pero que la ciudad vibrase de un modo tan medido, como si desconociese por completo la idea del exceso.

Caminó unos metros. Sospechó de un hombre que sin ser Thelonus Monk llevaba un sombrero de Thelonus Monk. Quizás fuera el encargado de recibir el maletín. Lo miró de reojo, luego lo miró de frente. Thelonus se detuvo en una esquina y no se movió.

Donizetti verificó el cartel: Rue de la Rotisserie. Era el lugar indicado. Ahora debía esperar. Le dolía la mano. Aunque ya sabía que no llevaba en el maletín documentos, dinero o armas secretas, le parecía necesario mantener las mismas precauciones.

Caminó por la calle. Se quedó un rato mirando el paso de un tranvía y a un par de muchachas rubias que hablaban saltando del francés al inglés y que se detuvieron en una tienda de electrodomésticos. El aire olió a pan. Donizetti se acarició el estómago. ¿Qué comerían los suizos? ¿*Fondue*? ¿Solo *fondue*? Buscó con la mirada al hombre con sombrero de Thelonus Monk que no era Thelonus Monk. No logró verlo. Le pareció que a lo lejos había un mercado de artesanía. Un vago sonido de quejas saltó en el aire.

Recibió un nuevo mensaje: «Muévete un rato a cualquier sitio; regresa en dos horas al mismo lugar donde estás ahorita».

Comenzó a caminar. Miró un par de veces para comprobar si Thelonus lo seguía pero no logró descubrir su silueta. Dio varias vueltas hasta que en la Rue Charles Humbert consiguió una librería en español. Entró por curiosidad y se alegró de encontrar unos volúmenes de Julio Ramón Ribeyro que buscaba desde hace años. Alguna vez los amigos de la universidad le habían ofrecido prestarle esos títulos o darle unas fotocopias. Una de esas promesas humeantes de medianoche que nunca se concretan.

Pagó todos los libros y conversó con el librero; un hombre que dijo llamarse como el Cid Campeador y que con gran simpatía le hizo un buen descuento. Al salir vio que al lado de la librería se encontraba un restaurante. Le gustó el olor de la comida. Se sentó en una mesa. Bebió dos o tres cervezas que nunca había probado y pidió un ají de gallina. Le causó gracia encontrarse en Suiza comprando libros de Ribeyro y comiendo platos peruanos. Pagó la cuenta y paseó un buen rato: le pareció encontrar una ciudad apretada en sí misma, desnuda de imágenes, de adornos.

Recibió otro mensaje en el celular: «Vuelve». Dando largas zancadas regresó a la Rue de la Rotisserie. Se detuvo en el mismo lugar y esperó. Guardaba en su boca el sabor del ají de gallina. «Sigue al hombre del sombrero.» Donizetti alzó el rostro y miró la calle desierta. El hombre con sombrero de Thelonus Monk que no era Thelonus Monk apareció en la esquina. Donizetti avanzó hacia él. Thelonus señaló una puerta oscura al final de una pequeña calle. Donizetti comprendió que debía entrar por ese sitio. Avanzó hacia allí. El aire olía a cerrado, a telas húmedas, a licores azucarados. Recorrió un pequeño pasillo y luego bajó por una escalera estrecha.

Primero vio a unos camareros de brazos musculosos que servían copas con chalecos ajustados. Un lugar gay, pensó. Giró el rostro y contempló parejas de muchachas y muchachos apretujándose ansiosos, chispeantes. Un lugar de jovencitos, volvió a pensar. Luego vio a una rubia de pechos gigantes y a una negra bailando para que las contemplasen un par de hombres con bigotes; un burdel, concluyó de nuevo. Cuando se sentó en una barra, distinguió a tres mujeres con gesto desesperado y un poco más allá descubrió a una anciana de cabellos blanquísimos conversando dulcemente con un adolescente de rostro andrógino.

«Un lugar que es todos los lugares», concluyó Donizetti. Bastaba con moverse unos pocos metros y entonces se saltaba a un universo diferente que a su vez se transformaba en otro y en otro y en otro a medida que daba unos pasos. «En pocos minutos, aquí podrías ser muchas personas.»

Donizetti aguardó alguna señal pero nada sucedió. Apretó el maletín. A su lado, un hombre discutió con el camarero de la barra y picó la mesa con sus dedos mientras lanzaba un par de gritos. En unos segundos apareció un negro gigante de dos metros de altura y dos metros de espalda. Su mano saltó sobre la nuca del hombre, lo atenazó como si tuviese garras y poco a poco lo elevó como si fuera un conejo aterrorizado.

Donizetti volteó la cara. Las peleas no eran su problema. Él solo debía entregar un maletín y beber una copa. Pidió una especie de cóctel de tequila y jugo de frutas. Un anciano se colocó a su lado. Tenía esa gestualidad de quienes llevan un buen rato bebiendo pero todavía conservan la compostura. Lo miró despachar en dos tragos un whisky. Luego el anciano giró el rostro: dos ojos como espejos sucios de salitre flotaban en su cara.

—¿Le gusta Ginebra? —preguntó en perfecto español.

Donizetti dudó si responder. No le interesaba charlar; pero tampoco quería parecer tenso.

—Apenas la conozco —susurró.

—Es un lugar que está bien. Ginebra es una ciudad sin énfasis; es una ciudad que se olvida de sí misma. París nunca olvida que es París; Roma sería incapaz de olvidarse de que es Roma, pero Ginebra...

–Cualquier lugar da lo mismo mientras haya donde beber una copa o abrazar a una mujer –murmuró Donizetti, y muy satisfecho por su frase apuró con rapidez su trago.

–Por su acento veo que es de Caracas. Una ciudad que baila, pero que está llena de énfasis. Eso es lo que la pierde; vive en la desesperación del humor, pero en el fondo es enfática... Yo estuve allí alguna vez. Escuché Caracas durante días... voces, voces, voces, voces. Me sorprende que la gente no se asfixie, nunca paran de bailar, pero tampoco de ser peligrosamente enfáticos.

Donizetti pidió otra copa y comenzó a mirar su celular para ver si el anciano se callaba, pero el viejo pidió otro vodka y soltó una carcajada ebria. Luego pareció olvidarse de Donizetti y extendió su mano para acariciar la espalda indiferente de una muchacha de ojos achinados que se colocó a su lado.

Al fondo encendieron unas luces: el anciano se dio la vuelta y soltó unas últimas frases en las que vagamente mencionó un laberinto, una corriente de agua y un rey visigodo.

–Las palabras importantes nos llegan al menos dos veces –eructó el anciano, luego levantó la mano para despedirse y desapareció dando tumbos.

Donizetti se alegró al ver que el borracho se marchaba. Unos minutos después sintió que su bolsillo vibraba. «El gigante de la puerta. Dáselo a él», decía el mensaje.

Bajó de su silla y caminó hasta la entrada. El portero, al mirarlo, sonrió con lentitud, extendió una de sus manazas y Donizetti le entregó el maletín.

Detrás de él, en un escenario inundado con luces azules y amarillas, un hombre imitaba a Prince con verdadera pasión. «Parece un hombre feliz», pensó Donizetti sintiendo la ligereza de sus manos. «Parece feliz, jamás tiene el peso de ser nadie», murmuró.

## Décimo séptimo

Cuando el avión aterrizó en Venezuela, Donizetti despertó de su espeso sueño con una vaga sensación de fatiga: dolor de espalda; pesadez en las sienes. Una gelatinosa inquietud mordía su estómago, como si un pequeño insecto habitase allí dentro, y estuviese creciendo entre paredes y ácidos gástricos.

Tomó un taxi y dio su dirección. Quería separarse de la extrañeza de esas horas. No hizo ningún intento por hablar con Gonzalejo, mucho menos por comentar el raro suceso del aeropuerto con la ropa vieja. Verificó en internet y con agradecida sorpresa comprobó que en su cuenta ya habían aparecido los viáticos, de modo que allí se cerraba la historia. Prefería vivir así. Sin demasiadas dudas o curiosidades. De espaldas a la incongruencia. El equilibrio consistía en asumir que la existencia era un hilo de agua cuyos pequeños desvíos debían ser ignorados.

Al llegar a su casa estuvo un rato saltando entre piezas de Thelonus Monk y de Louis Armstrong, luego cerró con unas arias de Puccini. A pesar de su pretendida serenidad, sentía comezón en las encías: como cuando de pequeño su padre lo llevaba al dentista y el miedo se anunciaba igual que si tuviese hormigas caminando por su lengua. Oyó las voces de Verónica y Amandita que lo llamaban. Se acercó al cuarto. Vio a su esposa y a la niña jugueteando y cantando melodías de la tele. «Yo me voy a quedar aquí con ella esta noche», dijo la mujer, «parece que Ami tiene unas décimas». La niña se notaba alegre aunque tenía el rostro encarnado. Él sugirió que descansasen. Amandita le pidió con palabras cómicamente solemnes que cada tanto se asomase para comprobar que ella se encontraba bien.

Donizetti se acostó en la inmensa cama. Le gustó el olor de las sábanas. Entrecerró los ojos. Le pareció que en sus ojos vibraba una textura cristalina, como de capas grises y destellos minerales; pensó en una película de Fritz Lang. Después, durante unos segundos recordó que en su anterior viaje, en el aeropuerto había intuido a lo lejos un rostro familiar, como el de un remotísimo pariente, un amigo, un vecino borroso del pasado. Luego ya se quedó dormido por entero hasta que al darse la vuelta miró la hora: las tres y siete de la madrugada. A lo lejos, muy a lo lejos, le pareció escuchar una ráfaga de ametralladora. Se colocó las pantuflas y se acercó al cuarto de Amanda. Vio a Verónica echada hacia un lado, rendida, y la niña en el otro extremo de la cama, respirando con fuerza. Extendió la mano y la frente de Amanda le pareció una piedra bajo el sol. Tomó el termómetro digital, se lo pasó unos segundos por las sienes sudorosas: cuarenta y un grados.

–Verónica, levántate, busca el Ibuprofeno –dijo con voz ansiosa y tomó a la niña en brazos.

En cuatro zancadas llegó al baño y abrió la ducha; se metió debajo de ella con Amanda, que protestó con gritos afónicos. Susurró frases para consolarla y la meció mientras tarareaba una melodía hasta que la niña dejó de temblar. Verónica apareció con la mirada perdida y el medicamento en las manos.

–¿Es este o el de la caja verde? –preguntó la mujer.

–La caja rosada, amor, la de las letras rosadas –dijo Donizetti cerrando el agua y envolviendo a Amanda en una toalla gruesa y de colores vivos.

Le dieron las gotas. Como a Amanda no le gustaba el sabor de la medicina, Donizetti le buscó una pastilla de chocolate suizo que llevaba en su abrigo y se la colocó en la boca. «Esto es lo que le dan a los niños en *Heidi* cuando alguno tiene fiebre y se curan de inmediato», le musitó en el oído.

Verónica parecía asustada: los ojos inmensos como platos, las aletas de la nariz expandidas, como si el apartamento se estuviese quedando sin aire. Donizetti la calmó dándole unas palmadas en el hombro y diciéndole que él era un experto en fiebres infantiles, que casi podría ser pediatra porque leía muchísimo en internet sobre medicina.

Colocaron a la niña en la cama; Verónica le hizo unas fricciones con alcohol y Donizetti le abanicó el rostro con una carpeta. Al rato volvieron a tomarle la temperatura y comprobaron que ya iba bajando.

–Mañana la llevas al médico a primera hora –murmuró él.

La mujer asintió y cayó rendida, como si se hubiese desmayado de cansancio.

Él la arropó con la sábana. Luego comprobó que la niña estuviese fresca y le colocó al alcance de la mano un vaso de agua por si se despertaba con sed.

Se fue a la cocina y se fumó dos cigarrillos. Bebió los restos de un jugo de naranja. Pensó que seguía sin conseguir el queso que le había pedido su mujer. Miró la nevera. Resopló. Tres botellas de agua; dos trozos de una suerte de jamón, un plato con anchoas, verduras. Se distrajo un buen rato contemplando una zanahoria que tenía un golpe en la punta: una especie de ojo violeta y húmedo. Le pareció que las verduras tenían una tristeza humana, como si intentasen imitar a las personas a la hora de descomponerse.

Caminó por la casa. Abrió el libro de Ribeyro que había comprado en Ginebra. Leyó frases al azar. Luego caminó hasta las habitaciones y verificó que la temperatura de la niña seguía bajando, y al ver lo tarde que era prefirió darse una ducha y acercarse a la agencia de noticias. Le gustó sentir el agua caliente en su espalda y en su cabeza. Estaba enjabonándose cuando la ducha hizo un ruido gorgoteante. Unos segundos después el agua desapareció. Donizetti golpeó la pared. «Carajo, deberían avisar. O a lo mejor avisaron, pero carajo, qué ladilla que esto suceda todas las semanas», murmuró mientras se quitaba el jabón con la toalla.

En su cuarto se colocó la primera camisa que encontró al abrir el armario y unos

viejos pantalones. Comprobó que no combinaban, pero la ducha frustrada lo había dejado de mal humor.

Esperó el ascensor un rato y cuando se montó le dio los buenos días a un hombre de bigote entrecano al que nunca había visto en el edificio. Puso cara de asesino. Como si llevase la Glock en el pantalón. De reojo se contempló en el espejo. Raúl se lo había dicho hace poco: «En este país hay que tener cara de policía, es la única manera de que no te jodan, que todos piensen que el que puedes joderlos eres tú».

En el segundo piso se subió una mujer gorda. Donizetti no la saludó porque estaba inmerso en su papel de policía mafioso que podía escupir millones de balas en medio minuto. Iban por el primer piso cuando pensó que la mujer tampoco le resultaba familiar. «Jamás la he visto, qué casualidad», alcanzó a pensar justo antes de que la gorda le hundiese un rodillazo en medio del estómago y lo dejase aturdido. Él alzó el rostro, perplejo, suplicante. Vio que el hombre del bigote sacaba una CZ 75 y detenía el ascensor. La mujer le colocó el zapato en la tráquea y el hombre lo apuntó en medio de la frente.

Con fuerza cerró los ojos. «Es un atraco», pensó, «quizás tenga suerte y no me maten. Quizás tenga suerte».

## Décimo octavo

Le pareció extraño. Donizetti intentó mantener baja la mirada. Le habían dicho que esa era la única táctica que funcionaba. Demostrar que no había intención de memorizar sus rasgos; ofrecerles sometimiento, humillada quietud, pero hasta tres veces lo agarraron por la barbilla y le exigieron que prestase atención.

–A ver, chico, mírame y escucha –dijo el hombre del bigote entrecano–. Si te portas bien, no pasará nada; pero si te pones mala conducta, te meto la pistola en la boca, te disparo y el cerebritito se te va a poner como un puré de papas.

Salió del ascensor escoltado por los dos asaltantes. Nada más salir apareció un carro oscuro y lo metieron en el asiento de atrás. Le sorprendió el olor del automóvil, un penetrante olor a fresas estrujadas.

«En unos minutos a lo mejor me matan y sin embargo el aire tiene un olor sabroso», pensó desolado. Esa fragancia era una evidencia de que el mundo ya se aprestaba a continuar sin él, lleno de exaltaciones, de chispeantes alegrías. Imaginó que morir se era igual que ser expulsado de una fiesta y comprobar que la gente continuaba bailando eufórica. «Lo peor de un fantasma es su rencor», pensó Donizetti y vio que le temblaba la barbilla.

La mujer gorda hundió una Beretta 92 en su estómago y le susurró con dientes apretados:

–Vamos a dar un paseíto. Si tratas de llamar la atención, te metemos un tiro y dejamos que te desangres en la Cota Mil. Puedes jurar que aunque sea de día, nadie se va a parar a ayudarte. Así que te morirás poquito a poco y eso duele que jode.

Donizetti intentó respirar con serenidad. Creyó que si lograba dosificar sus inspiraciones lograría bajar la taquicardia. Fue inútil. Pero al menos consiguió que sus pensamientos se ordenasen. «Es un secuestro», pensó. «Otro secuestro exprés. En un rato llamarán a Verónica y le dirán la cantidad de dinero que debe entregarles. Quizás alguien del banco les dio un soplo y vieron los ingresos; aunque no, no lo creo, si apenas he cambiado nada en bolívares, todo está en las cuentas del exterior, ¿tendrán soplonés allá? Qué va. Solo es mala suerte, pura mala suerte, me tocó a mí, se metieron en el ascensor, andaban de pesca milagrosa y el primero he sido yo. Mejor así, mejor que no les haya tocado a Verónica y a la niña.»

Estuvieron dando vueltas. Donizetti vio que en los asientos delanteros iban el chofer, un hombre muy alto, de cabellos cortos y amarillentos, y otro hombre de piel cobriza que en sus manos llevaba un AK-108.

Alzó imperceptiblemente las cejas al imaginar que pedían más dinero del que

tenía ahorrado. Con los últimos trabajos guardaba una razonable cantidad; pero habría que ver cuánto valía para ellos. Pensó si la cooperativa del cole funcionaría también con los padres. Al principio él no quería participar: hacer una cooperativa de ahorros para que en el momento en que secuestrasen a alguno de los niños del colegio el padre pudiese reunir el rescate, le pareció una idea de enemigos del gobierno.

Finalmente aceptó. No quería significarse demasiado. ¿Podrían ayudarlo ahora?

Resopló. Asustado. Jadeante.

Verónica también comentó en una ocasión que guardaba cerca del teléfono el número del banco que daba créditos especiales en plena madrugada para pagar secuestros. Esa podía ser una solución. Quizás lo era.

Le zumbaron las sienes.

–Papi, ahora sí me vas a cerrar los ojitos –dijo la mujer y le cubrió los párpados con un pañuelo.

Lo llevaron con pasos muy lentos, primero atravesó un olor de agua empozada, luego un olor de detergentes. Cuando le quitaron la venda, estaba en medio de una habitación y el hombre que llevaba el AK-108 lo apuntaba con aburrimiento. Luego entraron los dos asaltantes del ascensor; la gorda agarró a Donizetti por el cabello y acercó su cara hasta mostrarle unos dientes amarillos como marfil.

–Vendrán unos amigos a hablar contigo. Pórtate bien.

Donizetti imaginó que acababan de venderlo a otros secuestradores. Solía suceder. Algunos malandros hacían el trabajo inicial y luego negociaban con otros que tenían mejores condiciones para esconder a una persona y conseguir el rescate.

La cabeza le temblaba como si fuera gelatina. Apretó las mandíbulas para detener esa sensación, imaginó que en unos minutos se le caerían la lengua, los ojos, la nariz, la boca.

Se abrió la puerta. Entre la luz cremosa pudo distinguir al joven que días atrás le había dado la cachetada en San Bernardino. Detrás de él apareció un resplandor sedoso, verde: el mayor cubano que trabajaba en la agencia de noticias irrumpió con sus manos gigantes. A Donizetti las rodillas parecieron doblársele. El asunto era peligroso: no se trataba de un secuestro; y además estaba implicado un cubano. Cuando ellos aparecían es que algo muy grave estaba a punto de ocurrir. O ya había sucedido.

## Décimo noveno

–Tu hija ya está mucho mejor –dijo sonriente el cubano–. Le han dado algunos antibióticos y no ha vuelto a tener una fiebre tan alta como la de anoche.

Donizetti tomó aire. Quiso mirar al mayor directamente a los ojos. Sintió una corriente helada lamiendo su cuerpo. Vencido, inclinó el rostro. Recordó el vídeo que Jaime miraba en el celular: aquel hombre al que humillaban los otros presos. Recordó la cara del hombre: ojos abiertos, detenidos en el pánico, expresión de quien anhela cualquier instrucción, cualquier orden para obedecer, para volverse un gusano con tal de salvarse.

Tomó aire y murmuró con una voz que le pareció ajena:

–Compañero, dejemos a mi familia fuera de esto, no tienen nada que ver y nada saben. Usted dígame qué necesita, qué problema hay y yo le colaboro en lo que haga falta.

El mayor fingió una sonrisa.

Cuando Donizetti llegó a la agencia de noticias, el cubano ya trabajaba dentro de ella como asesor. No le pareció extraño. Había escuchado montones de historias similares. Sonia, una amiga del liceo, laboraba como reumatóloga en un hospital de San Felipe y le contó a Donizetti cómo poco a poco el gobierno fue colocando junto a ella a médicos y enfermeros enviados desde La Habana. Ella juraba que aquellos señores no podían ser médicos por la cantidad de errores que cometían y lo precario de sus conocimientos, pero desde luego, todo el que quisiera seguir trabajando debía fingir que no se daba cuenta de esos fallos y que tampoco se percataba de lo diligentes que eran los compañeros enviando informes sobre la vida privada del personal sanitario.

Si a Donizetti le quedaba alguna duda, esta se disipó cuando se fue a renovar el pasaporte y descubrió el acento habanero de quienes se ocupaban del proceso de identificación. «Todos tenemos un compañero insular en nuestras vidas», sonrió él, mientras una mujer lo atendía con amabilidad al ver las cartas de recomendación que traía desde la agencia.

Pero en la oficina nunca quiso tropezarse con el mayor. Sabía que formaba parte de la operación de los maletines y prefería tenerlo a distancia. Sus ojos de sapo ahorcado le daban temor.

Y ahora lo tenía allí.

Enfrente.

Rascándose el codo.

Donizetti lo miró de refilón. Del cuello le colgaba una cadena de oro

extremadamente gruesa que parecía irritarle la piel y le dibujaba una erupción escamosa.

–Eres un caballero, Donizetti. Mira que cuidar así a la hija de tu mujer. Es que dicen que a las segundas esposas se las quiere con desesperación; por aquello de que un nuevo fracaso ya significa que el problema es uno mismo... No lo sé. Yo sigo con mi primera mujer. Está en Matanzas. La visitaré pronto.

El mayor se frotó las mejillas. Donizetti se quedó mirando esa mano. Parecía una araña gigante devorando un rostro.

–Compañero, ya le dije...

–Donizetti, llámame mayor, mejor así, mayor Reyes Hernández. Parece mentira, no nos conocemos y tenemos ya tiempo trabajando juntos en la agencia.

–Mayor Reyes Hernández..., dígame usted qué sucede y le diré si puedo ayudarlo. Soy un cuadro muy sólido. Si me necesitan para que informe de algo, o que comente alguna irregularidad que yo haya podido intuir.

El militar suspiró y miró al techo. Parecía compungido. Sus ojos se achicaron como pequeñas monedas.

–Lo sé, lo sé, muchacho. Te incorporaste tarde al Proceso, pero te portas más o menos bien. Lo que ocurre es que a veces te suceden asuntos irregulares y no informas –murmuró el mayor y sus pupilas brillaron como si fuese un gato.

–¿Ah?

–Eso. Que no informas con la rapidez, con la seriedad que se necesita.

–Bueno, quisiera ayudarlo, mayor, pero tendrá usted que explicármelo con claridad.

–No te apresures, Donizetti. No te me fatigues. Lo primero que necesito es que me digas dónde está la Glock.

Donizetti sintió que un escalofrío saltaba en su piel, como si alguien pasase la punta de una espada por su columna.

–¿La Glock?

–Eso es, la Glock 9 mm que se te asignó hace un tiempo para labores defensivas. ¿O es que trabajas para el Mossad? Tenemos al Mossad intentando infiltrarse. Y sé que de niño ibas mucho a San Bernardino con tu padre. A lo mejor eres judío.

–No, para nada. Papá y yo íbamos de paseo, a una heladería... La Crema Paraíso.

–Que es de un señor judío.

–No lo sabía. Creo que nadie lo sabe. Yo solo iba por las cocadas y las merengadas de mantecado, y en cuanto a lo del arma yo informé a...

–¿A quién, Donizetti? A mí no.

–Claro, mayor, pero yo no sabía que usted era quien estaba al mando. Ahora lo sé y no volverá a suceder. De ahora en adelante, tendremos línea directa.

Donizetti tomó una bocanada de aire. Desde los tiempos de la universidad, al escuchar terribles historias de exiliados chilenos y argentinos que habían soportado

torturas sin hablar, le advirtió a sus amigos: «Jamás me cuenten ningún tema político, yo no tengo el temple de esa gente, a mí en cuanto me den una cachetada, lo que no sepa me lo invento... “Señor policía, fue mi padre, y mi madre, y mi abuela... ¿Dónde firmo?”».

Pero ahora, al verse en un interrogatorio, comprendía que antes de acusar a nadie debía saber de qué lo acusaban. No podía dar un paso sin saber a qué se enfrentaba. Muy mal le irían las cosas si soltaba un nombre y esa persona era quien lo tenía encerrado dentro de aquella habitación.

–Mayor, la Glock la dejé en mi escritorio un fin de semana y el lunes siguiente no apareció. Si usted me permite hacer memoria le digo la fecha y así será más fácil investigar qué ocurrió con ella.

El mayor asintió satisfecho. Sacó un cuadernito de tapas naranjas y un lápiz tan pequeño que parecía un insecto entre sus dedos de chorizo. Donizetti se explayó en detalles nimios, recordó cumpleaños de familiares, sucesos de la agencia, una alfombra que cambiaron en los despachos; dos porroncitos con margaritas que compraron para el coronel. En un momento dado, un hombre calvo y sonriente entró a la habitación: a Donizetti le sonaba su cara de alguna fiesta de la agencia. Sí, lo recordaba porque desde la primera vez que lo vio le pareció que tenía rostro de axila depilada.

El mayor miró al calvo y comentó mientras se rascaba la cabeza:

–Oye, que tenemos a Donizetti de pie y a mí también me duelen las rodillas, tráenos un par de sillitas. Y algo de beber. Para mí un jugo de naranja y para Donizetti... ¿Qué quieres, compañero?

–Un Ricomalt, si no les importa.

Continuaron hablando un buen rato. El hombre con rostro de axila depilada apareció con las sillas y las bebidas. Se quedó con ellos y también sacó un cuadernito. Luego preguntó a Donizetti si no le apetecían unos cachitos; muy cerca vendían unos cachitos buenísimos. Él dijo que podía estar bien, que ya no le faltaba mucho por contar; en eso, el mayor abrió los párpados y se tocó la barbilla.

–Muy bien, muy bien, lo que falta es que me digas qué amigo tuyo se quedó con la Glock.

Donizetti intentó sonreír. Miró a los lados.

–¿Usted cree que fue un amigo mío? Yo no lo sé, mayor. Todas las personas de la agencia tenían acceso a mi escritorio. Pero a lo mejor si miran, encuentran las huellas.

La axila depilada siguió sonriendo y colocó su mano en el hombro de Donizetti. Una mano incongruente con el resto de su cuerpo: blanda, ancha, como una rana durmiendo una siesta.

–El problema, compañerito, es que si miramos las huellas vamos a encontrar las

tuyas. Es tu escritorio, ¿no? Y tendríamos que pensar que fuiste tú. Y tú no quieres que pensemos eso, ¿verdad?

Donizetti negó con la cabeza. A su izquierda vio que las paredes tenían un tono grisáceo: como esos periódicos que comienzan a desteñirse con el roce de la lluvia. Pensó que se trataba de una pared triste, de un color triste, de una textura triste, pero le pareció un tono más tranquilizador que el de la pared de enfrente, donde con algo de esfuerzo podía adivinarse un círculo escarlata muy pálido, como si allí hubiesen estrellado la cabeza de alguien.

–Haz memoria, compañero. Seguro que si te esfuerzas, de algo interesante te acuerdas.

El mayor y la axila depilada se marcharon. Donizetti no intentó hablarles. Le pareció que su última respuesta no logró satisfacerlos. Aumentó esa intuición el hecho de que entrasen la mujer gorda y el tipo que lo habían secuestrado en el ascensor y que sin mediar palabra le lanzasen dos patadas en el pecho. El Ricomalt se esparció por su cara y le manchó la ropa. Sintió que le faltaba el aire, pero pretendió que nada había sucedido; contempló el resplandor alcanforado de una ventana, como si allí pudiese intuir el mapa de un tesoro. Esperó a ver si la pareja le daba alguna indicación. Los dos lo miraron con aburrimiento. Ahora la mujer llevaba una gorra de béisbol. Donizetti intentó adivinar el equipo y le pareció atisbar una M. «La señora es magallanera», pensó. «Quizás deba cambiarme de equipo si logro salir de aquí.» Cerró los ojos. La proximidad de la mujer le daba miedo. Tenía mirada de perro rabioso, pero fue el hombre quien avanzó unos pasos, lo tomó por el cuello y lo puso de pie.

–¿En cuánto vendiste la pistola, hijo de puta?

## Vigésimo

Lo golpearon en el estómago un par de veces. Eran competentes en su trabajo. Los puñetazos apenas hicieron un ruido seco, pero él cayó desmadejado sobre el suelo y aguardó varios minutos a que continuara la paliza.

–Te dejamos solo un rato para que pienses bien las cosas y la lengua se te afloje.

Al recuperar el aliento se arrastró por la habitación hasta apoyarse en la pared. Se quedó dormitando unos minutos. Le pareció que el aire resonaba como el sonido de un mar lejano. Chispas azules salpicaban sus retinas. Escuchó un zumbido. Pensó en una playa llena de bolsas de basura que el mar traía entre sus olas.

Cuando el dolor fue mermando recordó a su madre. Jamás cruzó con él demasiadas palabras, pero sí le dijo en una ocasión, mientras veían en la tele una película de espías: «Lo importante cuando te golpean, es que nadie pueda darse cuenta de que duele. Es algo que tu padre no logra comprender». Donizetti jamás entendió esa frase, y aunque ahora regresaba a él como un sonido silbante, supo que tampoco le serviría de mucho.

A Donizetti siempre le resultó un poco áspero imaginar cómo se había construido la vida entre su mamá y su papá. De la niñez solo recuperaba la silueta de una mujer ausente y el rostro de un hombre que siempre decía un chiste torpe; que siempre llegaba demasiado temprano o demasiado tarde; que compraba pescado cuando ella quería comer chuletas ahumadas, o chuletas ahumadas cuando ella deseaba una ensalada de atún.

Al parecer, recién casados, sus padres vivieron años de quietud. Luego ella quedó embarazada y tuvo a Donizetti. Lo cuidó. Preparaba listas sobre las obligaciones diarias y las cumplía con minuciosidad. Cada vez que culminaba una tarea, la tachaba con una línea roja.

Cuando le tocó el tiempo de ir al colegio, la mamá de Donizetti lo llevaba de la mano y fumaba cigarrillos delgados. Allí conoció a otras madres. Solía compartir con ellas en fuentes de soda con olor a café. Las escuchaba hablar de sus trabajos, de sus proyectos.

Una tarde comentó en casa que retomaría los estudios, que quería ser comunicadora social. El padre de Donizetti sonrió. Regresó esa noche con un vestido bellissimo y muy caro; le dijo a la mujer que la llevaría de paseo a Aruba para que descansasen unos días, para que ella mostrase su vestido, para que ella bailase.

Tal vez hicieron ese paseo, Donizetti no lo recuerda. Lo que sí recupera con claridad es que varios años después su madre contó que acababan de aceptarla en la Central, que tendrían que ayudar un poco más en casa, que ella estaría menos tiempo. A Donizetti le pareció bien, le hacía ilusión poder tener una madre con título universitario. El padre no dijo nada. Hundió los ojos en el plato de lentejas.

El primer lunes en que la mujer debía acudir a clases, el padre de Donizetti regresó especialmente temprano del trabajo. Como a las cinco de la tarde comenzó a mirar a su hijo con atención, a ponerle la mano en la frente, a mirarle la garganta. Luego insistió en que el muchacho tenía mala cara, lo hizo acostarse, le llevó frazadas, le tomó la temperatura un montón de veces. «Papá, yo me siento bien», decía él. «Que no, que no, hijo, tienes mala cara, eso es el virus, o peor, una hepatitis, estás un poco amarillento, en el terminal de pasajeros comentaron que hay hepatitis, tú acuéstate, acuéstate, y tú, mujer, mira a tu hijo, míralo, carajo.»

Poco antes de las seis, el padre de Donizetti tenía las manos en la cabeza, se arrancaba los cabellos, hablaba de la muerte inminente del muchacho: «Se nos va, se nos va». Y al comprobar que la mujer no reaccionaba, el hombre tosía con fiereza: «Y yo, y yo también estoy sintiéndome mal, me muero, mujer, me estoy muriendo, y tú quieres irte a la universidad, te quieres ir justo hoy». Pero la esposa conservaba la serenidad: «Cálmense, cálmate, los dos se ven muy bien, yo no veo que tengan nada». Y el marido: «No, que no, que no, si esos son los casos más graves, cuando uno se ve bien es que ya está para morirse». Y la mujer: «Si se sienten muy enfermos, vayan hasta al hospital y me dejan una nota». Y el marido: «No pienses mal, amor, no es para que nos cuides o para que no vayas a clases, es por el contagio, tú debes tener lo mismo, vas a provocar una epidemia en la universidad, hay que ser responsables, mujer, vas a infectar a la clase entera, y de allí a un montón de familias, y en dos días desatas una epidemia en Caracas, y luego en Venezuela, sé responsable, amor, ya hay suficientes periodistas en el mundo, y además, cuando acabes con el mundo ya no harán falta periodistas».

Donizetti se levantó de la cama y le susurró a su madre que se marchase tranquila. No podría asegurar que ella llegase a escucharlo, pero la vio irse haciendo un ruido punzante con sus zapatos. La miró desde el balcón, contempló cómo caminaba por toda la avenida Victoria hasta cruzar a la izquierda. Le pareció que se veía hermosa con esos pantalones azules que llevaba, con esos cuadernos que apretaba entre sus manos.

Los años siguientes su padre tuvo extrañas ocurrencias. Propuso que la familia se mudase a Barquisimeto; intentó meterse en negocios de caficultura cerca del pueblo donde habían nacido sus abuelos; cambió de horarios de trabajo para que fuese imposible saber cuándo estaría en casa; quiso abrir un negocio de fotocopadoras para que la mujer lo dirigiese; propuso que tuviesen un segundo hijo.

Cierto es que la madre de Donizetti esquivó con habilidad cada embestida. No

era complicado: el entusiasmo del hombre era una mezcla de ternura resignada y de fugaz euforia. Y cierto es que aunque pusiese cara de ternero degollado cada vez que colocaba un billete en la mesa, durante todos esos años pagó cada libro, cada viaje, cada máquina de escribir que la mujer fue necesitando para seguir sus estudios. Donizetti comprendió que su padre tenía muy asentada una fantasía; cuando su mujer obtuviese el título universitario lo abandonaría. Ya no necesitaría más de él. Quizás hubiese estado bien hablar con el viejo, «serenidad, tranquilo, deja de fastidiar a mamá, se ve tan contenta con las clases».

Cuando llegó la graduación padre e hijo se compraron un modelo parecido de corbata. Se hicieron fotos con la radiante mujer. Fueron a almorzar a la Casa de Italia para que ella disfrutase de una lasaña excepcional y un Chianti un poco agrio y costoso. Brindaron por la nueva licenciada. Al viejo le temblaban las manos cuando alzó la copa y cuatro manchas de tinto quedaron sobre el mantel.

La madre de Donizetti se marchó de casa a los seis meses. Había conseguido un modesto empleo en un concejo municipal en Margarita. Con palabras vacilantes, poco entusiastas, le preguntó a Donizetti si quería mudarse con ella, «aunque a tu papá seguro que le gustará que te quedes, a mí no me importa, hijito, yo soy fuerte, pero él quizás te necesite más que yo».

La puerta volvió a abrirse. La mujer con gorra de béisbol traía entre sus manos una vara de hierro envuelta en tela. Donizetti apretó los músculos del abdomen esperando una nueva paliza.

—Tranquilo —dijo ella lanzando la vara hacia una esquina—, por ahora yo me basto con las manos. ¿A que ya empiezas a acordarte de algunas de las vainas que te pregunté? Tienes cara de que estás recordando muchas cosas. ¿Quién tiene la Glock que vendiste?

## Vigésimo primero

Después de muchos gritos, de obligarlo a permanecer de pie durante un par de horas, de amenazarlo con la vara y de otra lluvia de manotazos, la pareja se retiró ofuscada. Donizetti acusó a todos sus compañeros de haberle robado la pistola. Uno a uno. Sin señalar a nadie en concreto, sin exceptuar a ninguno. Hasta el portero, un ancianito artrítico que caminaba encorvado y que apenas se movía desde que perdió la visión, apareció en la lista de nombres que él recitó sin respirar.

Otra vez aparecieron el mayor y el hombre con rostro de axila depilada.

Le pidieron a Donizetti que se sentase; preguntaron si quería otro Ricomalt o quizás otro cachito.

–No, gracias. Se me ha quitado el apetito.

–Los cachitos están bien buenos –dijo el mayor–. Les ponen jamón en cantidad.

–Muchas gracias, ahora no quiero nada más. Pero sí me gustaría saber si he colaborado suficiente y puedo marcharme.

–No. No. Compañero. Tus explicaciones son muy extrañas. ¿Cómo voy a creer que una oficina entera conspira para robarte un arma? ¿Qué tú crees que hago yo aquí? ¿Perder el tiempo? Yo quiero ayudarte e irme a mi casa. Los dos estamos cansados.

Donizetti sintió el ardor de los golpes. Meditó un rato si comentarles que cometían un error: se suponía que siempre debía haber un poli bueno y uno malo; pero ellos se habían distribuido mal; aparecían dos buenos, y luego dos malos.

Se pasó la lengua por el borde de la boca: una mezcla de sangre y chocolate. Las rodillas le crujieron. Trató de respirar hondo.

–¿Y desde cuándo estás en las misiones internacionales? –susurró el mayor, y su rostro pareció una roca.

«¿Será eso lo que en verdad les interesa?», pensó Donizetti. Con pausada voz refirió que llevaba un año trasladando los maletines verdes sin que hasta ahora hubiese ocurrido ningún percance. Cuando terminó esta frase miró a los dos hombres con atención. Al ver que lo contemplaban con ironía, acotó que en el viaje a Ginebra habían sucedido algunos acontecimientos de los que él pensaba informar en cuanto regresase a la agencia, lo que no había sucedido por la invitación abrupta de los dos señores que lo encañonaron en el ascensor.

–Compañerito –dijo el mayor alzando el dedo como si fuese un punzón–, tumba eso, ahórrate las bromas, que no tenemos tiempo para chistes y mariqueras pequeñoburguesas. Extraviaste armamento militar, casi pierdes un maletín en la ciudad de Roma y tuviste una extraña actitud en Ginebra...

Donizetti tomó aire para hablar:

–No, mayor, si esa no ha sido mi intención, usted disculpe. Lo que deseaba decirle es que en este último viaje, en el de Ginebra, fue como si el personal tuviera instrucciones distintas a las de otras ocasiones.

El mayor alzó la barbilla y su rostro pareció alumbrarse. Era el rostro de un hombre afable. Casi paternal.

–Mayor, esta vez, al ir a Ginebra fue un poco raro: en el aeropuerto, los compañeros soldados me revisaron el maletín.

–¿Y antes de eso qué sucedió? –indagó el hombre con cara de axila depilada.

–¿Antes?, nada extraño, lo de siempre, me llamaron para darme la misión, me dieron el billete y recibí los mensajes cuando me encontraba en el lugar.

–¿Todo igual que siempre? –dijo el mayor–. No ocultes nada.

–Lo raro para mí fue que me revisaran la maleta y que sacasen de ella un montón de ropa.

El mayor se mantuvo impávido. Tampoco tomó ninguna nota en su libreta. Donizetti se fijó en ese detalle. El tema de la ropa no parecía sorprenderlo.

–¿Quieres decir que a ti te dieron las instrucciones igual que siempre? Y óyeme bien, quiero que pienses concretamente en el viaje de Ginebra. Solo en ese. La cagada que estuviste a punto de poner en Roma no me interesa, porque a lo mejor le estabas mirando el culo a una italiana y casi te roban por querer templártela... eso no me importa. Quiero que me hables de Ginebra. Quiero que me digas que tú no te pusiste de acuerdo con nadie para llevar ese maletín por tu cuenta y riesgo.

Donizetti sonrió y descubrió que le dolía el labio inferior. También en ese momento volvió a percatarse de que el Ricomalt le había manchado los zapatos y los pantalones.

–Nada diferente, mayor. ¿Cómo voy yo a tomar decisiones de ese tipo por mi cuenta? ¿Para qué? Nunca se me ocurriría perturbar una misión con un plan propio.

–Todo igual, entonces... Tú fuiste a Praga, diste tus vueltas por la plaza Wenceslao, probaste una salchicha, luego te fuiste al hotel, de allí al aeropuerto, volaste a Ginebra y después de comerte una comidita peruana y comprarle un libro de Julio Ramón Ribeyro a un librero llamado Rodrigo Díaz, estuviste solo en esa discoteca, sin hablar nunca con nadie, y luego le diste el maletín al portero.

Donizetti hizo un esfuerzo para no sonreír. Al espíarlo en la discoteca se les había escapado un detalle. No lo habían visto conversar con aquel ciego que estaba borracho y que se marchó como siguiendo la estela de un laberinto. Carajo. También los profesionales cometían errores. Alzó un poco el rostro hacia la derecha. Respiró fuerte. Hizo un esfuerzo especial por detectar algún detalle singular.

–Bueno, ahora que lo pienso los mensajes de texto que me llegaban eran

diferentes, estaban bien escritos, normalmente son un desastre.

–Ajá –dijo la axila depilada con rostro incómodo–. Mensajes bien escritos. ¿Y algo más?

–Nada –acotó Donizetti–, el procedimiento fue el mismo de siempre.

–¿No te parece que algún compañero tenía interés especial en este envío? – insistió el mayor.

Donizetti miró al techo. Calculó en segundos qué respuesta podía ser la menos comprometedora. La que le permitiese sobrevivir. Salir adelante.

–Conozco muy poco de esta misión. Solo controlo lo que debo saber para realizarla. Es difícil que yo pueda percatarme de muchos detalles.

La axila depilada y el mayor suspiraron. Luego se pusieron de pie. La luz penumbrosa pareció tornarse más espesa, como si alguien estuviese derramando sobre la habitación un frasco de tinta. La axila susurró algo que Donizetti no pudo descifrar del todo; algo como: «Lo importante es el contenido, compañero, no la redacción», y se marchó con paso firme; en ese momento Donizetti descubrió que aquel hombre llevaba sandalias y que tenía una espantosa uña de color azulado.

Desde la calle pareció rebotar un sonido de trompetas y unos timbales. «La vida está llena de detalles inútiles», pensó Donizetti acariciándose la inflamación de los pómulos. «Si logro convencerlos de que me dejen ir, en un par de días recordaré mucho este lugar, este momento, pero esa música se habrá borrado por entero; como si jamás hubiese ocurrido.»

–A ver –dijo el mayor–. Yo creo que podemos olvidarnos de esa Glock que perdiste. El asunto podría ser muy malo para ti, porque cómo no pensar que se la vendiste a uno de esos malandros que andan masacrando a la gente; o peor, que se la diste a algún enemigo del gobierno. Pero voy a confiar en ti a cambio de dos cosas: la primera es que me vas a informar con detalle de todo lo que sucede en la agencia. Un informe a mano, con tu letra, que yo te pediré una vez a la semana.

Donizetti asintió y ante una señal del militar se puso de pie.

–Y lo otro es que me vas a dar una contribución –insistió el mayor–. El olvido de estos muchachos que trabajan conmigo no es gratis. Tienen una gran memoria y podrían seguirte fastidiando, pero yo los convengo de que te dejen en paz. Así que mañana temprano me haces un depósito por el dinero ese que te han pagado por estos últimos viajes. Y ni una palabra a nadie. Que esta ciudad se ha vuelto muy peligrosa. Ten cuidado con quién te reúnes. Fíjate todo lo que te tocó ver el otro día, cuando mataron a esa gente cerca de tu casa.

Un escalofrío recorrió la espalda de Donizetti. Descubrió que el rostro del mayor permanecía impassible. «¿Me está amenazando o solo cuenta mi vida para que sepa que él la conoce?» El sonido dorado de la trompeta pareció retornar: una pieza lejana, indescifrable. Donizetti continuó asintiendo cuando le colocaron de nuevo la venda. Se dejó llevar. Sumó, restó cantidades. Durante uno o dos

segundos casi prefirió que lo mataran a que le dejaran tamaño agujero en sus cuentas de ahorro, pero cuando sintió el aire húmedo de la calle se sintió eufórico: «No importa, ya veré qué pasa, es rico estar así, sintiendo este olor inconfundible: gasolina y eucaliptos, mangos maduros y perfume de mujer: Caracas, otra vez Caracas, respirando Caracas».

## Pies

Di un par de vueltas para averiguar algo más sobre el exitoso traficante que se montaba conmigo en el autobús hace veinte años. Tenía tiempo libre. Y aunque pudiese ser peligroso, aunque no tuviese un objetivo nítido (el Ñato es feo como un pie; el Ñato no se acordará de mí), pensé que de ese modo me iría aproximando a las horas del sueño y espantaría el insomnio y el asco por mi vida en la tienda de zapatos.

Avancé hasta el sitio donde dijeron que aparecía en ocasiones mi antiguo vecino, una calle ciega que se elevaba con suavidad hasta tropezar con una hilera de ranchos en cuyas paredes se distinguían unas propagandas inmensas con el rostro del comandante y otras con el logo de las sopas Maggie.

Olía a jabón en polvo. A frutas descompuestas. Siete motorizados conversaban entre ellos. Uno tenía el rostro atravesado por una cicatriz que parecía una serpiente. Otro mostraba en sus hombros las costuras de múltiples cuchilladas y balazos.

Intimidado, regresé al superbloque.

Hacia mi izquierda, otra franja del cerro parecía vibrar: los cientos de ranchos de ladrillo recibían el último rayo de sol de la tarde y parpadeaban como brasas.

Cuando llegué al edificio, descubrí que se había ido la electricidad. Tomé una bocanada de aire. El truco era olvidar los veinte pisos. Avanzar sin tener un solo pensamiento. Subir. Un piso. Y luego otro. Y otro.

Me gustaba creer que de ese modo me elevaba lentamente sobre Caracas. Ella quedaba allí, llenándose de sombras, pero yo me alejaba, ascendía, dejaba tirados en los escalones la sensación grasienta de las horas perdidas en el negocio de mis padres.

Cuando llegué al piso quince me dolían los pies. Sonó el celular. Lo contesté sin mirar el número. Mi papá. Escuché su voz diciéndome que pasase con urgencia por la zapatería a recibir una mercancía que se había atrasado un par de semanas.

Traté de negarme, pero para defenderse hay que tener fuerzas y yo no era más que un cuerpo con pies doloridos.

Estuve un rato sentado en la escalera. Sentí el olor de una sopa. Olor tibio, revitalizador.

A lo lejos escuché cinco disparos sueltos y después una larga ráfaga.



## Vigésimo segundo

Lo dejaron tirado en una calle del centro. El sol entró en sus ojos como un mareante sonido, como un golpe de espuma que lo dejó aturdido y tembloroso.

Intentó orientarse. Distinguió casas carcomidas por la suciedad, derrumbes, el suelo cubierto de capas y capas de basura, figuras sombrías que mendigaban en esquinas solitarias. Casi prefirió que volvieran a secuestrarlo los muchachos del asesor, porque al menos ya los conocía y le daban seguridad. Escuchó el ronroneo lejano de unas motos. Se escondió en la puerta de un negocio abandonado. Un penetrante olor a pegamento entró en su nariz y le llenó la cabeza de sonidos grasosos.

Ningún taxi lo querría llevar sin dinero y, justo antes de arrojarlo en esa calle, la gorda le sacó todos los billetes del bolsillo y se los guardó entre sus pechos.

–Lo hacemos por seguridad, así tardas en volver a tu casa y meditas un poquito sobre lo mal que te portaste. Yo te guardo esta platica ahora. Si nos volviésemos a ver, te la regreso, pero lo mejor es que no volvamos a vernos nunca, chamo.

Donizetti intentó llamar a Verónica; comprobó que le habían quitado las baterías a sus Blackberrys.

Una mujer con el rostro sembrado de llagas apareció entre un grupo de cajas. Le pidió un cigarrillo; tenía el cuerpo redondeado por unas ropas inmensas y estiraba su mano con rotundidad. Él respondió que no le quedaba ninguno. Ella comenzó a dar alaridos largos, rugosos. Asustado, Donizetti se lanzó hacia la otra esquina. Le pareció que al fondo resplandecía un lugar donde un par de bombillos iluminaban el paso apresurado de varias personas. Intentó llegar a ese sitio con zancadas inmensas. Le resultaba vagamente familiar. Cerca de un edificio de oficinas contempló un huerto arruinado, lleno de malezas, rodeado de consignas del gobierno pintadas con espray fosforescente.

Pasó junto a una tienda de ropa y vio a dos policías sacando mercancías y colocándolas en su patrulla mientras un hombre con ojos árabes los contemplaba con gesto resignado. Estuvo a punto de pedirles ayuda, pero comprendió que los policías podían ser peligrosos.

Apretó el paso. Cuando llegó al sitio que le resultaba conocido se detuvo a tomar aire. Al fondo, tres hombres delgados preparaban una fogata y en una lata vieja iban echando trozos de pellejo y verduras de olor blando, oleoso, putrefacto. Movié la cara hacia un lado. Al fondo distinguió dos tiendas que parecían abiertas. Reconoció una. Corrió. Acababa de comprender que no había sido el azar quien lo

conducía, sino la intuición de paseos anteriores; años y años moviéndose por unas calles cuyo nombre había olvidado, pero que parecían extenderle un hilo invisible.

Escuchó un silbante sonido. Volvió a correr.

Al llegar a la puerta de la tienda comprendió que ya estaban cerrando. Tosió. Un tipo de rostro contundente y mirada feroz se le quedó viendo e hizo el amago de sacar un arma de su pantalón. Donizetti alzó los brazos. Dio un par de pasos hacia atrás y le pareció que la luz de la tarde chisporroteaba.

–Carajo –dijo en el momento en que sus ojos se acostumbraron a la penumbra cenicienta del lugar–. Pero... Manuel, eres tú, chamo. Eres tú mismo.

## Los zapatos de Manuel

Cuando era muy niño, tía Felipa me contó que para salvar a su pueblo de una serpiente gigante, María Lionza debió superar siete pruebas. Eso lo recordé siempre, el siete es un número jodidamente hermoso, pero al volver a la zapatería y sin pretenderlo, recordé el resto de su historia. Decía mi viejita que para salvarse, María Lionza recibió tres avisos antes de que aparecieran a su lado los distintos espíritus de la montaña que la ayudarían a lograr el objetivo de destruir a la serpiente que, desde una laguna, devoraba a las mujeres y a los niños que se acercaban a beber en sus orillas.

Tres. Tres señales.

Y yo no las había contado ni las iba a contar. Pero creo que sí. Tres fueron los avisos de esos días. Y estaba yo en la puerta de la zapatería cuando vi la silueta torpe, como de elefante perdido, que aparecía en la plaza y miraba con desesperación hacia una esquina, luego hacia otra, luego hacia el frente. Por eso silbé. Un duro silbido que proyecté hasta el infinito, ayudándome con dos dedos. Ese silbido que no repetía desde los tiempos del liceo y que me pareció la señal perfecta para que Donizetti voltease hacia mí y avanzara hasta donde yo me encontraba sentado.

Porque era él, claro, y hay un punto de la existencia en que los azares son más bien una lógica indescifrable que debemos seguir. Después de tantos años, lo tropezaba dos veces en pocos días. Él. Otra vez. Así que si bien en un millón de otras oportunidades lo habría ignorado con la displicencia que nos hace escondernos de un rostro conocido, en ese momento supe que debía traer a Donizetti a mi lado. Por eso levanté los brazos, agité las manos, silbé cinco veces. Al fin él pareció percatarse de mis señales y con pasos vacilantes, lentísimos, como si llevase cemento en los pies, se aproximó. «Eres tú», dijo con voz rota.

Y sí, claro. Era yo. ¿Quién podía ser? ¿Quién podía ser yo sino yo mismo? Qué frase más rara. Es como si al permanecer en ese lugar, Donizetti esperase que yo fuese otro, que el tiempo me hubiese mudado y que el lugar donde él solía encontrarme muchos años atrás lo ocupase uno de esos jovencitos intrusos que las ciudades utilizan para ocupar lo que una vez fue nuestra vida, para que se sienten en nuestros pupitres, para que se emborrachen en lo que fueron nuestros bares, para que jueguen en las canchas de baloncesto donde una vez sucedieron nuestros tiros libres.

Pero no era mi culpa. Yo me moví hace años. Apenas al salir de la universidad dejé de trabajar en la zapatería de mis padres y comencé a hacer pequeñas tareas en

la radio. Trabajos que cada vez se fueron ampliando y que a partir de breves suplencias y ocasionales cuñas publicitarias, me condujeron a ese programa que tuve muchos años y que duraba la madrugada entera. Años espléndidos, de divertida repetición, de jugosa dulzura en la que cientos de insomnes me acompañaban felices de sentir que uno de los suyos hablaba especialmente para ellos, desde una voz próxima, desde una voz común.

Pero mi plenitud rotunda se rompió el día que me despidieron de la emisora. Así, en un antinatural giro, retorné al negocio familiar donde ahora languidecía, este lugar donde volví para que Donizetti pensase que el tiempo había saltado sobre él hasta patearlo y aturdirlo, hasta regresarlo a nuestros años adolescentes.

Esa tarde, Donizetti reapareció con un aspecto espantoso. Los labios partidos; los pómulos inflados en una textura de piel verdosa y reseca; un ojo rojísimo como una cereza magullada; la ropa sucia. Lo metí de inmediato al negocio y le dije que se lavase. Le pregunté lo que había sucedido, pero parecía sencillo adivinar que acababan de atracarlo. Solté dos o tres frases diciéndole que en esos casos lo mejor era entregarlo todo sin ofrecer resistencia y él respondió con un áspero murmullo.

Me pidió dinero para regresar a su casa. Le di un billete. Después llamé al taxista que trabajaba para mí y le encargué que dejase al pana en la puerta de su edificio.

Antes de despedirnos con un abrazo le insistí en que me llamase uno de estos días, que nos viésemos para almorzar.

Mientras se alejaba pensé que al caminar seguía pareciendo un elefante enfermo y melancólico. «Quizás aprendió a caminar así por su padre», pensé. «La tristeza también se hereda.»

## Vigésimo segundo

Amanda saltó al verlo. Ya estaba repuesta de la fiebre y corrió a mostrarle unos zapatos brillantes que su madre le había comprado en la tarde. Luego dio un pequeño grito al contemplar su cara. Él se echó en el sofá. Le contó a Verónica que cubriendo una noticia cerca de Petare lo habían golpeado tres borrachos que discutían por una botella. Pensaron que él intentaba robarles y por eso lo empujaron, le metieron patadas en la cara. Luego se acercó a una clínica, lo dejaron en observación y él aprovechó para hacer un reportaje sobre los precios abusivos de las medicinas.

El aire quedó congelado. Su esposa se cubrió el rostro. Suspiró con fuerza; murmuró que había pasado unas horas horribles, sin noticias de él, pensando que lo habían secuestrado, que lo habían asesinado para robarle doscientos bolívares, que en unas horas estaría ella de hospital en hospital, o haciendo una cola inmensa en la morgue para reconocer su cuerpo.

Él se colocó hielo en el rostro. Luego se sirvió un whisky.

–Bueno, lo importante es que estoy bien –respondió con voz espesa–. Lo siento, Verónica. No había cobertura. Te habría llamado. Ya sabes que siempre lo hago.

Cerró los ojos y sintió que le dolían todos los huesos, como si le hubiese pasado un tractor por encima de las piernas y la espalda. Abrió los párpados; todavía conservaba la impresión pegajosa del pañuelo con el que impidieron que viese el lugar a donde lo habían conducido.

Se dio una larga ducha. Pensó en lo curioso que había sido su encuentro con Manuel. Apenas hablaron. Y sin embargo, todo fue muy natural, como si se hubiesen dejado de encontrar dos días atrás. «Es un buen tipo. Siempre lo fue.»

Recordaba una tarde en la que su papá se encontraba especialmente triste y lo invitó a comerse unos perritos y unas merengadas en el Crema Paraíso. Como Manuel estaba en casa estudiando, terminó acompañándolos. Por suerte, su amigo nunca pudo descifrar el rostro hierático del viejo, sus largos suspiros, su ridículo y desesperado ritual de ordenar una ración para la ausente esposa. Donizetti pasó una tarde insufrible. Primero debió comerse la comida que sobraba, luego, cuando su padre ya parecía demasiado hundido, tuvo que arrastrarlo hasta el baño para que llorase en un urinario oloroso a jabón azul.

Manuel fingió no darse por enterado. Jamás comentó sobre esas horas incómodas. Y aunque Donizetti sintió que ese educado silencio no salvaba del todo la humillación, siempre agradeció en su amigo esa aparente indiferencia, esa compasión distraída.

«Carajo. Al final se quedó vendiendo zapatos», susurró.

Unos segundos después dudó si ponerse un pijama largo o corto. Necesitaba dormir. Dormir con hondura. Olvidar por unas horas este día y mañana pensar qué pasos seguir.

Miró su computadora. Comprobó que tenía un mensaje de Gonzalejo. «Baja, estoy frente a tu edificio.» Un chispazo saltó en su estómago, como si una serpiente lo hubiese tocado con la punta de la lengua. Se puso una camisa limpia y se despidió con un murmullo. Verónica lo miró con fijeza. Cuando ya estaba a punto de tomar el ascensor, la mujer se acercó y le susurró tomándolo por un brazo:

–¿Qué sucede? ¿Andas en algo raro, amor?

Donizetti le acarició la barbilla. Quiso que esa caricia fuese sutil, que tuviese la verdad de los pequeños gestos, pero sobre todo que le exonerara de ofrecer explicaciones peligrosas para ella. Se montó en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja. Bajó la mirada. Vio dos manchas de barro en la punta de sus zapatos y trató de quitárselas restregando su calzado contra el piso. Sentía como si la punta de una navaja se estuviese hundiendo en su cuello. En las últimas horas, todo parecía salir mal. Gonzalejo lo había metido en un lío. Desde que el mayor comenzó a interrogarlo sobre el tema del último maletín, Donizetti pudo atisbar el rostro de su compañero detrás de cada problema.

Un poco más allá de la puerta del edificio distinguió el carro plateado. Se subió sin saludar y miró al frente. La avenida parpadeó: texturas de vidrio derretido, luces amarillentas, sonidos huecos como la respiración febril de un animal. Arrancaron a toda velocidad. Donizetti miró a Gonzalejo y se sorprendió al comprobar que este mostraba un aspecto cadavérico. Los ojos se le habían hundido dentro de la cara.

–¿Qué les contaste? –dijo con voz quebrada.

–Sí, estoy muy bien, gracias por interesarte por mi salud.

–Deja la pendejada, ¿qué les contaste?

Donizetti suspiró con impaciencia. A Gonzalejo no lo habían tocado, pero probablemente en cualquier momento lo sorprenderían dentro de un ascensor y le darían su ración de puñetazos. Lo mejor era no estar cerca cuando eso ocurriese, pero Gonzalejo no parecía dispuesto a dejarlo ir sin saber qué había sucedido. Donizetti le hizo un veloz resumen y le recalcó que algún problema había ocurrido con la entrega en Ginebra; algo que a la seguridad cubana le había molestado. Gonzalejo miró hacia los lados, murmuró un par de palabras, tosió.

Siguieron por calles pequeñas, avanzando, retrocediendo, haciendo giros repetidos, hasta que entraron en un estacionamiento debajo de una plaza. Gonzalejo le indicó con una seña que bajasen. Allí se montaron en un carro verde y salieron de nuevo a la superficie. Donizetti sintió que el rostro le ardía. No le

gustaban estos misterios, ni quería recibir otra tanda de golpes, pero al mismo tiempo pensaba que era imposible prescindir de los ingresos que le daban por la misión.

Gonzalejo no paraba de hablar, pero resultaba imposible comprender lo que decía. Mezclaba informaciones, medias frases, cortaba palabras. La frente no paraba de sudarle y en la camisa le crecía una isla redonda, de una redondez casi perfecta que le cubría desde el cuello hasta la zona del ombligo.

Subieron curvas y curvas hasta llegar a un edificio en Cumbres de Curumo. Gonzalejo no dijo palabra, pero Donizetti lo siguió. Atravesaron un jardín lleno de grillos. Subieron por una escalera de mármol y Gonzalejo se detuvo ante una puerta blindada. Llamó al timbre seis veces. Se escucharon pasos. Un hombre con el cuello delgado como un fósforo los miró con incomodidad.

–No tenías que venir –murmuró.

Gonzalejo entró sin esperar a que lo invitasen. Luego tomó al hombre por un brazo y comenzó a hablar en susurros. Donizetti comprendió que se referían a él, que lo contemplaban de reojo, que discutían; escuchó con nitidez que el hombre preguntaba por qué Gonzalejo lo había llevado allí, por qué no había ido solo, carajo, si conocía las normas, si sabía que allí no debían hablar. Donizetti pensó en marcharse, pero le pareció una imprudencia salir a la calle y buscar un taxi desconocido. Se sentó en un sofá y miró hacia el balcón. Decidió que contemplar fijamente un punto impreciso de las cortinas resultaba menos incómodo. Luego un objeto en medio del salón le pareció extraño. Una pequeña máquina de color verde. Una de esas máquinas que utilizan en los bancos para contar billetes.

Oyó discutir de nuevo a los dos hombres. Ya no hablaban de él. Gonzalejo le decía claramente que debían parar, que era el momento de parar.

–Coño, pero no solo con esto, te lo digo en serio; también deberías dejar en paz a los empresarios esos que tú sabes, carajo, y a los banqueros, por muy oligarcas que sean, joder, y a todos los de la lista que te envió el general. Déjalos en paz, mi pana, los rusos ya dieron esa orden, déjalos en paz y olvídate de nosotros, olvídate.

El hombre ni siquiera les regresó la mirada cuando se despidieron; con parsimonia se encaminó hasta la máquina de contar billetes y la guardó debajo de un almohadón del sofá.

Al regresar al carro, Donizetti decidió olvidarlo todo: no recordar nunca más lo que había escuchado esa noche ni esas últimas horas. Ser apenas un cuerpo que se mueve, que devora cachitos, que paladea Ricomalts y duerme viendo la tele con ese murmullo eléctrico y sosegado que brota desde la pantalla.

–Bueno, todo arreglado –masculló Gonzalejo–. Lo has hecho muy bien; el coronel te está muy agradecido. Ahora a seguir con nuestros asuntos; a no meternos en más vainas. Porque lo que ha pasado debe servirnos de advertencia...

Llevamos unos días jodidos, primero lo de... bue..., qué importa, hay que salir de esto y ya. Pero tú tranquilo. No volverán a darte carajazos. Todo está resuelto.

Donizetti levantó la mano y pareció pinchar el aire con la punta de su dedo índice. Supo que en esta ocasión la perspectiva de arruinarse era más intimidante que el miedo. Tomó aire. Se encogió de hombros.

–Pana, a mí páguenme mi platica de los viáticos; consíganme bastantes trabajitos y no me cuenten nada. No quiero saber.

Gonzalejo asintió y puso un cedé de música llanera. Un hombre con voz quebrada le ofrecía a una mujer ponerle una casa bella con rosas y claveles. Donizetti sonrió: años atrás Gonzalejo odiaba esa música, se burlaba de ella y decía que el país no saldría del atraso mientras no se decretase que Los Beatles habían nacido en San Fernando de Apure.

Mientras regresaban a toda velocidad por la autopista, el aire se tensó en una sensación de fuego líquido.

## Vigésimo tercero

A la mañana siguiente, en la oficina lo recibió un aire espeso, mustio, como si alguien estuviese arrugando un papel antiguo y desde allí surgiese un polvo finísimo que flotaba en el aire y se posaba sobre cada objeto, sobre cada escritorio, como una nieve rancia que dejaba en los rostros sudorosos de sus compañeros una textura de cartón viejo.

Se sirvió un café. Vio que Matías escrutaba la pantalla de su computadora y cada tanto arrugaba el entrecejo. Estuvo a punto de preguntarle qué sucedía, pero comprendió que después de la ebullición de las últimas horas nada le vendría mejor que vivir en un rincón aislado, ajeno a palabras, a explicaciones.

Preparó un par de notas de prensa que tal vez debía haber entregado días atrás y las envió con la certeza de que nadie las publicaría. Le gustó la gratuidad de su gesto. Ese agregar frases a un mundo sordo donde nada importaba porque el único hecho contundente era que él continuaba vivo.

Donizetti lo sabía. En esta ciudad, vivir o morir eran solo una casualidad. Una lotería indescifrable. Cerró los ojos y le pareció vislumbrar Caracas como una mancha color mercurio derramándose entre el valle.

Matías se colocó frente a él. Su sombra con olor a medicamentos cubrió el aire de la oficina. Donizetti alzó el rostro. Estuvo a punto de reír al comprobar que los agujeros de la nariz de su amigo no eran simétricos; el derecho se agrandaba en uno de sus bordes y crecía como si fuese la oreja de un oso panda.

–Oye, compadre, cuando tengas un minuto quiero que hablemos –susurró.

Donizetti movió la cabeza en un gesto que podía ser una afirmación o un rechazo.

–¿Te atracaron ayer? –susurró Matías.

–Sí.

–Lo mejor es entregar todo rápidamente para no darles excusas –insistió su compañero–. Son gente entrenada; detrás de todos los atracos y los asesinatos están los paramilitares colombianos y la CIA; no es normal que la delincuencia haya aumentado de ese modo con todo lo que estamos haciendo por la gente.

–Claro.

En el fondo, Matías le producía ternura. Era la única persona de la oficina capaz de lanzar una consigna sin que le temblase un músculo del rostro. También le gustaba laborar horas extras, acudir a todas las reuniones, organizar jornadas de trabajo voluntario, presentar largos proyectos. Sufría de diversos quebrantos de salud y llevaba una vida bastante ordenada que excluía los trasnochos étlicos, pero

era capaz de soportar horas sin soltar una queja o un reclamo. Gonzalejo en ocasiones perdía la paciencia con él y le pedía que se sosegase, que no exigiese tantas cuentas, que no solicitase resultados inmediatos, y en voz baja comentaba a los amigos que el abuelo falangista de Matías había asesinado a media Galicia por lo que el nieto venezolano se esforzaba cada día en limpiar genéticas culpas.

–No te olvides, a la primera oportunidad que tengas, necesito que hablemos – insistió Matías con una respiración que recordaba el crujido de un viejo colchón.

Donizetti suspiró con impaciencia, se acarició los pómulos, como para que la evidencia del dolor lo exonerase de esa conversación inútil, y mientras fingía revisar sus gavetas como si estuviese buscando importantes documentos, descubrió que Matías llevaba en sus manos un montón de dibujos de mariposas.

A lo lejos le pareció distinguir al mayor cubano. Hundió el rostro. Hizo crujir los dedos. Le gustaba el ruido de sus articulaciones. Caminó hasta la puerta de salida y dudó si bajar a fumar un cigarrillo. Sonrió al recordar que Manuel era capaz de hacer sonar las articulaciones de sus diez dedos a un mismo tiempo. Lo hacía en las horas más aburridas del liceo y colocaba sus manos sobre el pupitre para que la madera multiplicara la resonancia punzante de cada crujido. «Debo llamarlo pronto», murmuró, «ayer se portó bien. Siempre se ha portado bien conmigo».

Donizetti recordó que cuando murió su padre, Manuel se ocupó de los detalles del entierro, llamó a los familiares para avisarles, resolvió los temas de papeles que surgieron en ese momento y evitó que él se distrajese con detalles ajenos a su propio dolor. En esos días confusos, Donizetti no llegó a sorprenderse, le pareció que ese mundo de duelos, saludos, despedidas, abogados era un ruido de fondo que su amigo lograba resolver con sigilo. Años después comenzó a interrogarse por esa proximidad. ¿Cuándo reapareció su amigo? ¿Cuándo se marchó del cementerio? No lograba precisar ningún dato. Desde los años liceístas no había vuelto a saber de él; y una vez que enterraron a su padre, volvió a perderle la pista.

«Sí. Es un gran tipo», murmuró.

A lo lejos volvió a distinguir al mayor cubano. Recordó que debía prepararle informes sobre lo que sucedía en la oficina. En unas hojas largas y amarillas, preparó un documento minucioso, monstruosamente detallado, barroco, impenetrable, como una novela de Carpentier, o como ese supuesto libro descrito por Stanilaw Lem donde se recogían por entero todas las acciones desarrolladas por la humanidad durante un minuto; un informe lleno de ramificaciones que se ramificaban y se ramificaban en una multiplicación casi infinita y en el que la profusión de datos crecía de manera tan monstruosa que, al no faltar ningún elemento ni palabra alguna, curiosamente se alcanzaba el silencio. Así, Donizetti dijo tanto y tanto que finalmente no dijo nada.

Pasó junto al escritorio de Matías y vio que ojeaba en su computadora varias

fotografías de mariposas. Volvió a parecerle extraña esa nueva dedicación de su compañero. Recordó que no había incluido ese detalle en su informe. «La próxima semana lo agregó», pensó, y de inmediato marcó el número de su amigo Manuel, esperó un buen rato hasta que escuchó su voz gruesa respondiendo con desgano.

Quizás su amigo sabía dónde podía conseguir queso amarillo. Le diría que se vieran esa misma noche y compartieran unos tragos.

Mientras hablaban, escuchó a lo lejos el sonido de un televisor. Palabras borrosas, parpadeantes. Un locutor contaba que horas atrás cinco ladrones habían entrado a un edificio de apartamentos en Guanare, y habían robado uno por uno a todos los vecinos.

Al colgar quedó con la mirada suspendida sobre los escritorios de sus compañeros de trabajo.

«No debo conversar con Matías; tiene pinta de que sus palabras me van a traer más problemas. Y ya estuvo bien. Me gustan mis dientes, quiero conservar todos mis dientes», pensó.

## Vigésimo cuarto

Le pareció que unas voces lejanas en la calle hablaban a gritos de una explosión, pero siguió dormido, envuelto en el dulce aliento de muchos gin tonics.

Despertó al mediodía. Sonrió al pensar que se estaba comportando como el inútil de Jesse. Sintió un punzón al rojo vivo atravesando sus sienes de punta a punta. Una sensación de arena le quemaba la boca. Bebió mucha agua.

Miró si en la nevera quedaba limonada o cocacola. Solo consiguió un envase de chicha y dos jugos de toronja que estaban a punto de vencerse. Bebió dos sorbos y arrugó el rostro al sentir el áspero sabor.

Tardó un rato en recuperar la secuencia de sus pensamientos y de sus últimas horas. Le había gustado encontrarse con Manuel. Ambos comenzaron a recordar momentos de la escuela y el liceo: también hablaron sobre Reig, ese compañero al que años atrás asesinaron en un atraco. Ninguno miró a los ojos del otro mientras desgranaban frases sueltas, momentos sin conexión, breves estampas, como si en el fondo sintiesen que volver a nombrar al antiguo amigo era un modo de desgastarlo. Luego callaron y después de permanecer en silencio mucho rato fueron paseando de bar en bar.

Nunca tocaron el tema de la política. Donizetti comprobó que Manuel detestaba al gobierno, pero los dos hicieron un esfuerzo por no mencionar el asunto. El pasado era suficiente para ambos. En algún momento de la madrugada llegaron a un bar donde los atendieron con velas porque se había ido la electricidad; entonces Donizetti escuchó a Manuel susurrar con voz grumosa:

–Hemos perdido a tantos panas con esta vaina, ¿no? Qué solos estamos.

Él asintió. Supo que reencontrarse con un amigo de la adolescencia permitía concentrarse en ese tiempo lejano, retomar la inmovilidad idílica de un tiempo donde todo permanecía flotante, como en el sosiego de una piscina solitaria. Y esa velocidad congelada impedía las fricciones.

Cuando se despidieron en la avenida, con esa inmortalidad temeraria de la borrachera, sin recordar que dos noches atrás, frente a ese bar, habían asesinado a dos policías, Donizetti le preguntó a Manuel si por su casa vendían queso amarillo.

–Creo que no, casi no se consigue nada, pero en estos días compré un montón de harina de trigo porque había llegado un lote, pero ahora no sé qué hacer con ella. Te puedo regalar unos kilos.

Al llegar a casa con paso zigzagueante, Donizetti se deslizó entre las sábanas y abrazó a Verónica. Sintió su espalda fría y pensó en las piedras de un río bajo la luna. Oyó a su mujer hablar en susurros: a lo lejos le pareció escuchar varias

ráfagas. Tuvo la impresión de que esos sonidos venían desde un punto impreciso situado en algún día de las semanas anteriores, como si Caracas guardase una memoria de su sangre.

Cuando despertó le temblaban las manos. Cada vez era más difícil emborracharse. Las resacas se le encajaban en los huesos tres, cuatro días.

Pensó en llamar a la agencia de noticias para decir que había amanecido con fiebre. Comprendió que era innecesario. Nadie se ocupaba de llevar la cuenta de las inasistencias.

Cerca de la una se echó en el sofá y oyó el sonido de la puerta al abrirse. Amanda saltó sobre él y le contó un ejercicio que habían hecho en el colegio. Él le rascó la cabeza y fingió una sonrisa al escuchar sus frases agudas: los sonidos entraban en su cerebro como trozos de vidrio. Detrás apareció Verónica. Donizetti le lanzó un beso. La notó preocupada y la siguió hasta el cuarto para preguntarle qué sucedía. Ella comentó que nada en especial.

—Todo en orden, papi, pero lo de la bomba me alteró un poco, aquí no estamos acostumbrados a esas cosas, y las fotos que había por internet, los trocitos del hombre a una cuadra del estallido: una mano pegada en una reja, como si estuviese llamando a alguien, y una oreja en el tronco de un árbol; y ese pie colgando de un cable de la luz, ese pie con un trozo de zapato, un zapato bonito, marrón, muy fino.

Donizetti le preguntó de qué hablaba y ella le dijo que a las diez habían asesinado a un juez.

—Un bombazo, papi, cerca de Los Chaguaramos. Tus compañeros de la agencia deben estar cubriendo la noticia.

Él saltó a la tele. Casi no llegó a sorprenderse cuando vio la foto del hombre con el cuello delgadísimo al que habían visitado él y Gonzalejo un par de días atrás.

Puso los canales del gobierno y escuchó encendidos discursos que acusaban a la oposición de ese asesinato. El propio comandante ofreció unas emocionantes palabras en las que reivindicó el trabajo de ese juez estrella que desde hace meses había sentenciado a peligrosos líderes golpistas, a oscuros personajes de la oligarquía que ahora le cobraban su valentía con este cobarde acto, «pero tu sangre no será sangre derramada en vano y el mes que viene inauguraremos una fábrica de tuberías y le pondremos el nombre de nuestro mártir juez Garrido porque, juez amigo, el pueblo está contigo».

Donizetti quiso creer que las noticias ofrecidas por varios periodistas estaban comprobadas; quiso pensar que-un-comando-israelí; que-un-grupo-de-gusanos-anti-castristas; que-el dueñode-un-periódico-opositor-y-un-banquero; que-tres-políticosfugados, que-una mujer-con-el-rostro-oculto-por-un-pañuelo; en fin, que medio país golpista estaba claramente detectado como parte de este plan.

Fue al baño. Se mojó el rostro. El agua entró en su piel como una sustancia

irritante, pastosa. Se despidió a toda prisa. Dijo que iba la agencia para trabajar. Encendió un cigarrillo. Imaginó que si alguien saltaba sobre él tendría uno o dos segundos para hundirle la punta encendida dentro del ojo y escapar con prisa. Bajó por la escalera. Nunca dejó de mirar hacia atrás, como si esperase en cualquier momento un golpe, una llave que lo inmovilizara, el fogonazo de un disparo. Al llegar a la planta baja decidió no salir por la puerta principal ni por el estacionamiento. Recordó que al final del pasillo había una puerta oxidada; una pequeña puerta que daba a un camino que dividía los edificios y por donde originalmente se botaba la basura. Comprobó que esa otra salida seguía existiendo. Sobre el lugar flotaba una luz blanda. Olía a excrementos. Vio tres colchonetas llenas de manchas que podían ser sangre, orine o semen. Se cubrió la nariz. Descubrió que en una esquina habían abierto un agujero pequeño. Supuso que algunos mendigos habían abierto el hueco y se refugiaban allí en las noches. Tomó una bocanada de aire. Se apretó contra el suelo. Avanzó. Pensó que pasaba por el vientre oleoso de un animal enfermo. Salió por una calle paralela. Dos mujeres que iban caminando con tacones lo miraron asustadas. Él se sacudió la ropa: pelusas, trozos de papel, polvo.

Tomó la ruta contraria a la que solía hacer todos los días. Miró su Blackberry. En el de las misiones tenía once llamadas de Gonzalejo. Nunca había dejado mensaje en la contestadora, pero esta vez sí le había escrito un SMS. «Allí.» Era lo que solían escribirse cuando se citaban en Casa Urrutia. Entró a una tienda por Chacao y compró ropa deportiva. Luego se detuvo en una fuente de soda, pidió un Ricomalt, lo bebió de golpe y luego se cambió en el baño. Se veía ridículo con su tripa cervecera colgando como un inmenso huevo cocido, pero le pareció que así resultaba difícil identificarlo. Tomó un taxi. Cuando llegó al restaurante le sudaban las manos. Saludó a los mesoneros y pidió una mesa del fondo. Le trajeron un whisky, luego otro. «Si viene alguien a matarme, que me encuentre feliz, con la sangre llena de malta y alcohol, que me encuentre con una fermentación de veinticuatro años y la cara sonriente», meditó con las pupilas dilatadas. A la hora aparecieron Gonzalejo y el propio coronel. Donizetti les hizo una seña y los dos se sentaron resoplando como caballos. Al coronel la mandíbula parecía guindarle del rostro. Gonzalejo realizaba un gesto flácido con los labios, como si estuviese haciendo buches de agua.

–Ese güevón nos metió en un peo –dijo Gonzalejo y dio un golpe en la mesa.

–Pajúo –murmuró el coronel–. Pensó que era más arrechó que el carajo, que él estaba por encima de todos. Ya le habían avisado que se quedara quieto.

–Y si no nos ponemos las pilas, los próximos podemos ser nosotros –remató Gonzalejo, y Donizetti estuvo a punto de realizar un gesto para que no siguiesen hablando.



## La noche

Claro que pude arrecharme con Donizetti. Dos o tres veces sentí que el estómago me ardía, que un fuego líquido iba subiendo por mi estómago y vibraba en mi garganta. La política no me interesa. No demasiado. Casi nada, para ser sincero. Pero esa gente es la que me mandó de vuelta a la zapatería. Mi odio es personal. Concreto. Pero entre la opción de insultar a Donizetti por algo que él no hizo y regresar a casa a pensar en Félix, preferí quedarme junto a mi amigo y solo hablar de lo que fuimos tiempo atrás.

Por eso apenas le comenté que antes de que me echaran, mi programa de radio cada vez tenía más éxito; que noche a noche decenas de llamadas se acumulaban en la centralita, a la espera de salir al aire, intercambiar datos, sugerir canciones o películas, reconstruir memorias de la ciudad, enviar saludos a extraviadas presencias de la vida de cada radioescucha (un señor que vendía perros calientes en la calle Las Acacias, el bombero que siempre saludaba en las Fuerzas Armadas a un niño que agitaba sus manos, la muchacha de faldas muy cortas que cada tarde caminaba por la avenida México con un cocker).

El programa crecía desde la lógica del insomnio. Saltos continuos, viajes al pasado, asociaciones insólitas. Yo construía el esqueleto del guion con muchos espacios para que los oyentes improvisaran, pero en mis propias pautas seguía esa lógica de las horas cuando no se puede dormir. Esos recuerdos absurdos, esas melodías extraviadas, ese libro del que se recuerdan dos o tres párrafos, esos miedos a la enfermedad o la muerte, esas historias remotas de fantasmas, esos proyectos imposibles que se emprenderán cuando el sol reaparezca, esa culpa de sentir que el mundo descansa mientras uno lo interrumpe con el zumbido de su pensamiento.

Jamás daba consejos para dormir. Era un programa hecho desde el insomnio mismo. Desde la lucidez de aceptar su condena. Lo que se intentaba es que ese mundo paralelo, nocturno y espeso de quienes ven pasar las horas sin que el cerebro se apague, se trasladase hasta el programa.

Yo era muy feliz allí. Noche a noche. Si hasta conocí a Félix gracias a una de esas emisiones, cuando él llamó y con los micrófonos cerrados me dijo que yo tenía una voz natural y hermosa. Pero anoche preferí no hablarle de eso a Donizetti porque me iba a arrechar mucho, porque iba a pagar con él la inmensa cólera que tengo desde el día que me largaron.

A mí me tomó por sorpresa. Yo vivía ajeno a los ritmos, a los rumores de la estación. Llegaba casi a la medianoche, cuando solo quedaba un vigilante y el

operador que llevaba mi programa. Me iba al amanecer, cuando apenas aparecían los dos gordos que leían las primeras noticias con voz rimbombante y cantarina. Pero una tarde avisaron que una de las cuarenta estaciones a las que el ministerio iba a quitar la licencia sería la nuestra. Al parecer, en muchos programas se atacaba al gobierno, se denunciaban corruptelas feroces, se hacían chistes con los discursos de los ministros y el presidente. Desde luego yo era ajeno a esos movimientos. Los insomnes solo piensan en que el latido de su corazón no deje de sonar o en que se transforme en un tambor diabólico que enloquezca su cerebro. Por mí, podía seguir gobernando Juana la Loca o el general Pérez Jiménez. En el estudio donde yo trabajaba horas y horas solo aparecían los murmullos, las vacilaciones, los balbuceos, el absurdo humor de quienes sienten que en las madrugadas los ojos se les llenan de fuego. Por mí, lo demás que se fuera al carajo.

Pero una mañana de miércoles, cuando estaba a punto de marcharme a casa, llegó una turba con boinas y un par de señores con chaquetas verdes. Leyeron un documento y se dividieron en grupos hasta tomar cada espacio de la emisora. Los vi colocar fotos del presidente y del Che Guevara en cada pared desnuda, luego guindaron la lista del personal de la emisora que quedaba despedido desde ese mismo momento. Como es obvio, yo no estaba en ella. Jamás había mencionado un solo tema político en mis programas. Pero sí encontré mi nombre en una segunda columna. La de las personas que serían despedidas en el plazo de un mes. Supuse que era una broma. Un malentendido. Pero en los días siguientes asumí que me iba a quedar sin trabajo.

En 2002, cuando ocurrió el paro general que quiso tumbar al gobierno, un eufórico, un poderoso Félix me llevó a una marcha de protesta y al final, como millones de personas, firmamos un documento pidiendo el referéndum para exigir la renuncia del presidente. Yo estaba tan alegre por ver a Félix pletórico que hubiese podido firmar cualquier documento que me pusiesen enfrente. Además, odiaba a ese militar pendejo que nos gobernaba porque era capaz de interrumpir los programas de radio que tanto me gustaban para largar incoherencias durante horas mientras sus ministros reían sus chistes malos.

El resto ya se conoce, el gobierno se quedó con los datos de los que firmamos, los colgó en internet, los transmitió a todos sus cuadros y poco a poco fue llevando a cabo su venganza.

Intenté ofrecer mi programa a otras emisoras, pero nadie respondió a mis correos electrónicos.

Fue desolador. El programa me había proporcionado infinitos contactos, muchísimas relaciones, personas que incluso se mostraron cordiales, pero nadie en condiciones de darme otro empleo respondió a mi llamado.

Regresé a la zapatería.

Regresé a la zapatería y la noche anterior me emborraché con Donizetti.

Por eso me dolía la cabeza. Me dolía mucho. Y supuse que así debió sentirse Ken Norton cuando George Foreman le metió aquel guantazo en una lejana noche caraqueña de 1974.

Pero era un dolor que me gustaba. Los golpes en mis sienes eran tan intensos que Félix y sus disparates no existían, nada existía, el mundo era un sitio lejano donde yo no entraba. A lo lejos, vi en la tele que habían volado a alguien con una bomba por Los Chaguaramos.

Me fijé en mi propio dolor y cambié de canal. Los sesos me palpitaban como si tuviesen dentro un corazón.

Pensé que si me encontrase en ese momento con el Ñato le pediría que me quitase de un solo golpe los insomnios y las jaquecas; le exigiría que metiese un balazo en mi cráneo, que dejara salir toda esa espuma agria, esa carne rancia que llevo dentro, para que saltasen al aire burbujas de grasa, madrugadas antiguas, las tonterías de Félix y, sobre todo, el olor húmedo y acogedor de un estudio de radio al que ya no podía regresar.

## Vigésimo quinto

–Ya hablamos con el propio general, ya nos disculpamos; ya explicamos que el espía era Garrido y que él nos había engañado, pero a lo mejor no nos creyeron, y si eso es así, desde mañana comenzamos a aparecer en el Guaire con la barriga llena de plomo.

–Es posible –dijo el coronel–. Puede que sean los rusos... Mi general se molestó mucho cuando supo en qué cosas andaba Garrido. Dijo que se tiene merecido el bombazo.

–Y yo creo que los rusos actúan por su cuenta, sin responder ante nadie –explicó Gonzalejo con ojos desorbitados.

Donizetti pidió más whisky. Sentía una bola de sebo en medio de su estómago. Pensó que si vomitaba quizás se aliviaría. Estuvo analizando esa posibilidad un buen rato, pero no tuvo fuerzas para ir hasta el baño. No comprendía con nitidez de lo que hablaban y pensó que esa era su mejor opción. Vivir adánicamente. Lejos de la verdad y de los detalles.

A su lado, las voces de sus compañeros no cesaban de repicar. Gonzalejo se quejó de que Matías fuese tan sectario, de que no perdiese oportunidad de enviar informes a los jefes y a la gente del Partido. «Con ese mejor ni hablamos», advirtió. También se quejó de que Raúl no respondiese el teléfono. Dijo que era un miedoso, que ni siquiera tenía cojones para traicionarlos, porque lo único en que estaría pensando en ese momento era en qué agujero esconderse. Pero él tenía una idea.

–Y tú eres el hombre, Donizetti; tú nos vas a ayudar y nos vas a sacar de este peo, y así también te salvas tú, porque ya sabemos que el cubano se cepilló tus reales, pero el coronel ahora mismo, cuando hagas un par de cositas, te hace un tremendo depósito en tu cuenta y así otra vez tendrás plata y estarás vivo para disfrutarla.

Donizetti asintió con gesto resignado. Miró el fondo de su vaso. Recordó que hace muchos años, Manuel lo llevó donde su tía Felipa para que le leyera el futuro en los posos de una taza de café. No recordaba nada de lo que ella le había dicho; no podía afirmar si había dicho mentiras, si había acertado. Pero le gustó el gesto con el que ella intentaba leer imágenes en ese fondo oscuro.

Ahora imaginó que sería más divertido deletrear el destino en el fondo de un buen whisky de malta. Bebió su copa de un trago. Luego tosió.

–Me pones tres y la cuenta –gritó al mesonero.

Antes de irse le dieron una pistola pequeña: una 22. Donizetti supo que esa arma solo le serviría para sentirse seguro; pero que en cuanto una Beretta o una subametralladora lo apuntara en medio de los ojos, la pistola se derretiría entre sus dedos como una pastilla de jabón.

Apretó los puños. Trató de repasar los detalles que le habían dado. Podía ser un poco despistado en algunas ocasiones, pero ahora mismo no podía permitirse ninguno de esos sentimientos. Todavía la policía estaba recogiendo trozos de un señor que había metido al coronel, a Gonzalejo y a los que trabajaban con ellos, en un asunto turbio del que Donizetti no conocía detalles.

El taxi se detuvo en una quinta de la Castellana. Tocó el timbre y una mujer de cabellos blancos abrió la puerta: al fondo distinguió a un hombre gordo sentado en una silla de mimbre. Donizetti tosió tres veces y mostró un sobre añil. La mujer hizo un gesto afirmativo y apretó el sobre entre sus manos huesudas. Luego le dio una pequeña caja y cerró la puerta sin pronunciar palabra.

Dentro del taxi, Donizetti abrió la caja, tal y como le habían indicado. Soltó un silbido al encontrar un reloj Patek Philippe. Había visto algunos en su viaje a Ginebra: unos quince mil dólares. Envió un mensaje escueto al número que le habían indicado: «Ya».

Pidió luego al taxista que diese algunas vueltas por Altamira.

Imaginó qué se sentiría al llevar en la muñeca un reloj de ese tipo. Fantaseó con la posibilidad de probárselo, pero le habían indicado claramente que se limitase a comprobar que la caja contenía un objeto. Suspiró con impaciencia. Estuvieron un rato detenidos en un atasco y vio a un perrocalentero abriendo un paquete de salchichas, a una mujer estornudar junto a una palmera, a dos motorizados mirar con insistencia un furgón de transporte de valores. El Blackberry vibró con un mensaje: «Duerme en un hotel en Maiquetía, a primera hora recoge a la diosa, luego sube y la dejas en casa del coronel».

Le indicó al taxista que lo bajase al litoral y el hombre lo miró con sorpresa.

—¿No vio usted lo que acaba de pasar? Cómo estamos en esta ciudad.

—No —respondió él—. No vi nada. Ahora lléveme rápidamente al aeropuerto.

Al amanecer, tres guardias lo esperaban y uno de ellos le dio un golpecito en el hombro. «Qué lujo, compadre», le dijo y le pasó las llaves de un carro. Apareció una mujer alta, muy esbelta, oculta tras unos horribles lentes de sol que le devoraban media cara. Él la saludó, pero ella respondió con aspereza que exigía en los próximos minutos un lugar con aire acondicionado. Donizetti la subió a un carro de alquiler que tenía una etiqueta con su nombre. Le parecía difícil que una mujer así pasase desapercibida. Su cara le resultaba familiar. Recordó el final de los ochenta, los primeros noventa. Claro, una *top-model*. De las más famosas en aquel tiempo. Ahora menos. Ya no salía en portadas y los periódicos solo hablaban de

ella por algunos pequeños escándalos. Nada importante. Lo último: un camarero al que le arrancó los dientes cuando lo golpeó con un celular.

Intentó abrirle la puerta de adelante pero ella hizo un mohín de asco y sorpresa. Donizetti respiró hondo. Le indicó que se sentase atrás. Intentó hablarle durante la ruta, explicarle algunas historias de Venezuela, o señalarle algún paisaje, pero ella le pidió que se callase y aumentara la velocidad porque en su vida era urgente un Dry Martini. Recibió otro mensaje. «Dale el reloj a ella; llévala a donde sabes; y deja el carro en el estacionamiento del Sambil.»

Él intentó armar varias frases y le entregó el reloj; ella sabía muy bien de qué hablaba porque hizo un gesto imperativo y lo colocó en su delgada muñeca. A Donizetti le pareció estridente ese reloj masculino colgando de la mujer, pero pisó el acelerador para llevarla cuanto antes y no seguir escuchando sus murmullos impacientes.

El coronel esperaba en la puerta de su casa con dos hombres que a pesar del calor utilizaban abultadas chaquetas de cuero. La mujer se bajó y se perdió dentro de la casa. El coronel, con el rostro pálido y un rictus de sonrisa, le hizo a Donizetti una señal para que se marchase.

Siguió las instrucciones que le dieron a través de nuevos mensajes. Se fue a una tasca en el centro comercial Las Mercedes y encadenó cuatro whiskies relajantes. Llamó a Verónica, le dijo que debía cubrir una noticia fuera de Caracas. Se dirigió al hotel Paseo y comprobó que había una habitación a su nombre. Durmió una siesta. Luego leyó trozos de una novela de Pynchon y al comprobar que no comprendía nada la depositó a un lado de la mesa. Miró el techo. Lo miró mucho rato. Pensó en cuántos ojos habían contemplado ese techo. Ojos excitados, ojos amorosos. Meditó sobre esos ojos quemantes que son incapaces de mirar nada en los hoteles, esos ojos ciegos que solo ven la piel desnuda de la persona que tienen enfrente. Esos ojos que luego se detienen en el techo sintiendo que el mundo entero es una levedad, una placidez sudorosa.

Algo nervioso, resopló. Le pareció mentira que alguna vez hubiese contemplado así a Elizabeth.

«En algún lugar alguien estará feliz mirando una piel hermosa», pensó al darse la vuelta en la cama. «Pero la culpa de que piense estas cosas es de Manuel», concluyó agotado y cerró los ojos para ver si volvía a quedarse dormido.

La madrugada en que se encontró con su antiguo amigo, entre las muchas historias que recuperaron, estaba la de las bellísimas primas Llovet. Una alta, otra más pequeña. Una con cejas gruesas; la otra con cejas finas. Bellísimas ambas. Lejanas. Inaccesibles.

Esa noche, Manuel tosió y apretó las mandíbulas como aguantando unas palabras que finalmente pronunció en susurros.

—Nos hicimos muy amigos en la universidad, Donizetti. Tanto que pasamos

juntos un Año Nuevo con otros compañeros; y bebimos tanto ese día, nos metimos tantas cosas que terminamos ellas dos, Reig y yo en la casita de playa que tenía el pana en Macuto. Y seguimos bebiendo, y nos bañamos desnudos en la piscina: Reig intentó tocarlas, pero ellas lo empujaron entre risas y él se marchó a la casa para vomitar y desmayarse. Cerca del amanecer, la más baja de las Llovet se quedó dormida en una tumbona, y entonces la más grande me atrapó en el borde de la piscina y me dijo que había que comenzar bien el año, y me pasó los muslos por la espalda, y lo hicimos allí mismo; solo que al rato, la más pequeña estaba a nuestro lado diciendo que ella era tan mujer como su prima, y se me lanzó encima gritando feliz año. Estuvimos mucho rato, yo con las dos, Donizetti. Yo con ellas, no creas en vainas ni en pornos, las dos primas ni se tocaron entre ellas, ni una vez, pero se turnaban, una y otra, conmigo. Pero nunca más volvieron a ser mis amigas, solo saludaban alzando la mano y se escurrían por los pasillos de la universidad. Me sentí mal porque terminamos distanciándonos, pero siempre las recuerdo y muchas noches pienso que los Años Nuevos son para que empiecen unas cosas y terminen otras, y jamás pierdo la felicidad de recordarlas desnudas en ese amanecer, pero me jode mucho, Donizetti, me jode saber que ahora mismo, aquí en Caracas, o en Nueva York, o en Fráncfort, o en Santiago de Chile, o en cualquier sitio, Donizetti, hay unas primas Llovet despidiéndose con ternura de un amigo, desnudas, apretándolo fuerte, pasándose una a la otra, porque las cosas siguen ocurriendo y lo que un día fue vuelve a ser, solo que nosotros ya no estamos, solo que ya no somos a quienes les suceden las cosas que nunca dejan de pasar; y por eso al envejecer empieza uno a quedarse sordo, para no oír que en el mundo siguen gimiendo siempre y siempre las primas Llovet.

Donizetti se frotó los parpados y giró el rostro para no seguir mirando el techo del hotel. Debía llamar a Manuel otro día; volver a verlo; incluso invitarlo a casa. Seguía siendo un tipo simpático. Esa historia sobre las primas Llovet muy probablemente era inexacta; muy probablemente llevaba en sí misma demasiadas exageraciones; pero a Donizetti le pareció entrañable el modo en que su amigo se la contó; como otorgándole con las palabras el acceso a un tiempo lejano; como devolviéndole la alegría de aquellos dos cuerpos felices, remotos. Un amigo es quien también sabía contar la mentira justa en el momento justo. Gran tipo, el Manuel. Y lo más extraño es lo bien que se conservaba. Aunque más que conservarse, era como si hubiese sufrido una transformación. Tenía un cuerpo cuadrado, en el que se notaban horas de gimnasio. Nada que ver con aquel adolescente famélico que perdía la paciencia con sus padres y sus dos borrosas hermanas por cualquier comentario que hiciesen y que solo dejaba asomar cierta ternura cuando hablaba con su tía Felipa.

Miró el reloj y encendió la tele. Ya había comenzado el programa. El

comandante estaba inaugurando una productora de café que habían confiscado. Luego hizo publicidad de unos pañales que fabricarían unas cooperativas del gobierno y mostró el dibujo de unos limones gigantes que se producirían en una hacienda que la Guardia Nacional había tomado el año anterior.

Donizetti se sirvió un té helado. Luego fue al baño a orinar. Cuando regresó, el comandante le cantaba versos a una vaca que habían llevado al programa: una vaca que exhibían como mascota un grupo de compañeros que confiscaban edificios supuestamente abandonados. La vaca fue paseada en círculos por dos o tres personas, y después le colocaron unos lazos rojos en el lomo.

Luego con una gran sonrisa, el comandante saludó la presencia de una gran *top-model* que venía a expresar su apoyo al Proceso y que realizaría una película sobre las guerras latinoamericanas del siglo XIX. Donizetti vio a la mujer. Quitaba el aire; vestida con un diseño que evocaba un liquiliqui y cuya falda dejaba entrever unas piernas eternas, rotundas. En la muñeca ya no llevaba el costoso reloj y sus brazos fibrosos parecían brillar como si estuviesen impregnados de lluvia. El comandante subrayó que, pocas horas atrás, él mismo le había mostrado en el avión algunas de las bellezas naturales del país.

Luego la cámara paseó por los rostros afables de varios militares que se pusieron de pie para saludar a la modelo. El coronel se encontraba en primera fila, junto a un general que no dejaba de escrutarlo todo el tiempo; como si le resultase divertido lo que estaba sucediendo.

Al coronel se le notaba eufórico: no solía ser invitado a los programas de televisión del comandante. Donizetti sonrió al ver al hombre dándole la mano a la modelo como si fuese la primera vez que la contemplaba en la vida.

«OK», decía el mensaje que pudo leer media hora después, «estamos salvados; ya no se atreverán a tocarnos».

## Vigésimo sexto

Amanda y la amiguita del apartamento de al lado jugaban en el salón mientras Donizetti escuchaba distintas versiones de *E lucevan le stelle*. Solía hacerlo. Quizás para recordar a su padre; quizás para recordar el equívoco de su nombre. Era curioso pero sin conocer el motivo, su preferencia mutaba con rapidez: en ocasiones prefería el histrionismo desgarrado de Caruso; en otras la limpidez y la fuerza de Plácido Domingo; otros días la cortante persistencia de Pavarotti; y muchas veces lograba atraparlo la dulzura rotunda de Aquiles Machado. Suponía que cada voz, que cada intensidad o juego sonoro lo conectaba con una parte distinta de sí mismo, con un momento diverso de los años compartidos con su padre, como si su nombre tuviese distintas capas y memorias.

Pero el caso es que esa mañana deseaba escuchar todas las versiones y no tomar partido por ninguna de ellas. Ser la totalidad de esas voces. Ser cada una de ellas; ser una que fuese todas. Porque los últimos días, con el estallido de la bomba, los golpes del asesor, el asesinato de la mujer y el niño frente a su casa, le habían activado la ansiedad de imaginarse como un cuerpo que se disgregaba para saltar hecho pedazos, que se dividía en fragmentos. Así, cada tanto se tocaba los brazos, las piernas, el abdomen, las costillas, los hombros y sonreía feliz. «La muerte solo nos vencerá una vez, pero nosotros le habremos ganado días y días y días», pensó con ese optimismo de quien se encuentra mareado por la euforia.

En la agencia le habían dado dos días libres para que descansase. Aceptó encantado. Aun así preparó otro informe detalladísimo y lleno de derivaciones que llevaban a derivaciones y a otras derivaciones de todos los sucesos minúsculos y poco importantes de la oficina, y luego lo envió al mayor cubano. Sonrió al imaginarse que al militar le estallaba la cabeza al leer aquel maremoto de letras y palabras.

Pensó unos instantes en las primas Llovet. Se excitó al pensar en ambas, desnudas, junto a una piscina en la que sus pieles tomaban un resplandor de arena húmeda. Experimentó la nostalgia de saber que años atrás esa imagen lo habría acompañado semanas y semanas; que la historia de Manuel se habría convertido en el centro de sus fantasías, de sus anhelos. Ahora solo le parecía una historia simpática, una historia de pérdidas y tiempo irrecuperable.

Fue hasta la cocina y miró por la ventana. Le pareció que el aire de la ciudad vibraba con una oculta fosforescencia. «A lo mejor estamos respirando las moléculas del juez Garrido, sus más minúsculos trozos», meditó, y mientras bebía un apurado vaso de agua contempló la avenida y vio gente que caminaba para ir

hasta el metro. Dos señoras con bolsas llenas de verduras conversaban risueñas justo en el sitio donde habían aparecido la mujer y el niño asesinados. Muy probablemente, también en el lugar donde había volado Garrido, ahora mismo tres adolescentes calculaban el dinero necesario para comprar una botella de anís y bebérsela apoyados en una pared. «La ciudad es una máquina de olvido.»

Supo que él debía comportarse del mismo modo. Vivir solo era posible en la inocencia; en la ignorancia de los detalles. Ni falta que le hacía conocer las razones para todo lo que había visto en las últimas horas. Le había dicho el coronel que reposase en casa y que al volver a la oficina ya le encargarían alguna nueva misión con los maletines. Con eso era suficiente.

Cuando apareció Verónica para preparar el almuerzo, Donizetti encontró un mensaje de Gonzalejo invitándolo a tomar una copa en Casa Urrutia. Le entró sueño pero decidió que el trabajo exigía sacrificios, lo mejor era acudir a la reunión, compartir un par de horas y luego regresarse a casa.

Ayudó a su mujer picando tomates y trozos de pepino. Le gustó mirar su espalda y ese vestido por el que se transparentaba un cuerpo delgado, lleno de deliciosas curvas, de tersuras rotundas, de tibiezas. Sin que viniera a cuento, se puso de pie y le dio un beso en la nuca: algo de champú flotó sobre el aire. Al fondo, escuchó las voces de las niñas comentando un juego de la Nintendo.

Cuando llegó parecían bastante borrachos. Le sorprendió que Raúl tuviese los brazos tan lampiños. Parecía notarse todavía más con los movimientos bruscos y estridentes con los que exigió otra ronda de whiskies y raciones de chistorras.

Donizetti no quiso beber demasiado. Deseaba regresar pronto a casa. Quería seguir escuchando el aria de *Tosca*. Un amigo incluso le había comentado que Sadel la había grabado en los años setenta y que era una versión apreciable.

Gonzalo le recriminó varias veces que bebiese con tanta lentitud y de manera brusca le advirtió que pasarían la factura a la agencia de noticias. Él alzó la mano y comentó que todavía le dolían los huesos.

Gonzalo y Raúl se enfrascaron un rato en una discusión sobre beisbolistas. Frente a cada uno, languidecía un mero a la vizcaína. Al fondo, un grupo de hombres ruidosos que llevaban camisetas brillantes bajo las que asomaban prominentes barrigas se despidieron de los mesoneros. No era difícil comprender que todos iban armados. Junto a ellos caminaba Dayana, la jefa de Internacionales de la agencia. Gonzalejo y ella cruzaron un saludo rápido, falsamente cómplice, guiñando los ojos y haciendo un gesto breve con la mano. Donizetti miró la espalda de la mujer mientras se marchaba: el trasero parecía estallarle dentro de una ajustada falda de seda. Esa imagen lo puso de buen humor durante unos segundos. No demasiados. Gonzalo ya estaba mareado y como siempre comenzó a irse de la lengua; a mencionar temas inadecuados sobre los que nadie preguntaba. Sin saber

muy bien cómo, Donizetti se encontró conversando sobre los problemas de lubricación de la esposa del coronel, porque a pesar de ser bastante más joven que el militar y tener un rostro sexualmente prometedor, no era talentosa en la cama.

–Nunca sé cómo te enteras de esas cosas; y tampoco entiendo para qué sirve saberlo –dijo Donizetti.

Gonzalejo no se dio por aludido y continuó ofreciendo detalles.

Por una de las ventanas, la atmósfera brilló con textura de jaspe. Donizetti escuchó cómo Gonzalo comenzaba a hablar sobre una antigua compañera de la universidad que nunca se lavaba los pies.

–Estuve a punto de casarme con ella –insistía Gonzalejo–. Menos mal que no lo hice. El amor lo aguanta todo, pero el olor de pies de esa mujer... ¿Te acuerdas de ella, Donizetti, estudiaba con nosotros al principio de la universidad?

Él negó con la cabeza para intentar que su amigo se callase.

Recordaba a esa mujer de bellos ojos oscuros que solía usar sandalias. Una mujer que murió luego en un accidente de carro en la vía de Oriente. Guardaba con solidez muchos recuerdos de los tiempos de la universidad, aunque la mayor parte de aquellos amigos dejó de hablarle cuando comenzó a trabajar para el gobierno. De ese tiempo solo sobrevivía Gonzalo, quien al verlo languidecer en un depósito de mercancía donde llevaba inventarios de cajas, le ofreció que estuviesen juntos en la agencia de noticias.

Se estiró para quitarse el cansancio. Agitó el vaso de whisky. Pensó que en cinco minutos estaría camino a casa y eso hizo tolerables las voces pastosas de sus dos compañeros. «Falta menos para irme.» Pero poco a poco se dio cuenta de que las últimas palabras que cruzaban Raúl y Gonzalo le interesaban.

–No me llames miedoso, no te metas conmigo. Ustedes exageraron. Por eso ni les respondí el teléfono.

–¿Te parece? Garrido quizás creía lo mismo.

–No mezcles las cosas. Garrido es Garrido. Nosotros somos nosotros. El tipo se había metido en asuntos turbios y ya le habían avisado por muchas vías que se quedase quieto.

–¿Y tú cómo puedes saber que no nos iba a pasar nada si te escapaste?

–Estaba con una amiga en un hotelito rico en la Panamericana y no me iba a salir de los muslos de esa mujer para responder a las histerias de ustedes tres. Ya sabes que mi esposa es muy buena persona, pero es horrorosa. No puedo perder esas oportunidades.

–Oye, ¿quiénes tres? –se quejó Donizetti–. Yo no estaba histérico. Me dijeron: «Hay un problema, resuélvelo». Lo resolví.

–Bueno, entonces estaban histéricos Gonzalo y el coronel. Casi me matan del susto y me quitan de la boca unas tetas divinas que me estaba comiendo esa tarde. Menos mal que no les hice caso. No iba a pasar nada. La vaina no era con nosotros.

–Eso dices tú, pendejo, porque no diste la cara –balbuceó Gonzalo–. Menos mal que tenía un amigo en una productora de cine en el Imperio y que se me ocurrió la idea del reloj y de la *top model*... Nos costó un buen dinero el asunto.

Donizetti fingió revisar algo en el celular y estaba a punto de decir que acababa de recibir un mensaje importante desde casa, cuando le sonó una llamada.

–Épale, Doni.

–Manuel...

–El mismo. ¿Qué tal la recuperación? ¿Algún hueso roto?

–Estoy perfecto.

–Qué bien... Oye, necesito que nos veamos.

–Te llamo en estos días.

–No, pana. Ahora. Debemos vernos ahora mismo. Me dieron algo para ti. Dicen que es urgente. Aquí tienes un sobre esperándote.

–¿Quién?

–Hablamos ahora. Vamos a vernos.

Donizetti suspiró y miró de nuevo por los ventanales. El color jaspe se había diluido en sombras metálicas y texturas de ceniza.

Raúl y Gonzalo pidieron otra botella de whisky. El mesonero se la trajo y con gesto resignado recogió los platos de mero.

## Vigésimo séptimo

El taxista que le hacía trabajos a Manuel lo buscó frente al restaurante y enfiló por la autopista. A Donizetti le gustó el aire que entraba por las ventanillas: un aire fresco, como de lluvia, como de mundo refulgente y despejado por un agua transparente. Pensó que alguna madrugada del liceo hizo esa misma ruta con Reig, a toda velocidad, sintiendo que el aire los cortaba y los desafiaba con su resistencia y que ellos eran capaces de vencerlo. Luego Manuel los esperaba con la rotundidad de unos rones y Donizetti sentía que su garganta era capaz de pronunciar las más sonoras, las más sólidas palabras, como si cada una de ellas llevase fuego.

Le llegó un mensaje. Elizabeth alegaba un grave error en alguno de los últimos ingresos. Escupió hacia la autopista y le pareció que su saliva se convertía en un millón de agujas. A veces deseaba que Jesse se hiciese millonario con la lotería pero sabía que era imposible; aquel hombre nunca se levantaría de su hamaca para hacer una apuesta.

Pasó frente a unos edificios cuyos balcones daban al oscuro y maloliente río que contempló muchas mañanas de su vida cuando iba al liceo. En uno de esos balcones tuvieron mil años atrás una fiesta. Elizabeth todavía no había aparecido en su vida para aplastarlo. Allí conoció a una prima de Reig que con la dulzura de los vinos comenzó a ventilar en el balcón los grandes dilemas que la atormentaban; así le preguntó si no pensaba constantemente en Dios o en el sentido de lo que habíamos venido a realizar en el mundo. Donizetti alzó los hombros. No le interesaba detenerse en esas dudas. Enigmas que a la chica sí le parecían fundamentales, pero que se disiparon media hora más tarde, cuando en la oscuridad de una esquina llena de helechos (la fiesta borracha al fondo, sus amigos Manuel y Reig bailando un calipso grupal, jubiloso), entre gemidos y besos, él le bajó los pantalones, la colocó de espaldas mirando hacia las negras aguas del río Guaire y la penetró mucho rato, con duras embestidas, golpeando su culo hermoso, blanquísimo como una luna. «Esto, esto es lo que hemos venido a hacer al mundo, esto, solo esto, Dios son tus nalgas desnudas, mami.»

Un rato después, Reig le dio un abrazo y le dijo que su prima estaba muy buena, pero que conocía a una mujer que le iba a encantar, una muchacha llamada Elizabeth y que pronto se la presentaría.

«Los demonios siempre necesitan que se invoque a Dios para existir.»

En la radio dieron noticias sobre una exposición de fotografías y un nuevo disco

de Calle 13. Suspiró. Luego se preguntó quién habría dejado algo en manos de Manuel a horas tan intempestivas. Le parecía que el mundo se estaba convirtiendo en una larga aspereza.

Volvió a recibir otro mensaje de Elizabeth con nuevas cuentas en las que a cada minuto él le debía más dinero. Respondió que la llamaría al día siguiente; que no perdiese el tiempo escribiéndole a estas horas porque no pensaba responder. Se sintió reconfortado con la dureza de su respuesta. Se trataba de una victoria de pocas horas. Al amanecer ella le demostraría que tenía la razón.

Cuando llegaron a la supertorre de Manuel, el taxista le dijo que se bajase a toda velocidad y que no parase hasta alcanzar los ascensores. Así lo hizo. Sintió el motor del taxi arrancar con violencia y perderse como un ruido afónico en la noche.

Manuel lo saludó con un gesto apresurado. Subieron con rapidez. En el espejo del ascensor alguien había escrito el nombre de una mujer y un teléfono.

Al llegar al piso veinte, Manuel comentó que el día estaba siendo grato porque no se había ido la electricidad.

–Con los apagones ya me han jodido tres computadoras el último par de años. Luego no hay quien las pague –se quejó mientras no dejaba de mirar su celular.

Llegaron al apartamento y aunque Donizetti pensó que sería como entrar en un agujero del pasado, lo encontró tan transformado que no reconoció ni una puerta, ni un pequeño detalle. Una foto inmensa de Barbra Streisand dominaba una parte del salón; en el otro extremo Sugar Ray Leonard parecía elevarse sobre el ring como si fuese una nube de vapor saltando hacia las nubes. También encontró reproducciones de Chagall, de Hopper, de Klee, y los vetustos muebles que Donizetti recordaba de los años liceístas habían sido cambiados por piezas ligeras, de colores blancos.

Solo después de unos minutos, mientras Manuel le servía una limonada y unas yucas fritas, recuperó cierta familiaridad en el olor: espelma, perfumes baratos, cocuy. Su amigo le comentó que sus padres se habían mudado hace años a Santa Mónica, que su tía Felipa una tarde dijo que iba al hospital porque le dolía el estómago y murió a las tres horas y que sus dos hermanas se casaron y se fueron a vivir a Maracay con unos señores gordos que organizaban parrillas los fines de semana.

–Pero yo quise seguir aquí. Mis padres nunca vienen. Estoy tranquilo. Hago ejercicios de musculación; veo peleas antiguas en internet, enciendo las velas del altar de mi tía Felipa y escucho programas de radio que me gustan.

Donizetti miró de nuevo la foto de Ray Leonard y las reproducciones de Chagall. Percibió una oculta conexión entre ellos, como si una energía invisible elevase unos centímetros del suelo esas figuras. Pero en vez de comentarlo, le preguntó a Manuel por el sobre que le habían entregado.

–Fue muy raro. Ya estaba atardeciendo y a esa hora muy poca gente se aventura a venir aquí. Por eso me sorprendí cuando me tocaron el timbre y vi que no era un vecino. La mujer dijo tu nombre, comentó que pensaba dejarlo en el buzón, pero no pudo hacerlo, en un superbloque no tenemos esas exquisiteces.

Manuel abrió una gaveta y sacó un sobre color azul. Luego lo puso en la mesa. Donizetti extendió la mano para tocarlo.

–¿Y esto?

–Tú sabrás. ¿Andas en algo extraño? Me pegué tremendo susto. Años sin vernos y de repente a alguien le parece buena idea dejarme algo tuyo. Estuve a punto de no aceptarlo, pero la mujer tenía muy mala cara. Se ve que te siguen los pasos...

–No sé en qué ando, Manuel. Y lo mejor es que tú tampoco lo sepas.

–Supongo que tienes razón. Pero es un *pendrive*. Toqué el sobre. Se nota que es un *pendrive*. Lo siento, soy curioso. Y ahora si quieres te traigo mi portátil y lo miras y decides qué hacer con él. En una hora el taxista viene a buscarte. Puedes tirarlo en el río. Mañana estará en el mar.

Donizetti asintió y en unos minutos vio los archivos. Nada demasiado comprensible. Fotos de mariposas. Muchas fotos de mariposas.

–Matías –dijo en voz alta.

En la cocina Manuel revisaba un montón de bolsas de la compra y murmuró con tres zanahorias en la mano:

–Pues sí. Eso dijo la mujer. Soy la esposa de Matías.

Donizetti contempló las fotografías, pero no encontró nada en ellas que le llamase la atención. Buscó durante un buen rato si había algún archivo de texto que pudiese orientarlo, pero solo contempló centenares de fotos de mariposas. Respiró hondo y apagó la computadora. Le pidió permiso a Manuel para ir al baño y allí estuvo pensando que lo mejor era no darse por enterado de ese mensaje. Unas fotos de mariposas podían ser tan solo unas fotos de mariposas.

Al salir vio la puerta entreabierta de una habitación. Se asomó y vio un altar inmenso presidido por María Lionza en el que también distinguió al negro Felipe, a Guaicaipuro, a Simón Bolívar, a san Martín de Porres, a José Gregorio Hernández, a san Antonio; y donde pudo adivinar unas figuras dibujadas en estampas de papel: don Juan de los Caminos, don Juan de los Cuatro Vientos, don Juan del Amor y don Juan de los Tesoros. Durante un rato se quedó contemplando esas velas encendidas que creaban un resplandor antiguo, sepia. Le gustó la oscilación de la luz. Sintió que una inmensa paz caía sobre él, como un baño de agua en un día asfixiante. Le pareció recordar a la tía de Manuel rezando cada noche en ese lugar y le agradó además la incongruencia de esa habitación con el resto de la casa.

Caminó hasta el salón y se sentó frente a la computadora apagada. Hundió el *pendrive* en su bolsillo y le dio vueltas con los dedos.

Manuel lo miró con atención.

–Estuviste en el altar –le dijo.

–¿Cómo lo sabes?

–Esas cosas se notan. Se te ven candelas en el fondo de los ojos. Y ya que hablamos de eso... –murmuró, y abrió un pequeño frasco de agua que guardaba en un cajón de la cocina; luego se empapó la mano y le hizo una cruz entre las cejas a Donizetti–. Tienes una sombra fea en la frente, mi pana. No me gusta. ¿Escuchas lo que te digo? Tú anda con mucho cuidado, que tienes un montón de diablos caminándote cerca.

## Pipino Cuevas

Cuando se marchó Donizetti comprendí que andaba metido en algún asunto serio; más serio de lo que él deseaba admitir. Lo prudente era que yo me alejase; que no abriera la puerta a señoras de rostro hinchado que me entregaban sobres. Pero nada nos convierte en más irresponsables que el despecho.

Hay que admitir cuando una situación te derrota. Es falso que la resistencia resulte un heroísmo necesario. Es mentira que quien aguanta tiene más posibilidades. Eso lo tuve clarísimo desde que vi aquella pelea de Pipino Cuevas contra Thomas Hearn. Todavía contemplo aquel puñetazo del gringo. Uno de esos golpes crujientes, como un espadazo. Un puñetazo calculado porque Hearn tenía los brazos muy largos y hasta se permitió el lujo de apuntar unos segundos y ajustar la mira. Luego soltó esa derecha. Pipino se revolvió. Su cabeza se le fue volando, pero él hizo un esfuerzo y quebrando la cintura, se movió como un muñeco relleno de arroz, agitó el tronco para mantener el equilibrio y así se sostuvo en pie dos segundos más; los suficientes para que Hearn lo rematara con otro derechazo que lo tiró al suelo completamente noqueado.

Debió caerse. La única oportunidad que tenía era caerse con el primer puñetazo y ver si era posible una recuperación milagrosa.

Por aguantar de pie lo remataron.

Así que yo, con la locura transitoria de Félix, me lancé al suelo. Y allí me quedé. Nada de maromas, ni de resistencias que facilitasen un segundo recto de derecha. Quedarme al lado de Donizetti una vez que intuí que tenía serios problemas era mi manera de olvidarme de las necedades de Félix, de quedarme en la lona por si se me ocurría alguna solución milagrosa con ese hombre que ahora deseaba largar a su familia para sentarse a mi lado a ver la tele.

Donizetti lograba alejarme de esa rabia.

Después de bendecirlo con agua bendita, le advertí a mi amigo que anduviese atento. Quería ayudarlo. No sabía muy bien cómo, pero quería ayudarlo. La culpa es un gran motor para el afecto y la solidaridad. Le dije que si no iba a tirar el *pendrive* al río, lo dejase en mi casa. Sonrió con desconfianza.

–No lo voy a mirar.

–Tampoco lo entenderías –respondió.

–El caso es que no voy a mirarlo. Pero si es algo importante, estará más seguro conmigo. La gente tiene miedo de venir aquí.

Pareció convencido. Lo acompañé hasta el taxi y subí a toda prisa. Me serví un

jugo de naranja y luego conecté el *pendrive*. Sí. Mentí. Pero para apoyarlo debía saber en qué andaba. En efecto, encontré montones de fotos y poco más.

Luego me fui al altar. Estuve rezando un buen rato. Tenía mucho tiempo sin hacerlo. Mi tía Felipa decía que yo tenía muchas luces, que podía ser una excelente materia para que los espíritus hablasen por mi cuerpo, que podía ayudar a las personas. Eso intenté con la madre de Donizetti. Un día vio asomar en mi camisa el crucifijo con las cintas de colores. Me preguntó si sabía de espiritismo y le dije que sí. La estuve chequeando unas semanas. Le leía el tabaco. Adiviné que se había casado con su marido para huir de unos padres que la humillaban, que vigilaban cada uno de sus pasos, que incluso controlaban el escaso sueldo que ganaba en una tienda de cosméticos.

Luego ella me confesó que le pareció tolerable huir de esa asfixia casándose con un hombre que no le atraía, pero que trabajaba como chofer entre Caracas y Barquisimeto; una realidad que lo mantendría horas y horas en una carretera; lejos; exhausto.

Nunca imaginó que aquel hombre se enamoraría hasta tal punto que cuadraría todos sus horarios para dormir cada noche en casa. Era capaz de hacer seiscientos kilómetros de ida y vuelta solo por abrazarla y bombardearla a preguntas.

—No es mala persona, pero me agobia. Me agobia tanto como mis padres. Es como si se hubiese convertido en ellos. No puedo salir a la esquina a comprar el periódico sin verlo asomarse al balcón para mirar qué estoy haciendo o qué quiero hacer.

Le di las instrucciones para que hiciera un trabajito. Era algo simple. Alumbrar a san Alejo de cabeza siete noches con un velón azul, y poner en la comida del hombre dos granos de sal que hubiesen recibido luz de luna. Funcionó. Ella consiguió un buen empleo y se marchó de casa. No alejó al marido, pero se alejó ella. Lo importante son los resultados, no los matices o los detalles.

Al principio quedé muy halagado con mis poderes. Tardé semanas en darme cuenta de lo que había hecho.

La madre de Donizetti fue más feliz.

Y mi amigo se quedó sin familia.

Ahora apagué las velas con las yemas de mis dedos y me acosté en mi cama.

Esperé despierto hasta que Donizetti me confirmó con un mensaje que había llegado bien a su casa. Miré la hora. Supe que a esa hora Félix estaría con nuestro grupo de entrañables loquitas contándoles que yo era un desalmado, un canalla. Ya me habían advertido que se dedicaba todas las noches a decir barbaridades sobre mí.

Lo odié. Era tan sencillo odiar a alguien.



## Vigésimo octavo

Se levantó temprano. Con alegría descubrió que Verónica había conseguido café y se preparó una taza bien cargada. Luego escuchó el timbre. Los vecinos le preguntaron si le importaba llevar a la niña al colegio, ellos debían salir porque habían escuchado el rumor de que en un ministerio estaban sacando pasaportes y tenían dos meses intentando conseguir uno. Dijo que sí. La niña estudiaba en la misma clase de Amanda. No había problema.

Terminó de beber el café mientras de fondo escuchaba la voz de Verónica mezclada con risas infantiles. Contempló la taza humeante, pensó unos segundos en las fotografías que le había enviado Matías. ¿Debía informar al mayor cubano? ¿Y al coronel? ¿Y a Gonzalo? Probablemente no. Y si probablemente no debía hacerlo es porque se trataba de algo importante y por eso mismo no debía pensar en ello. Así, toda amenaza dejaba de existir.

Se sentía instalado en un inmensa beatitud, en un sosiego inabarcable: una vez que había aceptado que podía viajar por el mundo llevando kilos de ropa vieja y que por ese motivo podría ser golpeado, chantajeado y hasta podía volar por los aires, resultaba sencillo comprender que el peligro de muchas señales era intentar comprenderlas.

Miró el reloj.

Bajó con las niñas y las dejó en el colegio. Había sido buena idea inscribir a Amanda en uno tan próximo. Aparte de ahorrarle los atascos insoportables, era preferible ir andando, en vez de enviarla en un transporte rodeada de escandalosos niños que podían insultarla al saber que su padre trabajaba para el gobierno.

Donizetti se detuvo. Un sonido de campanas vibró en su bolsillo. Nuevo mensaje de Elizabeth. La llamó. No perdieron el tiempo con saludos. Discutieron a gritos por unos ingresos que ella reclamaba.

–Está bien que me exprimas, pero no que me hagas pagar dos veces lo mismo. Cuando necesites duplicar ingresos, dile a Jesse que se levante de la hamaca.

Después de amenazarlo con abogados, su ex cortó la comunicación. A él le pareció por instantes que Caracas entera enmudecía, que se transformaba en un silencio espeso, indescifrable. Solo pudo escuchar el latido de su corazón. Se descubrió acezante en medio de la avenida. Entró a tomar un café en una arepera. Le temblaban las manos. Su exmujer lograba absorberle toda la energía.

La calle brilló como un cuchillo. Donizetti miró la hora en su móvil. Luego recostó su cara en el ventanal del negocio. Lo hacía en ocasiones, cuando necesitaba pensar.

Elizabeth detestó siempre ese gesto de lasitud. Le parecía desgano y absurdo.

«No éramos nada especial y no éramos nada», pensó Donizetti, «pero nos faltó esa suerte que consiste en vivir en la inconsciencia; en ignorar siempre que éramos solo dos mezquinos, dos pusilánimes compartiendo una cama».

El día de la boda, el carro alquilado que los llevaba hacia el aeropuerto, dio un frenazo brusco, luego oyeron un crujido metálico. Se bajaron a ver qué había sucedido. Entre las ruedas encontraron un perro aplastado. Parecía un garabato. Una estrella rojiza de carne. Elizabeth volvió a subirse al auto; Donizetti no pudo apartar los ojos de aquel cuerpo: le pareció que desde la piel todavía repicaba un sonido silbante, como el eco de una respiración.

–El perro tenía los ojos verdes –le dijo a Elizabeth. Las manos le temblaban, pero ella le pidió que buscara los pasajes del viaje de bodas y le confirmara el día del regreso. Donizetti sintió un escalofrío.

Ese escalofrío acompañó siempre su vida junto a ella. Una sensación de torpeza, de quiebre; de pequeña catástrofe. Una intuición que se confirmó cuando en plena luna de miel su padre lo llamó para decirle que a Reig lo habían asesinado en un atraco, apenas dos días después de haber sido el padrino de la boda entre Donizetti y Elizabeth.

«El mundo es un lugar mejor ahora que no estamos juntos.»

Recordó lo que Manuel le había comentado la noche anterior. Esa sombra que llevaba en medio de la frente. Sonrió con un gesto tenso de los labios. Quizás era el momento de parar estos asuntos de los maletines. Pero ¿cómo? ¿Y qué era exactamente lo que debía parar? Que llevara ropa vieja no le hacía daño a nadie. Quizás incluso ayudaba a muchas personas. Él no era un experto en temas de contrainteligencia como para descifrar el motivo de sus vuelos transoceánicos.

¿Y si le pedía a Manuel que hiciera una brujería para que Jesse y Elizabeth trabajaran y ganaran su propio dinero? Volvió a sonreír. Si en verdad su amigo tenía poderes, esa posibilidad le quedaría distante. Solo un dios omnipotente sería capaz de obrar tal milagro.

Decidió regresar a casa. Quería seguir escuchando las muchas versiones de su aria. Extraviarse en las voces de esos tenores que convertían su garganta en una flama dorada, en un hilo de cobre. ¿Qué versión sería la que su padre llegó a escuchar?

Caminó un trecho. Poco antes de cruzar la avenida, el semáforo en verde lo detuvo en seco. El cerebro comenzó a retumbarle. Bajó los hombros. No soportó la incertidumbre que le había traído el inesperado sobre que le estaba guardando Manuel. Tomó el celular. Llamó a Matías. Una voz mecánica le dijo que el número estaba fuera de servicio. Lo intentó llamando a la agencia. Le diría a su compañero que no lo involucrara en temas extraños, que no contara con él para asuntos diferentes a los trabajos de la oficina.

Lo dejó repicar mucho rato. Nadie respondió.

Llamó a la centralita. La mujer torpe del otro día reconoció su voz y le dijo con sequedad que no se enfrascase en dar explicaciones; sabía de quién le hablaba, pero el compañero Matías había renunciado el día anterior, así que no podría dejarle ningún recado.

Donizetti se recostó en la pared. Sintió que la humedad de los ladrillos atravesaba su camisa. Al llegar a casa hablaría con Manuel y le pediría que destruyese el *pendrive*. Miró hacia el cielo: una nube amarilla parecía colgada sobre la ciudad, como si fuese una bola de grasa que goteaba desde el sol.

## Vigésimo noveno

Verónica regresó achispada al apartamento porque había hecho una excelente venta en la joyería. Casi a punto de cerrar, entró un hombre de sienes plateadas acompañado por dos muchachos que utilizaban inmensas chaquetas de cuero. Ella se asustó pensando que era un atraco, pero el señor fue muy amable y compró kilos y kilos de joyas de oro. Luego les dio una generosa propina a las dependientas y se marchó con los dos escoltas mirando hacia todos lados y con las manos apretadas en los bolsillos.

La dueña de la joyería se encontraba tan feliz que la invitó a ella y a las otras dos compañeras a un par de copas de un vino del Somontano que había traído de un viaje.

Donizetti sintió el sabor del alcohol en su boca. Imaginó que sería un vino rotundo, sólido, terso, porque esa fue la sensación que le llegó desde la lengua de Verónica, que en cuanto acostó a dormir a la niña, arrastró a Donizetti y lo arrojó sobre la cama.

Estuvieron retozando mucho rato. Cuando acabaron, Donizetti se echó a un lado, satisfecho de que incluso con las preocupaciones que llevaba encima, su mujer lo absorbiese dentro de sus alegrías y su cuerpo. Ella volvió a contarle la historia de la compra de última hora y él le acarició la cabellera.

–Se trata de algún general, amor... les gusta mucho el oro.

–¿Eres adivino? –interrogó ella.

–¿A que te pagó en efectivo?

–Sí. ¿Cómo lo sabes? Llevaban una caja de zapatos y de allí iban sacando los billetes. ¿Tú crees que eso pueda ser peligroso?

–Para nada, amor. En este país todo es peligroso, así que nada termina siéndolo.

Verónica se fue quedando dormida. Donizetti la contempló unos instantes. Su boca parecía conservar un pequeño rictus de sonrisa, como un destello de esa alegría inesperada de la tarde. Su cuerpo sólido reposaba feliz; era un cuerpo hecho para ese tipo de amorosos combates: curvas, lisuras y unos pechos afilados que parecían ir pinchando la brisa. Fue lo primero que vio de ella el día que la conoció. Paseaba por el centro comercial con su hijo Jaime y en la puerta de una joyería contempló la blusa de una mujer que parecía señalar el aire con sus pezones. Sintió un pinchazo en la ingle. Entró a la joyería. La mujer lo atendió con correcta distancia. Donizetti pidió ver relojes para niños y al final compró el más barato. Salió eufórico. Al final de esos minutos logró sacarle una sonrisa a la muchacha y hasta su nombre. Le gustó experimentar esa febrilidad. Hacía años que se sentía

como una masa gélida. Supuso que el haber logrado un acuerdo con Elizabeth por la custodia del niño le había generado un alivio que le permitía retornar al mundo.

El matrimonio sucedió como una consecuencia natural. Así como la primera vez Donizetti se casó porque todos sus compañeros de estudios se estaban casando y él supuso que algo bueno habría tras esa epidemia, en esta segunda oportunidad volvió a casarse porque Verónica lo miraba constantemente como si él estuviese a punto de decir algo importante. «Hasta ahora pensé que las mujeres no tenían ojos», pensó. «Mamá miraba a un lado; o miraba un poco por encima de papá, como si sobre el cráneo de mi viejo se estuviese desarrollando un espectáculo invisible. Y Elizabeth me atravesaba con sus ojos, como si yo fuese transparente.»

Se levantó silencioso de la cama para no despertar a su esposa. Caminó hasta la cocina. Hizo más café. Jamás había tenido problemas de sueño. Qué curioso lo que le había contado Manuel sobre ese programa de radio pensado desde el insomnio.

¡¡¡Carajo!!! No lo había llamado. Ahora era demasiado tarde. ¿Y si al final tampoco era buena idea pedirle que destruyese el *pendrive*? ¿Y si tenerlo podía servirle como un escudo de protección contra alguien?

La mañana siguiente, cuando llevó a Amanda al colegio, comenzó a silbar un concierto de Paganini que había escuchado al amanecer en la radio. Le pareció que algunos compases sonaban como un tango. Sonrió al pensar que la música podía viajar a su propio futuro sin saberlo. Iba distraído pensando en esos compases y decidiendo si llamar o no llamar a Manuel cuando un hombre rechoncho y grueso se puso a su lado.

–Donizetti, hermano. ¿Tú por aquí? Cuánto tiempo. Veinte años, por lo menos.

–¿Ah? –respondió él intentando ubicar ese rostro en algún momento de los años liceístas.

–¿Qué pasa, viejo? ¿Te olvidaste de mí?

El caso era que, en efecto, esa cara le sonaba pero no conseguía hacerla retroceder hasta los años ochenta, rejuvenecerla, quitarle esa expresión porcina, ese color mamey en la piel. Intentó ser educado. Se detuvo. Enumeró mentalmente nombres de aquel tiempo, a ver si alguno lograba despertarle algún tipo de familiaridad, pero dejó de hacerlo en el momento en que sintió detrás de él una voz que le ordenaba caminar hasta un pequeño Volkswagen ubicado a su derecha.

Eran tres personas. El supuesto conocido se puso a su lado en el asiento de atrás y los otros dos, delante; uno de ellos llevaba oculta una QSZ-92 y mascaba un chicle con olor a yerbabuena. Donizetti entrecerró los ojos. Se preparó para otra sesión de golpes, pero ninguno de los tipos parecía interesado en atacarlo.

–Donizetti –dijo finalmente el gordo que se encontraba a su derecha–, tú no conoces la parroquia. Queremos invitarte a que te tomes con nosotros un jugo de tamarindo y nos cuentes unas cosas que nos tienen muy intrigados.

Donizetti reconoció los edificios del 23 de Enero. Luego no pudo precisar en qué parte de la zona se encontraban; la conocía poco y dieron tantas vueltas que en su cabeza solo ocurría una sucesión de paredes, bloques, estacionamientos. Cuando llegaron a una calle estrecha y vio un inmenso mural con los rostros del Che Guevara, Mao Zedong, Sabino Arana, Jesucristo y el propio comandante, comprendió que estaba en manos de algunos de los grupos paramilitares que controlaban la zona.

Sintió un escalofrío. Nadie en el gobierno se planteaba controlar a esos grupos. Primero porque apoyaban ferozmente al comandante y se ocupaban de tareas de choque que a veces la Guardia Nacional no lograba concluir; y luego porque su capacidad de fuego era conocida. No hacía tanto un grupo de policías borrachos se había perdido mientras intentaba llegar a Catia. Cruzaron una de esas fronteras que no se encuentran marcadas con nitidez, pero que se descubren en cuanto suena el primer balazo. Trece policías quedaron heridos y solo dos pudieron huir relativamente ilesos.

Donizetti comprobó que había cámaras en todas las calles. Al llegar a una plaza en la que resplandecía una estatua de un guerrillero colombiano, le dijeron que bajase. Reconoció a los hombres a los que había visto días atrás en Casa Urrutia y a Dayana, la jefa de Internacionales en la agencia.

–Compañero, venga por aquí –dijo uno de los hombres, y Donizetti sintió cómo dos personas se colocaban a su espalda.

Pasaron junto a un local que olía a sopas de sobre y carne con tomates. Un cartel aceitoso decía: «comedor de la dignidad», y frente a su puerta un montón de muchachos con cicatrices, ancianas llagadas y viejos con camisas ajadas esperaban su turno para entrar. Uno de los muchachos de la cola se quedó mirando a Dayana y le susurró algo. Ella lo miró furiosa y Donizetti contempló cómo uno de los hombres que iba detrás de él saltaba sobre el muchacho, le daba un manotazo en la cabeza y lo obligaba a colocarse el último en la fila.

–La próxima vez le pegan un pepazo en las bolas, para que se calme y respete a la compañera –dijo un hombre calvo que saludó a Dayana con un beso y señaló unas mesas de plástico.

Una mujer colocó tres vasos de tamarindo y el hombre calvo le hizo una seña para que se marchase. Dayana se colocó al lado de Donizetti. Llevaba una camisa ajustada y desde sus poros brotaba un perfume caliente de piel y jabón. Estuvieron callados unos segundos. Él esperó que se iniciasen los golpes.

–Estás pálido, Doni –dijo Dayana.

–Deja el susto –masculló el calvo–. Nosotros solo queremos echar una conversadita. Tú no nos interesas. Y luego hasta te podemos dar un paseo para que veas lo bonita que tenemos la zona. Construimos unos viveros; un lugar de crías de

cachamas; y hacemos mucha cultura. Pintura, teatro, canciones con mensaje. Esto es ahora un sitio bonito bonito; la gente que se porta bien no puede tener quejas.

–Ustedes dirán... –susurró Donizetti.

Al fondo vio grupos de niños que llevaban el rostro tapado por pañuelos mientras marchaban con ritmo militar y cargaban ametralladoras. Una mujer les gritaba órdenes y daba palmas con energía, como si estuviese aplastando cucarachas. Los niños se veían serios, concentrados; en unos segundos se dispersaron, hasta que al escucharse unas palmadas, volvieron a salir detrás de varios arbustos y contenedores de basura.

–¿Desde cuándo trabajas para el mayor? –insistió el calvo.

–No trabajo para él. Trabajo para la agencia de noticias, como bien sabe la compañera Dayana.

La mujer sonrió con ferocidad y sacó un cigarrillo, pero el calvo hizo un gesto con la mano y ella lo guardó presurosa en una pitillera de plata.

–Pero eres de la gente del mayor –dijo la mujer con voz melosa.

–¿Gente del mayor? –repitió Donizetti y arrastró cada palabra intentando que su cerebro fuese más veloz que sus frases para escoger la respuesta menos comprometedoras. Somos todos la misma gente. No comprendo de qué me hablan.

El calvo asintió.

–Claro, claro. Pero siempre hay desvíos; proyectos propios; confusiones. Al mayor le asignaron una serie de compañeros cubanos que estaban bajo su custodia y resulta que tres se le han escapado para Colombia; y también se dice que tiene negocios de importación.

–Yo de eso no sé nada –cortó Donizetti.

–Claro. Lo imagino –respondió Dayana–, pero ¿te suena haberlo visto controlando cantidades de dinero... digamos... un poco exageradas?

–Les repito que no tengo ni idea. El mayor trabaja en la agencia, y poco más puedo decirles sobre su vida. Quizás el coronel pueda informarles, ya que es el director.

–¿O sea que trabajas para el coronel? –resopló el calvo y bebió un largo sorbo de jugo de tamarindo.

–A ver, como todos los de la agencia, como la compañera Dayana, como el propio mayor, supongo.

Dayana dio un manotazo de impaciencia.

–No te hagas el pendejo, Doni. Sabes muy bien que el mayor no está en el organigrama por debajo del director.

–¿Dónde está?

–No está en el organigrama, o es parte de un organigrama paralelo..., o a lo mejor está arriba del todo, o debajo... No es nuestro problema –murmuró Dayana–. Pero tengo la impresión de que estaba disgustado contigo.

–Ya lo aclaré todo.

–¿Y no te preguntó nada sobre unos camiones llenos de comida?

Donizetti respiró con fuerza. ¿A qué venía eso? ¿De qué hablaban ahora?

–No.

–¿Seguro?

–Seguro. Es primera vez que oigo hablar de comida. Hace semanas que estoy intentando comprar un kilo de queso blanco y no lo consigo.

–¿Y tampoco el coronel o Gonzalejo te han hablado de ese asunto?

–Jamás.

–Si lo hicieran alguna vez –intervino el calvo–, la compañera estaría encantada de escucharlo. Hablas con ella y se lo cuentas... Ah, pero pídele al mayor el kilo de queso, seguro que él lo consigue, pero yo que tú ni lo probaba.

–Muy bien –dijo Donizetti, e hizo el ademán de levantarse, pero las piernas se le congelaron al ver el gesto cortante de la mujer señalándole la silla.

–Espera. Queremos que veas una cosa.

El calvo sacó un montón de fotografías de mariposas y las desperdigó sobre la mesa. No era difícil suponer que eran las mismas que había visto en el *pendrive*.

–Y esto, ¿qué te parece?

–Fotos. Muchas fotos de mariposas.

–Sabemos que Matías te entregó esas fotos a través de un amigo tuyo que es uno de esos musculosos bastante parcha –susurró el calvo y su voz brotó silbante entre sus labios.

–Pues sí. Pero no entiendo por qué. Y tampoco entiendo qué significan.

–Eso también lo sabemos.

El calvo se puso de pie. Tras él aparecieron tres hombres armados hasta los dientes. Donizetti sintió que el estómago le daba un vuelco y un frío húmedo bajó por su espalda. Miró una de las paredes: «Colectivo 8 de Mayo». Supuso que era uno de los tantos grupos que pululaban en la zona. Él no los diferenciaba. Tenían un lenguaje similar, pero se repartían distintas zonas y usaban indumentarias diferentes. Estos en concreto llevaban camisetas negras con pañoletas rojas y parecían *boy scouts* obesos y envejecidos.

–Supongo que sobre unos rusos amigos del mayor tampoco tendrás informaciones, ¿verdad?

–Pues no.

–Okey. Ahora te llevaremos a tu casa. Y ni una palabra a nadie en la agencia, ni en ninguna parte –remató Dayana.

Él asintió con la cabeza y le pareció que sus pies hormigueaban. Le indicaron una moto y un joven con cara de aceituna le ordenó que se colocase de parrillero. Estuvo a punto de comentarles que le daban miedo las motos, pero cuando abrió la boca solo brotó un eructo.

A lo lejos, le pareció atisbar a dos hombres de ojos muy rasgados que hablaban entre ellos y fumaban con distracción un cigarrillo.

–Ahora te van a dejar en la avenida Sucre, y agarras un taxi azul que va a pasar por allí. Solo ese. Azul. Y no te preocupes en pagar, que te invitamos nosotros – explicó el calvo.

Dayana tomó a Donizetti por el hombro. Tenía las uñas muy largas, pintadas de color cereza y unas argollas muy pequeñas colgando de varias de ellas.

–Oye, ¿y tú no sabrás dónde está Matías? ¿Sabes si le sucedió algo?

## Trigésimo

Llegó a su oficina bien temprano. Solo encontró al señor que limpiaba y a los periodistas de la guardia nocturna.

Giró el rostro. Un agujero saltó sobre sus costillas: sensación de vacío, de gelidez. El lugar de Matías se encontraba ocupado ahora por una inmensa planta de palo de Brasil. Avanzó unos metros y dio una vuelta sobre sí mismo, como si no supiera dónde se encontraba, pero aunque dudó un par de minutos, se recordó durante meses y meses levantando la mano para saludar a su compañero desde ese mismo lugar donde se encontraba ahora mismo. «Era aquí: siempre fue aquí.»

Recorrió la oficina intentando comprobar si habían trasladado sus cosas a otro lugar; si al menos las habían arrinconado en un sitio para luego asignárselas a otro. Pero el resto de la agencia permanecía exactamente igual, como si un pequeño tornado hubiese pasado únicamente por el lugar donde Matías llevaba trabajando diez años.

Donizetti se refugió en su propio escritorio. Abrió sus correos. Contestó un par de ellos y dudó si salir a fumarse un cigarrillo. Suspiró exhausto.

El mayor apareció por la izquierda y se le quedó mirando con fijeza un rato hasta que él reaccionó y le lanzó un saludo entre dientes.

—Óyeme, Doni... ¿tienes algo nuevo que contarme, tú? Pero con palabras normales; no esas parrafadas que me estás enviando, muchacho. Si hasta recordé mis estudios, recordé al tal Lezama ese, que era pájaro y por eso escribía tan complicado. ¿Tú no serás mariconsón también?

—Mayor —susurró él, intuyendo que lo del *pendrive* era tan público que no valía la pena ocultarlo—, Matías me ha dado unas fotos de mariposas que no hay quien las entienda. Es lo único nuevo. Y pensaba hablarlo con él, pero al parecer renunció.

—¿Y tú no sabes dónde está? Tendríamos que haberle hecho una despedida, y más ahora, que le dio por regalar fotos de insectos.

—No lo sé.

—¿Y nadie más te ha preguntado por él?

—Todo el mundo, mayor. Todos sus compañeros supongo que estarán preocupados por perder un cuadro tan solidario. Lo que sí escuché es el comentario de mucha gente sobre lo bella que se veía la *top-model* que salió hace poco con el comandante. Ya sabe, el mismo día que apareció el coronel en el programa de la tele.

El mayor palideció. Se echó hacia atrás. Donizetti comprendió que había

funcionado su comentario, que había servido como una sutil advertencia.

–¿Y eso qué tiene que ver con Matías?

–Nada. Nada. Solo lo recordé por casualidad, pero sobre el compañero Matías, si hay alguna información que yo desconozca...

–Si hubiese algo, no te lo diría. Mi trabajo es que me digan, no andar diciendo yo.

El mayor se marchó sin despedirse. Parecía contrariado. Como si la situación se le estuviese escurriendo por algún agujero inesperado. Donizetti observó el paso cansino de aquel hombre; aquella mañana su cráneo se hundía dentro de su cuerpo, sobresalía como un globo de aire.

Miró otra vez su bandeja por si había algún mensaje interesante o algún encargo concreto de los jefes. Nada. Decidió fumarse ese cigarrillo que el cuerpo le pedía desde hacía un rato. Se puso de pie, pasó junto al escritorio de Raúl y dejó escapar una sonrisa al ver que su compañero tenía desplegado junto al teclado un rugoso mapa de Italia. Siguió su camino, pero sus rodillas se detuvieron y sin que fuese una decisión pensada, regresó con lentitud. Al lado del mapa de Italia encontró una serie de notas: Roma / Hotel Kent / No Trastevere / Paola / tren de playa / Cosenza. «¿Por qué tiene mi ruta?», pensó con desconfianza. Luego imaginó que su colega era la persona encargada de vigilar la entrega de su maletín, el elemento de control y apoyo que él siempre imaginó seguía muy de cerca sus pasos.

Recordó después, por algunas fotos que vio en Facebook, que en los días de su viaje a Italia, Raúl permaneció en la agencia. ¿Entonces?

Pensó además en el detalle de la uña verdosa del pie. Esa imagen lo había convencido de que el encargado de vigilar sus pasos cuando llevaba los maletines era el hombre con cara de axila depilada que lo había interrogado junto al mayor.

Cerca de una arepera apuró su cigarrillo. Cuatro caladas furiosas, veloces. A su derecha, una mujer le hizo una seña. Una mujer de rostro hinchado, de ojos pequeños y delgada nariz. Fingió ignorarla. Ella volvió a insistir y él tuvo una corazonada. Dejó que se aproximase. Llevaba un vestido de colores pálidos, lo que resaltaba su cuerpo rechoncho.

–Ya lo sabe, ¿no? Soy la esposa de Matías.

–Lo imaginé. Oiga, pero no quiero problemas, dígale al pana...

–No puedo decirle nada porque está desaparecido. Me dejó una nota: «Estaré bien. No te angusties». Pero no dejó ni una huella. Ni un teléfono. Tampoco ha sacado dinero de las cuentas. Ni se llevó su ropa.

–Debería ir a la policía.

–Lo pensé. Pero me dejó instrucciones muy claras. «No vayas a poner denuncia. Eso sí sería un problema. Estaré bien.»

–Entonces créale –dijo Donizetti, apagando la colilla junto a una maceta.

–Los últimos días parecía muy decepcionado. Decía que le quedaba muy poca

gente en quien confiar.

–Pues conmigo se equivocó. Se lo juro –masculló cortante Donizetti–, conmigo no tiene ninguna posibilidad de sacar nada. Ni sé qué le sucedía, ni estoy en condiciones de saberlo.

–Pero ¿me va a ayudar?

–La voy a ayudar dándole un consejo. No aparezca más por aquí. No sé en qué andaba Matías. No debo saberlo tampoco. Pero seguro que si usted se mantiene tranquila y sigue las instrucciones que él le facilite, todo se arreglará.

Se dio la vuelta y se marchó, como si tuviese comezón en la planta de los pies.

## El peso del mundo

Desde que reapareció Donizetti las duermevelas se disiparon sin dejar huella. Lo noté de inmediato. Por eso realicé una deducción básica: ellas eran las claves que anunciaban la reaparición de mi amigo. Y dentro de cada una debía reposar algún sentido que no alcanzaba a descifrar. ¿Un resplandor incontrolado de mis antiguos poderes? ¿Un deseo por mi parte de recuperar la fe perdida? Porque desde que murió tía Felipa, nunca más había vuelto yo a rezar con verdadera entrega, ni había asistido a ninguna sesión espiritista, ni había regresado a la montaña de Sorte para llevarle flores a María Lionza. Muchas noches me dedicaba a leer poemas, porque sentía que era el modo de recuperar esa voz que antes me otorgaba la oración: una voz como hacia adentro, como elevada en el susurro, y que ahora solo conseguía leyendo a Rilke o a Celan o a Gerbasi o a Valente.

Pero todas esas transformaciones eran por la indignación que me producía la crisis de Félix, quien, después de compartir conmigo diez años felices, ahora deseaba que el mundo entero supiese que él dejaba a su familia de tapadera, a su esposa de tapadera, a sus hijos de tapadera, y me abrazaba públicamente y frente a todos para que fuésemos la esplendorosa pareja gay del año.

¿Y cuál era el problema? Salvo Donizetti, Caracas entera sabía que me gustaban los hombres. No me ocultaba de nada. Eso lo hacía Félix. Yo no. Pero jamás pretendí que él me imitase. Me parecía estupendo que sus padres tuviesen una nuera, unos nietos, un apartamento con imágenes del Sagrado Corazón; y decenas de fotos de primeras comuniones y cenas familiares donde todo el mundo se aburría y nadie se atrevía a decirlo.

Para mí pedía la sombra, el poder de la invisibilidad.

Yo amaba a Félix y amaba esos años compartidos con él, pero lo hacía precisamente porque nuestra discreción nos hacía leves, y el amor solo es pleno en su levedad. Lo leí en una novela de Kundera (que por cierto le presté en el liceo a Donizetti y nunca me la devolvió). Una pareja que vive deliciosamente los primeros tiempos de su pasión, hasta que la gente del pueblo descubre que están saliendo juntos, que se quieren, y el pueblo entero los mira, incluso con regocijo, pero desde ese instante, sobre los hombros de ambos se posa la infinita pesadez del mundo, la infinita carga de la mirada de los otros. Ya nunca volverán a ser los mismos. Sin secretos, el amor es solo un camino hacia su lenta destrucción.

Félix nunca comprendió eso. Tal vez pensaba que nuestro sigilo era un modo incompleto de estar juntos; pero lo cierto es que yo no exigía nada más, porque mi única plenitud sucedía cuando lo tenía próximo de manera intermitente. Lo

prefería en su casa, apoyado por una mujer afanada con la lavadora y los exámenes de próstata y el estado de sus pantalones y la tensión arterial de los ojos y el pago de la casa y la pensión de vejez y todas esas cosas horribles que jamás serían desnudarse a media mañana o hacer juntos una ensalada con aceitunas o escaparse un fin de semana a Aruba para beber licores azucarados.

La felicidad que se inmoviliza, que se hace pesada, es un blanco fácil para la aniquilación y el deterioro; es carne para la muerte. Y Félix quería situarme en esa situación, por lo que aun queriéndolo mucho, ahora yo lo detestaba; por lo que extrañándolo tanto, no deseaba volver a verlo.

Así que esa mañana me sentí a gusto cuando Donizetti llamó con voz cavernosa y me pidió que, en cuanto llegase a casa, por favor destruyese «aquello». Aquel acto era una estupenda manera de distraerme.

Estuve a punto de pedirle más precisiones a mi antiguo amigo para burlarme de él, pero comprendí que podía ser peligroso. Sabía que con un buen martillo debía despachar el *pendrive* lleno de fotos de mariposas.

Llegué al apartamento. Encendí la computadora para mirar mis correos; tomé el *pendrive* entre mis dedos y decidí echarle una última ojeada. La curiosidad era más fuerte que yo. Además, la noche anterior, al mirar las fotos sentí que en las alas de los insectos ocurría una señal que yo no alcanzaba a descifrar, pero que tampoco parecía demasiado compleja.

Cuando iba a escuchar la radio, llamó Donizetti para preguntarme si todo se encontraba en orden. Le dije que sí. Por un amigo se hacen esas cosas; no hacía muchos días me inventé una historia de sexo con las primas Llovet para que él se sintiese feliz, para que imaginase que aquellas dos mujeres también fueron una posibilidad tangible. Se trataba de una historia casi real, excepto porque le había sucedido a Reig y nuestro amigo ya no estaba para contarlo. ¿Qué me costaba decirle entonces a Donizetti que el *pendrive* estaba completamente destruido y que yo desconocía por completo su mensaje?

## Trigésimo primero

Vio pasar la tarde concentrado en un reportaje sobre la producción de cemento. Quedó contento con el estilo, con la nitidez del planteamiento y con la habilidosa manera de llevar al lector a un estado de euforia. La gente necesitaba buenas noticias y él necesitaba cierta alegría para olvidar esas oscuras señales que cada tanto lo salpicaban como un borrón de tinta que le manchaba las manos y la tranquilidad.

En las paredes de la oficina, contempló unos golpes de luz que el sol trazaba como brochazos de oro.

Miró de nuevo el reportaje. Le entró una duda. Buscó varios datos. Resopló. Sabía que las cifras de producción que le habían enviado las empresas estatizadas eran falsas, pero le enfureció que se hubiesen confundido y siguieran por debajo de la producción que tenían antes de ser expropiadas. «Idiotas», masculló. Volvió sobre su reportaje y consiguió alterar los números para dibujar un ligero incremento.

Envió a Gonzalo el trabajo y se quedó un rato curioseando páginas web sobre Italia. Estuvo contemplando fotos de la Calabria. Quizás era casualidad que Raúl viajase al mismo punto y a los mismos hoteles y a los mismos lugares de Roma y Cosenza. O tal vez estuvieran explorando de nuevo la ruta que él había abierto. Le pareció lógica esta respuesta. Una ruta no tenía por qué ser utilizada solamente una vez. Caminó hasta el baño. Vio el palo de Brasil: brillante, erguido. Imaginó que en unos días sería otra de las mustias plantas de la agencia. ¿Les explicarían en algún momento por qué se había marchado Matías? Mejor que no. La gente llega a los sitios. La gente se marcha.

Decidió escaparse a beber un refresco, a mirar gente. La oficina lo oprimía esa tarde. Caminó sin rumbo. Miró a lo lejos un restaurante que tenía buena pinta, pero al asomarse vio al mayor cubano y al coronel, reunidos en una mesa con dos hombres muy altos y con el cabello tan rubio que parecía casi blanco.

Salió a toda prisa. Necesitaba desconectar un buen rato.

Luego se metió en una tasca carísima en la que jamás se había planteado entrar, pero lo hizo básicamente porque al pasar por delante vio a Marjorie sentada en una mesa con unos señores, compartiendo una paella y riendo mientras bebía un vino rosado.

Pidió un vodka y se colocó en la mesa de enfrente. Sintió una punzada en la ingle. Marjorie no tardó demasiado en descubrir su presencia y alzó una ceja. Él bebió un sorbo largo y le hizo una seña inequívoca con la cabeza, indicando la

zona de los baños: un par de puertas a las que se llegaba por una escalera que descendía en forma de caracol.

Se puso de pie. Dio unos pasos y se colocó en un punto de la escalera donde nadie pudiese verlo. Aguardó. Por unos instantes temió que Marjorie hubiese desechado por entero la posibilidad de acostarse con él. Le pareció triste. Le pareció que cada mujer con la que no volvería a desnudarse era un paso hacia la destrucción y la muerte. Comenzaba a ponerse muy sombrío cuando vio a su amiga bajar con gesto serio. Fue ella la que saltó sobre él y le hundió la lengua hasta el fondo de la garganta. A Donizetti lo excitó esa premura. Nada de palabras. Solo manos, lenguas, dientes, roces. Acarició los senos hermosos de su amiga y trató de apoyarla contra la pared. Ella susurró que bajasen de inmediato a uno de los baños. Ambos se movieron al mismo tiempo, pero la velocidad y el giro de los dos cuerpos empujaron a Marjorie escalones abajo como si fuese un cohete. Él intentó atajarla. Fue inútil. Cayó detrás de ella.

Los mesoneros y los clientes se asomaron por el estruendo. Los dos señores que estaban con Marjorie saltaron a ayudarla y ella les dijo, limpiándose la ropa, que se había tropezado con ese borracho que ahora mismo se quejaba de dolor en el tobillo.

A Donizetti lo echaron del bar.

Salió cojeando.

Humillado.

Regresó al trabajo de mal humor. A lo lejos descubrió a Dayana y se agachó para amarrarse los zapatos y que ella no lo viese. Luego se colocó en su escritorio y respondió de mala gana cuando sonó el teléfono. Gonzalo le dijo que se acercase a su oficina.

Lo encontró en medio de un bostezo, la camisa arrugada y los ojos impregnados de la pesadez de varios whiskies. Cuando intentó saludarlo, su compañero arrojó unos papeles al escritorio de mala gana.

–Corrige este reportaje. Las cifras de las cementeras no me gustan.

–Están aumentadas.

–Auméntalas otro poco. Súbeles un poco.

–Ya.

–Sí, eso. Ya. Ya mismo, Donizetti. Sé que nadie espera con impaciencia nuestro trabajo, que a nadie le importa demasiado, pero es lo que tenemos. Luego los premios serán para otros. Ya tú ves. Al coronel lo están mencionando como posible viceministro. Quién iba a decirlo. El obsequio del reloj parece que surtió buen efecto. Y yo..., y tú también, claro, que fuiste quien sacó el asunto adelante, pues seguiremos aquí siempre.

Donizetti se encogió de hombros. Le había ardidido el estómago cuando Gonzalo arrojó los papeles con desprecio y además le dolía el tobillo tras el desencuentro

con Marjorie. Sin pensarlo, recordó al tipo del maletín que le dio una bofetada en pleno San Bernardino. Quizás era momento de plantarse, de ofrecer alguna resistencia, ¿o debería pasarse el resto de la vida comportándose como si el mundo entero se hubiese vuelto su exmujer?

–La vida está construida así, pero tú estás aquí muy tranquilo, y cada tanto yo corro peligro llevando maletines por el mundo y sin preguntar qué sucede con ellos. Y recibo palizas por hacer mi trabajo.

–Una paliza, Donizetti. Estás hablando conmigo. No exageres.

–Pues ya me han dado una paliza más que a ti. Y luego cuido con responsabilidad esos maletines, cosa que tú...

–Bah. –Manoteó Gonzalo con impaciencia–. No te metas demasiado en tu papel. No será muy difícil cargar dos kilos de ropa vieja.

–No me desprecies, Gonzalo. Probablemente eso que llevo y que en una ocasión fue ropa tiene su propia importancia, algo que tú y yo no sabemos.

–Siempre es ropa, Donizetti.

–Bueno, esa ropa que llevo...

–Esa ropa es ropa, es ropa, es ropa..., no estés pensando en claves ocultas ni en mensajes cifrados ni en vainas. No veas más películas. Ropa. Solo llevas eso. Ropa. No importa que yo te haya dicho que era una misión peligrosísima. Tenía que decírtelo. Ropa: llevas ropa. Y ahora haz el favor de marcharte. Malagradecido. Que te saqué de ese depósito donde te estabas pudriendo. Malagradecido tú, malagradecido el coronel, que no me está proponiendo irme con él al ministerio si lo nombran viceministro.

Donizetti sintió que le costaba respirar. Se frotó la nariz, como si tuviese en ella motas de polvo.

–Y si es un trabajo tan absurdo el que hago, ¿por qué me lo encargaste?

–Lógica militar del coronel, Donizetti. El modo de saber si hay un francotirador escondido es asomando un señuelo. Así que mandas siempre al soldado más torpe para que asome la cabeza y si el camino está libre, mandas avanzar al resto. Te mandamos con ropa para que el maletín verdadero vaya después en una segunda entrega, que es la verdaderamente importante ¿No me digas que no te has dado cuenta?

Donizetti sintió que el rostro le ardía. Se llevó la mano a la mejilla. Le pareió que acababan de darle un manotazo en toda la cara y que el aire vibraba con el sonido de un bombillo roto.

## Trigésimo segundo

Donizetti pensó en esperar al coronel a la salida de la agencia y golpearlo.

Pensó en incendiar la oficina.

Pensó en estrellar la cabeza de Gonzalo contra una pared.

Luego se marchó a toda prisa dando un portazo que nadie pudo escuchar por el ruido de la fotocopiadora.

Le temblaban las manos mientras tomaba el ascensor y seguía fantaseando con propinar un duro escarmiento a sus jefes. Dudó si entrar a un bar para beber un relajante whisky, pero luego llamó un taxi y le pidió que lo llevara a San Bernardino. Allí se fumó media caja de cigarrillos escondido en una tasca desde la que pudo ver cómo Raúl recibía un maletín idéntico a los que él movía por el mundo.

Por unos instantes se sintió dentro y fuera de sí mismo. Como si su vida saltase desde su cuerpo y se proyectara en otro sitio, en otra persona. «¿Y ahora?» No sabía dónde ir. Qué hacer. Durante varios minutos siguió mentalmente la ruta que Raúl iría encadenando hasta llegar un par de días después a la estación de trenes de Cosenza. «Y entonces hará la entrega del verdadero maletín; y cerrará la verdadera misión.»

Recordó una oportunidad en la que bebía unas merengadas con su padre. Al fondo se sentó una de las primas Llovet y él quedó encandilado y silencioso. Por eso no supo cómo reaccionar cuando su padre, con voz susurrante, le advirtió que la muchacha lo saludaba. No le pareció posible, pero alzó la barbilla y la vio agitando su mano. Sí. Era cierto. Saludaba. Ella lo saludaba y él respondió con una mezcla de orgullo y felicidad, y con la satisfacción de que su papá contemplase ese momento de gloria. Luego le pareció que la mirada de la muchacha lo traspasaba. Se fijó mejor. En la mesa de atrás, un hombre bronceado le hacía señas a la Llovet y le indicaba que la llamaría por teléfono.

«Siempre parece que estoy sin estar; como esos invitados a las fiestas que se encuentran allí pero de los que solo se espera que permanezcan en su esquina.»

Tomó otro taxi y dio la dirección de la zapatería de Manuel. No había ninguna razón especial para ello, excepto que no deseaba regresar a casa. El auto se deslizó entre avenidas con olor a frituras, calles pobladas por rostros cansados y edificios de paredes hinchadas por la humedad. Mientras caminaba hasta el negocio de su amigo, le pareció que sus zapatos pisaban trozos de cebolla, verduras reblandecidas, cáscaras podridas de frutas, como si la ciudad se estuviese transformando lentamente en una materia moldeable, grasosa.

Encontró a Manuel escuchando la radio. Parecía distraído. Chasqueó los dedos y lo vio reaccionar con perplejidad y alegría. Le gustó comprobar que su amigo se alegraba de verlo. Cuando le habló de su estado catatónico, no le sorprendió una de sus respuestas típicas:

–Mira, Donizetti, escucho los programas tan espantosos que se están haciendo ahora y entonces me pasa eso. Se me pone la cara de Norton cuando lo noqueó Cooney. Una cara como de incredulidad, como intentando ver adónde se fue ese tren que acaba de pasarme por encima; y al mismo tiempo preguntándome cuándo empieza la pelea que acaba de terminar. ¿Te acuerdas de ese combate? Duró menos de un minuto.

Donizetti admitió que no lo recordaba. Jamás le interesó el boxeo. Recordaba vagamente que acompañaba a Manuel a ver las peleas en la tele con esa solidaridad aburrida de la adolescencia, pero sin implicarse demasiado, sin prestar más atención que la justa para que su amigo no se sintiese incómodo y dejase de servirle poderosos tragos de ron con cocacola.

Decidieron cenar juntos. Manuel siguió un rato más contándole aquel combate. Una furia irlandesa, gigante, llamada Cooney, que saltó como un alud sobre un Norton al que apenas le dio tiempo de estirar los brazos. La imagen le resultó sugerente y Donizetti se imaginó como un huracán de puños entrando a la oficina del coronel y dejándole el rostro marcado por la perplejidad.

Escogieron para cenar un restaurante de carnes con un vigilante armado en la puerta. Pensaron que si llegaban a atracar, mientras los ladrones le disparaban al guardia, a ellos les daría tiempo de esconderse en los baños. Donizetti no quiso pedir alcohol. La ira y los tragos le parecían una combinación peligrosa.

Al tiempo que trinchaba un trozo de chorizo carupanero, le comentó a Manuel que era una lástima que hubiese destruido el *pendrive*, una gente impresentable de la oficina le estaba haciendo la vida imposible y a lo mejor allí permanecía depositada alguna información que hubiese podido usar para vengarse de ellos.

Manuel respiró hondo y empapó con guasacaca sus trozos de parrilla. Movié el rostro, como negando, como intentando sacudirse de la cabeza unas palabras que prefería no pronunciar. Luego colocó los cubiertos en el plato. Apoyó la barbilla sobre sus manos y habló en voz muy baja:

–No entiendo qué haces con esa gentuza. Son unos hijos de puta todos. Pareces una buena persona. No sé cómo te reúnes con esa basura. Perdona que te lo diga.

Donizetti miró hacia el techo. Luego bebió un buen sorbo de refresco.

–A ver, Manuel. Creo que te complicas mucho la vida. Te cuento algo porque quizás así lo entiendas. Mi padre construyó una casita más allá de Barquisimeto, cerca de Río Claro. Tenía un terrenito. Los bloques para hacer la casa se los regaló la gente del gobierno de Leoni; las cabillas y el cemento se los dio la gente de Caldera; el techo y el servicio de aguas, se los obsequiaron cuando Carlos Andrés;

y luego, en la época de Lusinchi, le regalaron la pintura. Y así un día descubrió que tenía su casa. Y gracias a mí, le regalaron en estos años más ladrillos para que la ampliara, y además evitamos que nos la invadiera la gente del gobierno, porque pusimos una banderita en la puerta.

–No comprendo.

–No hay nada que comprender. Esos de arriba cambian de nombre, pero siempre están ahí, lejos, mandando. Y si no eres demasiado cabrón, algo te dan. Y construyes una casa. Y vives, y si llueve no te mojas. No hay más que comprender.

Manuel volvió a negar con la cabeza. Troceó unos pedazos de yuca frita y se concentró un buen rato en masticar. Parecía incómodo. Ausente. Sonó su celular y después de mirar la pantalla lo apartó con el codo.

–¿Y qué pasó con la casa, Donizetti?

–Ah... nada. Mi mamá la heredó. Yo no estaba de acuerdo, pero el abogado dijo que era lo justo. Luego ella la vendió a unos señores de Barquisimeto. Y a esos se la invadieron y se las quitaron unos grupos del gobierno por no poner la banderita en la puerta.

## Trigésimo tercero

Pidieron grapa. Al fondo, las paredes resplandecían: la luz de los fogones donde asaban la carne parpadeaba como una dorada película. Donizetti se quedó un rato contemplando esa luminosidad y recordó unos golpes de luz que había descubierto esa día en la pared de la oficina. Comprendió que el tiempo tenía sus propios movimientos y que él permanecía ajeno a esas texturas. «Quizás hoy es uno de esos momentos que son como una serpiente que se muerde la cola. La serpiente que me ataca para recordarme que sigo siendo el imbécil que fui años atrás. El pendejo que olvidaba su uniforme el día que debía ganar un campeonato de básquet.»

Le ardía el estómago. Sabía que no era a causa de la comida, sino de los disgustos de esa tarde. Desde el tobillo, un pinchazo ascendió como recuerdo de su accidente en la escalera. Quién sabe hasta dónde llegarían las cadenas de humillaciones con Marjorie. Debería ponerles fin. Acabar con esa secuencia continuada que giraba sobre sí misma, bajarse de ese tren hacia ninguna parte. Decir no. Admitir que con ella no. Nunca.

Vivir en la quietud, en el sosiego.

Olvidar también las feroces peleas con su ex.

Comprendió que esto último era más complejo. Elizabeth lo tenía sujeto como a uno de esos perros díscolos a quienes atenazan por el cogote y quedan convertidos en un cuerpo congelado, en unos dientes que producen risa. No podía dejar de pasarle dinero a Jaime; tampoco a ella, ni siquiera al vago de Jesse. Era como si para continuar próximo a su hijo debiese pagar un eterno alquiler.

Con la placidez tristona de la sobremesa, le contó a Manuel lo que sucedía. Le refirió uno a uno los agravios de esos años, las concesiones, los acuerdos con los abogados. Le comentó que estaba harto, que deseaba huir de sí mismo, de su vida, de sus claudicaciones y convertirse en un Cooney poderoso e imbatible que arrasara la situación que se le pusiese delante.

Manuel sonrió. Le encantaba que el propio Donizetti situase la conversación desde el boxeo. Siempre había dicho que vivir era como pelear, y que ciertas peleas míticas poseían las claves indispensables para la existencia, como una suerte de I Ching sanguinario y sudoroso.

–Querido Donizetti, la respuesta metafórica a lo que te sucede con tu ex y con su amante no está en el combate de Cooney. No tienes esa fuerza. Ya pasó tu oportunidad de enfrentarte a esa situación y arrasar todas las dificultades como un

huracán. Por lo que veo, ella y su marido son los que te están dando con todo. Llevas tiempo aguantando de pie... así que el ejemplo en este caso es otro. Ali versus Foreman.

–Solo recuerdo que ganó Ali. Nada más.

–Lo importante es cómo se llegó a ese punto, Donizetti. No fue tan sencillo como eso. Fue una pelea extraña. Foreman era el favorito. Tenía unos puños de hierro; no era elegante, pero cuando tocaba a un adversario le tumbaba la cabeza; venía de destrozar a Norton aquí en Caracas. Y Ali hizo lo que nadie esperaba, se recostó sobre las cuerdas y le lanzaba besos a un Foreman que lo golpeaba con saña. Nadie entendía qué estaba pasando. Ali se negaba a pelear. Parecía resignado. Aguantaba. Aguantaba. Pero en el octavo *round* Foreman estaba exhausto. Jamás nadie se le había resistido tanto y él nunca había peleado tantos minutos. No podía alzar los brazos. Se estaba muriendo, pero muriendo de sí mismo. Y siguió golpeando y golpeando porque no podía hacer otra cosa. Y cuando casi estaba acabando el *round*, Ali le dio un par de puñetazos y Foreman comenzó a trastabillar, y toda la fatiga se le vino encima, casi se cayó solo. Nadie podía creerlo. Ali acababa de ganar una pelea dando solo dos golpes y mirando cómo Foreman se derretía de cansancio.

Donizetti alzó las cejas. Le gustó esa historia. No sabía exactamente por qué, pero le gustó esa historia y le agradó pensar que era capaz de enfrentarse a Jesse y a Elizabeth de esa manera. Así todo cobraba otro sentido. Su aguante era una estrategia. Jamás una rendición. ¿Pero cómo saber cuándo llegaba el octavo *round*?

–Suenan bien, Manuel. Pero por todos lados me tienen hundido. El *pendrive* que te di... a lo mejor allí había algo que hubiera podido servirme para que la gente de la oficina me respetase un poco más, pero se ve que yo tiré la toalla antes de tiempo y ahora me arrepiento.

–Bueno –dijo Manuel–. Yo lo destruí como me pediste. Lo rompí a martillazos. Pero lo cierto es que, pensando que algún día podría servirte, me copié la información y la dejé en mi disco duro.

–¿En serio?

Manuel afirmó con la cabeza y bebió otro sorbo de grapa.

–Pensaba guardarla unos meses. Si no me decías nada, tu decisión habría sido correcta y entonces yo borraría los archivos. Pero fíjate, apenas un día y...

–Vamos a tu casa, hermano. Ya mismo.

–¿Ahora?

–Ahora. Necesito mirar de inmediato qué hay allí. Te lo digo en serio. Quiero ver de inmediato esas fotos.

Manuel llamó a su taxista y después de pagar la cuenta escucharon el ruido asmático del motor. Al salir contemplaron el andrajoso carro. Parecía una lata con ruedas. Entraron a toda prisa y bajaron los seguros. Era casi un acto mágico, una

superstición, porque si un par de motorizados con subametralladoras aparecían a esa hora para robarlos nada podrían hacer contra ellos.

Avanzaron por la autopista. En las orillas, repletas de monte y pequeños arbustos, se distinguían fogatas y siluetas grumosas que dormían alrededor del fuego. Donizetti pensó que alguno de esos seres a esta hora viviría un sosiego etílico perfecto: un mundo plano, tibio de alcohol y vómito, sin miedo, sin furias, sin memoria. Solo un cuerpo sumergido en aguardiente.

Manuel iba silencioso. Luego murmuró que cuando realizaba esa ruta pensaba en su programa de radio. Imaginaba que sobre ese asfalto pasaron millones de seres que escuchaban su voz en las madrugadas, y que sin saberlo él les prestó compañía, les regaló algún pequeño detalle: una película, una canción, una noticia muy antigua que los acompañaría mucho tiempo, como esos recuerdos minúsculos cuyo sentido se desconoce.

Donizetti asintió. Jamás escuchó el programa de Manuel, pero la idea de esos recuerdos minúsculos le pareció intrigante. Eran como pequeños trozos que se conservaban a salvo mientras otros momentos relevantes eran devorados por los años. ¿Estarían ahora construyendo uno de esos recuerdos inútiles?

Subieron a toda prisa al apartamento de Manuel.

Encendieron la computadora.

Después de un rato comenzaron a mirar las fotos de mariposas. Donizetti trató de descifrar si había una determinada secuencia de colores, si las formas poseían alguna particularidad. Manuel sirvió unas tazas de té verde y luego señaló con el dedo la mancha de uno de los insectos.

–Sí –murmuró Donizetti–, parece una letra... una letra a.

Algo pareció encenderse en su cerebro. Observó el resto de las fotos. Su sospecha se confirmó. Todas las mariposas tenían una letra en las alas. Algunas trazadas con nitidez, otras con parpadeante precisión. Se dio cuenta de que colocando una foto tras otra era sencillo leer un mensaje: «T o d o s e s t a n d e s v i a n d o d i n e r o d e l o s m a l e t i n e s».

Intentó verificar si las fotos traían algún otro tipo de información, de datos o de precisiones, pero no obtuvo ninguna respuesta. Le ardían los ojos de mirar foto a foto para descubrir alguna señal, alguna imagen oculta. Se recostó en la silla y respiró hondo cuando comprendió que ya no era capaz de adivinar nuevos mensajes. Le pareció decepcionante el hallazgo: unas letras, una frase que decía mucho sin decir nada, que señalaba a todos sin señalar a ninguno, pero sobre todo que reseñaba una acusación tan ambigua, tan posible, tan poco sorprendente.

Manuel miró la pantalla de la computadora. Leyó con voz monocorde, como de robot. Luego fue a la cocina y trajo un poco más de té.

–¿Te sirve lo que conseguiste?

–Pues no. No sirve de nada.

-Lo siento.

-¿Qué le vamos a hacer? Parece tan solo un compañero que se volvió un poco loco.

-Así terminaremos todos algún día -murmuró Manuel y se recostó en la pared.

-Quizás... pero hagamos algo. Cuéntame otra vez la pelea de Ali con Foreman. Dame cada detalle. Dímelo todo sobre esa pelea.

## Mayéutica

Creo que así se llama. Mayéutica. Al menos vulgarmente se entiende de ese modo la manera de conducir al otro para que genere sus propias respuestas. Y algo de ese estilo es lo que hice con Donizetti. Lo dirigí en la dirección adecuada para que descubriese lo que yo había descifrado el día anterior, cuando estuve curioseando las fotos. Una sencillísima clave que latía oculta entre el fragor de los colores de las mariposas y que yo tardé demasiado rato en comprender.

Me desesperaba la posibilidad de que Donizetti también se estuviese dando cabezazos con esas fotografías horas y horas. Las repeticiones asfixian. Desconfío de quienes dicen que en ellas reposa el virtuosismo, la sabiduría. Reiterar una torpeza es agregar ruido al mundo. Así que con un par de gestos llevé a mi amigo hasta donde su pensamiento pudiera elaborar rápidos enlaces. Y luego esperé.

Pareció feliz. Imaginé que estaba a punto de presenciar un descubrimiento transformador, algo que cambiaría su vida, incluso mi propia vida. Casi escuchaba trompetas, fanfarrias.

Luego quedó entre nosotros la noche silenciosa: una noche cruzada apenas por extraviadas motos o carros a toda velocidad.

Cuando terminó de descifrar el mensaje, Donizetti pareció decepcionado. Aguardaba más de ese momento. Puso esa cara de perro apaleado que reactiva mis culpas antiguas, pues nunca dejé de pensar que destrocé la vida de mi amigo al ayudar a su madre. Tal vez lo mejor hubiese sido dejarlos a los tres como los conocí: intactos, infelices, silenciosos; sumergidos en esa resignación con la que las familias comparten el aire. Mucha gente subsiste así: odiándose desde la ausencia de palabras. Mis propios padres vivían tranquilos, como si cada uno hubiese decidido habitar resignadamente con un cadáver que le daba los buenos días.

Así que intenté animar a Donizetti. Estuve un buen rato hablándole de boxeo. Recuperé historias del liceo que pudiesen parecerle divertidas, pero le notaba lejano. Me preocupó verlo en esa actitud. Supe que ese tema de los maletines y los desvíos de dinero le angustiaba. No quiso hablarme de ello, pero resultaba obvio que se trataba de algún asunto oscuro.

A un mismo tiempo lo noté incómodo, como si necesitase sacarse la hiel de todos estos años, como si fuese una masa rabiosa, llena de odio e impotencia. Me angustió esa cara suya. Le vi algo parecido cuando murió su padre. Yo llevaba un par de días esperando noticias. Me había enterado de la enfermedad del señor por un amigo del liceo. No entré a saludar a Donizetti porque no sabía muy bien qué decirle, pero estuve todo el tiempo en los pasillos, pidiendo detalles, preguntando a

las enfermeras si hacía falta comprar alguna medicina y cuando escuché llantos desahogados y lamentos, entré de golpe a la habitación. Donizetti se había acurrucado en la cama junto a su papá, como si estuviese durmiendo una siesta. Se había arropado con la sábana y temblaba. Por el rostro amarillo de aquel hombre, supe que acababa de morir. Llamé a los médicos, bajé a mi amigo de la cama y pedí que le pusiesen un calmante. Luego me ocupé de todas las gestiones. Creo recordar que me presenté como primo de Donizetti. Nadie preguntó nada. Y cuando el entierro cumplió su labor de cierre y conclusión, desaparecí. Desgastado. Consumido por esos días en los que vi a un Donizetti con la cara estrujada. Como una papa a punto de pudrirse. Una cara parecida a la que tenía en ese momento en que estaba conmigo.

Lo miré fingiendo naturalidad: se recostó en el mueble y puso a un lado la computadora. Los hombros parecieron hundirse dentro de su cuerpo. Habló un rato; dijo que se encontraba feliz porque al día siguiente le tocaba tener a su hijo. Enumeró con desorden los paseos que pretendía realizar con él; la euforia de su niño cuando compartiesen actividades, películas, canciones en la computadora y planes para las vacaciones de agosto.

El rostro de Donizetti recordaba a las paredes de una casa devastada.

–Ven un momento. Vamos al altar –le dije–. Sé que no crees en estas cosas, pero mal no te va a hacer.

Me siguió con gesto exhausto. Saqué unas ramas. Estaban muy secas. Debían ser de mi tía Felipa. Cerré los ojos. Le pedí que se pusiera firme con los brazos extendidos. Le di varios ramazos y le recé un rato. «Que la reina María Lionza te despeje los caminos; que le ponga ponzoña en los pies a los que te desean el mal; que nada te toque para dañarte», dije en voz alta.

Él me dio las gracias. Vi que la sombra color ceniza que tenía sobre las cejas se disipaba.

Le hizo bien.

Jamás lo admitiré, pero estoy seguro de que eso lo salvó al día siguiente.

Mis ramazos de ruda lo salvaron. Lo cubrieron justo en el momento cuando la muerte que anda suelta por la ciudad intentó darle uno de sus furiosos mordiscos.

## Trigésimo cuarto

En la mañana estuvo leyendo a Shakespeare en su cubículo, ajeno al ruido de la agencia, a las personas que movían papeles de un escritorio a otro, a los reclamos de ese teléfono al que miró con acritud y distancia cuando sonó tres veces.

Se encontraba con pocas fuerzas, no pensaba gastarlas recogiendo alguna información inútil que no le publicarían.

Miró el palo de Brasil un par de veces. Descubrió que con lentitud, la imagen de Matías comenzaba a diluirse. Pensó en un dibujo de agua; una de esas formas que se trazan en la superficie de los ríos y que la corriente va despejando. Con los dedos tamborileó sobre su escritorio un ritmo mecánico, inocuo. Imaginó a Raúl en Italia. Le ardió el estómago.

Dayana se acercó por la espalda y colocó sus manos huesudas en el hombro de Donizetti. Él dio un respingo sobre la silla, sorprendido de que una mujer de esa contundencia, con esas dulces carnes que se curvaban a la más mínima oportunidad, tuviese unas manos tan secas, como si fuesen las ramas muertas de un árbol frondoso.

–Entonces, Doni, ¿alguna noticia sobre Matías?

–Ninguna. Borrado. Nadie sabe nada y nadie comenta nada.

–Si te enteras de algo...

Él alzó las cejas y apretó las mandíbulas.

–No te preocupes, Dayana. Hablaré contigo –murmuró.

–Y ojo con el mayor. Si sabes de algún dinero que esté moviendo por su cuenta, me lo dices.

–Seguro. Pero no es probable que yo me entere.

–Y pásame a mí los informes que le envías a él.

Donizetti asintió. Para quedar bien con todos debía ser muy fiel a cada uno, lo que implicaba una generalizada traición.

Miró las nalgas de Dayana, que se iba alejando entre vaivenes y firmes bamboleos. Una mujer así solo se desnudaría frente a un hombre sagaz al que jamás enviarían con kilos de ropa vieja a recorrer el mundo. Lo mismo probablemente sucedía con Marjorie. En el fondo, detectaba la debilidad de Donizetti, su incongruencia, su vacío.

¿Y Verónica?

Quién sabe por qué Verónica lo había escogido. Mejor no pensar en ello. Buscaba quizás un hombre sereno, asentado, que aceptase la vida con la resignación de quien obedece y calla. Buscaba ese sosiego, harta de encontrarse al lado de su

primer marido, un pequeño importador de computadoras lleno de tedio y frases incompletas.

¿Detectaría su hijo Jaime esa misma opacidad? ¿Sería posible que un Jesse adormecido en una hamaca tuviese más vigor que él con todos sus movimientos por el mundo? ¿Un bello durmiente lograba arrebatarse el afecto de su hijo sin abrir los párpados? Sintió que la peor, la única de las derrotas importantes venía de los hijos; de lo que no podíamos entregarles; de lo que ellos nos negaban.

No esperaba que él y Jaime pudiesen hacer grandes cosas juntos. Pero al menos le gustaría poseer algo compartido, aunque fuese el silencio de unos minutos en que pudiesen sentirse próximos. Como cuando él tomaba el balón que le regaló su propio padre y, desde la melancolía de haberlo decepcionado, percibía al menos que eso los conectaba, que ese dolor ínfimo por un juego de baloncesto, ese dolor casi ridículo, era un nexo perdurable entre ambos.

A la hora de almorzar se alejó de la agencia. Quería comer ajeno a cualquier rostro familiar. Detestaba a Gonzalo, al coronel, al mayor, a Dayana, al desaparecido Matías, al ausente Raúl que a esas horas estaría paseando por Roma con el gesto concentrado de quien realiza una tarea importante.

Tomó un taxi. Pasaron por la avenida Bolívar. Vio a la Guardia Nacional poniendo en fila a los indígenas que solían pedir limosnas en ese lugar. Se fijó en que los subían en camiones y les regalaban una cesta con refrescos y un sándwich. Comprendió que al día siguiente habría algún discurso multitudinario del comandante con invitados internacionales. Siempre que eso sucedía, recogían a los waraos y los regresaban a sus remotos poblados en el delta del Orinoco; así pasaban unas pocas semanas hasta que en lentas oleadas, en un goteo impredecible, retornaban a la ciudad.

Buscó un pequeño restaurante por Chacao al que solía ir con su padre. Al entrar, descubrió que la quietud modesta, la sencillez apetitosa de los olores que brotaba de la cocina en aquellos remotos años, había mudado en una miseria contenida: paredes sucias, suelo lleno de quemaduras de cigarro, afiches desvaídos.

Apenas probó la sopa que colocaron frente a él. Luego estuvo removiendo con el tenedor un arroz pegajoso en el que resaltaban unos trozos naranja que guardaban un distante sabor a pollo. Pensó por unos segundos en las muchas bolsas de comida que Manuel guardaba en su casa. Al parecer, tenía contratada a una persona cuya única misión a lo largo del día era ir por toda la ciudad comprando los productos que pudiese conseguir. Una especie de cazador de litros de leche, kilos de queso amarillo, galletas, cualquier tipo de harina, un señor jubilado de su edificio que compraba información, tenía contactos en mercados, sobornaba a señoras de zonas muy distantes de la ciudad y era capaz de soportar un atasco de dos horas en una autopista solo por procurarse un envase de mantequilla.

«Quizás debería contratar a alguien así para volver a tener la nevera de la casa en

condiciones», pensó. «Aunque los amigos de Dayana me dijeron que el mayor consigue comida, pero no puedo contar con ese miserable.»

Vibró el teléfono en su bolsillo. Sintió un cosquilleo que bajaba por su piel hasta las costillas. Miró la pantalla. Un mensaje. «Busca a la niña, por favor. Estoy en una cola gigante. Vero.» Pagó de inmediato y se puso en marcha. Estaba a una distancia razonable. Cruzó varias calles con paso presuroso y hasta dio una pequeña carrera cuando distinguió a lo lejos la fachada verde del colegio.

Se detuvo en la puerta y aguardó unos minutos. Vio la silueta de Amanda al fondo, arrastrando un pesado bolso con libros, mientras hablaba con varios niños. La atmósfera era ruidosa: voces agudas, puertas, rejas; luego olores de colonia, de lejía, de infusiones de té, de un aire azucarado que resoplaba entre las rejas de la entrada. Donizetti veía las pequeñas cabezas que se movían como mercurio, que se derramaban como un estallido de fresco y se dispersaban en la avenida.

El resto de ese momento, él no llegó a vivirlo; estuvo allí sin estar. En pocos segundos, Donizetti se transformó en una ausencia; un momento de niebla. Dijeron algunos que en el instante en que los dos hombres armados saltaron de la camioneta, él adquirió ese rostro; pero otras personas comentaron que no fue así, que primero abrió los ojos, que los abrió tanto que parecieron saltar de su cara, que después tomó a Amanda por un brazo, la apoyó contra la pared e interpuso su cuerpo entre los hombres y la niña. Lo apuntaron. Se oyeron gritos. Varias personas salieron corriendo y algunas se tiraron al suelo, pero él no se movió. Los dos hombres rugían. Alzaban amenazantes sus pistolas y le propinaban bofetones a un Donizetti que parecía una estatua. Uno incluso le dio con la cachapa de la pistola y le rompió la boca, pero él solo se echó un poco hacia atrás y siguió tapando a la niña mientras extendía los brazos como una gaviota, para que nadie pudiese colarse por los lados para atraparla.

Uno de los ladrones lanzó un manotazo y agarró por la camisa a otra muchachita que se encontraba paralizada en la reja. La empujó hacia la camioneta. Se marcharon a toda prisa, pero dispararon hacia Donizetti, con abulia, sin apuntar. Un rato tardó en aparecer la mancha en su hombro: tela rasgada, sangre y esa palidez que poco a poco fue tomando sus mejillas.

Durante unos segundos solo se escucharon los gritos de Amanda. Luego aparecieron dos profesores y levantaron del suelo a Donizetti, que seguía perdido en sí mismo y que no se quejaba por la rozadura del balazo. Entraron al colegio y llamaron a la policía. La directora improvisó un vendaje y una cura mientras Amanda chillaba como si la estuviesen ahorcando.

Fue ya en la clínica, con Verónica estrechando su mano, cuando pidió que avisasen a Manuel. En pocos minutos, su amigo apareció en urgencias, habló con los médicos, tranquilizó a la niña, llamó a la madre de Donizetti y hasta buscó un café para Verónica.

Allí, Donizetti se enteró de que habían secuestrado a la vecinita que estudiaba con Amanda. Fue en ese momento cuando sintió que sus pies se posaban nuevamente en el suelo, como si los talones se le llenasen de un plomo ardiente, de una pesadez rocosa.

Imaginó que al haber perdido el factor sorpresa, los dos tipos optaron por un plan de emergencia para que no se notase que habían intentado dañar a Donizetti; así parecería un secuestro casual, un acto sin planificación y sin proyecto. ¿Quiénes eran? ¿La gente del cubano? ¿La gente de Dayana? ¿Los enemigos del juez Garrido? ¿El coronel? ¿Todos ellos a la vez?

–Llévame a la agencia –le dijo a Manuel bajándose de la camilla.

–Espera a que te den el alta. No te vuelvas loco, Donizetti.

–Carajo, llévame a la agencia. Tengo que hablar con Gonzalo ahora mismo. Tengo que saber quién secuestró a esa niña.

–Cualquiera, hermano, cualquier hijo de puta. En el colegio ya avisaron a los padres. En un rato seguro que los llaman para pedirles el dinero del rescate.

–No me entiendes, Manuel, esto debe ser otra cosa. Llévame a la agencia. Llévame ahora mismo. Voy a reventarle la cara a Gonzalo hasta que me diga la verdad de lo que está pasando.

## Trigésimo quinto

Manuel le insistió en que no subiera a la agencia. Era preferible quedar con Gonzalejo en una pizzería cercana. No podía aparecer en el trabajo con rostro de trastornado, dando gritos, amenazando, exigiendo explicaciones. Debía actuar con la lucidez de quien solo tiene el objetivo de conseguir una información. Donizetti dudó. Carraspeó un par de veces. Al final aceptó la sugerencia de su amigo y le pidió que se colocase en una mesa próxima por si la situación se complicaba.

Gonzalejo apareció a la media hora. Tenía el rostro enrojecido y los ojos incandescentes por algunos whiskies. Estaba tan mareado que no le preguntó nada a Donizetti sobre la venda que le cubría el hombro.

–A ver, ¿qué sucede?

–Eso te pregunto yo a ti.

–Estoy ocupado, no te pongas a darle largas al tema, debo subir en un rato.

Donizetti hizo un esfuerzo para que la ira no le quebrase la voz:

–Es una pregunta muy sencilla. ¿Podrías decirme en qué lío estoy metido ahora? ¿Por qué intentaron secuestrar a la hija de mi mujer?

–Viejo, no sé de qué me hablas.

–No te hagas el imbécil. Ahora mismo empiezas a contármelo o te rompo la cara a patadas. A la niña de mis vecinos se la llevaron esas lacras para disimular que iban buscando joderme a mí.

–Estás paranoico.

–Tengo semanas llevando golpes, siendo secuestrado, viendo gente que vuela por el aire...

–Ah... eso. Bueno...

Donizetti apretó las mandíbulas.

–Ese señor musculoso que está en esa mesa es un sicario que he contratado –dijo señalando a Manuel, que bebía una merengada de cambur y miraba su celular–. Si no me cuentas ahora mismo lo que pasa, en un rato se levantará y te dará cuatro tiros, y sabes que nadie hará nada, que la gente saldrá corriendo y yo diré luego que tenías muchos enemigos.

–A ver, a ver... –dijo Gonzalejo moviendo su vaso en círculos y tratando de encontrar las palabras que se le enredaban en la lengua–. No hay que ponerse violentos. Te juro que no sé de qué me hablas. Es cierto que han pasado cosas en estos días. Yo creo, Donizetti, que nos metimos en asuntos muy complicados para nosotros, pero lo de la niña que me dices...

–Se está pasando el tiempo, Gonzalo, necesito que me digas ya quién tiene a esa

muchachita y cuándo la van a regresar.

–A ver. No sé de qué me hablas. Y esto te lo digo como amigo: lo de las dos personas que amanecieron tiroteadas en tu casa, eso sí, eso puedo decirte que imagino que fue el grupo de Dayana. La gente del 8 de Mayo.

Donizetti sintió un escalofrío que le subió por la espalda.

–¿Eso también tenía que ver con nosotros? ¿La mujer y ese niño?

–Quizás. No puedo asegurarlo, pero creo que sí. Fue una advertencia. Pensaron que eran tu mujer y tu hija... la cagaron... intentaban asustarnos a mí y al coronel; incluso al general que nos dirige. Hay unos negocios, bueno, unos negocios para resolver la escasez: los cubanos importaron un montón de comida, muchísima, toneladas y toneladas que trajeron con ayuda de un empresario italiano. Luego la comida se dañó; no supieron almacenarla. Las fechas de caducidad estaban mal calculadas y no supieron distribuirla en los mercados; el caso es que ahora está podrida y los cubanos intentaron esconderla, tirarla al mar. El coronel y yo hablamos con el mayor y nos ofrecimos a ayudarlos a hacer desaparecer esos alimentos. El coronel tiene una finca en la frontera, imaginamos que allí podría enterrarse, pero la gente de Dayana se molestó porque odian al mayor y querían ocuparse del asunto para evitar que el Proceso fuese calumniado por sus enemigos. Incluso dicen que pretendían ayudar sin cobrar ni un bolívar, pero eso no me lo creo. Y para asustarnos, trataron de joderte a ti.

–Hijo de puta, no me dijiste nada.

–Nos enteramos después. Al principio no lo sabíamos. No podíamos creer que se hubiesen enterado. Pensamos que Matías fue el chivato; pero no puedo asegurártelo. Prometimos no seguir con el tema de la comida. Si los cubanos quieren asociarse con la gente del 8 de Mayo pues que lo hagan... Y te aseguro que nadie va a volver a intentar meterse contigo por ese asunto.

–¿Y por eso me secuestró el mayor?

–No exactamente. Eso fue por otro negocio que tampoco salió como esperábamos. El mayor te interrogó porque con el asunto de los maletines pensamos que podríamos sacar dinero de gente interesada en que moviésemos sus dólares por un canal alternativo, ya sabes, sin utilizar bancos, sin dejar huellas.

–¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

–Ya imaginarás que los maletines de nuestra misión llevan dinero en efectivo para periodistas, grupos de resistencia, empresas, líderes, o partidos políticos que apoyan a nuestro gobierno en el extranjero. Son ayudas que no se pueden declarar; ayudas que negaremos siempre que existen. Y parecía fácil utilizar ese mismo canal para sacar dinero de amigos y colegas. Ese fue tu viaje a Ginebra. Una misión paralela para saber si lograbas entregar sin problemas la ropa. La idea nuestra era enviar luego el verdadero maletín con unos dólares de Garrido. Y ya ves. Salió mal.

–Peor le fue a Garrido, que voló en pedazos.

–Pero eso no fue el mayor, ni fueron sus compañeros cubanos. Ellos te dieron a ti unos carajazos y dieron el soplo, pero lo de la bomba fue alguien de más arriba. Muy arriba. Alguien que no sabemos si está vinculado a los negocios con los chinos o con los rusos. Quizás más bien los rusos. Tanto que es preferible ni mirarlo, porque se nos puede romper el cuello, pero es que Garrido chantajeaba a banqueros, empresarios y políticos, para no denunciarlos en los tribunales y le advirtieron que dejase ese tema, que esa gente iba a empezar a colaborar. Pero no hizo caso, y con la información de los maletines que pretendíamos ayudarle a sacar, confirmaron que no paraba de pedirle dinero a esas personas. Y voló.

–¿Y la gente de Dayana? También me dieron un paseo.

–Lo sé. Te llevaron para saber si Matías, que probablemente trabajaba para ellos, te había dado más información de la que tenemos todos, que son esas pendejas fotos de las mariposas.

Donizetti sintió un pinchazo en el hombro. Le pareció que el rostro le ardía.

–Dime lo de la niña. ¿Qué pasa con la niña secuestrada?

–Ay, amigo, eso sí es un problema. No olvides que vives en Caracas. Aquí en un mismo día te pueden ocurrir quince tragedias y ninguna tener relación con la otra. No pierdas tiempo. No intentes armar un rompecabezas. Mira que todo lo que te he contado está relacionado, pero al mismo tiempo no lo está. Son distintas desgracias... pero claro, en el fondo todas tienen que ver con lo que te decía: nos metimos en vainas que luego no pudimos controlar. Vainas complejas, donde los aficionados como nosotros no deberíamos entrar.

–Sigo esperando que me digas quién tiene a la niña.

–Ese es el problema, Donizetti. Puedes tener la seguridad de que eso no tiene que ver con nosotros. Eso pasó porque sí. Aquí secuestran al año a dieciséis mil personas. ¿Por qué no te iba tocar a ti o a tus vecinos? Yo de lo otro puedo darte fe: así pasaron las cosas; y en todos esos casos intentaría ayudarte, pero ahora no puedo, y no puedo porque a esa niña se la llevaron alguno de los miles de secuestradores que hay en esta ciudad y que cada día se llevan a un montón de gente. Yo también tengo hijos, pana, y si quieres ayudar a esa muchachita, lo mejor es que te olvides de conspiraciones, y de los cubanos, y de los rusos, y de nosotros, y de... Mira, te doy un consejo, hay una discoteca en la Casanova, en el centro comercial. Me dicen que allí se reúne gente que controla mucho de esos asuntos, gente que negocia y que puede hacer que aparezcan sanos aquellos a quienes secuestran. Vete para allá y pregunta. Es peligroso, pero hazlo. Por aquí no vas a conseguir nada que te sirva.

## Trigésimo sexto

Donizetti contempló la luz. Un trozo de luna. Una estela blanca que atravesaba la avenida como una espada. Había regresado a su apartamento para cambiarse de ropa y volver a salir. Verónica le insistió en que se quedase en casa con ellas, pero él la abrazó con fuerza y se marchó a toda prisa

Manuel lo acompañó hasta la discoteca. Llegaron temprano. La música retumbaba en las paredes como una electricidad invisible. El local tenía unas planchas de metal como puertas y dos hombres los miraron con atención al entrar. Uno de ellos les preguntó a quién buscaban y Manuel respondió que al señor González. Los dejaron pasar con gesto de indiferencia. El viejo truco de nombrar a un González continuaba funcionando; en cualquier lugar siempre habría alguien con ese apellido.

Vacía, la pista brillaba. Cinco hombres bebían gin tonics mientras un reguetón sacudía el suelo y parecía inyectar una sensación punzante en el aire. Donizetti pidió dos cervezas y sin probar la suya se aproximó al tipo que servía en la barra y comenzó a hacerle preguntas. El hombre se rascó la cabeza y respondió que él solo servía tragos. Tenía una papada inmensa y una barbita descuidada en la que brillaban gotas de alguna bebida pringosa.

Manuel bebió su cerveza de golpe. Se dio cuenta de que los miraban de reojo. Cientos de escalofríos recorrieron su espalda. Pensó en un gato cuando se descubre en un callejón rodeado por perros de dientes amarillos. Uno de los hombres se acercó a preguntarles qué deseaban. En el pantalón llevaba sin disimulo una 9 mm y en la mano apretaba un puño americano. A Manuel le pareció un hombre atractivo, de anchas espaldas y gesto fiero; le gustó sobre todo ese rostro en el que brillaban un par de ojos atigrados.

–Mi amigo está intentando averiguar si hay algún modo de ayudar a una familia a la que hoy le secuestraron la niña –susurró, sintiendo que las palabras le pesaban en la boca.

–¿Y por qué vienen aquí?

–Escuchamos que alguien nos podría ayudar.

El hombre se rascó el brazo con el puño americano, como si tuviese una alergia. En otra circunstancia, a Manuel le hubiese parecido excitante tropezar con un tipo así, pero entonces supo que debían marcharse enseguida. El resto de los hombres los observaban de reojo y se notaba que cada uno había establecido contacto visual con su propia arma y que ya sabían dónde ponerse a cubierto si tenían que disparar.

–No somos policías –aclaró Donizetti.

El hombre de ojos atigrados soltó una carcajada feroz.

–Lo sé. Aquí los policías somos nosotros.

Donizetti parecía aturdido, intentaba encadenar posibles preguntas, pero solo largaba pequeños balbuceos, acompañados de respiraciones gruesas, como si el aire le estuviese llegando a los pulmones con dificultad.

–De todos modos, hoy tenemos aquí una fiesta privada y nos ponemos nerviosos cuando se meten en nuestras fiestas –remató el hombre.

–Pues mejor nos vamos. Muchas gracias –masculló Manuel y haló a Donizetti por un brazo.

Cuando salieron a la calle, a ambos les temblaban las piernas.

–Somos unos miedosos, hermano –dijo Donizetti con la voz quebrada.

–Lo somos –respondió Manuel–. Pero en Caracas los miedosos tenemos más posibilidades de seguir vivos.

Donizetti regresó a su casa con una mezcla de cansancio, sensación de ridículo y un frío que se le clavaba en los huesos como si fuesen trozos de botella. Durmió en la sala. No supo muy bien la razón, pero puso en volumen muy bajo un concierto de Bach tocado por David Óistráj. Se quedó tirado en el sofá. Miró su celular y encontró un mensaje de Elizabeth insultándolo por haber faltado a la cita con su hijo. «Dile a Jaime que me perdone. Mañana lo busco Hoy no pude ir. Me sucede cuando me pegan un balazo en el hombro», le escribió. Aguardó unos segundos y sintió el chillido de la respuesta: «Siempre excusas», le soltó Elizabeth en un SMS.

Se acurrucó en el mueble. Aguardaba algo que ignoraba: tal vez una señal, una palabra, un mensaje, algo que continuase la dinámica de esas horas. Se levantó un par de veces y comprobó desde el umbral de la puerta que Amanda dormía. Le gustó esa respiración de la niña: un hilo de agua haciendo tersa la noche. Volvió a echarse en el sofá. «No voy a seguir así. Tengo que alejarme. Casi las matan a ellas por un torpe negocio de Gonzalo. No soy solo yo. Es todo.»

Se llevó las manos a la cabeza. Alguna vez había escuchado a Manuel decir que nunca debía colocarse uno las manos en esa zona del cuerpo porque eso era llamar a la desesperación.

Pensó en la discoteca a la que había acudido esa noche. La mirada de aquellas personas le parecía de una quietud amenazante. Igual debería volver al día siguiente. Con miedo, con inseguridad sobre lo que debía preguntar, pero si sacaba algo en claro regresaría con los padres de la vecina y les daría noticias que pudiesen ayudarlos. O mejor aún, volvería con la niña de la mano si los secuestradores aceptaban los dólares que él tenía ahorrados fuera del país. Le pareció una buena manera de emplear ese dinero; quitar a Jesse y Elizabeth algunas de sus comodidades actuales, pero lograr que la niña retornase.

La idea, como todas las ideas peregrinas que regala la madrugada, pareció confortarlo.

Cerró los ojos. Pensó que las paredes de la casa susurraban una melodía parpadeante, como un susurro de viento entre los árboles. Meditó sobre la felicidad de las tortugas, de los caracoles. Llevar la casa a cuestras. Ser concha envolvente, cuerpo sobre cuerpo. Se fue hundiendo en el sueño. La noche giró dentro de sus ojos, se hizo vaporosa, sutil, lento murmullo de respiraciones pausadas y zumbidos de neveras.

Tendría unos minutos dormido cuando escuchó un ruido que sonaba como un tenedor rasguñando una olla. Luego fue como escuchar una botella que saltaba en mil pedazos. Se puso de pie. Abrió la puerta. En la casa de los vecinos, la madrugada se desgajaba con el rugido de una persona desesperada que reventaba sus cuerdas vocales. Donizetti llamó a la puerta. Dio un par de puñetazos. Quería ayudar. Quería saber qué noticia acababan de recibir los vecinos, necesitaba saber qué estaba ocurriendo con la niña.

Verónica salió en bata y se quedó junto a la puerta al escuchar cómo se reiteraban los gritos. Pasados unos minutos le dijo a Donizetti que entrase a la casa, que los vecinos no deseaban abrir.

Él no le hizo caso. Siguió timbrando y dando golpes en la madera.

La puerta continuó cerrada.

Donizetti se quedó dormido en el pasillo. Vigilando. Esperando al menos una palabra, una explicación para ese horror, para ese silencio interrumpido por gimoteos ahogados y voces en susurros. Volvió a su casa al sentir una lengua de sol entrando desde el pasillo. Verónica le sirvió un café. «Si sabes algo despiértame», le susurró con gesto implorante y cansado. Se tiró en el sofá. A su lado quedó la taza. Intacta.

## La noche de las noches

Un espanto.

El horror. El horror entero y vivo y pulposo y palpitante y real y concreto y envolvente.

Pasé la mañana con mal cuerpo. Tanto que le acepté al idiota de Félix una invitación a un japonés en la cuadra gastronómica. Solo la desesperación y el miedo podrían haberme conducido hasta ese lugar para ver a un hombre repetido, con palabras repetidas, con gestos repetidos. Fue incómodo encontrarlo. Había perdido masa muscular: la camisa le quedaba ancha y la chaqueta que llevaba encima no marcaba el poderío de su espalda.

Hablamos de generalidades, pero cuando sirvieron el *sushi* repitió su oferta de días atrás. Me dijo que no tuviese miedo, que era lo mejor para ambos. Tomé una bocanada de aire y coloqué los palillos en la mesa. Le subrayé que no tenía ningún temor, que simplemente no deseaba cambiar. Vi empalidecer su rostro. Volvió a insistir: deseaba vivir de otra manera.

–Estás hablando de lo que tú necesitas –insistí–, no te interesa mi opinión.

–Mi madre está enferma.

Supuse que llevaba días practicando esa frase, que con ella esperaba derrumbarme. Me dolió mucho que no surtiese ningún efecto en mí. Comprendí lo que sucedía: su madre moriría pronto y él deseaba contarle su vida. Es una especie de patetismo propio de mis hermanas lobas, de mis colegas gays. Por algún oscuro motivo necesitan que sus padres conozcan su vida sexual. Nunca he compartido esa especie de culpa religiosa, esa necesidad de la confesión. A ningún hetero se le ocurre relatarle a sus padres con quién se acuesta, pero se supone que nosotros debemos pedir perdón, lavar nuestras conciencias y recibir la absolución por nuestras erecciones.

–Félix... no hace falta que cuentes nada. Estoy seguro de que tu familia lo sabe; que tu mujer lo sabe. Y todo el mundo es feliz manteniéndose en silencio. Déjalo así.

–Pero ¿qué dices?

–Solo pasas con ellos la mitad de las vacaciones, combinas tu ropa mejor que tu propia esposa, tienes casi cincuenta años y mira el cuerpazo que te gastas. Ah... y tienes dos perros y uno se llama Christian y el otro, Dior.

–No te entiendo, Manuel.

–Los heteros tienen esas horribles y ridículas barriguitas. Mira a tus hermanos. Y además se van ablandando, curvando. Tú y yo somos demasiado viriles; cualquiera

que nos mire se da cuenta. ¿De verdad crees que tus padres y tu esposa piensan que somos amigos del gimnasio?

Félix resopló. Su rostro se volvió encarnado. Lo vi pinchar el *sushi* con los palillos. Sabía que yo odiaba ese gesto, que odiaba la fealdad y la torpeza.

–Cuando te da por ponerte bruto, no hay quien te supere –murmuró.

Asentí. No deseaba discutir. No deseaba otra cosa que terminar esa comida y que las horas pasasen; borrar los gritos de Donizetti cuando me contó lo que había pasado en su edificio y me dijo que mirase los diarios en internet. En otro momento habría corrido a contárselo a Félix, habría descargado en él esa sensación viscosa, como una gelatina rancia, que me envolvía esa mañana desde que vi las fotos de la niña como portada de todos los medios. Pero ahora no deseaba hablar ni quería compartir ninguna debilidad. Por eso no le pedí que se callase cuando volvió a insistir en que nos marchásemos a Holanda para casarnos. Me apetecía vomitar la comida. Era todo tan manido, tan gastado. Félix había sido siempre un hijo ejemplar, un muchacho pobrísimo, criado por unos padres que limpiaban miles de colegios para que él no abandonase los estudios. Y él les correspondió con brillantez y tesón: se graduó con notas altísimas, consiguió un trabajo en una empresa de comunicación corporativa y en pocos años subió como la espuma. Ahora quería cerrar su biografía impoluta contándoles que llevaba diez años escapándose a mis brazos. Y su sinceridad significaba que yo debía gastar con él todos mis días, despertarme todas las mañanas a su lado escuchando el espantoso ruido que hace con su garganta, compartir mi lavadora con sus pantalones y camisas y sufrir cada vez que a él la apeteciese escuchar las canciones de la Streisand. Yo era el sacrificio necesario para su felicidad perfecta y para que su madre comprendiese por qué su hijo se sabía depilar mejor que cualquiera de sus primas.

–Lo siento. Lo siento mucho –le dije–, no te voy a acompañar en esto.

Puso una cara tristísima. Parecía que los ojos se le hundían dentro del cráneo, que la boca se le borraba y se transformaba en una raya de almidón. Se marchó, pero tuvo el detalle de pagar la cuenta.

Me pregunté si en el fondo de mí latía el rencor de pensar que por culpa de Félix me habían echado de la radio. El amor es amor en sus inicios. Luego es paciencia, omisión y un lento acumular de pequeños agravios, alacranes que aguardan para dar su pinchazo.

Cuando me marché sonó el celular. Era Félix de nuevo. Lo escuché llorar. Cada palabra suya me pareció un bolero mal tejido. Lo escuché humillarse, rogarme que pusiera las condiciones que yo quisiese, insultarse a sí mismo, pedir disculpas. Comprendí algo: los culebrones, las rancheras, los gestos desesperados del desamor nunca pretenden recuperar el terreno perdido. La desesperanza, el patetismo solo pretenden calmar en quien ruega su propia necesidad de tocar fondo. El dolor no

pretende alcanzar el éxito, solo es una escenificación curativa, una obra de teatro que se hace a solas y para los amigos. En la separación lo que menos importa es la persona que nos abandona. Ya sabemos que la compasión nunca conseguirá volver a reunirnos con ella.

Corté la llamada. Era lo mejor. Ayudar a Félix a conservar su dignidad. Luego regresé a la zapatería. Y lloré, claro. Lloré en tiempo de bolero: por el tiempo que todo lo devora, por la muerte que todo lo acompaña, por ese final que es lo único seguro de cada principio. Me quedé un rato en el baño y me lavé el rostro hasta que me sentí un poco mejor.

Miré de nuevo en internet las noticias. Ahora Félix ni siquiera merecía que yo compartiese con él esos horrores que trajo la mañana. Eso era una señal de cierre. La única complicidad que Caracas nos presta es conversar con quienes amamos sobre el espanto, sobre los muertos, los atracos, los secuestros. El hilo invisible que nos une son esas palabras. Si él ya no me las despertaba, era que nos encontrábamos en el lugar del cierre.

La niña aparecía en todas las fotos. El rostro inclinado sobre el padre, los ojos cerrados. Lo más probable es que la hubiesen sedado en la clínica. Pese a los mechones de cabello que le colgaban a los lados, resultaba visible el esparadrapo en la oreja. Las noticias no daban excesivos detalles, pero Donizetti ya me había explicado que a los padres de su vecinita les hicieron una primera llamada a la medianoche para pedirles una cantidad de dinero por liberarla; ellos alegaron no tener esa cifra y rogaron que les permitiesen reunir todo lo que estuviese a su alcance. En la siguiente llamada debieron escuchar los espantosos alaridos de la niña mientras los secuestradores le cortaban una parte de la oreja y les decían que seguirían picándola a trozos si el dinero no aparecía en un par de horas.

Al parecer, los vecinos de Donizetti habían conseguido un prestamista que a un interés inverosímil les facilitó el dinero que les faltaba, una vez que comprobaron que los ahorros de la cooperativa del colegio no eran suficientes; luego contactaron con un negociador experto que se ocupó de las gestiones finales: un antiguo comisario que ahora se dedicaba a cobrar por conseguir liberaciones a cambio de que los rehenes no corriesen peligro.

Donizetti me relató aquello con palabras atropelladas, interrumpiéndose a cada rato para tomar aire, para darle puñetazos a las paredes. Y luego Verónica tomó el teléfono y dijo que iba a darle una pastilla porque lo veía muy perturbado.

Yo me volví un puro temblor y cuando miré las fotos de la niña, su gesto exhausto, la gasa sanguinolenta cubriendo el trozo de oreja que le faltaba, cerré los ojos y apreté muchos los párpados. «No es cierto, carajo, no es cierto, no es cierto, no puede ser cierto», repetí muchas veces.



## Trigésimo séptimo

Encendió un cigarrillo en su cubículo. Lo tenían prohibido, pero no le importó detenerse en la elevación del humo, en sus cabriolas, en la fosforescencia con la que iba girando hasta ascender al techo y expandirse como una mano azulada y nerviosa. Pensó luego que Dayana, o el coronel, o Gonzalo, o el mayor cubano podían aparecer y llamarle la atención, y tuvo la certeza de que si eso ocurría saltaría sobre cualquiera de ellos para ahorcarlos.

Tenía las manos impregnadas de rabia y furia. Un hombre se le atravesó a media mañana para robarle un taxi y, sin pensarlo dos veces, Donizetti le descargó un puñetazo en la espalda. La gente fingió no mirar su ataque y él se echó en el asiento mientras el taxista no dejó de vigilarlo por el retrovisor.

Apenas llegó a su escritorio, abrió su correo y pidió que le asignasen alguna pauta. Aún le molestaba el hombro; habría podido pedir una baja por un par de semanas, pero imaginó que si permanecía en su casa se volvería loco. Mejor aturdirse con el trabajo y borrar las últimas horas. Llenarse de palabras, cifras, fotos de archivo. Quería hundirse en algo que no fuese él mismo, que no se pareciese a su vida de todos los días, que no tuviese que ver con su edificio, con sus vecinos, con la niña que había aparecido mutilada después del amanecer.

En la agencia no publicaron la noticia. Supo que alguno de sus compañeros estaba indagando si los directivos del colegio tenían algún vínculo con la oposición para acusarlos de ineptitud, pero al cruzar las bases de datos no consiguieron nada destacable.

A media mañana volvió a insistir en que le asignaran una pauta y con desgano le dijeron que fuese a la cárcel del Rodeo para comprobar si las noticias sobre un posible motín eran ciertas. Hacia allá se dirigió. Sentía que su cabeza era un agujero lleno de sonidos cavernosos. La ciudad se deslizaba a través de las ventanillas del carro; sucesión de trozos: un semáforo, una pared desconchada, una mancha de aceite, una mano vendiendo dulces de coco, una rata bebiendo agua del Guaire, una destrozada silla de ruedas, un gato sin ojos, un árbol inclinado por el peso fragante de los mangos.

El taxista tuvo que decirle dos veces que la calle estaba cortada. Se bajó con desgana y mostrando la identificación avanzó entre policías y guardias nacionales. Habló con uno de ellos, escuchó que lo duro había sucedido durante la madrugada; ahora el motín estaba controlado.

-Una pelea. Ya sabes, querían derrocar al pran. Un rival que habían trasladado desde Maracay intentó sacarlo de en medio y el tipo se defendió con su gente.

Donizetti hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Supuso que un nuevo detenido habría amenazado al jefe de los presos, que habría intentado escamotearle el tráfico de armas, de comida o de drogas en la cárcel y eso habría desatado una guerra de varias horas. Normalmente, cuando escuchaba noticias así retornaba a la agencia y preparaba una nota sencilla que resaltaba el incidente y el retorno a la normalidad, pero esta vez la abulia lo llevó a seguir adelante. Caminó cien metros. Al ver que trabajaba para la agencia del gobierno, un sargento le dijo que podía pasar al patio; solo se lo iba a permitir a él, a los buitres de los otros medios ya había ordenado que los alejasen a peinillazos.

Siguió adelante. Se encontraba tan falto de energías que le costaba detenerse. Atravesó un pasillo que olía a excrementos y a carne chamuscada. Luego salió a un patio de paredes altas donde el sol entraba con una tonalidad de cloro. Los guardias parecían relajados. Llevaban sus armas al hombro, conversaban entre ellos mientras dos personas arrastraban bultos. Donizetti supo que eran los cadáveres. Caminó unos pasos y vio que los separaban en grupos.

Quiso preguntar cuál era el criterio para colocarlos en uno y otro lugar, pero su mirada se llenó de láminas rojas, transparencias, trozos de cal, carbones, piel rota, piel quemada, piel tatuada, piel mordida, piel sin piel. Se arrodilló frente a uno de los cuerpos: los tajos de los machetazos habían dejado irreconocible el rostro. Le pareció que desde los huesos le brotaban tatuajes de coral. Casi a sus pies distinguió un cuerpo delgado, casi un alambre, al que le habían trazado unas letras en la espalda con un puñal: «Cogió».

—De aquí no pase—le indicó un guardia—, los malandros están muy bien armados y tienen francotiradores. El pran solo nos permite llegar hasta este punto. Pero esto se calma en un rato. Ahora viene la gente del 8 de Mayo a negociar con los presos; les traen un montón de mujeres y cuando estén mansos, les prometerán que los que llegaron de Maracay se trasladarán a otro sitio.

Donizetti sonrió con gelidez. Los guardias conocían muy bien el armamento de los presos porque ellos mismos se lo vendían. Al fondo, hacia la izquierda, vio tiradas sobre el suelo una hilera de cabezas cortadas. Las contó con rapidez: cinco. Parecían balones desinflados. Algunas tenían los ojos entrecerrados, pero se adivinaban unas pupilas reseca, como vidrios sucios.

Al fin pudo darse la vuelta, marcharse con paso firme. A la salida escuchó gritos de un grupo con cámaras que reclamaba que no los dejaran trabajar. Se metió en un café y preparó una nota corta comentando que después de algunos incidentes la situación era de normalidad. La envió por correo electrónico y pidió un jugo de naranja. Le sirvieron un líquido pálido donde se alternaban la acidez con el sabor de una fruta que comenzaba a pudrirse. Comprendió que debía regresar a casa. La gente ya habría dejado de comentar lo sucedido con la niña. Ella tampoco estaría allí; sus padres esa misma mañana habían tomado un avión para quedarse unos días

con unos familiares que tenían en Bogotá. Volvió a lamentar que aquellos atormentados señores ni siquiera le hubiesen prestado atención cuando les ofreció dinero para pagar una parte de la deuda contraída con el prestamista. «Parecíamos fantasmas. Yo les hablaba pero era como si cada uno estuviese en un lugar diferente, como si fuésemos muertos o aparecidos de historias que nunca se cruzan.»

Al fondo vio el cerro: nube de tierra, ola de eucaliptos y pinos.

Le indicó al taxista la dirección de Jaime. Se sorprendió al escuchar su propia voz, como si sus palabras hubiesen dormido tanto tiempo hasta volverse metal fundido. Comenzó a hablar: comentarios sobre el clima, sobre la escasez, sobre los atascos. Una ametralladora de palabras. El taxista le respondió de la misma manera. Entre los dos se establecía la comodidad de esas conversaciones copiosas debajo de las cuales no subsiste ni una sola palabra consistente.

Subió a casa de su hijo y tocó la puerta. Abrió el propio niño; un vapor dulce emanaba de su cuerpo. Él lo abrazó.

–Hueles a mantecado, carajito –le susurró sin soltarlo y el chico soltó una risa corta–. Agarra tus cosas que nos vamos.

De una habitación salió Elizabeth. Llevaba un adhesivo en medio de las cejas para estirarse la piel y atenuar una arruga que le iba creciendo como una grieta. Él estuvo a punto de burlarse de ella, pero le pareció inútil gastar energías en dirigirle la palabra. Su ex lo miró con asco:

–Tu día era ayer.

–Ayer y hoy. Me llevo a Jaime a casa para que veamos películas y comamos cotufas –le respondió Donizetti.

–¿En qué lío andas? –chilló ella señalando la venda del hombro.

Donizetti recordó que Elizabeth lo insultaba constantemente desde que él empezó a trabajar en el gobierno, pero jamás le preguntaba por el origen de sus cheques. Quizás su reclamo se refería a eso. O tal vez no. Quién sabe lo que iba acumulando aquel cerebro lleno de flores de cerámica y olores a pintura plástica.

–Esta ciudad es muy peligrosa. Y habla en voz baja. No quiero que angusties al niño.

Jaime salió del cuarto con un morral lleno de ropa y su Nintendo. Donizetti le rascó la cabeza, pero antes de marcharse se aproximó a la hamaca de Jesse.

–Oye –dijo hablando con Elizabeth a todo pulmón–. ¿Y tu novio anda trabajando?

Entonces fingió apoyarse en la soga de la hamaca y la sacudió. Un aturdido Jesse se incorporó a medias con los ojos rojos, la boca reseca y una mejilla en la que se repetían las marcas del tejido.

–Coño, Paolo, eres tú otra vez... déjame descansar –murmuró dejándose caer de nuevo sobre la hamaca.

-Donizetti, me llamo Donizetti.

## Trigésimo octavo

Le gustó el olor tibio del maíz mezclado con mantequilla.

Miró el reloj. Calculó el día. Quizás ahora mismo Raúl entregaba un maletín verde en la estación de trenes de Cosenza. ¿Qué haría luego? ¿Qué haría al finalizar la misión?

Probablemente Raúl no repetiría ese paseo que Donizetti disfrutó aquella tarde. Un ascenso al Castello Svevo con un taxi que esperó mientras él contemplaba la inmovilidad de la pequeña ciudad y el paso adormilado del río Busento. En aquellas horas, Donizetti fumó un cigarrillo dándole la espalda al castillo una vez que descubrió que permanecía cerrado y rodeado por bolsas de basura. Se detuvo a mirar Cosenza, pero sobre todo a contemplar el paso de ese río asfixiado por islas de lodo y hierba recrecida. El taxista le contó con voz fatigada que bajo esas aguas continuaba oculto el cadáver del rey Alarico y los muchos tesoros que había saqueado en Roma después de azotar la ciudad con sus guerreros. A Donizetti le gustó esa historia. Un cuerpo protegido del olvido por las aguas. El contraste de la inmovilidad absoluta con el fluir de la corriente.

No imaginó a Raúl enfrascado en esa visita. Su compañero era más bien de whiskies, grandes comilonas y algún burdel con mujeres exóticas. Pudo verlo con la boca repleta por una de esas lasañas recalentadas con las que engañan a los turistas, o fotografiando los muslos de distraídas muchachas que paseaban por la calle mirando vitrinas. Estuvo a punto de sentir compasión por tanto patetismo hasta el momento en que recordó que Raúl había dado un chivatazo para que acabasen con su familia.

Luego sumó a ese rencor la evidencia de que Raúl sí llevaba los maletines importantes; esos que rebosaban de billetes y eran parte de una misión real.

Resopló hastiado.

Miró a los dos niños en el salón de la casa. Preguntó si deseaban más cotufas y ambos dijeron que sí. Fue hasta la cocina y llenó otro cuenco. Al regresar comprobó que Amanda permanecía embelesada con la película que les había puesto: *El pájaro azul*, una historia que él disfrutó hasta el llanto cuando su padre lo llevó de niño a un cine de la plaza Candelaria. Mientras tanto, Jaime jugueteaba con su Nintendo y bostezaba.

Les puso las cotufas a mano y se sentó entre los dos.

Verónica regresó de la joyería. Exhausta. De un tiempo a esta parte, cada vez tenía más trabajo.

Se saludaron con un par de besos, en silencio, sin mirarse a la cara, con esos

gestos rápidos de quienes se sienten avergonzados por haber presenciado un horror que les debería resultar ajeno.

Donizetti fue al baño unos instantes. Después de orinar y lavarse las manos pegó el oído a la pared. El apartamento de los vecinos hervía en su silencio. Le pareció que la casa entera zumbaba, que los objetos de ese lugar abrigaban un rumor como de hormigas y empezaban a devorarse a sí mismos.

Al salir, Verónica comenzó a preparar la cena y le recriminó que los niños estuviesen devorando cotufas a esa hora. Él no respondió. Se dejó caer en una silla. Le preguntó si le quedaban pastillas suficientes para dormir y ella contestó que sí. Luego Verónica comentó que cerca de su trabajo había conseguido huevos y jamón. Él asintió. Le gustaba la tortilla que preparaba su mujer.

—Por cierto —dijo ella—, es curioso, hoy aparecieron otros dos señores por la joyería. Otros dos como esos que tú dices seguro que son generales o coroneles, y compraron muchísimo oro.

—¿Otra vez?

—Sí. Y uno de ellos dijo que mañana iría un compañero de ellos, que tuviésemos existencias disponibles. Mi jefa está encantada.

«Algo está pasando. Algo grande va a pasar», pensó Donizetti y se puso de pie para que esa idea no avanzase en su cabeza como una flecha extraviada, como una nueva angustia. Volvió junto a los niños. Sentía un vapor en los párpados: una suerte de sensación cremosa que enlentecía sus palabras. Se acordó de su madre. Lo llamó un par de veces algo preocupada por su herida y comentó que en cuanto pudiese, intentaría ir a Caracas para visitarlo. Por unos segundos, Donizetti deseó que lo hubiesen asesinado solo para obligarla a hacer ese viaje. Imaginó que llegado el momento ella se aproximaba a su rostro encajado en la urna y él se levantaba para darle un mordisco feroz en la nariz hasta arrancársela. «Ahora llorarás; y quizás algunos pensarán que es por mí.»

Donizetti apoyó la cabeza en el mueble. Le pareció que el mundo era un lugar lejano, mudo.

Cuando Verónica los llamó a comer y se asomó a la sala, descubrió a Donizetti dormido entre los dos niños. Los rodeaba con los brazos y cuando se movían, los músculos se le tensaban y un montón de venas asomaban por su piel.

## Trigésimo noveno

Despertó a las cinco de la madrugada. Abrió los ojos. A lo lejos escuchó una sirena, un par de disparos, luego un silencio inmenso, infinito, como si el mundo se hubiese apagado con esa rotundidad con la que algunas personas parecen desmayarse de golpe.

Se dio una lenta ducha. Salió para la oficina. Consiguió a Raúl tarareando feliz en su escritorio: «... *acqua non si ndi duna pi la via; / stasira venitti ndi a la mi cella. / Calavrisella mia, calavrisella mia, / calavrisella mia, sciuri d'amuri*». Comprendió que la misión de su compañero había sido un éxito. Alzó la mano para saludarlo e imaginó que su brazo se alargaba hasta hundir los dedos en los ojos de su compañero para luego arrancárselos como si fuesen pelotas de golf. «Debo calmarme. Debo calmarme un poco», pensó.

Estuvo transcribiendo una entrevista a un profesor francés que dio unas conferencias sobre neocolonialismo, lucha de clases y periodismo alternativo. Nunca dijo nada original o perturbador, pero Donizetti pensó que podía servir para rellenar algún agujero.

Así pasó la mañana.

Cerca del mediodía, el mayor irrumpió en la sala de redacción y, como cada vez que hablaba el comandante en la tele, encendió la pantalla gigante para que todos escuchasen su voz mientras trabajaban. Donizetti estuvo mirando con detalle su bandeja de correo. De fondo escuchó risas. Risas en la televisión; risas en la agencia. El comandante relataba los problemas estomacales que tuvo en una ocasión mientras inauguraba un tren. Al parecer debió abandonar un acto por una diarrea que lo asaltó en medio de su discurso, y después de huir de sus escoltas, se escondió entre unos arbustos hasta que aparecieron unos perros a los que sometió con dos gritos. Los ministros que lo acompañaban, un grupo de generales y el propio coronel, que ahora solía ser invitado a las eternas intervenciones televisivas del comandante, no cesaron de aplaudir mientras recibían detalles minuciosos de los dolores y de la incontinencia intestinal del presidente.

Donizetti vio que a su izquierda Dayana lo contemplaba con ojos atentos, así que sonrió exultante cuando el comandante volvió a relatar cómo apretaba las nalgas para evitar ensuciarse los pantalones. Las carcajadas se extendían por la agencia. Todos querían que se escuchasen sus risas por encima de las del resto de sus compañeros. Donizetti esperó a que nadie lo viese y se marchó para tomarse un café. El cerebro le parecía una caja llena de burbujas.

Pidió un marrón. Apenas le había dado un par de sorbos cuando vio en una

esquina a la esposa de Matías. Se había cambiado el color del cabello y llevaba unos lentes anticuados que le cubrían media cara. Hizo ademán de marcharse, pero la mujer se colocó a su lado. Él apretó el paso, pero ella lo siguió sin despegarse un centímetro y cuando él estaba a punto de darle un par de gritos rabiosos, la mujer le introdujo un papel en el bolsillo. Fue como si sucediese un golpe de humo, una ventolera, un pequeño tornado. La mujer se esfumó. Él pensó en un fantasma. Una aparición. Pero cuando introdujo la mano, palpó el trozo de papel y se detuvo en medio de la gente a mirarlo. Temió que si intentaba hacerlo a solas, corría el riesgo de que alguien intentase arrebatárselo. Lo leyó: una dirección y un horario de encuentro.

Estuvo dudando si acudir o no a esa cita. Ya había tenido demasiadas emociones en los últimos tiempos, pero pensó que tal vez Matías también era una suerte de víctima. «O al menos el otro idiota de esta historia.»

Llegó al restaurante del hotel Pestana. Era un lugar tan caro que no habría imaginado encontrarse allí con su excompañero. Un buen punto para despistar. Distinguió su silueta: le hizo una seña desde un rincón. Se saludaron con brevedad. Cuando se acercó el camarero, Donizetti pidió un Bloody Mary y Matías una Polar Ice.

–Mi mujer dice que no quisiste ayudarme –reclamó Matías.

–No sabía cómo –respondió.

–Pero también andas en líos... veo que te hirieron. ¿Quién lo hizo?

–Cualquiera.

–La gente de Dayana ha perdido un poco el rumbo ¿Fueron ellos?

–¿Por qué me van a disparar?

–Hay mucho descontrol, Donizetti. Hay unos cuantos compañeros militares que no son sinceros, me cuentan de cuarteles donde se hacen negocios salvajes. Son ratas infiltradas. Y luego los compañeros cubanos se ablandan apenas prueban los dos primeros bistecs de lomito. Por eso yo confiaba en la gente de Dayana. Grupos organizados, corajudos, con un nivel de conciencia real y hasta con el apoyo de los camaradas chinos.

–¿Y?

–Que tampoco, Donizetti. Tampoco estos compañeros me sirven. ¿Sabes que arrestaron a dos la semana pasada?

–No tenía ni idea. Dayana no suele contarme sus cosas.

–Pues dos de su grupo andan presos porque atracaron a un hombre. Lo mataron. Pero el tipo era guardaespaldas de un ministro. Así que la gente de Inteligencia investigó y resulta que desde hace un tiempo esos hijos de puta se dedican a atracar. ¿Te lo puedes creer? Los que deberían dar ejemplo de disciplina hacen sus trabajitos por su cuenta y roban.

Donizetti se detuvo largo rato en el sabor a tomate de su Bloody Mary. Tuvo claro que no debía compartir un solo secreto con aquel hombre.

–No me dirás que te sorprende saber que son violentos.

–Conocía su violencia justificada, hermano. ¿Que alguien le pegaba a su mujer?: pues se iba en la noche y se le daba una paliza. ¿Que alguien robaba dentro del territorio liberado por el grupo?: pues se le buscaba en casa y se le ejecutaba. ¿Que un opositor andaba dando guerra y tratando de organizar a las fuerzas reaccionarias?: se le metía un tiro en la rodilla de advertencia y se le decía que a la próxima el tiro iba más arriba. Pero es una violencia justa, solidaria, con sentido.

–Esto otro no lo conocías.

–Claro que no, Donizetti. Esta vaina es desorden. Agenda propia. Por eso me escondí. Ellos me estaban protegiendo. Y pensé, si estos son los que me cuidan, estoy en peligro.

–¿Y de qué te protegían?

–Coño, ya he mandado como mil denuncias de los negocios del mayor cubano y de Gonzalejo, y del coronel y de Raúl... Desvían dinero de los maletines.

–Lo sé. Lo pusiste en el *pendrive*.

–Pero no consigo que nadie me haga caso, hermano. Por eso dejé ese mensaje, para que todos supieran lo que sucedía, para que todos supieran que todos andan robando a todos. El general mete la mano y le pasa el maletín al cubano, el mayor cubano mete la mano y le pasa el maletín al coronel, el coronel mete la mano y le pasa el maletín a Gonzalejo, Gonzalejo mete la mano y le pasa el maletín a algún suboficial, el suboficial mete la mano y le pasa el maletín a Raúl.

–Que también...

–Pues claro, también muerde. Tú y yo somos los únicos que no tocamos los maletines. Lo sé porque estás tan endeudado que comprendí que solo tienes los viáticos para defenderte. Igual que yo.

Donizetti logró atar cabos. Por las palabras de Matías, dedujo que su compañero ignoraba que los primeros maletines solo llevaban ropa vieja. Probablemente, jamás se había atrevido a mirar el contenido de sus encargos; a lo mejor era el otro soldado torpe al que enviaban como anzuelo para detectar si la ruta escogida resultaba segura.

–Pero no puedo ayudarte, Matías.

–¿Seguro, mi pana? –dijo con la voz rota–. Ya no sé qué hacer. Lo que sucede es grave. Hasta intenté hablar con mi comandante; le mandé mil mensajes a Twitter, mil cartas a Miraflores; pero lo tienen rodeado. Él no sabe las alimañas que tiene a su alrededor. Tú y yo conocemos a este grupito, pero por todos lados hay traidores, hay infiltrados, escoria. Y el comandante está aislado. No tiene idea del desastre que van causando estos perros.

–¿Y qué harías si pudieses hablar con él?

–Contárselo, denunciar. Él tiene que saber para qué se utiliza su nombre –musitó Matías, y con desesperación se llevó las manos al rostro–, pero hay un descontrol grave, compañero, nadie informa, nadie cuida... y es que parece que mi comandante está enfermo.

Donizetti sintió un golpe frío en el estómago.

–Pero ¿qué dices?

–Eso que oyes... llegan rumores. Hay quienes dicen que no es nada; otros dicen que es grave. Pronto irá a Cuba a que lo evalúen. –Matías se estrujó las manos–. Solo imaginar que le suceda algo, me da ganas de meterme un tiro y olvidarme de todo. La vida no puede ser tan asquerosa, Donizetti. Al fin conseguimos un líder, un padre, un conductor y va y se nos enferma.

–Tranquilo. Eso es propaganda. No creas nada de eso.

–Y te digo más: solo en nuestro entorno yo detecto temas muy graves. Al coronel lo han visto comiendo con gente de la embajada gringa, trabaja también para ellos.

–Carajo.

–Y Gonzalo manda informes a España. El hijo de puta tiene línea directa con las empresas que fabrican equipos antimotines. Cuando Gonzalo les da datos de que aumentarán los disturbios, ellos aumentan la producción.

–¿Y el mayor cubano?

–Ese es un incapaz. Además, anda en algo de importación de alimentos con sus paisanos y con un mafioso salernitano. ¿Lo puedes creer? Negocios con la comida del pueblo. Y no para de tragar en restaurantes argentinos; ahora lo llaman el mayor Lomo Alto, porque es el corte que más le gusta. Y cada semana se le escapa algún compañero de los que están bajo su coordinación. Creo que ya hay seis de los suyos en Colombia. Solo me quedaban Dayana y su gente... y ya viste... Por eso dejé el *pendrive*. Para que se pelearan entre ellos, para provocar la crisis, pero no pasó nada.

–Y nada va a pasar, Matías. Lo mejor es que te tranquilices. Que te tomes las cosas con calma y esperes un momento adecuado.

Matías empujó la cerveza lejos de sí. Su rostro se arrugó como una nuez. Los dedos de su mano derecha temblaban como si tuviesen vida propia. Donizetti, al verlos, pensó en un grupo de gusanos. Acabó su trago de Bloody Mary y sintió que el estómago le quemaba. «Por eso los generales andan de joyerías. Acumulando oro. Lo que me dice Matías puede que sea un invento, pero el rumor de la enfermedad del comandante está rodando. Es como si el mundo se estuviese acabando y nos estuviese cayendo encima.»

–Yo, compañero, no sé muy bien qué hacer. Estaba pensando en intentar otra estrategia... Me han dado una pista sobre los maletines, ya sabes que esos recursos

que allí llevamos también se usan para crear opinión pública y que el mundo sepa que la revolución necesita rearmarse, pero resulta que el desgraciado del mayor..

–Un momento, Matías. Eso mejor se lo cuentas a tu mujer. Mientras menos gente lo sepa, mayor seguridad para ti. Y cuando las cosas estén más calmadas, yo te aviso, te mando un mensaje, reapareces y arreglas todo –musitó Donizetti.

Cuando se marchaba, recibió un mensaje de Manuel para cenar juntos esa noche. Le pareció buena idea. Luego se sorprendió de que al mentirle a Matías sobre su interés en colaborar con su cruzada no le hubiese temblado un músculo del rostro. Se tocó la cara. Le pareció una roca.

## En un lugar de Caracas

Mala idea.

Pésima.

Pero me quedó muy mal cuerpo con el asunto de la niña y con el encuentro con Félix.

No me gusta ir de bueno, pero siempre es más cómodo ser la víctima, el dolido, el dejado. Ver llorar a Félix me destrozó. Hubiese preferido mil veces ser el pobrecito del corazón roto para poder contarle a mis hermanas lobas. La literatura, la música es abundante para esos casos. Pero poco dicen de un hombre que prefiere seguir solitario; que no desea la debilidad del amor desgastándose en los días continuos que se repiten. Esa forma de muerte a la que llaman vida en común.

Me lancé a una dura excursión para despejarme. Primero al Zigzag. Mi lugar histórico en la avenida Libertador, donde prácticamente me mudé cuando tenía veinte añitos. Llegué muy temprano. No había nada interesante. Lo único que conseguí fue un par de tragos a buen precio y a un viejo con barriga. Pensé en moverme al Pullman de la Solano, pero recordé que no hacía demasiado tiempo un sacerdote se había enredado allí con un muchacho, el chamo trabajaba para una banda y al curita le clavaron siete puñaladas para robarlo. Me lancé al Lounge del Trasnócho. Los hombres se veían bellos. Solo que ninguno me miró demasiado. Yo iba bien vestido, pero creo que siempre se notaba mi trabajo en el aire aceitoso del centro. Cuando tenía mi programa en la radio, eso jamás habría sucedido. Había un resplandor, un glamur que me protegía. Ahora todo era distinto. Decidí marcharme, quizás irme a alguna discoteca: la Triskel en Altamira, o la Revo, pero descubrí en una esquina a un muchacho que no estaba mal y que llevaba una espantosa camisa blanca. Deduje la historia de esa ropa: vi a la mamá de ese muchacho comprándola en un mercado en Monagas, o en San Juan de los Morros, o en Barinas; vi al muchacho emocionado recibiendo su regalo, poniéndoselo en sus primeras semanas en Caracas hasta descubrir que su ropa de fiesta desentonaba por completo en cualquier sitio. No fue difícil llevármelo a casa. Intentó decirme un par de veces que no me confundiese con él, que no pensara que era gay por estar en un lugar como ese. Luego el resto de la madrugada no volvió a decir palabra. Nada inolvidable. Un cuerpo más. Pero al menos no resultó ser impotente. Varias amigas y alguna hermana loba me decían que había una epidemia de impotencia en Caracas. Los hombres llegaban derrotados a la cama, estresados, tristes, amargados, angustiadísimos.

Me dormí pensando en Félix, en el Ñato, en la niña a la que le habían cortado la

oreja. El mundo era un lugar horrible y la belleza resultaba tan solo una promesa incumplida. Casi me rendí repitiendo esas palabras. Luego, me puse a rezar y la voz de mi tía Felipa se mezcló con la mía mientras invocaba a María Lionza, a mi corte indígena, al negro Felipe, a todos mis espíritus de luz.

Me despertó el olor. Un olor tenso de tomates. En plena madrugada, mi nariz recibía un aroma de orégano, carne y aliños. Sorprendido, me puse en pie. En la cocina tropecé al muchacho de la camisa blanca. Estaba preparando una poderosa salsa boloñesa que su madre había aprendido de una vecina italiana. Me lo dijo con voz alegre, al tiempo que me indicaba la mesa de planchar donde se apilaba mi ropa perfectamente preparada.

–No encontré almidón para tus camisas. Pero te he preparado un desayuno poderoso para que pases fuerte el día.

Miré el reloj. Las cinco. Levanté el teléfono y llamé. Luego me di la vuelta, le hablé al muchacho con voz pausada y algo adormecida:

–A las seis en punto estará un taxi abajo esperándote. Ve solo en el último minuto porque te pueden atracar. El taxista te llevará donde tú digas. Luego olvídate de que nos hemos visto y si me ves en la calle, imagina que no nos conocemos. Ni se te ocurra acercarte o te partiré la nariz.

El muchacho comprimió su cara. Parecía un niño regañado.

–Ah, y llévate tu salsa boloñesa.

Dicen que en la repetición reposa el virtuosismo, pero yo pienso que allí lo que reposa es la exageración y la parodia. Alejé de mí a un empalagoso Félix que deseaba acompañarme las veinticuatro horas del día, y pesqué en la calle un muchacho que deseaba organizar mi dieta y el planchado de mi ropa. Conocía esos modos; no es otra cosa que el ya conocido te ofrezco mi cuidado a cambio de que me entregues tu-persona-enteray-seas-mi-hechura, te-cuido-para-que-seas-yo-y-desaparezcas, te-abrazo-para-chuparte-la-sangre-y-devorarte.

Igual debí darle una patada al muchacho por insolente y por disponer de mi alacena. ¿Cuántos tomates habrá desperdiciado ese desgraciado sin pedirme permiso? ¡Con lo controlada que tengo mi dieta! A lo mejor ese imberbe se pensaba que era posible tener un cuerpo como el mío comiendo carbohidratos a destiempo.

Pero era un día para los errores, para la continuidad de los errores. La voz desgarrada de Donizetti me seguía persiguiendo. Y sentía la piel erizada. Pensaba que una buena limpieza con limones picados en cruz, cuernoociervo, mastranto, albahaca, azulillo y cocuy podía ponerme en marcha y despejar las energías oscuras. Solo que hay días imposibles de enderezar. En la zapatería, mis padres comentaron perplejos que en la televisión estaba el comandante describiendo una gastroenteritis que le había dado tiempo atrás. Yo me alegré de que estuviese

utilizando la mañana para alguno de sus eternos discursos; pensé que si en la noche no se iba la luz, tal vez pudiese escuchar un par de programas de radio sin que el presidente los interrumpiese.

Pero en la tarde el centro de la ciudad se llenó de cámaras, policía y muchachos de la guardia presidencial. El comandante salió de nuevo en la tele. Estaba en la plaza Bolívar. Se notaba fuerte, pero cojeaba un poco. Lo rodeaban sus ministros y el alcalde. Mi padre comenzó a murmurar groserías mientras miraba la pantalla. No paraba y mi madre le hizo una seña para que se callase. No hubo manera de que lo hiciera hasta el momento en que el comandante comenzó a señalar hacia los edificios comerciales diciendo que eran zonas históricas. En la mano izquierda le brillaba un reloj precioso; posiblemente un reloj suizo, como el que una vez quiso regalarme el loco de Félix y que yo rechacé alarmado.

Tardé un rato en darme cuenta de que el presidente señalaba hacia nuestra calle mientras alguien le decía que, durante el siglo xix, en esa zona se alimentaban los caballos de los militares que lograron la independencia. Cuando el comandante dijo que toda esa cuadra debía ser expropiada y reconvertida en un museo, mis padres y yo enmudecimos. «Otra tontería más», pensé.

La tarde parecía otra de tantas: el cielo brillaba a trozos y el Ávila parecía asfixiarse con nubes color manteca que colgaban de su cima. A lo lejos un hombre vendía cedés piratas y colocaba a todo volumen una canción de Calle 13. Cerca de la esquina, dos mujeres ofrecían dulces de coco y un hombre con llagas en el brazo pedía limosna y, cuando alguien se negaba a darle dinero, le saltaba encima abriéndose las heridas con ferocidad para abrumarlo con su hedor.

Un par de horas después aparecieron unos señores de la alcaldía diciendo que mañana mismo debíamos vaciar los negocios y entregar las llaves. Mentiría si dijese que reclamamos, que ofrecimos algún tipo de resistencia. Papá se quedó blanco como un papel. Mamá comenzó a recoger sus cosas y llamó a un camión para que nos ayudase a sacar la mercancía.

Yo le había dicho a Donizetti que nos viéramos para cenar, pero me encontró en casa con las manos crispadas, temblando de rabia. Le conté lo que había sucedido; le conté que mi vida era un desastre y le solté que aparte de todo, estaba pasando un momento amoroso complicado.

–Por esa parte tranquilo, Manuel –dijo–, ahora mismo contratamos a unos mariachis y le damos una serenata a esa mujer y lo arreglamos.

–Es un hombre, coño, mi problema es con un hombre –mascullé.

Entonces comprobé que Donizetti era un tipo genial. Se quedó un rato en silencio, como analizando la nueva situación. Dio un par de vueltas por la sala, luego me sirvió una pastilla con una tila y murmuró:

–Tampoco hay problema. Le damos una serenata con los mariachis a ese carajo, y si no vuelve contigo, le caemos a coñazos y volvemos a darle una serenata.

Solté una carcajada. Qué bruto estupendo era mi amigo.

No quise darle más detalles. Me sentía demasiado aplastado para seguir conversando. Le advertí que pronto mi familia y yo estaríamos sin dinero, tirados en la calle. Las expropiaciones del gobierno tardaban mucho en pagarse o no se pagaban nunca.

Donizetti se quedó un rato mirando las fotos de mis boxeadores.

–Supongo que te sentirás como en una pelea.

–Ahora que lo dices, pues sí... Pienso en *Mano de Piedra* Durán. Thomas Hearns le pasó por encima, le clavó cinco puñetazos seguidos y lo noqueó en dos *rounds*, pero lo peor de todo es que lo dejó despeinado. Era ridículo ver esa cara perdida y el cabello alzado en una cresta como de gallo muerto. Así me siento. En la lona y despeinado.

–Tranquilo, tranquilo –me dijo con una mirada rabiosa y enloquecida, como si una chispa hubiese caído en ese momento sobre su cabeza y le hubiese encendido el cerebro–. ¿Sabes qué? Me arreché, Manuel. Ahora sí me arreché. Se acabó. No te asustes, no te desesperes. Ya sé lo que debemos hacer. Tú y yo vamos a conseguir un buen dinero. Tú y yo vamos a joder a un montón de hijos de puta.

–¿Dinero?

–Sí, Manuel. Tú y yo nos vamos a quedar con un maletín lleno de dinero. Repleto de billetes; de montones de billetes.

Le dije que sí. Que seguro. Que me parecía muy buena idea. No deseaba discutir ni quitarle absurdas ideas de su cabeza. En ese momento no pensé que en pocos días estaría metido de lleno en su plan; que lo apoyaría en su caza de un maletín verde hinchado de dólares.

Lo despedí sin mayor entusiasmo y le pedí que avisase cuando llegase a su apartamento.

Esa madrugada, me desperté rodeado por cajas y cajas de zapatos.



## Séptimo round

*Hay que decir que, a pesar de todo, hizo cuanto pudo por arruinarnos...*

STEVENSON

*No, no es tu falta de experiencia tu mayor debilidad. Es tu desprecio. Tus derrotas no vendrán de aquellos más brillantes que tú: vendrán del paciente, del mediocre.*

TREVANIAN

*No tengo lo que algunos payasos llaman vida social.*

RICARDO AZUAJE

## Primero

La primera mañana de su nueva vida miró su rostro en el espejo y le gustó la expresión de su cara. Supo que esa lozanía brotaba de su reciente decisión. Tener la certeza de que debía robar uno de los maletines que enviaban desde la agencia había llenado sus ojos de una brillante quietud. Su cuerpo entero le pareció leve: una emanación del aire, una flexibilidad aérea.

Normalmente desconfiaba de los impulsos y hasta el momento en que vio a Manuel con el rostro derrumbado entre las manos, no se había detenido a pensar en soluciones para el horror de las últimas horas. Pero en ese segundo todo irrumpió con nitidez. Huir. Escapar. Y para escapar era necesario el dinero. Y el dinero estaba allí, escamoteado por manos y manos, pero allí. A la espera. Como una promesa. Porque el dinero volaba en el aire, colgaba de los arbustos, sudaba desde la tierra, goteaba en los grifos, burbujeaba entre la basura. El dinero rondaba como un animal fiero que deseaba ser amansado. Así que esa mañana, al despertar, la idea surgida durante la noche le siguió pareciendo una estupenda posibilidad. Si lograba su objetivo, tendría suficiente dinero para comprar un par de pequeñas casas fuera del país; para montar un pequeño negocio; para vivir en un lugar sosegado, sin aspavientos, sin excesos, pero sabiendo que Jaime y Amanda podían salir a la calle sin que nadie intentase cortarles un trozo de oreja.

Porque estaba claro que sacaría a Jaime. No pensaba dejarlo tirado. Al principio sería un drama; Elizabeth se opondría, saltaría sobre sus ojos. Donizetti tendría que buscar el modo adecuado para conseguir su objetivo. Forzar la situación sería desembocar en abogados, jueces, tribunales. Algo imposible; no podía permitirse esa cantidad de ruido; debía evaporarse con naturalidad, como esos charcos que dejaba la lluvia de las madrugadas y que al mediodía eran un rastro olvidado. Pero sacaría a su hijo del país aun a sabiendas de que para ello también debería sacar a la madre. Le pareció una idea correcta. Jaime necesitaba a Elizabeth. La naturaleza es lo que tiene: ese pequeño monstruo con quien estuvo casado probablemente también era una madre afectuosa.

¿Y Jesse? No. Jesse no iba incluido en el paquete de salvación. Hasta allí no llegaría su nobleza y desprendimiento. No sabía cómo, pero Jesse debería levantarse de la hamaca y emprender la heroica tarea de mantenerse a sí mismo.

Volvió a mirarse en el espejo. Le gustó su rostro: le pareció limpio y firme.

Manuel sería un buen aliado. Estaba desesperado y lleno de odio. Poner distancia con esta ciudad le apetecía mucho. Recordó lo que habían hablado la noche anterior ¿Quién iba a decirlo? Claro que Donizetti era muy distraído y a lo mejor

no había reparado en los brazos de hierro de su compañero, en sus cuidados extremos con la comida o en el silencio sobre novias, esposas, o amigas recientes. Pero en el liceo no recordaba que le hubiese visto ninguna inclinación especial por los hombres; además conocía un montón sobre grandes combates.

¿Por qué Manuel se reiría tanto cuando Donizetti dijo que no sabía que a los gays les pudiese encantar el boxeo?

Lo cierto es que le agradó mucho que le contase su problema actual con su pareja. Le pareció una muestra de confianza, una suerte de tesoro compartido. Donizetti se sintió halagado. Hacía mucho que no recordaba el murmullo de las confidencias, de la amistad, del compañerismo. Era perfecto intentar su proyecto con un amigo como él.

Salió hacia la oficina. Incluso dio los buenos días a las personas con las que se cruzó en el ascensor. Abrió su computadora silbando una pieza de Bach y pensó que hay sinuosidades que no aceptan la sencillez de un silbido. Su mente hoy construía el recuerdo de una música que su torpeza no podía imitar. ¿Qué pieza sonaba dentro de su cerebro? Quizás el *Concierto para violín en la menor* de Bach. Decidió que desde ese instante hasta el momento en que tuviese una montaña de dólares colocados frente a él en la habitación de un hotel, su vida tendría ese virtuosismo, ese deleite en la complejidad que acrecienta la sabiduría, la degustación de los minutos. Elementos y elementos que se sumarían para conducirlo y construir un plan perfecto en el que ningún detalle quedase suelto; en el que esa montaña de billetes verdes lo elevase en el aire y pudiese salvarlo de sí mismo, de su ciudad, de sus días, de sus miedos, de sus omisiones.

Gonzalo pasó a su lado y lo saludó con prisa.

Estuvo a punto de preguntarle cuándo le asignarían la próxima misión, pero se contuvo. No debía mostrar ansiedad, no debía exhibir un interés especial.

Tenía claro el principio de su plan. Hacer la ruta con el maletín que le asignasen y guardar en su cabeza cada rincón, cada calle, cada instrucción para volver sobre esos pasos y, en el momento preciso, apropiarse del dinero.

Debería edificar la coherencia, el perfecto encaje de los detalles. Ser como un tronco que fluye y avanza con la corriente de un río y que solo al final se transforma en un cocodrilo mortífero que se abalanza sobre el sorprendido cuello de sus víctimas.

Sonrió al pensar en esa imagen.

Al ir a almorzar entró a un vegetariano muy próximo a su oficina. Odiaba la comida vegetariana, pero fue el primer sitio que encontró a su paso y deseaba permanecer un buen rato analizando los próximos días: esos argumentos, esas acciones que deberían sujetar su futuro a un fajo de dinero. Una sensación fría le lamió su espalda. En una esquina descubrió a Marjorie; solitaria, con unos largos zarcillos de bisutería, devoraba una blanda pizza siciliana que se le escurría entre

los dedos. Cruzaron miradas. Él contempló con parsimonia el momento en que ella se puso de pie y le indicó un pequeño y solitario pasillo que llevaba a la parte superior del negocio.

Donizetti la contempló con infinita quietud. Hizo un gesto de perplejidad con sus hombros. Luego pidió el menú y tardó mucho rato en escoger las ensaladas. Observó cómo la mujer se alejaba meciendo las caderas. Miró su reloj. Alzó el rostro. Contó los segundos. Supo que en ese preciso instante él debería estar poniéndose de pie para lanzarse a la búsqueda de Marjorie y de otro de los polvos frustrantes que los unían.

–Por favor –le dijo al mesonero–, ¿me puedes traer una de lechuga y remolacha?

Luego continuó en su silla. Sereno. Feliz. Le parecía que esa quietud suya era la señal definitiva de que un tiempo nuevo había comenzado a expandirse dentro de él. A lo lejos, imaginó a Marjorie, congelada, incrédula, sin la sorpresa inútil de su abrazo.

## Segundo

Se reunió con Manuel cerca de Centro Plaza, en una arepera encajada entre dos edificios con paredes de espejo. Pidieron un par de jugos y mientras se los traían, Donizetti se quedó mirando con detenimiento los edificios: ambos repetían la figura inmensa de un mijao que se mecía perezosamente.

Durante un rato le resumió a su amigo todo el procedimiento de los maletines y la organización que había detrás de ellos. Las diversas rutas que había realizado, el tiempo entre uno y otro encargo, las personas que los recibían. Iba anotando cada punto en una servilleta que luego rompía en pedazos y que se guardaba en los bolsillos. Manuel asentía, realizaba breves preguntas y se rascaba la barbilla. Al cabo de un rato, parecía controlar buena parte de los detalles.

Pidieron otro par de jugos que se bebieron casi de golpe, como si se les hubiese secado la garganta.

–Pero vamos a ver... ¿cuánto dinero puede llevar uno de esos maletines? –susurró Manuel.

Donizetti suspiró. Luego arrugó un poco la nariz.

–Te mentiría si te dijese que lo sé. Pero no se tomarían esas molestias para mandar dos mil dólares. Yo estuve pensando en el tamaño del maletín y calculé cuántos fajos de billetes podrían entrar y creo que entre ochocientos mil o un millón de dólares.

Manuel resopló y no pudo ocultar una sonrisa. El propio Donizetti sintió que una cosquilla saltaba en su estómago.

–Pensemos en un millón de dólares. Suena más rotundo. Las cosas tienen que sonar bien. Nos vamos a quedar con el maletín del millón de dólares –murmuró sonriente Manuel.

–Me gusta esa música –aceptó Donizetti–. Claro, la cantidad original que sale desde Caracas debe ser mayor. Pero solo llega un millón de dólares después de los mordiscos que le van dando por el camino.

–Ajá, Donizetti, pero no creo que dejen el maletín medio vacío. Habrán calculado el tamaño para que vaya casi lleno, para que no se noten los zarpazos que le van dando.

–Es posible. Si ves un maletín lleno con dinero que te están regalando, no haces demasiadas preguntas.

–Tengo otra duda. Las personas que van a recibir ese maletín se van a arrechar mucho cuando no les llegue; si investigan, si nos descubren, nos pueden hacer la

vida imposible. Una cosa es que no quieras saber si alguien te picoteó el dinero que te está llegando y otra es que desaparezca por completo.

–Ya pensé en eso, Manuel. Hasta hice una tabla. Mira, después de mucho pensar en todos los viajes que tuve que hacer, he dividido los maletines en tres colores. Los rojos, los amarillos y los blancos. Los rojos son los de ciudades donde posiblemente le estén dando dinero a un grupo de resistencia islámica.

–Terroristas...

–Pues sí, eso... Yo con esos maletines no me metería. También serían rojos los maletines de compañeros de las guerrillas o de grupos armados independentistas, o incluso de gente vinculada a los rusos y a sus temas de venta de armamento... Sospecho que aquí se mezclan servicios de inteligencia y mafias. Yo tampoco me metería en el camino de esa gente...

–Otra vez terroristas.

–Eso. Como quieras llamarlo. Luego estarían los amarillos. Creo que esos maletines pueden ir para la campaña política de algún personaje importante. Esa gente tiene a veces apoyo de grupos armados; o puede contratarlos para que nos den un escarmiento o nos metan un tiro.

–Nos quedan los blancos, entonces...

–Claro que sí. Esos son los ideales. Y casi todos están en Europa: sirven para apoyar a compañeros periodistas, a medios de comunicación afines a la lucha, a pequeños partidos políticos, a grupos de opinión, a televisiones alternativas, a profesores de universidad... gente tranquila, gente de ideas, que no se va a levantar de una mesa donde se está tomando un capuchino para vengarse.

–Suena perfecto. Me parece estupendo. ¿Y saben ustedes qué clase de maletín están llevando en cada oportunidad?

Donizetti volvió a suspirar. Probó su bebida y con la punta de los dedos trazó en la mesa el dibujo de un laberinto chato y deforme.

–No hay certeza absoluta, Manuel. Pero se intuye por la ruta. Si pasas por Bogotá o Moscú se te pinta de rojo el maletín; lo mismo si saltas a Fez. Pero cuando te ves en una callecita de Lyon sabes que estás con un maletín blanco, y que unos cuantos profesores universitarios se van a dar un banquete de *foie gras* y van a impartir un par de seminarios para explicar el proceso de cambios en Venezuela o hacer un documental que demuestre que ya no hay pobreza en el país. Nada más.

–¿Estás seguro?

–Seguro está el infierno, mi pana. Pero sí. Casi seguro.

Manuel estiró los músculos. Luego se quedó contemplando a un señor que no le quitaba la mirada de encima a pesar de que iba agarrado de mano con una mujer de cabellos oscuros. Lo observó fijamente. El hombre le devolvió una sonrisa en la que se alternaban la indecisión y el miedo.

–Bueno, parece que tengo sangre dulce para los hombres casados –murmuró

Manuel—. Me voy a ir, mi pana, pero antes dime algo más... ¿cuándo te darán el próximo maletín con ropa vieja?

—Eso nunca lo sé. Pero sospecho que pronto. Hay en el ambiente... no sé... como electricidad, como algo raro.

—No te entiendo —murmuró Manuel mientras pedía la cuenta a un mesonero con el rostro destrozado por el acné.

—Siento como cuando va a haber una tormenta y el aire comienza a oler de una manera distinta y es como si los árboles se erizaran, como si a la ciudad le saliesen púas. Siento eso.

—Lo dices por lo que me comentaste, la enfermedad del comemierda.

—Baja la voz, Manuel.

—Eso debe ser mentira. No me lo creo. Son rumores. Solo rumores.

—Aun así creo que debemos darnos prisa.

Manuel hizo un gesto de aceptación con la cabeza y le dio un golpecito amistoso en la espalda. Luego se puso de pie y con gesto seguro avanzó hacia el hombre con el que había cruzado sonrisas. En un gesto relampagueante, invisible, el hombre colocó en las manos de Manuel una tarjeta y luego abrió con amabilidad la puerta de un carro para que entrase la mujer de cabellos oscuros.

Donizetti contempló el reflejo de varios árboles en las espejeantes paredes de los edificios: le pareció que en ellos se desplegaba una dulce indolencia, una tácita felicidad de aire y sol y lluvia. «Soy esos árboles», murmuró y comprendió que se sentía feliz y sereno por primera vez en mucho tiempo.

## Tercero

Dos días después recibió el mensaje. Debía llevar un maletín a San Petersburgo. Solo al leer el nombre sintió un escalofrío. Respondió que prefería que le asignasen otro destino. Esperó un nuevo mensaje el resto de la mañana y cerca del mediodía Gonzalo lo llamó a su despacho. Lo encontró con los cabellos alborotados y unas ojeras color manteca. Le indicó la silla con un gesto cansado y después de rebuscar papeles lo miró con detenimiento.

—¿Qué te está pasando, Donizetti? ¿Qué es eso de que ahora quieres escoger las misiones?

Se encogió de hombros. Intentó que su rostro pareciese una piedra lisa.

—Han sido días duros.

—Pero deberías calmarte. No creas que olvido que me amenazaste. Tenías cara de loco ese día.

—Estaba bajo mucha presión. ¿Te parece poco lo que sucedió? Casi secuestran a la hija de mi mujer; y a mi vecinita ya viste lo que le hicieron esos desgraciados.

—Bueno, por eso te perdoné que te pusieras tan insolente. Esta ciudad es dura, mi pana. Lo sé. Pero quizás es bueno que no olvides que te he ayudado siempre. No lo olvides. Sin mí, con lo que ganabas en ese almacén, estarías viviendo debajo de un puente y calentando pellejos en una fogata.

Donizetti bajó el rostro, se miró la punta de los zapatos. Pensó en algo que lo conmoviese, cualquier recuerdo que lo ayudase a adoptar una actitud compungida. De ese modo trabajaban los actores. Lo escuchó en la universidad muchas veces; así que evocó la expresión apaleada de su padre cada vez que la mamá desaparecía o le soltaba alguna frase feroz para mandarlo callar.

—Tienes razón, Gonzalo. Y sé que recuperaré mis facultades al cien por cien, pero ahora mismo te seré de mayor utilidad en un sitio que no sea San Petersburgo. Piensa que... en cierta forma, ustedes me deben consideración. Yo también me comporté a la altura cuando las cosas se pusieron difíciles. No salí corriendo como Raúl ni me puse perturbado y soplón como Matías.

Gonzalo se puso de pie. La ropa le quedaba un poco grande. Parecía que su cuerpo hubiese comenzado una lenta implosión. Desde la ventana, una luminosidad acuosa se derramaba en su cabello y dejaba entrever pequeños claros.

—Bueno, déjame mirar qué opciones hay. Esto no es una agencia de viajes, Donizetti.

—Lo sé. Pero me da miedo cometer un error en un sitio como ese. Estoy seguro de que tendrás algo mejor. Nunca he puesto problemas.

Gonzalo chasqueó la lengua. Hizo una seña para que Donizetti se marchase y tomó el Blackberry entre sus manos con actitud de revisar algunos mensajes. Detuvo su mirada en la pantalla, pero justo en el último segundo alzó un dedo y murmuró:

–Y no vuelvas a amenazarme, Donizetti. En este país es demasiado barato matar a alguien. Cualquiera por diez mil bolívares te quita a un pendejo del medio. Cualquiera. Y no me gusta que me amenacen con un musculoso como el que me mostraste el otro día. Hasta marico será el tipo. Yo si busco a alguien, consigo a uno que con toda tranquilidad te pegue un pepazo en la cabeza. Y no quiero. Aunque no lo creas yo te tengo aprecio. No lo olvides.

En otra circunstancia, Donizetti habría bajado el rostro sintiendo que se le encendían las mejillas, pero esa tarde salió silbando y se quedó pensando en que Gonzalo le había dado una solución para quitarse a Jesse del camino. No se trataba de matarlo; eso era una solución excesiva. Solo de darle un pequeño susto. Una advertencia sutil que lo obligase a desaparecer.

Llamó a Manuel y le pidió que se encontrasen.

Al salir de la oficina se vieron en un restaurante de comida rápida al lado de la plaza Altamira. Bebieron lentamente un café y él le expuso la idea. Si solucionaba ese punto, ya le sería más fácil avanzar con el resto del plan.

–Necesito que mis dos familias estén fuera del país cuando nos apropiemos del maletín. Y Jesse no va a dejar que me lleve a Jaime, porque detrás de Jaime va Elizabeth, y sin ella Jesse tendría que ganarse su propio dinero. Así que lo primero que debo hacer es espantarlo.

Manuel asintió.

Lo más práctico, continuó Donizetti, era buscar a un policía que quisiese ganarse un dinero asustando a un pobre diablo. Por eso quería volver a la discoteca donde habían estado y hablar con alguien que quisiese realizar ese trabajo. Era una tarea sencilla: cualquier pistola y un par de manotazos servirían.

Manuel arrugó el rostro. Murmuró que volver a ese lugar le parecía una imprudencia, pero abatido como se encontraba, terminó por aceptar a regañadientes esa posibilidad. Permanecieron un rato hablando en susurros, mirando la pared de un edificio que se elevaba a un lado del restaurante y contemplando los dos árboles que se elevaban frente a sus puertas, dos cuerpos nudosos desde los que las hojas brotaban como una espuma verde, hirviente, que se mecía en el aire de la tarde.

Cuando llegó la noche tomaron el primer taxi que encontraron en la avenida Francisco de Miranda.

Manuel insistió en que debía existir una solución menos riesgosa que entrar a esa cueva de lobos, pero Donizetti parecía decidido. Le temblaba la barbilla al hablar

de Jesse, como si pensara que en esa figura se condensaba la mezquindad, la materia viscosa de sus días.

El atasco era inmenso. Solo para salir de Altamira tardaron una hora. Donizetti se quedó mirando una camioneta repleta de pasajeros que avanzaba con grandes resoplidos de monóxido. Por las ventanillas asomaban rostros fatigados, miradas ausentes, mujeres con los cabellos despeinados y hombres calvos con el cráneo mordido por manchas rojizas. El día se iba consumiendo. En el vidrio trasero de la camioneta resplandecían unas cadenas luminosas y unas letras fosforescentes: «Desde que te fuiste yo no vi la luz del día». Donizetti sonrió, no dejaba de parecerle divertido que los choferes le pusieran nombre a sus vehículos de trabajo.

¿Extrañaría eso cuando se marchase? ¿Extrañaría algo? ¿Lo extrañaría todo? El único modo de darse el lujo de la nostalgia era alejándose.

Manuel murmuró algunas palabras que se perdieron en el ruido de la avenida. Parecía decir algo sobre la impericia del taxista. Él fingió estar distraído. No deseaba resolver el problema del transporte público en Caracas; tan solo quería llegar a su destino y dejar bien atada la estrategia para que el vago de Jesse se hiciese humo. Hasta ese momento no se había percatado de la radicalidad con que lo odiaba. De hecho, se preguntó si estaría pedir que le trajesen una prueba de que lo habían asustado: ¿un diente? ¿Uno de sus zapatos? ¿Un trozo de ceja? Se revolvió en su asiento. Lo detestaba, pero él no podía asumir como natural la costumbre que se iba imponiendo en la ciudad de trocear a las personas, de arrebatarles pedazos. Es como si en estos últimos años, ese lugar donde la piel había sido un privilegio compartido y donde a la gente le gustaba frotarse, besarse, tocarse, se hubiese transformado en el sitio donde la piel ajena y la propia eran un campo de guerra. Justo al salir de la oficina, Donizetti había escuchado que unos estudiantes se estaban cosiendo los labios para protestar por la falta de presupuesto en las universidades.

No. A Jesse solo un susto. Lo normal en estos casos. Un pequeño susto. Y Jesse entero saliendo por su propio pie del apartamento y buscando otro lugar donde colgar su hamaca.

Cuando al fin abandonaron la autopista, el tráfico se despejó un poco. Donizetti sentía el monóxido adherido a su espalda. Soñó con una larga ducha, deseó que esa noche no se fuese el agua y así poder quedarse un rato bajo la regadera. Se frotó el rostro para quitarse la sensación salina que le impregnaba los poros.

Manuel señaló al frente. Estaban entrando en la avenida, pero varias patrullas de policía obstruían el paso. Las luces parpadeaban en la oscuridad.

–Pasó algo aquí –dijo el taxista.

–¿Y no podemos seguir adelante? –murmuró Donizetti.

–Nada. Aquí trancaron la vía –resopló el taxista.

–Bueno, nos bajamos y vamos caminando –concluyó Donizetti, y sacó un par de

billetes de su pantalón.

Manuel hizo un gesto negativo con la cabeza y retuvo a su amigo por el brazo.

–No. Ni de vaina. Allí no nos vamos a meter.

–Pero ya que estamos aquí...

–No –dijo con voz concluyente. Detrás de ellos aparecieron cuatro ambulancias con las sirenas encendidas.

–Yo no me bajaría. Aquí pasó algo feo –intervino el taxista–. Incluso hay ambulancias... eso es rarísimo. Lo normal en Caracas es que si hay un herido, o lo lleva la gente en sus propios carros, o se desangra en la calle. ¿Habrá golpe de estado?

Manuel pareció rezar en voz baja. Finalmente miró su celular y se conectó a internet.

–Un tiroteo. Dice la gente en Twitter que se acaba de escuchar tremendo tiroteo.

## Como Luis Primera

No tenía buena pinta. Ni el plan, ni nosotros, ni las posibilidades de salir adelante y conseguir una montaña de billetes verdes. Pero valía la pena. Al menos para mí representaba una oportunidad. Inmerecida, irreal, pero una oportunidad. Fue lo que le sucedió a Luis Primera cuando le consiguieron una pelea de campeonato con Hearn. Nadie pensaba que estuviese allí para otra cosa que para servir de entrenamiento al gringo en su avance hacia un combate con Leonard. Pero Primera no se presentó como víctima. Desde el principio se lanzó rabioso, feroz, hermosamente desesperado. Y lo hizo con hidalguía, como si no supiese la diferencia abismal entre sus posibilidades y el genio que tenía enfrente.

Sin efectividad ninguna atacó con dureza, calculó ataques, hizo fina esgrima en ciertos momentos. Lo más conmovedor fue cuando en el quinto *round* el gringo lo mandó a la lona. Rabioso, Primera comenzó a darle guantazos al suelo y se levantó para seguir peleando como si nada hubiese sucedido.

En el sexto, Hearn le clavó un izquierdazo en el hígado. Primera cayó hacia adelante como un árbol derribado por una centella. En el rostro se le notaba que lo habían liquidado. Aturdido, furioso, logró levantarse. Ya le habían contado diez, pero se abalanzó sobre Hearn con los puños en alto, sin esperanza ninguna, sostenido en su terquedad. Quería seguir, quería continuar hasta que no le quedaran fuerzas, era su oportunidad, la suya; ni siquiera los diez segundos debían arrebatarla, ni siquiera el tiempo debía vencerlo. A rastras, sus ayudantes se lo llevaron a la esquina. Cuando lo entrevistaron para la tele se le notaba completamente ido: «Es la primera vez que me timban», dijo. «Que me tumban», corrigió luego.

Nunca vi un derrotado tan derrotado que tuviese esa dignidad.

Pensé en eso. Podemos ser Luis Primera. Aunque nos tiraran al suelo y nadie apostase por nosotros, podríamos alzarnos con esa rabia, con esa terca lucidez de saber que esta era la oportunidad y que después no tendríamos ninguna otra.

Porque lo cierto es que en ese momento no parecíamos victoriosos. Me di cuenta de que yo debía tomar las riendas de la situación o las desbordadas pasiones de Donizetti podrían hundirnos.

Un poco más y aquella noche terminamos en medio de un tiroteo en la discoteca de policías donde él pretendía contratar a alguien para que espantara al novio de su ex. Los espíritus nos protegieron. Nos llevaba hasta allí el taxista más torpe de Caracas, el que escogía siempre el canal con más atasco, el que escogía siempre la peor calle para cortar camino. Eso fue milagroso.

Al llegar a casa me enteré de que en la discoteca no solo se reunían policías, sino también los peores malandros de Caracas. Las alimañas más venenosas de la ciudad. Unos y otros se juntaban allí para planificar secuestros y festejar las ganancias. De hecho, esa noche se habían reunido para celebrar que un tribunal acababa de dejar libre a uno de los policías, pero en medio de la fiesta un malandro intentó besar a la novia de otro invitado. Entonces alguien sacó una pistola y luego otros sacaron las suyas y la discusión fue tornándose más agresiva, y en aquel lugar, el sitio donde debía haber más armas de fuego en toda la ciudad, sonó un disparo, y luego otro y otro y otro. En segundos aquello parecía Waterloo; nadie sabía muy bien contra quién disparaba.

Doce muertos, dijeron las noticias. Una escabechina en medio de la cual, si hubiésemos llegado veinte minutos antes, habríamos quedado atrapados Donizetti y yo, armados tan solo con una botella de cerveza en la mano.

A la mañana siguiente le dije a Donizetti que yo quería mi medio millón de dólares. No deseaba problemas ni dramas ni peligros. Debíamos reconocer nuestros límites. Él respondió que le habían dicho que a pocas cuadras de mi casa había una escuela de sicarios, un lugar donde entrenaban a adolescentes para convertirlos en máquinas asesinas.

–No pensarás que vamos a ir allí –le dije.

–Bueno, es que sigo necesitando ayuda con ese tema.

–Pero no cerca de mi casa, con mis vecinos, con gente a la que tal vez vaya a ver todos los días.

Comprendió mis razones. Dijo que investigaría otra opción. Me llamó un rato después y comentó que por la zona del Cementerio le habían recomendado a un tipo especializado en propinar escarmientos.

Lo acompañé. Fuimos con mi taxista, que se estaba forrando de dinero haciendo carreras a las zonas rojas más rojas de Caracas.

Perdí cualquier sentido de ubicación cuando dimos el cuarto o el quinto giro por calles estrechas que se elevaban hasta el cielo. A medida que subíamos, el sol parecía irse apagando con timidez y su reflejo en aquellas casas de naranjas, azules y verdes eléctricos se transformaba en cálida neblina, en textura de tonalidades pasteles. Apreté los párpados y me imaginé nuestro carro como un pequeño insecto desliziéndose con lentitud entre los caminos de un laberinto.

Nos detuvimos en un lugar donde una línea de sombra parecía partir el barrio en dos mitades. Asomé el rostro: en esta parte se acababan los caminos y solo innumerables escaleras se abrían como un delta de cemento, como una mano artrítica que se expandía junto a casas miserables, rotas, con un olor vivo a pus, orine de gatos, anís y estiércol.

A lo lejos, la ciudad parecía una mancha de estaño. Respiré hondo, le susurré a

Donizetti que en un lugar así corríamos tanto peligro como en la discoteca, y él me señaló un rancho de dos pisos en cuya puerta se veía una foto a cuerpo entero del comandante.

–Si alguien trata de hacernos algo, decimos que venimos a visitar a doña Gustava y nada nos va a pasar. Sus hijos son los jefes de este lugar.

Tocamos la puerta del rancho y escuchamos un ruido de zapatos que se arrastraban con lentitud. Una muchacha de ojos negros, bellísimos, nos abrió con desconfianza. Cuando Donizetti le dijo que veníamos a buscar a doña Gustava, nos hizo un gesto para que nos sentáramos en unos taburetes que estaban contra la pared. Una tele inmensa resplandecía al fondo y cuatro mujeres embarazadas comentaban un programa donde un hombre leía las cartas. No pude escuchar lo que el hombre decía ni lo que murmuraban las muchachas.

Por una ventana vislumbré el cerro lleno de techos brillantes y a un grupo de muchachos que para comunicarse entre ellos sacaban pistolas y soplaban el cañón. Parecían tener una clave, porque soplaban con mayor o menor fuerza y luego se cambiaban de lugar cada vez que alguien les respondía con nuevos silbidos que recordaban a los de una serpiente.

Le insistí a Donizetti en voz muy baja que la situación parecía peligrosa. Él respondió con idéntico sigilo:

–A esta familia la hemos utilizado varias veces en la agencia para reportajes a favor del comandante. Se ganan su dinerito cada vez que nos ayudan con eso, pero además, creo que a las muchachas que son menores de edad y quedan embarazadas, el gobierno les paga por estar preñadas; y si sus hermanos caen presos porque los acusan de atracadores, también les pagan porque no pueden trabajar. En este lugar entran demasiadas ayudas como para que quieran tener problemas.

Resoplé. La cara me ardió. Intenté concentrarme en la imagen del maletín, en el olor fragante del dinero que se desplegaba frente a mí como una montaña sagrada, una suerte de pirámide que apuntaba hacia el cielo, hacia el sol, y nos elevaba en un avión que nos permitía movernos entre nubes, allí donde el olor áspero de una cloaca no burbujeaba sobre el asfalto todas las mañanas.

Una mujer muy gorda inundó la sala. Le hizo una seña a Donizetti para que se acercase.

–A ver... dime. No entendí mucho cuando me hablaste. ¿Quieres que te recomiende a una persona para que te quite un problema que tienes?

–Sí, sí –dijo Donizetti con voz balbuceante–. Se trata de un escuálido que...

–Oye –dijo la mujer levantando la mano–, no mezclemos cosas. Por tu cara adivino que esto es una vaina de mujeres. Te tiembla la boca cuando hablas... eso fijo que es un problema por una mujer. No metas cosas políticas donde no van. Yo te pongo a hablar con alguien, pero no te hagas el vivo.

Donizetti bajó el rostro, parecía incómodo. Lo vi tragar saliva dos veces, como si

tuviese atascado en la garganta un trozo de pan.

–Ahora mismo caminas recto y donde veas una casa blanca con una sola ventana, tocas y preguntas por el Yerry. Y ya. Yo no sé nada. Otro día vienes y te brindo un cafecito, me queda buenísimo, pero hoy es mejor que vayas y resuelvas eso y te salgas del barrio.

No hizo falta que Donizetti me hiciese una señal. En dos segundos estuve en la puerta y comencé a caminar hacia la casa que nos habían indicado.

Tocamos la puerta. Una sombra flaca y alta nos miró con ojos enrojecidos. Alguna vez fue un hombre bello. La sombra de esa antigua belleza todavía lo acompañaba como un resplandor, pero le faltaban dientes y la barriga le colgaba de una manera insólita: un par de pellejos gigantes, como dos bolsas de piel, brotaban desde sus costillas y parecían una cascada de carne.

–Ajá... foto, nombre, lugar y fechas... –dijo con voz rota por el trasnocho.

–¿Perdón? –murmuró Donizetti.

–¿A quién hay que voltear, carajo? –dijo.

Entonces de su pantalón sacó una Browning y una Smith and Wesson, y riéndose comenzó a golpear un arma contra otra.

## Quinto

Cinco días después, Gonzalo seguía sin asignarle la nueva misión. Donizetti comenzaba a desesperarse. Como el mayor había insistido en que no se podía fumar en la oficina, tomaba bolígrafos, los iba destrozando con persistentes dentelladas y luego escupía los trozos de plástico en la papelera.

Después de revisar una vez más la bandeja de correo, agarró su chaqueta con gesto cansado y sin despedirse se marchó a casa de su hijo; deseaba entregarle un cheque a su exesposa para exigir que le firmase un recibo. Supuso que se molestaría, pero era consciente de que al ver el dinero no podría negarse; últimamente casi salivaba cuando lograba arrancarle a Donizetti una nueva cantidad.

Subió las escaleras. Le dolía todo el cuerpo. Cuando Jaime le abrió la puerta, se inclinó un poco para besarlo y notó un crujido en la espalda. Apenas entró al apartamento sintió la atmósfera cargada, espesa. Elizabeth había llenado todos los espacios con sus flores de porcelana. Era como caminar por un jardín rígido, un lugar de brillos inmóviles y secos. Tuvo la impresión de que las flores lo miraban, que con voces burlonas le decían que era ese el único jardín posible en sus vidas. Decidió dejar el cheque en la mesa y marcharse. Elizabeth salió de la cocina. Tenía el rostro hinchado.

–Eres tú –dijo con voz decepcionada.

Donizetti sintió un escalofrío al contemplar vacía la hamaca de Jesse. Miró hacia el baño, pero tampoco estaba allí. Se sentó. Le temblaban las piernas. No era posible. Un deseo no podía ser suficiente para desaparecer a alguien.

–Hace dos días que no sé de él –dijo Elizabeth señalando hacia el balcón.

Donizetti fingió distraerse con el videojuego que Jaime tenía en la tele. Mundos que se escurrían en la pantalla, que saltaban, personajes que brincaban sobre dragones, molinos, rayos láser.

–Ya volverá –murmuró con voz queda y se asustó al comprobar la falsedad con que sonó su frase.

Lo cierto es que él no podía ser culpable de la desaparición de Jesse porque nunca llegó a encargarse al sicario que se ocupase del tema. Cuando aquel personaje siniestro se puso a chocar las dos armas y Donizetti se fijó en esos colgajos que le brotaban del abdomen, sintió que todo aquello era un error y le dijo a Manuel que se marchasen.

Antes de eso se disculparon con el sicario diciéndole que ellos intentaban solucionar un asunto menor, que no podían ofenderlo encargándole una simple

rotura de rodilla o unos golpes. El tipo se les quedó mirando y se mordió los labios sin dejar de clavar sus pupilas en el cráneo de Donizetti.

Intentaron salir a toda prisa del barrio. Tres muchachos los detuvieron a punta de pistola. Manuel les dijo que venían de hablar con doña Gustava. Los tres se miraron y los dejaron seguir adelante a cambio del dinero que llevaban encima. Allí acabó todo. Donizetti nunca llegó a facilitarle al sicario ningún dato, ninguna información. No era posible que aquel hombre hubiera adivinado la existencia de Jesse y lo aniquilase por su cuenta.

Elizabeth comenzó a llorar. Se tapó el rostro con las manos. Donizetti continuó sumido en sus pensamientos. ¿Era posible que en Caracas la muerte se hubiese convertido en una fuerza natural, en una energía espontánea, arrasadora? ¿Era posible que con solo pensar en la desaparición de alguien, esa invisible ferocidad se pusiera en marcha?

Donizetti pensó si debía extender la mano para consolar a Elizabeth. «El mundo es un lugar malo», concluyó. «Hace unos años no habría soportado verla así, y ahora mismo me importa un carajo que se sienta mal.» Murmuró un par de frases de consuelo y dejó el cheque sobre la mesa. Como concesión por el desaliento de su ex decidió no exigirle que le firmase el recibo. Esa pequeña omisión le pareció reconfortante y, sintiéndose el mejor hombre del mundo, salió a la calle.

En una panadería se bebió dos tazas de café. Quería olvidar esa hamaca que colgaba del balcón como un trapo. Sacudió la cabeza como si tuviese agua en los oídos porque le llegó la imagen de Elizabeth transitando por la morgue de Caracas en busca de su amado. Ni siquiera a ella le deseaba algo así. Era uno de los peores lugares del mundo. Lo había conocido una vez que debió hacer un reportaje que finalmente no se publicó: camillas dobladas por el peso de cadáveres colocados unos encima de otros. Cuerpos tirados en el suelo en posturas irreales: brazos extendidos, bocas abiertas en las que asomaban lenguas color morcilla. Cuerpos baleados, acuchillados, rotos, arrojados en esquinas penumbrosas. Cuerpos con las piernas y los brazos enlazados para ahorrar espacio.

Intentó consolarse pensando que si no le había llegado ninguna mala noticia a Elizabeth es porque nada trágico había sucedido. Luego recordó que los pocos camiones del depósito de cadáveres tardaban bastante en llevar los cuerpos que recogían en las calles. «A lo mejor a esta hora Jesse estará dando vueltas por la ciudad; les habrá costado encajarlo dentro porque tendrá la columna en forma de hamaca.»

Sintió un escalofrío.

Dos días después se encontró con Manuel para almorzar. Buscaron un sitio en Santa Mónica, una de esas terrazas enrejadas en las que sopla el aire de la tarde con

la sonoridad de un pequeño río. Le gustó colocarse en una mesa desde la que veía tres árboles de mango.

Aguardó un rato a su amigo. Media hora larga, quizás, porque Manuel quedó atrapado en un atasco en la Intercomunal. Disfrutó la soledad de esos minutos mientras paladeaba un vaso de papelón con limón y sentía a lo lejos el olor de los mangos maduros. Pensó en el lento esplendor de la fruta goteando almíbar sobre las aceras, haciendo resinoso y dulce cada instante.

Cuando apareció su amigo, Donizetti continuaba de buen humor, a pesar de que lo preocupaba la situación de la oficina y le seguía angustiando la desaparición de Jesse. Comentó esto último. Quedó sorprendido al escuchar una carcajada.

–No, vale, no te preocupes por ese tipo. Está vivísimo y de lo mejor. Se regresó con su familia a Tinaco.

–¿Y cómo sabes tú eso?

–Porque eso fue lo que le dije que hiciera. Yo mismo lo acompañé al terminal de La Bandera para que agarrase su autobús.

–¿Que hiciste qué vaina? –dijo Donizetti.

–A ver, mi pana... necesitabas resolver eso para seguir adelante con el plan. Era obvio que cada vez que buscábamos una solución extrema nos pasaba algo o nos daba pánico.

–Coño, es que el sicario del Cementerio...

–Sí, claro. ¿Viste cómo le colgaban los intestinos en el abdomen? Eso es por los balazos que le deben haber dado.

–Qué asco. Pero dime qué pasó con Jesse.

–Nada especial. Me encomendé a la corte india para que me diera fuerzas y fui hasta la casa de tu ex. El tipo me abrió, me dijo que me sentase a esperar que volviese tu mujer de la calle y se lanzó a la hamaca otra vez. Cuando vi que se estaba quedando dormido, agarré las cuerdas y le voltéé la hamaca. El golpe que se dio sonó muy fuerte. Parecía furioso, pero yo llevaba mi camisa apretadita, para que viese que hago mis buenos ejercicios, y tal y como pensé, el carajo se asustó. Le advertí que estaba allí para salvarle la vida, que agarrase sus cosas y se fuese con su familia y no apareciese más. Luego le dije que lo vigilaban dos francotiradores en el edificio de enfrente y que como no me hiciese caso le iban a abrir un par de huecos gigantes a la hamaca.

–¿Te creyó?

–Tenía dudas, pero para disipárselas le metí un carajazo en la boca. Durísimo. Admito que quizás no debí hacerlo, pero al verlo con su batica de seda y sus dos cadenas de oro esperando que apareciesen tus cheques me pareció que se lo merecía. Le di, le di con todo, solo una vez, pero fue suficiente. Ando muy arrecho con la vida, así que no me costó mucho.

–Carajo.

–He visto demasiadas peleas como para no tener una idea. Aunque la verdad es que me salió un puñetazo muy torpe. Como de lado. Sin estilo. Como esos puñetazos de Chuck Wepner. Pero yo creo que a Jesse ya no le queda masa muscular de tanto que ha dormido en esa hamaca.

Donizetti no pudo evitar sonreír.

–¿Y le dolió, hermano? ¿Le dolió?

–Creo que sí, en todo caso se asustó bastante. Agarró todo lo que pudo meter en una maleta, incluso una tostadora y una radio que quizás fue tuya. Le di dinero para que se largara. Estoy seguro de que no aparecerá más.

Donizetti miró hacia la calle. Le pareció que el olor a fruta del aire era un anuncio, una señal.

Esa noche cuando llegó a casa puso en su equipo la *Sonata n.º 1* de Bach, interpretada por Hillary Hahn, una violinista a la que apenas había escuchado. Entrecerró los ojos. Sintió que su cuerpo se transformaba en una gota deslizándose por la punzante precisión del sonido, como si fuese la humedad que recorre una cuerda tensa colocada entre dos edificios.

Escuchó el aviso de un mensaje. Al mirar su Blackberry comprobó que acababan de asignarle una nueva misión. La sonrisa le devoró el rostro. Comenzó a pensar que los espíritus de los que hablaba Manuel en verdad existían.

«Y quizás, solo quizás, han comenzado a protegernos.»

## Sexto

Cuando a la mañana siguiente le llegó la información completa estuvo a punto de gritar de euforia. Primero París; luego, si recibía una confirmación, debía marchar a Poitiers; y a partir de ese momento le exigían esperar nuevas instrucciones para desplazarse a un lugar próximo. Quizás Burdeos. Quizás Po. La ruta perfecta. Tierra atravesada por miles de trenes; lugares con aeropuertos que les permitirían moverse con rapidez y sigilo.

Sintió frío en el estómago. Era como si un reloj invisible se hubiese puesto en marcha.

Llamó a Manuel y le dio el mensaje en clave con el que habían acordado iniciar su operación.

–Los pingüinos ya salieron en la tele.

Su esposa pareció sorprendida, pero luego le pareció razonable que, con todo lo que había sucedido en esas semanas, él le pidiese que se marchase a descansar en Lisboa. No le aclaró del todo que la idea era mudarse definitivamente, porque pensaba que ella lo comentaría con alguna amiga que a su vez lo comentaría con alguna amiga que a su vez...

Amandita se alegró mucho cuando él le dijo que estarían de viaje un tiempo y que en cuanto él pudiera se reuniría con ellas y pasarían tardes enteras jugando en un parque. La niña saltó eufórica, y él recordó que hacía años que no estaban con ella en un sitio abierto; los escasos paseos que realizaban por la ciudad solo llevaban de manera repetida a los centros comerciales que tuviesen vigilantes armados.

Más complicado fue convencer a su ex de que esa misma semana fuese de paseo a Londres. Ella se alteró, dijo que no podía abandonar a Jesse, y Donizetti, sin que le temblase un músculo de la cara, le comentó que hablaría con él para que viajase a Inglaterra.

–Pero si no sé dónde está –rugió Elizabeth.

–Yo lo busco, mujer. Entiende algo: quiero que el niño esté tranquilo unas semanas, y aquí ya ves cómo estamos viviendo.

Elizabeth abrió los ojos. Parecía que una sombra de locura había atravesado por su cabeza.

–Dime la verdad. ¿Esos rumores que empiezan a correr por internet son ciertos?

–¿Cuáles?

–Que tu comandante está muy enfermo.

–Para nada. Como un roble. Todas las mañanas trota nueve kilómetros.

–¿Entonces por qué quieres sacar a tu hijo? Estás asustado por algo. Ustedes le han jodido la vida a mucha gente y sabes que si esto se acaba a ustedes les harán la vida imposible.

–Son rumores. Y esto no se va a acabar; algún sustituto aparecerá. Y yo no temo por nada. No le hecho nada a nadie y soy una hormiga demasiado pequeña para que alguien quiera pisarme. Pero no sé si recuerdas que hace días me dieron un tiro, casi secuestran a la hija de mi mujer y a la niña de los vecinos le...

–Lo vi en la tele. Qué espanto. No me cuentes nada. Pero me parece una locura salir a toda velocidad.

Donizetti respiró hondo. Sacó un sobre y le mostró los pasajes de avión, luego le hizo un cheque por una cantidad muy seductora y le dijo que lo podría cobrar en Londres.

–Y luego les daré más. Quiero que estén cómodos. Pero allá. Lejos.

A Elizabeth le temblaron las manos. Él casi pudo ver cómo se relamía al imaginarse gastando ese dinero en Europa.

–Voy a pensarlo –dijo ella.

Él la contempló con ojos inexpresivos. Supo que ya había decidido aceptar su oferta.

Estuvo mucho rato mirando un mapa de París. Buscó el hotel que le habían asignado. Parecía un lugar correcto, habitaciones muy blancas, con vistas a la avenida de Choisy. No estaba cerca de los lugares más turísticos, y a medida que fue indagando en los mapas descubrió una zona residencial con algunas torres, varios comercios y una gran plaza circular con una fuente en medio.

Pese a que al principio le resultó humillante ser el señuelo de aquella acción, ahora mismo le parecía que su paso imantaba los pasos del otro, que él trazaba la ruta original y que por lo tanto, en cierto modo, la controlaba. «Es como vivir un trozo de mi vida dos veces: en mí y en un Raúl que no sabe que repite mis pasos y que se dirige hacia el punto donde seré yo quien controle la situación. Es como si yo escribiese una historia y él fuese mi personaje, un personaje al que le arrebató lo que en verdad debe pertenecerme.»

Miró el reloj. Tomó un taxi y se fue a la agencia. Encontró más gente de la que pensaba y estuvo un rato tecleando notas rutinarias en la computadora. Una sensación helada lamió su estómago. Se puso de pie. Caminó hasta la habitación en la que se guardaban los objetos de limpieza. Miró a uno y a otro lado. Abrió la puerta con rapidez y se dirigió al lugar donde había visto a Gonzalo guardar los maletines. Buscó un rato. No conocía el lugar preciso. Removió cajas de detergente y empujó una pulidora que podría tener veinte años sin uso. Junto a unas cajas

vacías y un montón de bolsos de mano encontró lo que buscaba. Sacó el Blackberry y le hizo varias fotografías; ahora Manuel podría encargarse que le hicieran un modelo idéntico.

Regresó el maletín a su sitio. Sonrió feliz.

Se dio la vuelta para irse a casa y justo en ese instante se abrió la puerta. Primero vio una mancha de luz, luego sintió cómo los colores opacos de la oficina irrumpían igual que una ola y, finalmente, distinguió una silueta que se echaba hacia atrás y parecía borrarse.

Apretó los párpados. Retrocedió un par de pasos. Se dio cuenta de que si lograba conseguir algún objeto punzante para aniquilar a quien acababa de descubrirlo, sería totalmente inútil, debería atravesar despachos llenos de posibles testigos que lo verían correr con las manos y la ropa llenas de sangre. Bajó los brazos. La luz pareció estabilizarse con la lasitud del azúcar cuando se deposita en el fondo de un vaso de agua.

–¿Qué haces aquí, Donizetti? –la voz de Raúl sonó desafinada, quebradiza como la de un adolescente.

Él respiró hondo y movió la cabeza hacia todos lados.

–Escuché ruidos –susurró.

Raúl permaneció inmóvil, pero sus ojos escrutaban hacia atrás, hacia la zona donde Donizetti había encontrado el maletín.

–¿Ruidos? ¿Qué clase de ruidos?

–No sé. Ruidos. Como ratones. Odio los ratones.

–¿Y viste algo? –volvió a interrogar Raúl sin dejar de mirar al fondo de la habitación.

–Creo que un animal. Pero escapó.

Donizetti se movió unos centímetros hacia adelante, como si de ese modo quisiera romper la tensión del momento, desatascarla. Pensaba que de un momento a otro, Raúl llamaría a gritos a Gonzalo, al coronel, al mayor. «La única solución para lo malo es lograr que nos suceda con rapidez.»

Dio otro paso hacia adelante.

Esperó.

## Kowayo

Parecía alterado. Muy alterado. Apenas pude entender sus palabras. Tuve que pedirle varias veces que repitiese lo sucedido y cuando lo contó, pensé en la suerte de no tenerlo próximo: lo habría ahorcado con mis propias manos.

El golpe que le había a dado a Jesse unos días atrás me había reconciliado con mi parte más enfática. A lo mejor podía ser un espanto que yo reconociese la plenitud que me producía partirle la cara a alguien, pero lo cierto es que en ese instante, mientras Donizetti se asfixiaba explicándome que quizás nos habían descubierto, imaginé con nitidez que le apretaba el cuello y lo agitaba como un envase inservible hasta que dejaba de respirar.

Lo odié unos segundos. Quizás un minuto. Pero lo odié. Luego comprendí que no tenía sentido lamentarse y dar todo por perdido. Había que esperar. Solo eso. Esperar.

Volví a preguntarle detalles y al fin pudo decirme que estaba en su casa; que todavía no había sucedido nada grave. Raúl lo encontró en el lugar donde guardaban los maletines, pero después de cruzar unas nerviosas palabras con él, se había marchado sin decir una palabra de reproche.

–A lo mejor vienen en un rato a buscarme. O si bajo me están esperando. Y no sabré quién me voló la cabeza.

–Y a lo mejor no pasa nada. Tú tranquilo –murmuré–. Yo voy a encargarme la copia del maletín. Tengo una hermana loba que me debe favores y podrá fabricarnos uno idéntico. Tú tranquilo. Seguimos adelante.

–No sé, hermano, no sé.

Le dije que si lo deseaba, yo podía pasar a buscar a su mujer y a su hijastra para llevarlas a un lugar seguro. Él aceptó encantado.

–Eres un gran pana. Sácalas de aquí. Mi hijo y su madre ya deben estar volando hacia Inglaterra, así que por ellos no hay problema. Pero vente ya y te llevas a Verónica y a Amanda en cuanto puedas.

Fui en mi taxi habitual. Las dos arrugaron el entrecejo cuando vieron la carcacha en la que debían montarse, pero Donizetti les había dicho muy claramente que no preguntasen nada. A la mujer le sudaba la barbilla. Se notaba nerviosa, impaciente. No era fea. Le faltaba algo de clase y aprender a maquillarse mejor, exageraba con las sombras y el color de los labios distaba mucho de ser el adecuado, pero tenía unos ojos graciosos y unos pechos prometedores y punzantes. Contuve la

contrariedad que me produjeron todos estos pensamientos, comprendí que en ellos se repetía la voz de Félix. Eso que yo decía era lo que él habría opinado en una situación semejante. Se marcha el amor, pero deja siempre sus palabras.

Las llevé a mi casa, pero me acompañó durante el trayecto la música que a todo volumen brotaba desde la ventana de Doni cuando fui a buscar a su familia: *La Pasión según San Mateo* de Bach. Pensé que era una buena idea; vestir el miedo con la perfección.

Llegamos a mi calle y las dos parecieron intimidadas por la penumbra seca del lugar. Ellas no lo entenderían, pero nada más seguro que el peor lugar de Caracas. Al menos era el peor lugar de la ciudad para los mierdosos que no lo conocían y no acertaban a comprender que sus calles medianamente limpias, con edificios sin tendedores de ropa, con vigilantes armados, eran tan peligrosas como mi callejuela, pues a sus casas los malandros iban a trabajar y por la mía pasaban de vuelta, cansados, casi dormidos.

La niña resultó simpática. No paraba de hablar. Quiso entrar al altar y curiosear un rato. Les preparé la cena y les comenté que el viaje de ambas a Portugal se aceleraba y que volarían al día siguiente. La esposa de Donizetti suspiró. Luego se lamentó en voz alta y dijo que su trabajo en la joyería cada vez iba mejor.

Se fueron a dormir. No tuvieron suerte. Fue una noche especialmente agitada. Un par de tiroteos antes de medianoche y otro cerca del amanecer. Se asustaron bastante porque se escucharon muy cerca y, junto a los disparos del amanecer, se distinguieron claramente los gritos de una muchacha pidiendo ayuda para su hermano.

Les llevé un vaso de agua con azúcar y les dije que no sucedía nada importante, que se echaran al suelo cada vez que oyeran balazos.

Yo entré al altar y recé como nunca. Invoqué el espíritu de mi tía. Rogué a María Lionza, al negro Felipe y a Guaicaipuro que protegieran a mi pana, que lo envolviesen con mantos de luz, que lo ocultaran entre sombras para que sus enemigos nunca lo encontrasen. Apreté con fuerza los ojos como para que las palabras saliesen desde muy adentro, flotasen en el éter y volviesen a mí, dibujando la perfecta forma de un círculo. No sentí nada. Solo cierta serenidad.

A veces pensaba que, al morirse, mi tía Felipa se había llevado con ella nuestros espíritus. Le rogué que los hiciese volver; que no me dejase solo.

Me quedé entredormido, recostado en la pared, sintiendo el resplandor de las velas y el olor del cocuy con que había regado el suelo. Un gallo cantó a lo lejos. Luego otro. Y junto a ellos despertó el sonido quejumbroso de los autobuses. La noche comenzaba a abrirse y desde el Ávila goteaba una luz metálica y tensa. Encendí la computadora. Busqué en Twitter, tal y cómo habíamos acordado para comunicarnos con discreción. Respiré aliviado al ver el tuit inocuo con que mi

amigo me revelaba que todo seguía en orden y que nada le había sucedido: «En esta casa creemos en Bach».

Fue sencillo llevarlas al aeropuerto. Durante los tiempos de la zapatería me había tocado ir hasta allí unas cuantas veces para chantajear a los guardias nacionales y que no me confiscasen los pedidos. Busqué a dos o tres conocidos, les pasé dinero. Molestaron bastante poco. Una revisión rutinaria de cuatro minutos, aunque la niña comenzó a llorar porque un cabo tomó sus libros, les hundió un cuchillo hasta el fondo y comenzó a olerlos. «El señor me los mató, mamá, me los mató», gimoteaba y yo le prometí que Donizetti le llevaría otros.

Cuando subí a Caracas comprobé que no nos habían seguido. Aliviado, respiré hondo. Seguí verificando en Twitter que Donizetti continuase bien. Habíamos acordado que pondría un tuit cada hora; el tema no era lo importante, todo servía: el clima o el béisbol; pero si colocaba un mensaje que contuviese la palabra «Kowayo», significaba que intuía peligro inminente. Y si durante más de dos horas no aparecía ningún tuit, yo debía entender que le había sucedido algo grave.

A lo lejos escuché el sonido de un avión que despegaba. Imaginé que podía ser el de la familia de Donizetti. Me pareció un sonido triste. El sonido de gente que quiere estar junta y no puede conseguirlo. No sé por qué lo pensé de esa manera. Recé una rápida oración. Le pedí a María Lionza que mi amigo y los suyos se reuniesen pronto.

«Este país se está llenando de aviones que se marchan», pensé, y quizás lo pensé porque me habría gustado sentir esa melancolía por mí mismo, por ese viaje posible que ahora la torpeza de Donizetti había puesto en jaque.

Lo cierto es que no me importaba demasiado dejar a mis padres y a mis hermanas. Para ellos, ese hombre musculoso que no tenía esposa ni hijos era una incomodidad. Demasiadas explicaciones a los amigos, demasiados silencios cada vez que alguien soltaba feroces chistes de maricos. Y luego estaba Félix. Meses atrás me habría parecido un espanto alejarme de él, y ahora solo percibía en mí una vaga perplejidad, una creciente distancia. No escuchar su voz comenzaba a parecerme una ganancia.

Subí a Caracas y cuando leí un tuit de mi amigo que decía: «Kowayo en warao significa caballo», el estómago se me apretó como un puño. Le pedí al taxista que me dejase cerca de la agencia de noticias. No tenía idea de cómo debía reaccionar, pero imaginé que de ese modo podría ver si Donizetti salía escoltado por un par de sujetos sospechosos.

Me quedé un buen rato en una panadería tomando café. Recé mucho, pero para quienes hemos perdido a medias la fe, el rezo es un refugio, no una certeza.

Salí a caminar. En una calle solitaria vi un carro estacionado y me pareció atisbar sombras que se movían y luego desaparecían. Me detuve. Frente a ellos, las

vidrieras de espejo de una oficina repetían con minuciosidad todo lo que ocurría dentro del vehículo. Quedé paralizado, un hombre se sacó del pantalón una pinga inconmensurable, una pinga bella, rotunda, y en unos segundos la mujer que lo acompañaba se lanzó a comérsela entera. Sonreí. La mujer se afanaba con desesperación y pericia. Parecía una leona hambrienta. Me di cuenta de que estaba asustado porque aquella escena debería haberme excitado al menos un poco, pero la inquietud por Donizetti no me dejaba pensar en otra cosa que no fuese en la figura de mi amigo arrojado en una cuneta con el rostro desfigurado y tres balazos en el corazón.

Llegó un nuevo tuit. «Todo bien. Magallanes ha contratado a un *catcher* de primera.» Volví a sonreír, pero ahora con el alivio de saber que el susto comenzaba a disiparse. Eufórico, fijé de nuevo mi atención en esa pareja que se sentía oculta dentro del carro, sin saber que aquella vidriera calcaba con nitidez la furia con la que se apretujaban. La mujer continuaba succionando y el hombre arrugaba su rostro, feliz, derrotado de placer. Era un hombre feo pero atractivo. Para celebrar ese ardor inesperado que me regalaba la ciudad y que Donizetti se encontraba a salvo, les hice una foto con el Blackberry. No quedó demasiado bien, pero se veía a la mujer despeinada tragándose aquella pinga enhiesta y feroz.

Le escribí un correo a Donizetti pidiéndole que nos viésemos de inmediato. Respondió en pocos segundos y dijo que aguardase un poco, que fuese a un sitio en Bello Monte llamado Di Più y que esperase allí mientras él resolvía varios asuntos.

## Séptimo

Pidió un sándwich de Copa con champiñones y queso. Mientras lo mordisqueaba se preguntó si en Italia sería muy ortodoxa esa mezcla, y bebió luego con lentitud su jugo de parchita. Le dolía la garganta. Le dolía el cuerpo entero, pero una sensación de alivio iba ascendiendo lentamente desde sus brazos hasta su cerebro. Miró a Manuel. Le sorprendía que no pareciese convencido del todo. Volvió a repetírselo. Lo habían llamado en la mañana desde la oficina del coronel para preguntarle por unos temas rutinarios de trabajo y pedirle que consiguiese al menos cincuenta personas para un acto donde participaría el comandante. Durante la conversación él esperó que lo interrogasen, que reclamaran su presencia en el lugar donde se ocultaban los maletines, pero no dijeron una palabra. Volvió a su despacho sintiendo que sus pies eran leves y flotaban. Y mucho mejor se sintió cuando le llegaron las instrucciones definitivas para su nuevo viaje. Debía esperar en La Candelaria. Luego marcharse a Maiquetía y volar a Francia.

–Todo está en orden, hermano. Debes continuar con tu parte del plan – murmuró.

–Pero hay algo que no me encaja, Donizetti. Si este tipo te vio allí y parecía alterado, entonces ¿por qué no te acusó?

–Pues porque probablemente yo me asusté y me confundí al mirar su cara. Ya sabes que la culpa confunde. Es como si todo el mundo te estuviese señalando. ¿Tú has visto lo frágil que es una persona cuando se echa una amante? Apenas le hablan y ya comienza a sudar y le parece que cada árbol de la ciudad se mece para acusarlo y que las luces de los semáforos lo señalan y que en las noticias de la radio van a anunciar lo que está haciendo. Pues eso es lo que nos sucede cuando andamos intentando algo que puede causarnos problemas: imaginamos que el mundo nos está escrutando... Supongo que Raúl apareció con toda normalidad y yo me puse nervioso.

–Bueno, pues mejor, ¿no?

–Claro que sí. El asunto va sobre ruedas. Tú avanza en lo que te toca para que cuando yo regrese, tengamos bien atado el resto del plan.

–Pues por lo pronto, con la foto que hiciste, ya realicé el encargo. Me lo llevan pasado mañana. Son unos artesanos de primera.

–Perfecto. Todo fluye, hermano.

Manuel alzó los hombros y se quedó con la mirada suspendida en el aire. Dos veces intentó pronunciar una frase, pero al final se quedó en silencio. Acordaron seguir enviándose mensajes a través de Twitter. Al salir una lluvia menuda salpicaba

las calles y un olor fresco los fue envolviendo. Se despidieron con una palmada en el hombro y Donizetti tomó un taxi hacia la plaza Candelaria. Allí aguardó un rato. Recordó una tarde lejana en la que fue a patinar a ese lugar con su papá mientras su madre fumaba impaciente cigarrillos y miraba el reloj. No tuvo tiempo de revivir esa viscosa melancolía, a su lado apareció uno de los hombres que lo había interrogado por órdenes del mayor. Apenas cruzaron una mirada llena de odio. El maletín cambió de manos y Donizetti llamó un nuevo taxi para que lo bajase hasta el aeropuerto.

El estómago le vibraba. Intentó concentrarse en cada punto de la ruta; a partir de ese instante necesitaba vislumbrar el momento en que él y Manuel podían cambiarle el maletín a Raúl sin que se diese cuenta. Un gesto veloz. Como el ataque de una serpiente.

Durmió a pierna suelta en el avión. Colocó el maletín bajo sus piernas y cerró los ojos. Supuso que alguien iba siguiendo sus pasos (quizás el hombre con cara de axila depilada), imaginó que alguien iría tomando notas de sus movimientos y preparando un informe sobre su ruta.

Mientras se dormía, pensó que ese acto lo redimiría del pasado, de las humillaciones, de las torpezas y olvidos. El maletín en sus manos sería la reescritura completa de su vida anterior.

Despertó cuando aterrizaban. Le dio al taxista la dirección del hotel y se distrajo leyendo una novela de Jerzy Pilch que le había prestado Manuel esa misma mañana. Cuando se registró en recepción le pareció que entraba en un mundo blanco: blancas paredes, blancos muebles, blancas puertas. Le sorprendió no sentir nada especial al experimentar esa idea. Ni una liberación, ni un buen augurio, ni una inquietud. Un lugar que solo era blanco. Muy blanco.

Miró el maletín. No podía evitarlo. Ya no sentía el mismo respeto, el mismo temor, la misma inquietud al fijar en él la mirada. Le gustó esa sensación. Le pareció una forma de victoria. Pensó que podría estar bien pasear un poco por la ciudad. Se guio por un mapa y caminó un rato junto al Sena. Quería mirar el punto en que se iniciaba *Rayuela* de Cortázar, pero al llegar allí solo encontró un puente feo, lleno de espantosos candados. Luego se detuvo en los quioscos que vendían libros. Los olió, los palpó. Estuvo jugueteando un rato con una novela de Modiano, pero desolado comprobó que no entendía ni un párrafo en francés. La devolvió a su sitio.

Mirando de reojo logró precisar que lo seguía un hombre de pasos cansados. Imaginó que era el vigía que le colocaban siempre. Se acercó a él como por descuido y vio que llevaba unas sandalias caras y que por una de ellas asomaba una uña verdosa. «Es él. Es el mismo, el de los otros viajes», pensó con el orgullo de sentir que controlaba por entero la situación. Continuó su camino. A su lado pasaban pequeños barcos llenos de turistas con rostro babeantes y cámaras

incrustadas en sus manos. No veían la ciudad, sino que deseaban fotografiarla para poder mirarla en los años de la vejez y recordar que estuvieron en París sin estar.

Recibió un mensaje. «Rue Dupleix, compra un *éclair* de café en la panadería de allí y te detienes frente al hotel Le Marquis Eiffel». Sintió un pinchazo en el estómago. ¿Ocurriría la entrega de manera tan repentina? Todavía no había vislumbrado ninguna situación en la que pudieran cambiarle el maletín a Raúl. Tomó un taxi. Suspiró un par de veces. La ciudad le pareció una emanación cobriza.

Compró el *éclair* y dudó si debía probarlo. Con pasos lentos se colocó frente al sitio que le habían indicado. Miró a su alrededor con sigilo. Lo asaltó una rara sensación. Un vacío; como si las calles se deslizasen por un pozo. No logró distinguir al hombre que lo vigilaba durante los viajes; no logró distinguir a nadie durante unos segundos, hasta que una vieja con el ceño fruncido apareció con un perrito gris que se detuvo frente a los cauchos de los carros para orinar. «En una película, este silencio sería el instante previo a la aparición de un auto negro desde el que alguien me dispararía y me asesinaría con el *éclair* en la mano.» Sintió un ligero escalofrío. Se vio manchado de sangre, con el dulce entre sus dedos igual que un roedor inmóvil, casi tierno. Aguardó. Esperó otro par de minutos. Miró el Blackberry con insistencia para comprobar la llegada de un nuevo mensaje. Atisbó la puerta del hotel y pensó que si veía algún movimiento que le pareciese extraño, correría hasta el vestíbulo y se refugiaría allí.

Un hombre calvo pasó en una bicicleta.

Luego un señor caminó con lentitud por la calle.

Donizetti fijó la mirada en el Blackberry. Algún mensaje tenía que llegar. No era normal que lo dejaran tirado en un sitio sin indicarle nuevos movimientos. Caminó de una a otra esquina. Alzó la mirada: una espada de luz atravesó el cielo. Le pareció recordar que la torre Eiffel tenía unos focos que atravesaban el cielo de la ciudad a cierta hora. «No debo estar lejos», murmuró.

La noche saltó sobre París. Donizetti contempló cómo cerraban la panadería. Mordió el *éclair* hasta la mitad, por si debía utilizarlo como una señal de reconocimiento. Comprobó que su Blackberry funcionaba. Resopló impaciente. Miró su reloj. Tenía dos horas y media aguardando en aquel lugar. «Algo se torció; algo malo acaba de empezar.»

En el aire sintió una vibración. Escuchó las campanas de una iglesia, un sonido que le pareció la última respiración del día. Lanzó el *éclair* en mitad de la calle.

## Uppercut

Necesitaba un mundo más original o me moriría de aburrimiento. Ignoraba si ese lugar existía, pero era indispensable buscarlo. La noche anterior había visto al hombre casado que me pasó sus señas aquel día en que hablaba con Donizetti. El hombre no estaba mal. Simpático, informado, y para su edad conservaba un cuerpo aceptable que envolvía en una camisa lujosa y unos pantalones bellísimos que le sentaban estupendamente.

Fui con él a un estudio que tenía en el Litoral. Me preparó un Bloody Mary correcto y después de hacer el amor estuvimos un rato mirando el mar. Le dije que desde siempre me gustaba el ruido del oleaje.

Apenas terminé esta frase, el tipo comenzó a llorar. Lo contemplé sorprendido. Se cubría el rostro con las manos y empezó a contarme una historia que debo haber escuchado millones de veces: esposa tiránica, familia conservadora, vida oculta en estudios, en baños, en hoteles de paso. Me levanté. Di otro sorbo a mi trago y me marché sin que sonase la puerta. No tenía tiempo para escuchar repeticiones. El dolor de la gente debería aspirar a alguna originalidad. Es absurdo que todo el mundo sufra por las mismas causas y con las mismas palabras. Me dan asco los sentimientos que no son capaces de intentar una sintaxis diferente; una palabra temblorosa o al menos alguna perplejidad.

Me acosté malhumorado. ¿Fui siempre así? Recordé un viaje maravilloso por Europa. Un mes con Félix, que le había dicho a su familia que debía realizar un curso de alemán. Hicimos largos paseos: París, Roma, Londres, Madrid, Valencia. Al llegar a España yo ya estaba un poco harto. Félix controlaba todo el tiempo nuestra dieta. No solo la suya, la de los dos, y me explicaba que si nos descuidábamos perderíamos masa muscular. A cada rato señalaba deliciosos dulces o jamones espléndidos y decía alzando el dedo: «Pero no, no podemos, ahora una ensaladita y al hotel». Y su plural comenzó a joderme mucho. Una mañana me escapé. Di una vuelta por la playa de la Malvarrosa, y luego pregunté por un sitio para beber algo. Me recomendaron una horchatería. Tomé un taxi y al llegar busqué una mesa cerca de la puerta. Distinguí cómo entraban familias, parejas, señoras mayores. Pedí una horchata sabiendo que aquel dulzor iluminaba mi cuerpo y que sus miles de calorías eran imprudentes y terribles. Miré aquel local: la gente se notaba alegre y conversaba, probaba su horchata, mojaba unos bollos llamados *farçons* en el líquido y los devoraban con euforia. Pedí una ración para mí. «Qué feliz me siento rodeado de mi propio silencio», pensé.

Félix se puso como una fiera cuando volví al hotel. Estuvimos un par de días sin

hablarnos, pero yo permanecí en estado de beatitud hasta volver a Caracas. Apenas escuchaba cuando él comenzaba a recriminarme mi huida.

Al amanecer llamé a Portugal para confirmar que la esposa y la hijastra de Donizetti se encontraban bien. Parecían contentas y cansadas por el viaje.

Luego contacté con un antiguo amigo de la radio que también era gay y le solté una historia para que me ayudase con el siguiente paso del plan. Me inventé un amante poderoso de dos metros de alto, un serbio que huía de venganzas por temas de la guerra, y luego lo adorné con detalles más o menos creíbles. Nunca falla. Mi amigo conocía a muchísima gente y le gustaban los hombres canallas y miserables, por lo que siempre vivía en una frontera donde lo legal y lo ilegal se juntaban con cierta comodidad.

Anoté en un papel la dirección que me dio y después de bañarme comprobé que la había memorizado. Fui en taxi hasta el lugar. Había escuchado hablar de ella, pero nunca había estado tan cerca: una torre financiera en San Bernardino; un rascacielos imponente que brotaba de la tierra como un chorro de petróleo lanzado igual que una flecha hacia las nubes y que había quedado sin concluir; paredes sin suelo a partir de la planta setenta y un techo de aire coronando esa fastuosidad ruinosa por la que ahora asomaban tendederos de ropa.

Un par de años atrás, invadieron el edificio un grupo de personas a quienes no les importó que el hueco de los ascensores estuviese abierto en cada planta, que las escaleras ascendiesen, infinitas, con el vacío a cada lado y que los inexistentes servicios los obligasen a subir baldes de agua o lámparas de gas que llenaban la noche con luces espectrales.

Unos pastores evangélicos afirmaban controlar el lugar, pero lo cierto es que las calles cercanas se habían tornado un escenario perenne de atracos, violaciones y tiroteos; y se decía que muchos secuestrados terminaban apresados en los múltiples recovecos de aquella torre a la que la policía solo se atrevía a entrar armada hasta los dientes.

Al aproximarme, sentí que miles de ojos miraban con desconfianza. Alcé la barbilla. El rancho más grande y más alto del mundo. Entre las ventanas o los agujeros abiertos en las paredes atisé pupilas turbias, curiosas. Me acerqué a una de las entradas y vi una cartelera con las reglas de convivencia para permanecer en el lugar. Quedé perplejo al comprobar que casi todo estaba prohibido: desde beber en las escaleras o caminar por la torre sin camisa o jugar en los pasillos o escuchar la radio en la madrugada. Pero bastaba mirar un poco hacia arriba para saber que las normas eran un papel colocado en la entrada. Un grueso olor a orine bajó desde las primeras plantas como una vaharada de azufre y desde algún sitio cayó una bolsa de papel cuyo olor crudo permitía adivinar un copioso trozo de mierda oculto entre periódicos.

Me coloqué bajo un techo y miré hacia una pequeña puerta de metal donde creí escuchar voces.

De allí surgió un hombre con una cicatriz en el cuello que preguntó con voz autoritaria si podía ayudarme en algo. Le dije que estaba buscando al Jorgito. El rostro del hombre se mantuvo tenso, dio un silbido largo y se acomodó el pantalón para que yo viese la pistola que llevaba encima.

Un tipo muy bajo, con rostro de rana y orejas puntiagudas, descendió por una de las escaleras y con unas manos excesivamente pequeñas me indicó que me sentase en un muro.

–Tú dirás –soltó con una voz ronca, profunda, que parecía propia de un gigante.

–Necesito dos.

–¿Dos? Eso es caro. Por lo general aquí conseguimos de a uno, pero tú quieres dos de golpe.

–Somos dos.

–Tú y tu papito –dijo el pequeño hombre y apretó la boca con ironía.

–Me dijeron que eras un profesional.

–Lo soy.

–Entonces no te tomes confianzas, no hagas chistes y dime cuánto va a costar y cuándo los tienes.

–Qué carácter.

Lo miré con impaciencia. Recordé a un cantante que estuvo de moda años atrás: Nelson Ned. Un enano con un vozarrón impresionante.

–No me gusta perder el tiempo. Precio y cuántos días.

–A ver, tengo una oferta, dos cubanos...

Sentí un pinchazo en el pecho, como si una centella hubiese golpeado mis huesos y saltara hasta mi estómago.

–Mira, a lo mejor tengo cara de pendejo, pero no lo soy. Si me das dos cubanos, en Maiquetía me llaman al comisario para que me interrogue y en cinco minutos estoy preso.

–Si le das dinero, te deja ir.

–No voy a pagar dos veces.

–Pero dos gringos son muy caros. No sé si tendrás suficiente.

–No quiero dos gringos. Me basta con un par de dominicanos o guatemaltecos...

El hombre se acarició las orejas. Era obvio que le gustaba notar la forma puntiaguda entre sus dedos. Sentí grima al imaginar la sensación del cartílago sobre las yemas, una sensación como de galleta rancia, como de plástico. Quería cerrar pronto el negocio y marcharme; resultaba sencillo imaginar que durante toda la conversación, aparte del hombre con la cicatriz en el cuello, alguien apostado en las ventanas me apuntaba a la cabeza.

–Voy a ser pana contigo. Los dominicanos están un poco rayados, no los usan ni

ellos. Tengo un par de ecuatorianos y te los puedo dar ya.

Acepté la idea y le pasé un sobre con las fotos.

–¿Y el dinero? Cuando viniste aquí ya sabías cuánto te iba a costar.

–El dinero cuando tenga los pasaportes en la mano.

–Qué hombre tan desconfiado.

Me puse de pie. La idea era dar una vuelta o meterme en algún negocio a esperar que me entregasen el material que necesitaba.

–Dime los nombres que quieres.

Sonreí. Era grato pensar en ese bautismo. Un nombre; una llave que abriría nuevas puertas.

–Pues al pana le pones Carlos Henrique Hernández –murmuré pensando que era un nombre corriente, inocuo, que podía ayudarnos en el futuro–. Y a mí... a mí, Alfredo Marcano.

Salí a caminar. Me agradaba ese nombre. Era adecuadamente común, pero además se llamaba así un boxeador cumanés que me gustaba mucho. Un boxeador irregular que perdió alguna vez con el Ñato Marcel, pero que en Japón, un día de 1971 o 1972, justo cuando lo estaban crucificando a golpes, sacó un *upper* que noqueó a Kobayashi.

Me gustaba ese recuerdo; tuve que levantarme tempranísimo para escuchar aquella pelea de campeonato en la radio, para adivinar en medio del sueño aquellos golpes lejanos sucedidos en un lugar llamado Aomori.

Aquellas horas se convirtieron en un amanecer inusitado, hasta mis padres, normalmente fríos, normalmente ausentes, parecieron entusiasmarse por esa milagrosa victoria de Marcano. Y fue la única vez que me alegré de compartir con ellos una de esas euforias, porque lo que más me gustaba del boxeo es que a nadie en casa le interesaba. Las peleas eran mi gran momento de soledad.

«Siempre es posible sacarse un *uppercut* de última hora», murmuré y con suma lentitud, como si estuviese dentro del agua, lancé un puñetazo de abajo hacia arriba y mis nudillos de nuevo noquearon a Kobayashi.

## Octavo

Estuvo callejeando un buen rato. El miedo se había disipado. Al menos el miedo a una emboscada, a una frenazo abrupto, a un sonido de vidrios estallando en millones de pedazos. La sensación ahora seguía siendo irritante, pero poseía otra textura. Como una leve rugosidad o una aspereza final. Se rio sin ganas. La definición exacta de lo que sentía era abandono.

Permaneció atento cada minuto y comprobó que nadie lo seguía. Miró centenares de veces el Blackberry y no recibió ningún mensaje.

Avanzó por una avenida. Salió a una parada de autobús y frente a él, imponente, vio alzarse la torre Eiffel. Arrugó el entrecejo. Recordó que de niño, su madre tenía en el salón una reproducción pequeña y plateada. Fue de las pocas cosas que se llevó al marcharse. Donizetti alzó la barbilla. Aquella estructura le resultaba antipática. Se recostó en un árbol. Le dolían los pies. A su derecha apareció una pareja. Al escucharlos hablar le pareció que podían ser rumanos. Los miró de reojo. Se sentaron en la parada del autobús. Se les veía felices. Sospechó de ellos y se movió unos metros. Quizás lo mejor era marcharse al hotel y esperar algún mensaje. Entonces el cielo pareció palpitar con un brillo oleoso. Miró al frente. La torre se iluminó con millones de resplandores y figuras. La pareja hizo fotos mientras comentaba con entusiasmo el espectáculo. Donizetti miró su reloj: medianoche. A lo lejos vio un taxi. Le hizo señas y lo detuvo. Cerró los ojos para no volver a contemplar la torre.

Durmió de un tirón. Estaba exhausto. Cuando el amanecer asomó por la ventana y descubrió la blancura neutra de la habitación, se sintió repentinamente triste. Quiso dormir de nuevo, pero fue inútil. Algo había fracasado. Algo había salido mal. No tenía ningún mensaje en el Blackberry. Observó el maletín. Lo husmeó. Ropa. Una vez más, ropa vieja.

Se sorprendió al comprobar que era casi mediodía. Bajó en el ascensor con la inquietante certeza de que le había fallado a Manuel. También con su amigo había despertado expectativas que no podría cumplir. La vida parecía eso: una repetición. Luego meditó si saltar hasta Lisboa y ver a Verónica y Amanda, pero no le pareció que fuese seguro para ellas. Mejor esperar. Si pasados dos días seguía huérfano de noticias, llamaría a la agencia y hablaría con Gonzalo. Entonces decidiría hacia dónde viajar.

Tomó un taxi y sin dar una dirección concreta le dijo que lo acercase a un lugar

donde pudiese comer algo. «Pero nada de los Campos Elíseos o el Arco del Triunfo; un sitio normal», dijo en un francés balbuceante. No deseaba encontrarse rodeado de turistas con pantalones cortos y sandalias. Necesitaba pensar. Necesitaba descifrar qué había sucedido.

Se bajó en la Rue du Commerce y avanzó unos metros hasta una transversal y, finalmente, comió en un sitio pequeño de la Rue du Théâtre. Un hombre amable y alto le ofreció la carta. De primero pidió *terrinerie de lapin* y luego *confit de canard*. Para beber señaló con el dedo un borgoña que no le pareció excesivamente caro y que le trajeron de inmediato. Lo probó. No le resultó desagradable ni maravilloso, pero le sirvió para acompañar una comida que sí le pareció deliciosa, quizás por las horas que tenía sin probar bocado o quizás porque era una suerte de tregua en medio de ese fragor donde se iba sumergiendo. «¿En qué momento se deja solo al señuelo?», pensó. «Se le abandona cuando es obvio que lo van a exterminar.» Cerró los ojos y se concentró en el sabor de esa comida. Quería que la felicidad de esos sabores lo acompañase en el instante en que un hombre apareciese por la puerta, empuñase un arma y le volase el cerebro.

Cuando acabó de comer la carne le trajeron un plato con tres trozos de queso: *brie*, roquefort y gruyere. Picó un trozo de *brie* y masticó lentamente; luego pasó a los otros dos trozos y experimentó desde su paladar una impresión de ascenso, como si cada segundo, el mundo a su alrededor se fuese expandiendo de manera sutil. «Que aparezca de una vez el pistolero», pensó, y al girar el rostro vio a su lado a dos niños y a una mujer que compartían una torta de manzana.

Llamó al camarero y pagó la cuenta. Salió a la calle. No le agradó la idea de que sus sesos saltasen por el restaurante y cayesen como una gelatina rancia sobre el postre de aquellos niños. «No puedo estropearles este momento», decidió y se quedó un buen rato en una esquina, mirando una tienda de zapatos, esperando con entereza lo que trajesen los próximos minutos.

Pasó mucho rato de pie.

Un par de horas.

Cuando comprendió que cualquier posible condena o tensión venía desde sí mismo, que él era apenas un naufrago abandonado en París y que nadie tenía intención ninguna de exterminarlo, bajó al metro y pasó mucho tiempo dando vueltas en los trenes. En alguna estación se quedó sentando un buen rato, pensando que podría sobrevivir para siempre bajo la tierra, oculto al sol. Luego se puso a contemplar las sillas colocadas en las estaciones: estaban muy separadas unas de otras, como si el contacto tuviese una distancia necesaria. Salió a la superficie otra vez. Tenía la remota esperanza de que algún mensaje lo reingresase de nuevo en su vida y en su plan. Al comprobar que no había recibido nada, miró el maletín verde que llevaba aferrado con su mano: le pareció vacío; como si hasta ayer estuviese lleno de palabras, de jugosas palabras, y hoy fuese una cáscara.

Caminó por la Rue Daguerre. Creyó leer en un cartel que se encontraba cerca del cementerio de Montparnasse; ese lugar donde se hacían enterrar los escritores cursis para que sus lectores hiciesen procesiones culturales con el fin de visitarlos. Encontró varios cafés. Le gustaron esas sillas colocadas para contemplar la calle. Y la postura de la gente, una al lado de la otra, compartiendo vinos pero sin mirarse entre ellos, comunicándose tan solo por la proximidad de la voz. Vio dos francesas que hablaban mientras paladeaban un tinto muy oscuro. Una le pareció preciosa. Llevaba un vestido corto y tenía unos muslos pálidos que parecían pedir un mordisco lento, muy lento, un mordisco muy suave que pudiese durar horas.

Donizetti se detuvo. Desde esos muslos sintió que se apoderaba de él una fuerza repentina. Los lugares no solo eran el espacio del miedo o la perplejidad, también eran el sitio donde sucedía la belleza. No. No podía seguir vagabundeando deprimido por París hasta que alguien le diese cualquier noticia. Marcó desde su Blackberry el teléfono de Gonzalo. Sonó varias veces hasta que una voz soltó un bufido.

–¿Qué sucede?

–Gonzalejo, soy yo, Donizetti.

–Lo sé. Dime.

–Pues eso te pregunto yo a ti.

–¿Y por qué no pasas a mi oficina y me lo preguntas aquí?

–Coño, porque estoy lejos. Estoy lejos..., en Francia..., exactamente donde me mandaron.

Se hizo un silencio largo. La respiración cansada de Gonzalo pareció tornarse un poco más lenta.

–Claro... –dijo con intempestiva vivacidad–. Claro. Tú estabas allí, es cierto; y ayer debí avisarte... Bueno, pues media vuelta, hermano. Media vuelta. Regrésate a Caracas ya mismo. Todo se suspende. Agarra el primer avión y mañana te vienes a la agencia. ¿Me escuchaste? Regresa ya mismo.

## Noveno

Apenas se dio una ducha en su casa y se cambió de ropa. Sin Verónica y Amanda, aquel apartamento le parecía un espacio absurdo, hueco. Habló con ellas. Parecían felices, aunque comentaban que el agua de las playas era gélida. Llamó luego a Londres y conversó con Jaime, que excitado le contó sobre esos guardias que parecían estatuas y usaban gorros inmensos, como si se hubiesen colocado un búfalo en la cabeza. Le gustó oírlo alegre y para mantener esa sensación jubilosa le pidió expresamente que no le pasase el teléfono a su madre.

Mientras se dirigía a la oficina pensó que en un par de meses debería traer de vuelta a sus dos familias. Ahora tocaba saber lo que había sucedido, ver si seguía siendo posible birlar algún maletín de los que hasta ese momento habían saltado por los aeropuertos del mundo. Pero antes de eso debía hablar con Manuel. Enfrentarse a su mirada de decepción, a su perplejidad.

En la oficina no percibió nada extraño. O más bien sí: había cierta inquietud, cierta tendencia a hablar en susurros, pero nada parecía dirigido especialmente hacia él.

Cuando vio pasar a Gonzalo con ropa carísima y arrugada, entró a su despacho y lo encontró parloteando con el coronel. Ambos lo miraron con tedio. Se detuvo esperando que le dijese alguna frase pero parecían distraídos.

–¿Y? –les dijo.

–¿Y qué? –respondió el coronel.

–Me quedé colgado en París en mitad de una misión.

–Ah... eso –intervino Gonzalo–. Es verdad. Lo siento. Se nos olvidó avisarte que el asunto se suspendía. Estamos con la cabeza en muchas cosas.

–¿Se les olvidó?

–Sí –murmuró el coronel con voz cavernosa–. Las noticias que llegaron nos dejaron confundidos. Habrá que calmarse y retomarlo todo.

–Pero ¿qué pasó?

–Nuestro comandante está enfermo –dijo Gonzalo.

–¿Qué tiene?

–No lo sabemos. Ha ido a Cuba. Oficialmente está haciendo una gira, pero lo operaron hace un par de noches. Hay que mantener la información de que todo es normal. Ninguno de nosotros conoce exactamente lo que está pasando. Quizás solo el G2 lo sabe.

Donizetti regresó a su despacho. Le ardía el pecho. Recordó la época del liceo. Él y Manuel cumplían años en fechas parecidas y, una vez, algunos compañeros les

organizaron una fiesta conjunta, pero cuando llegó el momento de picar la torta y cantar el nombre de los cumpleaños, aquellas desafinadas voces solo mencionaron a Manuel. Acto seguido la gente continuó bailando. Nadie recordaba a esas alturas de la noche que también era su fiesta. Así comprobó su capacidad de hacerse gris; de hacerse inesperadamente invisible.

Volvió a su escritorio. Habían mencionado vagamente la posibilidad de retomar las misiones, pero lo real en este momento era esa interrupción en la que él quedaba como guindado de una cuerda. Sin futuro. Una vez más.

Miró a su alrededor. Un clima de preocupación silenciosa tomaba la oficina. El aire parecía gastado, rancio. «Si el hombre está enfermo de verdad, si su gente no logra atornillarse en sus puestos y esto se acaba, más de la mitad de nosotros tendrá que salir corriendo», pensó. En el caso de la agencia, tan solo con pedirles credenciales profesionales, la mayor parte terminaría en la calle. Y si comenzaban a investigar el trabajo realizado en esos años, los que hubiesen podido sobrevivir a la primera poda caerían en la segunda.

No le importó. Si no lograba dar un gran golpe y meterse en los bolsillos al menos medio millón de dólares, el resto daba más o menos igual.

Observó a Raúl. Parecía concentrado, pero no guardaba el mismo aire mustio que el resto de los compañeros. Una película de sudor brillantaba su rostro y en una libreta Moleskine iba trazando letras con sumo cuidado. Donizetti dejó de mirarlo porque le pareció que podía resultar sospechosa su curiosidad.

A lo lejos escuchó el sonido de una impresora. Alguien hizo sonar una puerta. La vida parecía arrastrarse a su lado. Pensó en un perro agónico. Pensó en un perro agónico y viejo.

## Décimo

Cuando bajaba en el ascensor escuchó el corretear velocísimo de unos tacones. Dayana entró como una exhalación verde y se colocó al fondo. «¿Cómo puede ser tan rápida con esos zapatos?», pensó Donizetti.

–Hola –dijo mientras comprobaba que la jefa se veía cada vez más apetitosa e intimidante.

–Estoy bien buena. Lo sé –dijo ella con rotundidad, sosteniendo la mirada esquiva que él le lanzó–, pero ni pienses que alguna vez vas a darte ese gusto. Hay que ser muy hombre para estar conmigo.

–No lo dudo –respondió él, y miró los números que se iban iluminando en el tablero. Deseaba llegar pronto a la planta baja y largarse.

–Mira... el pendejo del cubano anda en algo raro en estos días, ¿verdad? –dijo ella apretando las mandíbulas–. No dejan de fugársele los compañeros a su cargo; y ahora no entiendo por qué te hizo volver de tu trabajo en París.

–No fue él –soltó Donizetti.

–Sí. Fue decisión suya. Ni caso de lo que te hayan dicho el coronel y Gonzalo. Son tan negligentes que se habrán olvidado de decírtelo de inmediato, pero es el mayor quien ordenó que volvieres.

–No lo sabía –suspiró con tedio, y por si se trataba de una trampa, Donizetti no mencionó el tema de la enfermedad del comandante.

–Y a lo mejor es él quien ha puesto a rodar en la oficina el rumor sobre el presidente –lanzó ella como si le acabase de leer la mente.

–¿Cuál?

–Muy bien, Doni, veinte puntos. Así me gusta.

–Sigo sin saber de qué me hablas.

–Perfecto. Esa actitud es buena, excepto conmigo. A mí me lo tienes que decir todo, mi amor. Y ahora mismo me vas a contar por qué te hizo volver el pendejo del mayor.

Donizetti se miró la punta de los zapatos. Le pareció que al fondo de sus huesos palpitaba una especie de remota fatiga, como si los años ya hubiesen comenzado a morderle las articulaciones.

–No tengo ni idea. Me hicieron volver, es verdad. Pero nunca nadie me comunica quién toma las decisiones. Solo sé que fui de viaje y luego me hicieron regresar.

–¿En qué está metido el cubano? ¿En qué más está metido? Porque aparte de inepto y descuidado, sé que muerde los maletines igual que los desgraciados de Gonzalo y el coronel; pero ¿en qué más anda? Lo veo asustado. Y no será por los

negocios de comida podrida que tienen él y sus paisanos. Eso ya lo resolvieron con unos barquitos que se llevarán lejos esas toneladas ¿No se habrá metido en algo más grave?

–No lo sé. Te lo juro.

–¿Lo has visto hablando con unos catires muy catires que hablan ruso?

–No.

–¿Y Matías?

–¿Ah?

–¿Sabes si el mayor sigue buscando a Matías?

–Tampoco sé nada de eso. A mí el mayor apenas me habla.

–Pues si te enteras de algo, de cualquier cosa, de lo que sea, me lo dices de inmediato. Si te callas, asumiré que eres su cómplice, y ya sabes, lo contrario a la lealtad es la traición. Ya ves que los compañeros del 8 de Mayo no se andan con bromas. Mejor que nosotros te cuidemos a que tengamos que meterte en cintura. No podemos seguir soportando infiltrados.

Donizetti asintió. La puerta del ascensor se abrió y dejó entrar un rayo de luz cálida. Salió con lentitud, como aguardando alguna palabra más, pero Dayana se quedó apoyada cerca de los botones y marcó para subir de nuevo.

Se despidió de la mujer agitando la mano con cansancio. Caminó hasta la avenida para buscar un taxi. Había un atasco tremendo. Quería leer alguna noticia que le aclarase las palabras de Dayana sobre lo que habían hecho sus compañeros recientemente. «No se andan con bromas», repitió aliviado de que su mujer y Amanda ya estuviesen lejos. Se quedó mirando un semáforo. Parpadeaba de una forma extraña. Luego se apagó. «Acaba de irse la luz, carajo.» Intentó cruzar, pero fue inútil. La gente tocaba cornetas, avanzaban centímetros con sus carros y frenaba casi golpeando a los otros vehículos para poder abrirse paso. Entró a un café. Miró en Twitter y buscó 8 de Mayo. Pinchó en una noticia. Decían que un funcionario de un ente del Estado había sido herido en una pelea cuando subía desde La Guaira hasta Caracas. Solo al final comentaban que algunos rumores afirmaban que no se trataba de una discusión callejera, y que miembros del colectivo 8 de Mayo eran los autores de los disparos. Donizetti observó la foto del herido. Era el hombre con rostro de axila depilada. El mismo que acompañaba al mayor cuando lo interrogaron. «Estos pajúos se están matando entre ellos y me quieren meter en sus peleas.»

Volvió a intentar conseguir un taxi.

Fue allí cuando la vio.

Ella.

La mujer con la gorra de Magallanes.

La misma mujer que lo había interrogado al regresar de Ginebra.

Quiso pensar que se trataba de una casualidad, pero ella lo llamó con el dedo.

Donizetti se dio la vuelta y caminó hacia el otro lado con paso firme. Luego se apresuró un poco y al ver que ella avanzaba comenzó a correr. Tropezó con un par de personas y giró a la derecha. Cruzó a la izquierda. En pocos segundos perdió la orientación. Volvió a cruzar a la derecha. Le faltaba el aliento y las rodillas le crujían. Intentó saber dónde se encontraba, pero el miedo transformaba las calles, hacía que perdiesen el nombre. Intentó dar zancadas más largas. Quiso pensar que por un milagro inesperado tenía la agilidad de los años del liceo, que podía alejarse de la persecución y escurrirse entre la gente. Durante unos segundos sintió un lejano vigor. Le pareció que tras de sí iba dejando un rastro de polvo.

Escuchó entonces varios disparos. Se agachó. Refugiado detrás de un carro, se asomó para mirar la calle. Vio a dos barrigones con el uniforme del 8 de Mayo. Uno de ellos llevaba una Glock con selector y regla. Disparó. El cañón del arma escupió treinta balas, como si fuese una ametralladora. Del otro lado respondieron con igual fiereza. Los vidrios del carro donde se ocultaba Donizetti saltaron en pedazos. Como una serpiente, se arrastró hasta colocarse detrás de un quiosco de periódicos. A lo lejos, vio a dos policías que avanzaban con las armas en alto. Pensó en hacerles una seña para que lo ayudasen, pero los dos uniformados, al ver que se trataba de la gente del 8 de Mayo, se retiraron corriendo, asustados, sin mirar hacia atrás.

Los disparos volvieron a sonar. Donizetti asomó su rostro unos instantes. Vio que del otro lado, la gente del mayor disparaba oculta entre unos árboles. Aguardó unos segundos. El silencio fue creciendo y se escuchó una moto que se desplazaba a toda velocidad.

Contó los segundos. Le pareció que el tiroteo había cesado. Volvió a mirar. Ya no quedaba nadie en la calle. Era obvio que había sido una escaramuza fortuita; los dos grupos se habían tropezado y se lanzaron una lluvia de plomo antes de marcharse.

A lo lejos vio un mercado de ropa. Siluetas, rostros, brazos, hombros, pantalones azules, faldas coloridas, camisas. «Si llego allí me salvo. Allí la gente del mayor no se atreverá a hacerme nada.» Apresuró su carrera; saltó sobre las raíces salientes de un árbol y cruzó la calle sin mirar, sintiendo a su paso un rastro de cornetas y aceite quemado. Llegó junto a un puesto donde colgaba una hilera de pantalones plateados. Miró hacia atrás. No vio a la mujer con la gorra. Se quedó inmóvil, mirando a las personas que pasaban como un río incesante. El pecho le ardía y un sabor a cemento le quemaba la lengua. Cogió aire.

Frente a él se detuvo un carro. De allí bajó la mujer acompañada de un hombre muy alto, con lentes de sol. Él los miró con gelidez. La mujer le lanzó una patada en la ingle y lo dobló como a un gusano. Luego, con toda calma, lo agarró por la camisa y lo arrastró hasta el vehículo. Donizetti vio cómo la gente se alejaba del

lugar o seguía caminando como si nada estuviese sucediendo. Quiso gritar, pero la voz brotó como un hilo rugoso, incomprensible.

Lo lanzaron en la parte de atrás. Una mano lo agarró por el pelo y con un movimiento rápido le colocó una capucha que lo dejó completamente ciego. «Esta vez el asunto es más grave.» Movi6 la cabeza buscando oxígeno y le dieron un manotazo. Sintió terror. La negrura entró en su cabeza. Le pareció que le arrojaban un frasco de tinta en el rostro y que el líquido se iba esparciendo por su cuerpo. Pensó que en pocos segundos se desmayaría, pero al ver que esa sensación de ahogo persistía como una irritación lacerante agitó los brazos. Volvieron a golpearlo. El dolor lo calmó unos segundos, así que al sentir que el terror retornaba intentó ponerse de pie para que lo golpeasen de nuevo. Le dieron un zapatazo en la nuca. Su espalda pareció crujir. Tuvo en la piel la sensación de un millón de agujijones que se clavaban en sus huesos. Apretó las mandíbulas. Cuando le pareció que el pánico regresaba comenzó a pensar en *La Pasión según San Mateo*. «Nunca la he escuchado entera. Tengo que vivir para escucharla entera. Para escucharla con Jaime, para que me vea llorando al oírla. Para que lloremos juntos y compartamos la sospecha de que Dios solo existe cuando la escuchamos.» Apretó los párpados. La música burbujeó en su cabeza. Lo condujo por un túnel sonoro. Entró en su cuerpo; lo volvió un vapor; una emanación eléctrica, como relámpagos saltando entre nubes.

El carro se detuvo y Donizetti pensó que caía violentamente dentro de sí mismo. Dio un traspié al bajarse, pero lo sostuvieron por las axilas. Oyó el arrastrar de sus pies; un desagüe; una moto a toda velocidad; televisores encendidos. Luego se dio cuenta de que bajaba por una escalera y una humedad ácida lo fue envolviendo. Unas manos huesudas lo obligaron a tirarse en el suelo. Allí le ordenaron que se moviese hacia atrás y cuando sintió una superficie cálida, se detuvo.

Luego se hizo el silencio.

Se dio cuenta de que temblaba igual que si tuviese fiebre. Podía escuchar con nitidez los latidos de su corazón. Imaginó sus venas hinchadas, a punto de estallar. Escuchó una voz de mujer rindiendo una especie de informe:

–Por casualidad nos tropezamos con la gente del 8 de Mayo. Yo creo que andan buscando al otro, pero en cuanto les echamos plomo se fueron.

Algo se movió junto a Donizetti. Se dio cuenta de que había apoyado su espalda en la espalda de otra persona. Supo que otro ser aterrorizado estaba junto a él. Trató de pensar de nuevo en Bach; en la carne de pato que había comido en París; en la imagen de Verónica al desnudarse.

La luz saltó sobre sus ojos como un puño de arena.

Un sol sucio apareció en una pequeña ventana situada en la parte superior de una pared. Le habían quitado la capucha con un rápido movimiento. El mayor lo observaba con gesto hierático, concentrado. La mujer con la gorra de Magallanes y

un hombre de huesos afilados lo obligaron a ponerse de pie. Alzó la barbilla. A su lado colocaron a otra persona. Giró el rostro para verla.

Allí estaba Matías. Un Matías con los ojos desorbitados.

–Entonces, compañeros, ustedes pensaron que me iban a joder a mí –rugió el militar.

Donizetti negó con la cabeza. Supo que su gesto estaba lleno de cobardía y humillación. No le importó. Se sentía eufórico de poder respirar sin el estorbo de la capucha.

El mayor se acercó a ellos, tomó la cabeza de Matías por un lado y por el otro la de Donizetti, y con un movimiento veloz golpeó una contra otra. Un sonido como el de una vieja campana quedó flotando en el cerebro de ambos.

## Chapatín

Era él. Lo reconocí por la cojera. Se bajó de una Hummer y llevaba ropa costosa, pero con toda seguridad era él. Resultaba obvio por qué desde siempre lo llamaban el Ñato. Era clavado al Ñato Marcel, el boxeador que en los setenta le quitó el campeonato al venezolano Antonio Gómez.

Los años parecían haberlo respetado. Esa es una ventaja que tienen los feos. Envejecen bien. El tiempo no tiene nada que robarles porque nunca poseyeron nada.

Yo iba con una bolsa llena de mandarinas. Acababa de encontrarme un camión repleto y, aunque no me gustan demasiado, pedí dos kilos y medio.

Comprobé con disimulo que el hombre rodeado por cuatro motorizados era mi antiguo vecino y entré al abasto de los portugueses donde, según el rumor, había llegado un cargamento de leche. Agarré tres litros, pero con una señal, un empleado me advirtió que solo podía llevarme uno. Cuando pagué en la caja, el propio dueño del abasto me marcó el dedo con tinta. Lo miré con odio. Él se encogió de hombros.

—Es que así no pueden comprar dos veces; si no lo hago de esa manera en tres minutos se termina y la mayor parte de los clientes se queda sin nada. No es mi culpa.

Salí de nuevo a la calle. El Ñato hablaba con los motorizados; se dirigía especialmente a uno de ellos a quien apuntaba con su dedo de manera contundente. Ninguno se atrevía a alzar el rostro. Apresuré el paso, pero el Ñato quizás intuyó mi silueta y se volteó hacia mí. Lo suficiente para que se cruzaran nuestras miradas y él alzara la mano para saludarme con toda naturalidad.

Lo admito. Me sorprendió. Quizás, hasta puedo decir que llegó a emocionarme. Se acordaba de mí. Probablemente era una lacra, un roedor, un alacrán peligroso, un desgraciado, pero había retenido mi rostro y eso me alegró. Los últimos días, relacionándome tanto con el opaco y querido Donizetti, me habían despertado el miedo de contagiarme de su desbocada tendencia a la invisibilidad.

Continué mi camino, pero durante pocos segundos sentí que el vigor de mis años liceístas retornaba. Podía venirse el mundo sobre mí. No pasaba nada. Le diría al Ñato. Llamaría a mi vecino el Ñato. El peligroso Ñato. El temible Ñato. Mi pana el Ñato que debió aparecer tiempo atrás y espantar a tiros a los que invadieron la emisora de radio para dejarme sin trabajo. Mi colega el Ñato, que debió irrumpir la tarde en que nos quitaron el negocio y con un gesto feroz de su cara alejar para siempre a los que nos expulsaron de la zapatería.

Dejé en casa la fruta y llamé a mi taxista. Debía continuar con el plan. Me resultaba extraño que Donizetti no hubiese regresado, pero no quedaba más remedio que aguardar y seguir adelante.

Fuimos hasta plaza Venezuela. Allí esperé junto al metro. Los años en la radio me habían facilitado conocer a todo tipo de personas. Hoy me había citado con Chapatín, un psiquiatra insomne que llamó muchas veces al programa y que llevaba en su sangre buena parte de los medicamentos que deberían curar a sus pacientes. Nunca supe que curase a nadie, pero quizás no era mala persona. Necesitaba dinero. Siempre necesitaba dinero. Le gustaba apostar a los caballos y comer en restaurantes caros. Creo que su verdadero nombre era Roberto. Solía vivir en apartamentos de lujo e instalar sus clínicas en lugares costosos y amplios, alquileres altos que indefectiblemente dejaba de pagar después de transcurridos pocos meses; entonces era demandado por los dueños; perdía; apelaba; volvía a perder; volvía a apelar. La lentitud de los tribunales le garantizaba seis o siete años de impunidad, hasta que lo obligaban a abandonar las propiedades que había ocupado y, entonces, se declaraba en quiebra. Pero la última vez cometió una imperdonable equivocación. Intentó estafar a una familia de napolitanos que negociaba con diamantes. Comenzó el largo proceso de siempre y con media sonrisa dijo a los dueños de la casa que no podrían sacarlo nunca. El fin de semana siguiente, sus dos hijos se mataron en un accidente: cayeron por el agujero de un ascensor que estaba fuera de servicio. Chapatín enloqueció de dolor, pero comprendió lo sucedido cuando en un sobre recibió una nota: «Siempre es mejor utilizar las escaleras».

Ahora se encontraba especialmente jodido.

Me quedé cerca de la puerta del metro, con aire distraído, casual. Estuve un rato contemplando los rostros de la gente. Muchos sonreían y bromeaban entre ellos. Era algo que me gustaba de mi ciudad: la risa era indestructible. Las carcajadas resonaban en medio de los escombros. Quizás eso había evitado una locura general, un suicidio en masa. Vi aparecer a Chapatín por la escalera eléctrica. Alzó el rostro para saludarme. Tenía el rostro color apio y las mejillas taladradas con agujeros de un antiguo acné. Nos saludamos. Al abrazarme, introdujo en mi bolsillo una pequeña bolsa de plástico. Me preguntó por la familia y por el trabajo. Di respuestas vagas y le estreché la mano para despedirme. Entonces le pasé los billetes que habíamos acordado.

Volví al destartado taxi que me esperaba.

Pensé que cuando me marchase, extrañaría los paseos en aquella carcacha derruida. La fealdad es solo un punto de vista. A mí aquel amasijo de hierros que se arrastraba con ruido asmático y me protegía de la aspereza de la ciudad, me producía una rara mezcla de ternura y alivio.

Miré mi teléfono.

Nada.  
Donizetti no llamaba ni enviaba mensajes.

## Décimo primero

Un zumbido.

Dentro de su cabeza repicó un zumbido que le atravesó el cráneo como si fuese un globo vaciándose de aire. Cerró los ojos. Manchas verdes y azules flotaron en sus pupilas. Intentó buscar apoyo y extendió su mano, pero descubrió que Matías había caído al suelo. Intentó hacer lo mismo. Se fue arrodillando hasta que se acurrucó en el piso de granito. Permaneció unos segundos pensando que la presencia de Matías en este lugar le resultaba incongruente. No pudo meditarlo demasiado porque le lanzaron dos patadas a las costillas y se quedó sin aire. Esperó. Contó los segundos hasta que volviesen a golpearlo pero solo el silencio se desplegó frente a él. «Descubrieron que deseaba robar el maletín, pero ¿para qué capturaron a Matías?»

La mujer con la gorra de Magallanes los agarró firmemente por el pelo y los puso de pie. Donizetti sintió que los ojos se le abrían desmesuradamente; imaginó que le saltaban como pelotas de ping pong.

Los colocaron uno junto al otro. Se hizo un largo silencio. Imaginó que no se trataba de una casualidad: enmudecían a propósito para que él y Matías sintiesen los segundos como una antesala aterradora en la que sus sienes latían y cada músculo se contraía esperando un nuevo puñetazo.

–A ver, compañeros –soltó el mayor mientras se miraba las palmas de las manos–. ¿Ustedes de verdad se creyeron que podían joderme?

–No sé de qué hablas –respondió Donizetti y el mayor le soltó una bofetada.

–¿Yo te dije que podías responder? ¿Te dije que tenías derecho de palabra?

Donizetti negó con la cabeza. Comprendió por qué Matías había permanecido en silencio. La experiencia del dolor dejaba rápidas huellas en las personas.

–Ustedes vieron que el de Wikileaks comenzó su red de acusaciones filtrando informaciones en varios blogs y pensaron que aquí podían hacer lo mismo; que aquí ese pendejo truco les iba a funcionar.

Donizetti estuvo a punto de levantar el rostro para decirle que se equivocaba, pero intuyó que un nuevo puñetazo podía viajar hasta sus dientes. Quedó inmóvil. Casi no respiraba.

–Porque yo sé que fueron ustedes dos. Yo soy un profesional de Inteligencia y ustedes, unos pendejos. Mira que dejar una clave con letras en unas alitas de mariposa... –dijo a Matías muy cerca de su rostro, mostrándole su dentadura y echándole encima su aliento–. ¿Tú sabes las claves complicadas que utilizamos nosotros? ¿Los mensajes encriptados que construimos y que desciframos? No

tienes ni idea. Yo estuve años recibiendo mensajes en películas porno. Veía a la gente templando y me excitaba, pero sabía que allí venían los mensajes codificados. Nunca nos descubrieron.

Donizetti mantuvo baja la mirada. Intuyó que no se encontraba allí por su plan con los maletines. A pesar del miedo y los golpes, experimentó una suerte de alivio; como si salvaguardando esa parte suya los golpes doliesen menos.

–Y yo sé que lo de los blogs lo orquestaron ustedes –rugió el mayor–. Tú, Matías, filtraste las informaciones, y tú, Donizetti, se las entregaste a Matías para que las filtrara. Y aquí las cosas se están poniendo jodidas, esta vez no podrán llevarle relojes al comandante, ni *top-models* desempleadas, ahora que lo operaron él ya no va a poder hacer nada con ellas.

El silencio se extendió por la habitación. Donizetti solo pudo escuchar su propia respiración fragorosa, cansada, como los muelles vencidos de una cama vieja. Debía calcular el momento justo en que debería defenderse. No era justo que lo matasen por algo que ni siquiera comprendía. ¿Qué blogs?

–Y es que ustedes son bien comemierdas. Se creen que con todo lo que está pasando aquí, si ponen dos o tres denuncias en internet, estas se irán multiplicando en otros blogs y el escándalo será mayúsculo. Comemierdas, comemierdas, tres veces comemierdas. Aquí todos los días hay denuncias de ese tipo. Unas verdaderas y las otras inventadas por la CIA. Aquí ya nadie se sorprende ni se escandaliza. ¿Dónde viven ustedes? ¿En La Haya?

Donizetti trató de respirar con lentitud, quería lograr que su corazón latiese con un ritmo pausado.

En alguna película vista con su padre recordaba a un maestro yoga que lograba soportar una golpiza gracias a sus poderes. «Debí hacer yoga alguna vez; debí hacer ejercicio; debí cuidarme. Menos arepas de chicharrón, menos whisky, menos cigarrillos, menos jugos de caña con amebiasis, menos horas de sofá escuchando música.» Intentó analizar cuál debía ser su respuesta. No le sería fácil mentir, porque no conocía la verdad. Sospechaba que el idiota de Matías había hecho algo en internet; algo que había perturbado al mayor de una manera inusual. Lo curioso era el rostro perplejo de su compañero de trabajo. «Está asustado igual que yo. Algo se ha salido de sus cálculos. Hay algo que no le encaja y que puede ser muy peligroso.»

–Ahora mismo me dicen quiénes les dieron esos papeles. Yo he sido paciente. Ustedes querían jugar a los espías, pues yo les daba una patadita para que se calmasen; pero se les está yendo la mano. A mí la infamia de los maletines no me importa; pero con los rusos no me va a hacer quedar mal nadie. Con eso no se pongan a inventar porque esos asuntos son peligrosos de verdad.

Las últimas frases las dijo dando bofetones a ambos. Era obvio que los despreciaba, pero a un mismo tiempo, algo sucedía; había comenzado a temerles.

–A ver... no sé qué dices –murmuró Matías–. Ya está bien. Ya me cansé de esta vaina. No sé qué dices pero seguro es otra de tus vagabunderías. El que no la debe, no la teme, carajo.

El mayor le disparó un puñetazo y la nariz de Matías crujió como una cucaracha aplastada. Donizetti lo vio rodar por el suelo y tropezar contra una pared. Junto a él comenzó a crecer una línea roja que se fue alargando con parsimonia.

–Ustedes me subestimaron. Mucha gente me subestima. Por eso terminé cuidando una agencia de periodistas pendejos en vez de hacer algo importante; y ustedes creyeron que se iban a colgar una medallita acusándome de lo primero que se les ocurriese. Y se ven muy graciosos jugando a los soldaditos, con esos uniformes de comemierdas, cantando cancioncitas del 8 de Mayo, que no sé por qué carajo lo celebran ustedes como fecha patria, pero yo soy un profesional. Le metieron un tiro a mi compañero, pero conmigo, si lo intentan, les va a salir mal.

El lamento de Matías se escuchó como un chillido lejano, una bisagra sin aceite. Donizetti enterró todavía más la mirada, pero se quedó con una palabra: «los rusos; los rusos; los rusos».

El mayor hizo una seña. A él y a Matías los arrastraron a otra habitación que dejaba escapar un vaho de humedad y de cal.

–¿Entonces no me van a decir quién les dio esos documentos falsos? Pues como no me van a decir nada, yo les voy a mostrar algo. Algo que me enseñaron en México.

Donizetti abrió los ojos y contempló un baño de cerámicas color marfil.

–Como siguen sin querer colaborar, les voy a mostrar un regalito que me hizo la policía mexicana y la CIA hace varios años. Me capturaron en Guadalajara en unas labores de inteligencia, y como se los puse difícil, me dieron un bañito... pero nunca les conté nada. Jamás. Se quedaron con las ganas de oírme delatar a alguien... Vamos a ver si ustedes tienen tanto aguante como yo.

Donizetti abrió los ojos espantado. Frente a él resplandecía una poceta blanquísima, muy estrecha y repleta de mierda hasta arriba. Arqueó las cejas. Se notaba que varias personas llevaban días utilizándola para colmarla de ese modo. Miró a Matías. Casi le imploró que tuviese sentido común, que soltara algo, que dijese cualquier cosa. Luego sintió la manaza del mayor aferrar su cabello y el de su compañero.

Volvió a mirar a Matías de reojo. No supo descifrar su cara.

Luego sintió una fuerza salvaje que lo lanzaba hacia la poceta. Tuvo el tiempo justo de aguantar la respiración y cerrar los ojos. El mundo se oscureció en un hedor amargo, infernal, pastoso. Le dolió el cráneo. Era obvio que el salvaje del mayor también había hundido la cara de Matías y que a duras penas ambos compartían aquel mínimo espacio. Trató de concentrarse; de no sentir los huesos craneales de Matías golpeando los suyos; de no respirar; de no tragar aquella

inmundicia. Contó. Contó hasta treinta o cuarenta. Se dijo a sí mismo que era muy fuerte, que tenía unos pulmones de hierro y que podía aguantar todavía un buen rato. Escuchó burbujas. Comprendió que Matías había sucumbido y estaba intentando respirar. Apretó las mandíbulas. Las apretó hasta que le dolieron los dientes, pero después de unos segundos no pudo seguir aguantando y abrió la boca para coger aire, un aire inexistente que fue una masa húmeda y asquerosa que penetró de golpe en su garganta. Con la lengua intentó expulsar de su boca todos aquellos trozos que iban entrando entre sus muelas, pero fue inútil. Rugió furioso, lleno de asco y rabia hasta que perdió las fuerzas y, desesperado, intentó ponerse de pie para conseguir un poco de oxígeno. Pensó que se desmayaba, hasta que de golpe, lo elevaron y la luz de la habitación saltó a sus ojos como si le arrojaran trozos de vidrio.

Respiró. Respiró otra vez. Escupió trozos enteros de mierda y luego vomitó largo rato mientras sentía que el estómago le saltaba hasta la boca. Un sudor frío le cubrió la frente y la espalda. Cuando alzó el rostro, descubrió que Matías desfallecía en otro rincón, escupiendo bilis sobre el suelo y con el rostro demacrado.

El mayor volvió a tomarlos por el cabello. «No. No voy a poder. No voy a aguantar que me meta allí otra vez», pensó al tiempo que sentía como el cuerpo se le llenaba de temblores.

–¡Los rusos! –gritó–. ¡Los rusos. Los rusos!

Y el rostro del mayor pareció congelarse.

–¿Qué pasa con ellos?

Donizetti lo miró con lenta persistencia. Sí. ¿Qué pasaba con ellos? ¿Qué debía inventarse ya mismo que pasaba con ellos?

–Los rusos –repitió para ganar unos segundos de tiempo.

## Décimo segundo

Matías lo observó con gesto exhausto. Desde las cejas le colgaban hilos oscuros. Parecía un mendigo; un loco de la calle. Donizetti supo que él debía verse de la misma manera. Se irguió para recuperar una cierta dignidad y esperó que su boca pudiera pensar más rápido que su cerebro:

–Mayor... los rusos. Los rusos no tienen nada contra usted.

–¿Qué sabes tú?

–No tienen nada, mayor. Los rusos, los rusos me tienen mucha confianza, y también a usted, mayor.

–¿Y eso qué tiene que ver con lo que ustedes hicieron?

–Mayor, era una prueba –susurró Donizetti pensando que sus palabras eran lo único que podía salvarlo en ese segundo–. Y usted la ha superado sin dificultad. Los rusos ya saben que usted es de fiar y que no se le escapa ningún detalle.

El mayor se rascó la barbilla. Sus ojos seguían hirviendo de desconfianza, pero muy al fondo de sus pupilas se notaba que deseaba creer a Donizetti. Esas palabras ambiguas le producían algún tipo de alivio y significaban una tregua que necesitaba con urgencia.

–La gente del 8 de Mayo no está con los rusos... –murmuró necesitando que Donizetti lo convenciese con sus argumentos.

–Es que no tengo nada que ver con ellos. Sabrá usted que casi matan a mi mujer y a mi hijastra. ¿Cómo voy a trabajar para una gente así? Lo importante aquí son los rusos. Y ellos están muy conformes. Ellos me advirtieron de que fue usted quien me hizo regresar desde París. Y dijeron que si usted me interrogaba, no antes ni después, le confirmara que todo marcha correctamente.

–Los rusos jamás me han hablado de ti... ¿Y qué interés pueden tener en calumniarme por internet?

Donizetti volvió a cerrar los ojos y se concentró en no mover ningún músculo de su cara. Sabía que existían determinados gestos que evidenciaban una mentira y alguien como el mayor debía haberlos estudiado.

–Sus rusos y los míos no son los mismos..., pero trabajan juntos y no quieren problemas.

–Tú lo que me quieres decir es que los del Servicio Federal de Inteligencia están saboteando a los del Servicio Exterior. Yo sé que tienen una guerra a muerte entre ellos. Pero no son esos los rusos que me preocupan, comemierda. Además, ¿para qué cuelga Matías esos documentos falsos en los blogs? Eso sí que son problemas... Por lo pronto me ha echado encima, como fieras, a los descerebrados del 8 de

Mayo, que quieren demostrar que con quienes se debe trabajar desde el gobierno es con los chinos.

La impasibilidad del rostro del mayor era aparente, ya que uno de sus párpados se movía de manera casi imperceptible; visto de lejos era como si un insecto estuviese pellizcándole un trozo de piel. Donizetti comprendió un par de cosas: que la información aparecida en el blog era cierta y que el mayor le tenía mucho miedo a esos rusos de los que hablaba. Inspiró profundamente y se lo jugó todo a una carta que podía salvarlo o condenarlo a morir asfixiado en unos minutos.

—A ver, si nos sucede algo grave, pensarán que lo que se dice en los blogs es cierto y que nos ha quitado del medio para salvarse. Sería peor. Los rusos, y cientos de personas, vieron a su amiga magallanera meterme en el carro a golpes; y hace dos días yo estaba llevando un maletín a Francia, de donde volví porque usted ordenó que lo hiciese.

El mayor se rascó los nudillos. Dudaba, pero al mismo tiempo parecía intimidado ante la posibilidad de que un acto de fuerza suyo generase una respuesta todavía más poderosa. Agarró a Donizetti por la oreja y casi lo elevó en el aire mientras resoplaba.

—Mira, como me estés engañando te voy a sacar el estómago por el culo. No creas que en México solo me enseñaron este truquito del baño; los malditos de la CIA se esmeraron. Y no solo desgraciaron mi carrera, sino que me dejaron inválido tres años y medio.

Los soltaron en la autopista, justo al lado del río. Olían tan mal que no les molestó la peste que humeaba desde aquellas aguas negras y brillantes.

—Oye, Donizetti... ¿De verdad trabajas para los rusos? —murmuró Matías—. Los rusos ya no son lo que eran, compañero. Te lo digo en serio. Esta gente del mayor está vinculada no solo a los servicios de inteligencia, sino sobre todo a la mafia rusa. Pensé que si se publicaba lo de los blogs, en el gobierno...

Donizetti tomó a su compañero por la camisa.

—Mira, güevón, piérdete. Desaparece. Hazte humo. Vete al carajo. Márchate. Pírate. Casi nos asesinan por tus vainas. Tú y yo tenemos que estar muy lejos o nos van matar. Te lo digo en serio, hazlo por tu mujer. Vete a Corea del Norte; vete a Marte; vete a la selva; vete a donde te sientas bien, pero no me vuelvas a contar nada, no me busques, no me llames, no me mandes mensajes.

—Pero es que el asunto de los blogs...

—Ni me cuentes. Desaparece. Ya. Ya mismo. Tú te vas al norte y yo me voy al sur. Tú agarras hacia el Ávila y yo al sitio contrario. Y si nos volvemos a tropezar, voltea la cara, porque no te voy a reconocer.

Matías no parecía convencido, pero Donizetti se largó sin volverse a mirarlo. El olor de la mierda le ardía en la nariz. Trató de quitarse esa sensación con las uñas.

Caminó sabiendo que las personas que iban en sus carros lo verían como a uno de esos indigentes que buscaban restos de comida al lado de los desagües y las cloacas que desembocaban en el río.

Le pareció recordar que hacía unos años encontraron a uno de esos mendigos con una fogata llena de restos humanos. Llevaba tiempo alimentándose de sus compañeros de infortunio y cuando lo capturó la policía, alegó que nunca se había comido a ninguna mujer: «Son todas como tiernas rosas», dijo con la mirada extraviada en la cámara de televisión que captó el momento.

Donizetti apretó el paso.

A lo lejos, al otro lado de la autopista, descubrió una hilera de supertorres. En una de ellas vivía Manuel. Caminando a buen paso podría llegar en un rato. Dio largas zancadas. Le dolía todo el cuerpo y su propio olor le resultaba insoportable. En ese momento no pensaba en su familia, ni en el maletín, ni en ningún escape. Necesitaba una ducha. Una ducha y un sorbo de agua helada, limpia, transparente. Cada paso que daba, sentía que lo acercaba a la frescura, al alivio.

El sol húmedo se frotaba en su espalda y parecía exacerbar el olor pastoso que brotaba de sus poros.

Cuando apareció la supertorre frente a él, decidió cruzar. No parecía sencillo. Dos perros destrozados en medio del asfalto le demostraron que los carros nunca frenaban a esa altura de la autopista. Uno de los perros estaba casi entero: el hocico abierto, la lengua color tierra, las patas recogidas. Del otro se adivinaban algunas vísceras y una capa de piel adherida al suelo como una brillante alfombra.

Aguardó un rato. No le resultó fácil decidirse. Sentía el golpe del viento cada vez que pasaban los autos y el ruido de los motores que se alejaban le recordaban al de una hoja de papel al rasgarse. Cuando descubrió a lo lejos dos autobuses y un camión, le pareció que podía intentarlo. Se lanzó. Escuchó los cornetazos. Sabía que al ver a alguien en la vía muchos conductores aceleraban por si se trataba de una trampa para atracarlos. Corrió con todas sus fuerzas. Llegó trastabillando al otro lado.

Saltó una cerca de metal, cruzó por dos estacionamientos, salió a una avenida y después de atravesarla vio la torre que buscaba. Comprobó que la gente fingía ignorarlo. Era media tarde y todavía la zona no era tan terriblemente peligrosa como cuando llegaba la noche; pero además su apariencia miserable lo salvaba. Estaba fuera del mundo.

En la entrada del edificio de Manuel vio una hilera de carros desvalijados y un autobús escolar lleno de óxido. Dentro de él, una anciana borracha dormitaba en el suelo y le daba manotazos a otro indigente que intentaba tocarla entre las piernas. Un poco más a la derecha, en una casita minúscula, un gordo inmenso le pasaba cervezas a varios policías y se rascaba la tripa.

«¿Cómo hago ahora?», pensó mirando la torre y las rejas de la entrada. Supo que

nadie lo dejaría acceder al edificio en ese estado.

A lado de un puesto de perros calientes encontró al taxista que solía utilizar Manuel para sus desplazamientos. Lo saludó. El hombre tardó un rato en reconocerlo.

–Coño, ¿qué te hicieron?

–Intentaron secuestrarme. Me tiré al Guaire.

–Carajo, se nota, estás podrido –dijo el taxista–, pero tuviste suerte. La semana pasada un chamo hizo lo mismo y se ahogó.

Donizetti le pidió que llamase a Manuel y le dijese que estaba en la puerta del edificio. Su amigo tardó un rato en aparecer. Bajó con cara de sueño y unas bermudas.

–Pana. ¿Qué fue? –murmuró abriendo mucho los ojos, sin poder ocultar su alarma–. ¿Cuándo llegaste?

–Agua, mi pana, necesito agua, urgente...

Subieron al ascensor. La podredumbre inundó aquella atmósfera cerrada y Manuel tuvo un par de arcadas.

Cuando llegaron al apartamento, Donizetti bebió un litro entero de agua. Sin parar. De un solo golpe. Un agua dulce. El agua más dulce que había bebido nunca. Supo que siempre recordaría aquel sabor. Una sensación de gratitud le recorrió todo el cuerpo. El agua entraba en su boca y se derramaba por sus labios. Se mojó la cara entera, aunque luego comprendió que también le corrían lágrimas por las mejillas. Era tan fácil destruir a una persona. Solo unos días separaban a un hombre que comía un *confit du canard* en París de otro que caminaba impregnado por una costra de mierda en una autopista.

Manuel le dio toallas y un jabón nuevo.

–Mi ropa no te sirve, estás gordo. Te dejo unas cosas que se le quedaron a mi papá.

Se duchó largo rato. Con rabia, se frotó el rostro con la pastilla de jabón. Sintió que le ardía la piel, y cuando creyó que había borrado todo rastro de suciedad, se sentó en el suelo para que el agua de la regadera lo empapara por completo. Se sintió tan pleno que quiso alargar ese minuto hasta la eternidad. Suponía que en cuanto el mayor cubano comprendiese que lo había engañado con lo de los rusos, le metería quince balazos en la cabeza y lo colgaría en un árbol. Pero ahora su mundo era ese chorro de agua que corría por su espalda y que golpeaba en su cabeza. «Uno es inmortal mientras no se muere», susurró abriendo la boca para que la humedad entrase también en su lengua y sus encías.

Al salir, Manuel lo esperaba con un jugo de naranja.

–A ver –le dijo su amigo en voz muy baja–. No podemos conversar ahora porque tengo un muchacho en el cuarto... pero me alegro de que estés bien, hermano. Descansa y mañana me dices qué pasó.

Donizetti asintió con una inclinación lenta de su cabeza. En dos minutos se quedó completamente dormido.

## Otro

Al amanecer preparé café. Calenté pan de pita y le unté una especie de natilla. Donizetti seguía durmiendo en el sofá, escoltado por la figura de un Sugar Ray Leonard que conservaba la felicidad de sus puños en alto.

Lo desperté para que desayunáramos. Seguía teniendo mala cara. Yo también debía mostrar un rostro magullado. Había visto a mi amigo irse a Francia a cuadrar nuestro plan para conseguir un millón de dólares y lo veía regresar cubierto de mierda.

Estuvo callado mientras comía. Cuando bebió el primer sorbo de café pareció bajar a tierra.

–¿Te gusta el pan griego? –murmuró.

–No hay Harina Pan en estos días. Unos amigos prometieron traerme un par de kilos desde España. Allá la venden en todos los negocios de los chinos.

–Ya.

Seguimos un rato en silencio. Una luz cobriza entró por las ventanas. Una luz hermosa, casi mineral, casi líquida.

–¿Y el tipo con el que estabas anoche?

–Lo eché como a las cinco –le respondí.

–¿Y eso?

–Nos conocíamos de algunas fiestas. Me sentía aburrido y el tipo tiene un cuerpito rico. La pasamos bien hasta que me dijo que mi casa era muy bella, exceptuando la habitación del altar. Me dijo que era grotesca, que era fea. Llamé al taxista para que se lo llevase. No tengo tiempo para discutir mi vida con nadie.

Donizetti asintió y pidió más café. Dijo que deseaba volver a bañarse.

–Me gustaría estar limpio. A lo mejor hoy me matan. Hay un militar cubano que se pondrá muy arrecho cuando vea que dije varias mentiras.

Lavé los platos y le pedí a Donizetti que me contase con calma toda la historia. No tenía buena pinta, así que miramos en internet. Fue sencillo dar con un par de blogs de gente del gobierno donde se enumeraban las diversas tropelías que estaba perpetrando un oficial cubano para apropiarse de cantidades que debían facilitar la compra de armamento ruso.

En los últimos años, era algo que sucedía con frecuencia. Los mismos partidarios del Proceso se lanzaban acusaciones de todo tipo y filtraban pruebas que se diluían en el mar de acusaciones y denuncias en que estaba hundido el país. Nunca sucedía nada. Como mucho, un par de titulares en un periódico opositor; pero jamás se desarrollaba una investigación seria.

Comentamos que el mayor estaría angustiado por algo más, por uno de los flecos de la negociación.

–Detrás de esta venta debe estar la mafia rusa –susurré.

–Eso mismo creí entender cuando me pegaban. Tiene sentido, hermano. Al cubano lo veo algunas veces con catires muy altos que tienen pinta de moscovitas. Y ya no se trata de que lo acusen o lo denuncien ante los tribunales, sino de que lo empalen y le revienten los ojos con agujas. Las mafias no se andan con consideraciones.

–Es que esto sí es altamente peligroso. Unos dólares más, unos dólares menos... Aquí nunca pasa nada y nadie se va a dar cuenta, pero si está la mafia rusa...

–Yo desde luego sé muy poco de tanques T 90 o de aviones Sukhoi. Pero el cubano estará asustado, a lo mejor anda cazando gente, a ver si con alguno acierta y descubre quién filtró esos datos. Los negocios son inmensos. Los rusos han dado más de diez mil millones de dólares en créditos a Venezuela para que compre armas. El mayor estará agarrando una buena tajadita y tendrá miedo de que lo descubran. Quizás ahora mismo hay otro par de desgraciados que están llevando palo.

Encendí la radio que conservaba sobre la nevera, en el mismo sitio donde la dejé encendida mi tía Felipa antes de morir. Donizetti y yo estuvimos un rato escuchando entrevistas, canciones, breves comentarios sobre el clima. Suspiré. Me seguía encantando ese mundo donde existían voces en el aire, voces sin cuerpo, voces que eran más que voces. La radio seguía teniendo para mí una cualidad mágica. Todo lo que la rodeaba era para mí un modo de la felicidad.

–Lo único que se me ocurre es enfrentarme al mayor –dijo Donizetti–. Decirle la verdad, que yo no sé nada. Que me inventé lo de los rusos, pero decírselo en la agencia, donde no podrá hacerme nada, y convencerlo de que si me mata dejará libre al culpable y seguirá corriendo peligro.

–No sé si es muy buena idea, pana –le advertí–. ¿Y si te escapas?

–¿Cómo? En los aeropuertos hay personal cubano controlándolo todo.

–Te vas por Falcón, en una lancha que te lleve hasta Aruba. Conozco a un periodista que el gobierno iba a arrestar y que huyó de esa manera.

–Manuel, pero si hago eso a lo loco y logro escaparme, en dos meses mataré de hambre a mi familia. A las dos...

–Pero estarás vivo. Un vivo puede limpiar las calles o recoger comida de la basura o robar carteras en un metro o ganar la lotería.

Donizetti se encogió de hombros. Imaginé que ese gesto era un modo de aceptar mi idea. Hice algunas llamadas.

Después de una hora, le conté que debía tomar un carro de pasajeros hasta la península de Paraguaná, que allí debía preguntar por unos pescadores que lo

trasladarían hasta Aruba, en un viaje que probablemente le revolvería el estómago y lo haría moverse entre olas gigantes.

–Pero mañana estarás fuera.

–¿Y cuánto me costará eso? –preguntó.

Le dije la cifra. Donizetti arqueó las cejas alarmado.

–Manuel, no tengo esa cantidad encima. Le pasé todo a Verónica y a Amandita. Tengo otras cantidades en una cuenta en el exterior, pero seguro esa gente no acepta una tarjeta de crédito extranjera.

Suspiré. Me habría encantado ayudarlo, pero era obvio que me resultaba imposible.

Los dos futuros millonarios que éramos unos días atrás, ahora teníamos que conformarnos con mirarnos los bolsillos vacíos y respirar hondo.

–Mira, yo voy a hacer eso que te dije. Me voy a la agencia, me encaro al perro ese y le digo que está perdiendo el tiempo conmigo. No tengo otra salida.

Quise convencerlo de lo contrario, pero tal vez tenía razón. Le dije que lo acompañaría. Negó con la cabeza. Le pareció un riesgo innecesario y me advirtió que si le sucedía algo, yo debería avisar a sus familias.

–Eso lo puede hacer cualquiera, Donizetti. Pero si te acompaño y vigilo qué sucede, a lo mejor puedo ayudarte.

–¿Cómo?

–No sé. Pero estoy seguro de que cuando la Locomotora Castro estaba noqueado y le sacó un izquierdazo a Jackson en el noveno *round* tampoco sabía cómo podía ayudarse a sí mismo. Y quedó con el rostro desfigurado pero terminó ganando con un solo puñetazo.

## Décimo tercero

Donizetti se dio cuenta: durante todo el camino, Manuel rezaba en murmullos. No le disgustó. Le pareció que ese hilo de voz posponía el miedo; lo ralentizaba. Igual sintió cómo el sudor le bajaba por la frente y le entraba en los ojos. Llevaba la mirada perdida. No reconoció ninguna parte del camino; no fijó un solo detalle de la ruta. En un momento dado, el edificio donde se encontraba la agencia de noticias apareció frente a él, entonces se preguntó adónde iban a parar los minutos que se vivían sin vivir.

Se bajaron del taxi. Donizetti aguardó unos segundos. Meditó si enviar un mensaje a Jaime, si escribir unas palabras cortas para Verónica y Amanda. Luego le repugnó la idea; le pareció estridente, melodramática. «Al menos una apariencia de dignidad siempre viene bien.» A lo lejos atisbó una silueta familiar. El mayor avanzaba por la calle junto a la mujer de la gorra de Magallanes. Al llegar cerca de las puertas de la agencia, ella se marchó, como si solo estuviese verificando que el hombre entraba al edificio. Donizetti se ocultó tras un árbol. «No sé si seré capaz de decir algo.»

Tomó aire.

–Allí va ese carajo –murmuró.

–¿Cuál?

–El mayor que casi me mata.

Manuel asintió.

–Ah, ese... Pues también tiene tiempo para otras cosas. Hace poco lo vi tirando en plena calle.

–¿Lo viste qué?

–Sí. Tirando con todo. Hasta tengo una foto. Tiene su atractivo el desgraciado.

Manuel manipuló el celular y se la mostró. Pretendía distraer a Donizetti, relajarlo para que entrase más calmado a la oficina. Se dio cuenta de que surtía efecto: su amigo comenzó a carcajearse. El rostro se le iluminó como si desde sus poros brotase una inesperada claridad que se fijó en sus ojos y los volvió de un brillo mineral.

–Es él. Es él. Carajo.

–Te lo dije.

–Y la tipa...

–¿Qué pasa con ella?

–La tipa es Dayana.

–¿Quién?

–Serán hijos de puta los dos. La tipa es Dayana. Se están cogiendo mientras ponen a su gente a matarse entre ellos. Qué vaina más buena, hermano. Estoy salvado. Estoy salvadísimo. Guarda esa foto. Mándala a mi correo y al tuyo ya mismo. Pana, estoy salvado. Eres un genio, Manuel, tus espíritus sí existen. Al menos los tuyos sí, contigo sí. Existen, existen.

Mientras subía en el ascensor sintió una especie de levedad. Una sensación similar a la de un paciente cuando el médico le da un inesperado diagnóstico que lo aleja del peligro de morir. Fue ordenando sus palabras, agrupando el discurso de los próximos minutos. Atravesó los despachos y con absoluta tranquilidad entró a la oficina del mayor sin llamar a la puerta.

–¿Qué haces aquí? –dijo aquel hombre con rostro sorprendido y un gesto de incredulidad que se mantuvo incluso cuando sacó una PSS plateada de su escritorio.

–A ver, mayor... déjate de violencias. Ya sé que con esa pistola que me estás mostrando puedes llenarme la cara de tiros en completo silencio. Pero vengo en son de paz. Vengo a ayudarte. Soy una persona generosa.

–¿Qué mierda te pasa?

–Ayer casi me matas y yo en cambio aparezco aquí para echarte una mano.

–¿De qué hablas, comemierda? ¿No tuviste suficiente?

–Eso estuvo mal, mayor. Tú sabes que yo no tengo que ver con ese asunto de los rusos.

–Y tampoco conoces a ninguno, Donizetti. Te dejé ir porque me dio la gana. Sabía que me estabas mintiendo –murmuró el mayor y le tembló la barbilla.

El militar colocó el arma al alcance de su mano. Se le veía inseguro. Una película de sudor brillantaba su frente.

«Qué frágiles son los hombres poderosos; tienen tanta fuerza que deben invertir la vida en conservarla», pensó Donizetti, sintiéndose cada vez más dueño de la situación.

Recordó aquella novela de Graham Greene en la que el narrador advertía que un investigador aficionado llegará siempre mucho más lejos que uno profesional, porque su torpeza, su irresponsabilidad, lo conducirán directamente a lugares donde el otro no se atrevería a acceder sin dar mil vueltas.

–Necesito que me dejes en paz. No puede ser que cada dos semanas tu gente me secuestre y me dé una paliza.

–¿Y qué piensas hacer para evitarlo? A ver si nosotros arreglamos eso pegándote un tiro –escupió el mayor.

–Mejor que no. Si a mí me pasa algo, digamos ahora mismo, o en los próximos días o semanas, si me pasa cualquier cosa, verás en la red unas fotos tuyas con

Dayana –dijo Donizetti, y se sintió eufórico al ver que el mayor palidecía y la boca se le hinchaba como la piel de un sapo.

–¿Qué carajo dices tú? –gritó el militar, pero los ojos parecieron vibrarle como si alguien le acabase de dar un batazo en el cráneo.

–Lo que oíste. Si algo me ocurre, al mismo tiempo, de varios lugares del mundo, se publicarán en internet unas fotos tuyas con Dayana. Y sabes que no me lo estoy inventando.

Se hizo un largo silencio. El militar se rascó la barbilla. En el cuello, una arteria empezó a palparle. A Donizetti le recordó esa oportunidad cuando su padre atrapó un pequeño ratón y, al elevarlo por la cola, notaron cómo el pecho del roedor parecía estallar con cada latido.

–Comemierda, a ella la dejas fuera de este asunto –masculló el militar con aire cansado, igual que si la tensión acumulada en los últimos tiempos hubiese caído de golpe sobre sus hombros.

A Donizetti le gustó ese ataque de ira. La fiereza casi siempre es el punto exacto donde se inicia la fragilidad.

–Si es a ella a quien quiero salvar –respondió–. Tú conoces a la gente del 8 de Mayo. Sabes mejor que yo que varios tienen antecedentes penales desde hace muchísimo tiempo. Es cierto que con el trabajo político los compañeros se nos han reformado, pero no sé..., a veces tengo mis dudas. Hace poco escuché que la gente de ese grupo, para lograr un pacto del gobierno con el pran de una cárcel amotinada, les llevaron mujeres a las celdas de los presos como gesto de buena voluntad. ¿Te imaginas que en una de esas negociaciones lleven a tu Dayana a una de esas cárceles? ¿Imaginas a la pobre arrojada en medio de treinta, cuarenta tipos que tienen años sin ver una mujer?

–Hijo de puta... –dijo el mayor y empuñó la PSS.

–No me entiendes, te estoy ofreciendo todo lo contrario. Salvarla. Tú sabes que con la gente de ella y con los rusos no se juega.

La mención de los rusos, de nuevo hizo palidecer al mayor.

–Cállate, pendejo. Cállate ya –dijo, y se cubrió el rostro con las manos. Luego hizo una seña a Donizetti para que salieran del despacho.

En la puerta le dijo con voz neutra que todas las semanas revisaba su cubículo en busca de micrófonos.

–Vamos a bebernos algo en cualquier sitio –susurró el mayor. Y su voz dejó de ser amenazante.

–¿Y quién te vigila a ti?

–Cualquiera. Todos. A lo mejor tú mismo; a lo mejor varios. Nunca sabes quién. De eso se trata. De que siempre pienses que hay un ojo que te ve, como dicen los Dan Den.

–¿Quiénes?

–Olvídalo. Tú eres de Bach y esas cosas, ¿no?

Donizetti subió al ascensor y sintió que el mayor tenía un olor áspero, una mezcla de colonia costosa con ese sudor que brota del miedo.

–Es importante –volvió a advertir Donizetti– que tengas muy claro que si te pasa por la mente llevarme a un sitio y matarme, tendrás problemas. Si estoy vivo, puedo ser tu solución, pero muerto seré tu peor pesadilla.

Los ojos del militar se clavaron en él con pupilas humeantes.

Llegaron a un sitio de recargadas cortinas rojas, un lugar con olor a polvo y anchoas. El mesonero les sirvió un par de cervezas. Desde el fondo de la jarra subían burbujas de oro.

Donizetti le envió un mensaje a Manuel. Al rato lo vio entrar al bar y sentarse en una mesa próxima a la entrada.

El mayor se frotó los párpados y bebió un gran sorbo de cerveza, luego se quitó la espuma con un manotazo.

–A ver, comemierda, que es lo que tú necesitas –dijo con voz cavernosa–. Te tengo muy detectado. Eres un pendejo muy endeudado y no eres una mala persona. No vas a querer que me maten y que maten a Dayana. Si hablas nos lanzas encima a los rusos y a los chinos, porque la gente del 8 de Mayo tiene muchas relaciones con los chinos y ellos también quieren vender sus armas y vender más armas que los rusos. Pero ¿qué ganas tú con eso?

–Yo solo quiero vivir. Quiero que dejes de acoñacearme cada dos semanas.

–¿Eso es todo?

–En principio sí. Ah, bueno, y ahora vas a pagar estas cervezas. Me robaste un dinero.

–Era para mi gente.

–Pues a tu gente le vas a ordenar no solo que no me moleste, sino que me cuide como si fueses tú mismo.

–No creo que te guste saber que liquidan a dos personas por tu culpa. No eres de esa pasta. Raúl sí. A Raúl no le importó darle tus datos a los del 8 de Mayo. Pensaron que te estabas metiendo en el negocio de la importación de comida con el coronel y Gonzalo... y ellos querían un trozo de ese negocio...

–Eso ya lo sé. Estás perdiendo facultades si crees que con eso me sorprendes. Raúl es una rata, pero ahora eso no me importa. ¿Por qué me hiciste regresar de París?

–Necesitaba tener localizados a todos los que pudiesen estar detrás de las denuncias sobre el armamento ruso. Es un momento confuso. Lo de los maletines puede seguir adelante sin tanta parafernalia. Si viaja una sola persona con el dinero será suficiente. Ya sabes que dicen que el comandante está muy enfermo. La gente anda como loca. Claro que intentarán no soltar el poder; maniobrarán y a lo mejor

lo consiguen; utilizarán el fantasma del comandante, como han hecho los peronistas en Argentina desde siempre. Pero quién sabe si les dará resultado mucho tiempo... Ahora lo que hay es una desbandada invisible. Todo el mundo se anda protegiendo. Todo el mundo está sacando sus ahorros, por si acaso. Yo no me voy a quedar aquí para que, si pasa algo, me linchen.

—¿Y Dayana?

—Oye, Dayana y yo queremos irnos. Necesitamos irnos. No fue algo que planificamos. Yo tengo mi mujer; ella su marido, pero las cosas pasaron así... Y los rusos, o los chinos, o su propia gente, van a terminar matándome. Pero hasta ahora Dayana se encuentra fuera de toda sospecha. Solo tú puedes hacerle daño, y tú no vas a querer eso. Porque si a ella le pasa algo, ruega que a mí me jodan también... o te iré a buscar al fin del mundo y tendrás una muerte larga y dolorosa. Y no solo tú, sino todos los tuyos. Te prometo que vas a sufrir mucho.

—Mira, no me amenaces. Yo no gano nada jodiendo a ninguno de los dos —respondió Donizetti, mientras sentía que el estómago se le volvía una piedra de hielo—. Me gustan las historias de amor.

—Muéstrame ahora mismo esas fotos, Donizetti. Porque podría pensar que es un farol. Y si es así, si no tienes nada, como ya te has enterado de mi relación con ella, tengo que pegarte un tiro aquí mismo y decir que estabas intentando sobornarme para que nos escapásemos a Miami y le entregáramos información a la DEA y a la CIA.

Donizetti buscó en su Blackberry. Tardó un rato. La conexión no era buena. Las manos le temblaban. Al final logró entrar a su correo y pinchó la foto.

—Pues mira esta. Tengo varias... pero esta quedó bien.

El mayor la miró unos segundos. Apretó la boca. Incómodo. Donizetti le echó una ojeada y sintió un pinchazo en la ingle al ver el rostro pleno de Dayana entregada a una mamada feroz.

Pidieron otra ronda de cervezas.

—No puedo ofrecerte dinero por esas fotos. Jamás tendría garantía de que las has destruido del todo.

Donizetti no pudo evitar un gesto de indiferencia.

—Es verdad. Pero piensa que en el momento en que las muestre, te destruyo a ti y la destruyo a ella. Y si alguno de los dos queda vivo, me asesinará. La única manera de que a ninguno de los tres nos pase nada es quedarnos tal y como estamos ahora. Yo con las fotos de ustedes escondidas. Y ustedes, muy lejos de mí.

—Pues eso parece.

—Ya te lo dije: si algo me sucede, si me siento desesperado, si no tengo nada que perder, las fotos aparecerán. La solución es sencilla: yo los protejo a ustedes dos y tú me dejas en paz.

—No es un gran trato para ti. ¿En qué andas? Seguro que te estás inventando

algún negocio con el pájaro ese con el que sabemos que te la pasas y que hace un rato entró a este bar pensando que yo no me he dado cuenta. Ten cuidado, los pájaros no son de fiar. En la isla las cosas empezaron a andar mal cuando dejamos de meter a los mariconsones en los campos de reeducación.

–No estoy en nada importante. Sobreviviendo. El que tiene problemas eres tú. ¿Cuánto crees que van a tardar los rusos en descubrir que algunos maletines para apoyar los negocios de armamento ruso están siendo dirigidos a cuentas tuyas y no a personas que apoyan la negociación? Esos sí que no tienen piedad. Hablamos de mucho dinero y de gente que te puede agarrar la pinga e ir cortándotela en trozos pequeños hasta que te desangres.

–Esos negocios te lo estás inventando. Esas son las calumnias de los blogs.

Mientras soltaba palabras, Donizetti intentaba que su mente se moviese a toda velocidad. De nuevo la imagen jugosa, rebosante de los maletines apareció en sus pensamientos.

–Mira, yo quiero ayudarte. Tú mismo me has dicho que debes escapar. Que debes llevarte a Dayana. La única solución es escaparse ya. Seguro tienes un dinerito ahorrado. Deja la ambición y lárgate ahora mismo.

–Lo sé. Pero todos los aeropuertos y los puertos de este país están vigilados por los compañeros del G2. ¿Cuántos minutos crees que duraría yo antes de que me arrestaran?

Donizetti llamó al mesonero y le pidió unos tequeños. Tenía el estómago sellado por la angustia, pero quería fingir apetito y aparentar normalidad.

–Podrías pagarles. Por una cantidad razonable se les olvida que tú no puedes salir del país sin una autorización de La Habana. Tú y yo sabemos que hay un montón de personal cubano que se ha escapado a Colombia de ese modo, dando una buena propina en Maiquetía.

–Así se han escapado un montón de los compañeros que yo tenía asignados y a los que debía vigilar. Pero no es lo mismo un enfermero, un especialista en telecomunicaciones, un gestor cultural o un médico que un oficial de Inteligencia.

El mayor expandió su pecho y luego soltó un bufido. Parecía desesperado.

–Eso te lo resuelvo ya, mayor. Te vas ahorita mismo a La Bandera y agarras un carro hasta Falcón, como un pasajero cualquiera, allí te buscas un autobús que te lleve hasta la península de Paraguaná y contactas con unos pescadores a los que yo avisaré. Y en unas horas estarás en Aruba. Es un viaje jodido, aunque no muy largo; lo más probable es que no pares de vomitar con esas olas inmensas que rodearán el bote, pero cuando llegues estarás libre. Allí ya podrás agarrar un avión y largarte a otro sitio. A Panamá, por ejemplo. Allí dicen que ahora mismo se vive tranquilo y que hay unos sastres estupendos. Puedes llegar y mandarte hacer un traje de primera para pasear por la ciudad.

–¿Y Dayana?

–Dayana que agarre hoy mismo un avión. De ella no desconfían. Incluso te puede esperar en Aruba.

–Una locura.

–Por eso mismo es tu única posibilidad. Nadie está esperando que hagas algo así. Imaginan que estarás cuadrando un plan detallado

–Tendría que preparar muchas cosas.

–Ni de vaina. La única opción es que te largues ya mismo. Nadie lo espera. La gente acaba de verte salir de la oficina y tu computadora está encendida. Pasarán varias horas, mejor aún, pasará al menos un día hasta que se den cuenta. Tienes que irte ya. Pero ya es ya. Levantarte ahora mismo y largarte. Tú eres un experto en acciones de Inteligencia, estoy seguro de que siempre llevas encima dinero en efectivo por si sucede una eventualidad.

Donizetti miró de soslayo a Manuel. Le pareció que se tomaba un whisky mientras fingía leer una revista de apuestas con caballos.

–Los rusos sí me pueden joder. Son profesionales. Y hasta ahora no han actuado porque les he mostrado todas mis cuentas y saben que no hay nada de qué acusarme.

–Ajá –dijo Donizetti–. Hasta ahora los has engañado. Pero ya sabes que te están investigando y tarde o temprano... Además, tú mismo dices que hay un clima extraño, y ya sabemos todo lo que ha estado sucediendo en la agencia con los maletines, con los negocios de comida podrida, con...

–Eso no me preocupa. El coronel y Gonzalo son unos payasos. El general que nos dirige les permite que se queden con migajas, con sobras. Y ahora mismo andan asustados. Intentaron volar alto y no son gente de altura. Mira, Donizetti, esos dos, y hasta el Raúl, son unos angelitos. Aquí sí que hay gente jodida de verdad, gente a la que no le tiembla el pulso. Hay un militar que hace poco mandó a matar a cuatro niños y lo hizo pasar por un secuestro porque el padre de los muchachitos no lo metió en un negocio de lavado de dólares. Aquí los cuarteles están hinchados de tanta coca como tienen dentro. La guerrilla colombiana la pasa en camiones y luego, desde los cuarteles, vuela hasta México o la meten en barcos para España. Aquí está pasando de todo. Mira lo del juez Garrido. Allí el coronel y Gonzalo se metieron en verdaderos problemas por intentar ayudarlo a sacar dinero del país. Y el tipo estaba descarriado, comenzó a investigar y a chantajear a unos empresarios que en ese momento eran supuestamente de la oposición, pero que funcionaban como la tapadera de la mafia rusa que está llevando los negocios de las armas. Así que como bien sabes, lo volaron en trocitos, y te miento si te digo que lo volaron los rusos o la gente del SEBIN o el G2 o la Guardia Presidencial.

–¿No sabes quiénes lo hicieron? –interrumpió Donizetti mientras apartaba la jarra vacía de cerveza y se limpiaba los labios con una servilleta.

–No, pero desde luego, en el alto gobierno sí saben qué sucedió.

–Pues vete a Estados Unidos y cuentas eso.

–No. No creas que esa es una buena opción. Los gringos, mientras circule el petróleo, harán amagos contra el comandante, pero no le van a hacer verdadero daño. Compañero, mientras el petróleo viaje, ¿qué importa algún que otro insulto? Y el petróleo no ha dejado de fluir hasta allá. Nunca. Ni cuando la guerra contra Irak. Pero además yo odio a los gringos. Me jodieron la vida y la carrera cuando me agarraron en México y casi me mataron a palos. Por mí que se mueran todos esos comemierdas.

Donizetti se quedó mirando a un punto indeterminado de la pared. ¿Había esperanzas? ¿Después de todo, habría una nueva oportunidad?

–Bueno, si te vas a escapar, tienes que hacerlo hoy mismo. El contacto que te voy a dar funciona hoy. No mañana.

–Ah, Donizetti... yo no trabajaba solo. Supongo que lo sabes o lo imaginas; hay un general, y te voy a hacer el favor de no decirte su nombre, que nos comandaba en todo lo que hacíamos. Y siempre me advirtió que podían aparecer muchas trampas en el camino. Y ese mismo general me dijo esta mañana que así como a Garrido lo volaron por sus ideas ambiciosas y a Gonzalo y al coronel los tuvieron en la mira, si yo estaba engañando a los rusos, me iba a pasar lo mismo; y él no movería un dedo para ayudarme. No sé. ¿Si eso de irme ahora mismo es una trampa que me están poniendo para matarme en una carretera y que aparezca mi cuerpo en Adícora?

–¿Para qué iban a tomarse tantas molestias? A cada rato, uno de esos supuestos médicos cubanos que ustedes han traído aparece muerto en un barrio. Muchas veces porque los alcanza una bala perdida en un tiroteo; o porque se resistieron a un atraco; o porque le cogieron la mujer o el hombre a un malandro; o porque medio mataron a la madre de un pequeño traficante por darle una medicación incorrecta. Tú serías uno más. Otro más. Un lugar en el que matan a diecinueve mil personas cada año no es el lugar donde hay que ocultar una muerte. De hecho, ahora mismo, lo sospechoso en Venezuela es estar vivo. Se piensa mal de cada persona que no matan. ¿Por qué sigue aquí? ¿Por qué no lo han asesinado? Estar vivo en Venezuela es una forma de ser culpable.

## Décimo cuarto

Pidió a Manuel que estuviese muy atento. Le escribiría por el Blackberry; nunca por la computadora. El mayor se lo había advertido. En Venezuela todas las computadoras oficiales o de personas vinculadas a organismos públicos tenían al menos dos virus de espionaje: uno ruso llamado Flame y uno israelí llamado Stuxnex; ambos recogían muchísima información para venderla a decenas de gobiernos. No había palabra que se escribiera en ellas que no pasase por ojos gringos, cubanos, israelíes, rusos, iraníes, chinos e incluso venezolanos.

Lo importante era permanecer atentos de lo que pudiese ocurrir esa misma tarde y no dejar rastros, concluyó Donizetti.

«Hoy puede ser un gran día», pensó al regresar a su despacho. A lo lejos vio a Raúl tomando notas en su cuadernito. En el rostro de su compañero se notaban las huellas de una reciente golpiza; resultaba obvio que el mayor también le había apretado las tuercas. Pero ahora eso no le interesaba en absoluto. Sus pupilas se clavaban en el despacho de Dayana: una puerta marrón donde la luz de las ventanas dejaba un resplandor oleoso.

Pasó hora y media hasta que la vio salir. Sus tacones resonaron con firmeza y la falda se le pegaba a las caderas mientras bamboleante se alejaba a toda prisa. Si alguna duda le quedaba a Donizetti, se despejó cuando ella lo miró con algo de rencor y miedo. «El mayor le dijo que se vaya. El tipo me hizo caso y se va a escapar.»

Calculó cinco minutos y, con decisión se dirigió al baño, pero antes de llegar se desvió hacia la oficina del mayor. Empujó la puerta. Todo estaba exactamente como lo habían dejado al mediodía. Miró la computadora. Encontró mensajes incomprensibles: cifras, informes sobre las personas de la agencia, fotografías de una familia vestida con colores brillantes en una calle habanera y varias notas escaneadas con la letra de Raúl. Las miró unos instantes. Le parecieron llamativas así que las fotografió con su Blackberry.

Hurgó luego en el escritorio. Había improvisado ese plan de proponerle un escape inmediato al mayor para poder realizar esta revisión antes de que nadie supiese que había huido. Desde el principio supo que sacarle dinero era muy mala idea, porque era poner a los rusos detrás de su pista. Lo mejor era continuar con el plan original, apropiarse de un maletín blanco, inofensivo, como el que debía salir pronto hacia París.

En la tercera gaveta encontró varias armas. No las tocó. Una de ellas era la que a él se le había perdido tiempo atrás. Luego descubrió los informes que él mismo le

pasaba al mayor y otros de varios compañeros de la agencia, todos escritos a mano. Al fondo, encontró una serie de papeles enrollados como cigarrillos; en todos pudo ver la letra de Gonzalo haciendo pequeños comentarios sobre el traslado de los maletines. Leyó y leyó hasta que dio con uno que le pareció especialmente interesante: «Suspendido París / Poitiers; ya de vuelta D. ¿Entonces que R. continúe y vaya directo a Zadar? Será para la misma gente, en todo caso».

Esa noche se reunió con Manuel. Miraron las fotos que había hecho de las páginas escaneadas de Raúl. En ellas vieron una serie de iniciales seguidas de cantidades indicadas en gramos y kilos; también un pequeño dibujo en el que se veían casas, una serpenteante línea, un estetoscopio, una corona y unos toros en fila.

–Esto no lo entiendo –murmuró Donizetti–. Pero a lo mejor nos sirve. Lo que sí veo claro es el otro mensaje, el del papelito enrollado; tienen ruta para un nuevo maletín, y viaja hacia Croacia. Raúl irá con nuestro dinero al Adriático.

–¿Te parece que es un maletín blanco? ¿Te parece seguro?

–Supongo que sí. Es el mismo maletín de París que lo movieron por todos los rumores que existen. No quieren repetir la ruta, pero debe ser un maletín con dinero para gente de los medios, de las universidades.

Manuel asintió. Acababa de recibir la confirmación de que el mayor ya iba en una lancha pesquera hacia Aruba. Debían actuar rápido, antes de que en la agencia se alterasen por la inesperada noticia. Acordaron que Donizetti viajaría a Croacia de inmediato, que Manuel se quedaría para seguir a Raúl y vigilar cada movimiento suyo y que, en el momento preciso, cuando ya estuviese en Zadar, ambos actuarían para arrebatarle el maletín y desaparecer con el dinero.

Juntaron todas sus tarjetas de crédito y adquirieron los billetes de avión. Los vuelos hacían escala en Alemania, así que solo compraron el viaje hasta allí. Ya en ese lugar, Donizetti podría utilizar sus cuentas en Nueva York y sacaría dinero de un cajero para comprar su vuelo hasta Croacia y dejar pagado el billete de Manuel. En todos los casos, los billetes estarían a nombre de Carlos Henrique Hernández y Alfredo Marcano. En los registros de salida de Venezuela, nunca figuraría que Manuel y Donizetti abandonaron el país, y cuando al fin alguien hiciera el enlace entre los billetes comprados y ellos dos, ya estarían muy lejos; ya estarían completamente a salvo y en algún remoto lugar, envueltos en un millón de dólares.

Manuel preparó una cena ligera. Ensalada y jugo de frutas.

Mientras servía los platos, Donizetti le contó que antes de marcharse, el mayor le había dado un consejo, que se olvidase de asuntos turbios y se asociase con Gonzalo y el coronel en el nuevo negocio que estaban sacando adelante. Una inmobiliaria que aprovechaba información privilegiada para hacer ofertas en

dólares a las familias opositoras que deseaban salir de Venezuela y que se encontraban ahorcados por el control de cambio que imponía el gobierno.

–Les ofrecen mucho menos de lo que valen las casas. Pero como están desesperados, siempre logran su objetivo. Se están haciendo con una buena fortuna, porque compran por una cuarta parte del valor real.

–Menudos hijos de puta. No me hables más de ellos que me amargas la comida.

En la cena recordaron a su amigo Reig y a las primas Llovet. Luego Donizetti le preguntó a Manuel por su vida, por el momento en que comprendió que le gustaban los hombres.

–No fue nada especial –resopló Manuel–. Es decir, sí lo fue en ese momento, pero hoy en día no me lo parece. Yo pasaba horas frente a una discoteca gay que estaba por Sabana Grande. «Voy a entrar, voy a entrar», pensaba, pero al final me regresaba a casa. Un día, mi tía Felipa me encontró en el salón viendo la tele. Yo temblaba. La noche de los viernes siempre temblaba. Me preparó un primer baño con siete hierbas, cocuy y limones partidos en cruz; y luego otro baño con canela, clavos de olor y colonia. Me los di, y al salir, cuando mis padres no escuchaban, ella me dijo una de esas frases de abuela, dijo que el miedo siempre sería menor que mis ganas de ser feliz. Es una frase tonta y cursi, pero dicha por ella tenía otro sentido. Las frases nunca son malas o buenas; las frases son quienes las dicen.

–Entonces entraste al bar.

–No. Pasé algunos meses más en la puerta. Una vez, hasta los dueños me preguntaron si yo era policía y me ofrecieron dinero.

–¿Y?

–Un día pasaba frente a una discoteca. Vi al hombre más bello del mundo entrando a ese lugar. Parecía un ángel de fuego. Pensé que ir tras un ser así no podía ser malo. La belleza no puede ser mala. Entré. Nunca llegué a verlo; había desaparecido. Pero yo ya estaba dentro. Era un sitio en El Marqués y cuando llevaba yo media hora bailando rodeado de hombres hermosos, apagaron todas las luces. Ese era el sistema. Media hora de luz, media hora a oscuras; y cuando quedaba todo apagado en la pista, tú eras parte del mundo y el mundo era tuyo.

–¿Y entonces?

–Al final todo encajó. Todo lo que había vivido antes. Desde niño, cuando veía las comiquitas de Aquaman, me gustaba Aquaman, pero no quería ser como él, quería estar cerca de él. ¿Lo comprendes?

Donizetti sonrió.

–Claro. A mí me pasaba con las comiquitas de la Mujer Maravilla. Imaginaba que me volvía comiquita y que la abrazaba por la espalda y no me despegaba de ella... ¿Y tu familia?

–Lo de siempre. Mamá lloró al enterarse; papá dijo que era culpa del pollo frito que me daban sin quitarle la piel; y mis hermanas dejaron de hablarme mucho

tiempo. De todos modos, cuando comencé a ganar dinero con el programa de radio, todos olvidaron que me tenían arrechera. Y ahora, creo que ya están muy viejos para volver a odiarme.

Terminaron la ensalada. Donizetti alzó su jugo de naranja.

–Brindemos, hermano, brindemos por los dibujos animados y por el millón de dólares que nos espera.

Los dos vasos sonaron como una campana.

La madrugada que Donizetti viajó a Croacia, la ciudad despertó bajo la lluvia; una lluvia suave, de un terso color ceniza. Apenas se asomó a la ventana sintió que Caracas poseía en ese momento una velocidad diferente; como si cada espacio suyo hubiese decidido hablar en susurros. Estuvo un rato contemplando la avenida. Las gotas de agua parecían ralentizar cada segundo, prolongarlo en una cremosa plenitud. «Y a pesar de todo, este lugar siempre me ha gustado», pensó. Un olor de pinos se elevó sobre las calles todavía oscuras. En el asfalto, un brazo de agua transparente se expandió en segundos y Donizetti pudo contemplar allí el reflejo de los edificios: la temblorosa solidez de sus formas.

Al acabar la lluvia, la ciudad permaneció envuelta en una tenue oscuridad de gamuza. Entonces el viento se llenó de sonidos parpadeantes. Donizetti sonrió. Un sonido remoto, como si la tierra de los jardines y la humedad hablaran: esos sapitos que él nunca había logrado ver y que parecían irrumpir en Caracas como un regalo después de cada lluvia.

Había pedido en el trabajo unas pequeñas vacaciones. Miró su maleta. Llevaba poca ropa. La justa para dar la impresión de que pensaba regresar. Aun así, no pudo evitar colocar algunos discos, un par de perfumes de Verónica y dos o tres juguetes que a la niña le gustaban especialmente.

Cerró la puerta y entró al ascensor, pero no había electricidad, así que bajó por las escaleras.

Le dolía la cabeza. La noche anterior se reunió con Manuel en un sitio de ruidosas salsas. Repasaron el plan. Bebieron cantidades inmensas whisky y bailaron con varias muchachas que habían ido al lugar a celebrar el aniversario de la empresa en la que trabajaban. Dos de ellas parecieron especialmente entusiasmadas. La de Donizetti era pequeña, con el cabello muy corto y una sonrisa con hoyuelos. A él le encantó bailar con ella, le daba una impresión de vuelo, de ligereza, pero al colocar la mano en su cadera esa impresión se transformaba en una consistencia musculosa, firme. «Una mujer de aire y tierra», pensó.

Manuel no descansó ni un segundo porque una rubia alta lo raptó en medio de la pista y no le permitía marcharse. Encantada por su forma de bailar, lo sujetó por los brazos y le rogó que no se separase de ella.

Cerca de las tres, las dos muchachas estaban instaladas en la barra campaneando

sus whiskies y colocadas en medio de Donizetti y Manuel. Ellos conversaban y miraban con prudencia la hora. Después de unos minutos, la más pequeña le dijo a la otra que la acompañase al baño. Donizetti las vio marcharse. Le encantó contemplar la forma poderosa que el pantalón marcaba sobre las curvas de la muchacha.

–Tenemos un problema con esas mujeres, Manuel –dijo–. Yo estoy casado y tu eres gay.

–Coño, es verdad –susurró Manuel con voz grumosa por la ebriedad–. ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

–Mejor que lo adivinen.

–Y mañana, hermano, te vas a preparar nuestra celada. Mañana viajas a un millón de dólares.

Brindaron por eso y cuando regresaron las muchachas, Manuel se fingió ebrio. Donizetti se ofreció a llevarlas en un taxi hasta sus casas y ellas dijeron que no era necesario. La rubia parecía decepcionada.

Donizetti miró una vez más a la muchacha pequeña.

–¿Me vas a llamar? –preguntó la chica.

–Quiero darte un abrazo. Un abrazo gigante. Un abrazo muy grande. Un abrazo corto, tan corto que sea muy grande por todo el abrazo que le quedó pendiente a ese abrazo.

Las vieron marcharse. Un poco antes, la chica le dio a Donizetti un beso muy suave en los labios. Sabor de menta que le pareció una tenue vibración donde la piel de la muchacha continuó ocurriendo segundos después de marcharse.

Repasaron los planes de los próximos días y justo cuando iban a entrar al destartalado taxi que los llevaba a todas partes, Marjorie y un grupo de hombres se bajaron de una camioneta.

–Que no me vea, Manuel. Que no me vea esa mujer –murmuró Donizetti, ocultándose tras unos libros.

–¿Una amante?

–Algo así pero en la justa mitad. Una historia larga que siempre es muy breve –dijo Donizetti.

Al bajar por las escaleras esa mañana, sintió que los whiskies y la aparición de Marjorie le llenaban la cabeza de una sensación grumosa, como si trozos de grasa flotasen en su cerebro. Masticó dos aspirinas. Luego verificó que el taxi lo estuviese esperando. Se tiró en el asiento y se quedó dormido. Abrió los ojos cerca de Maiquetía, cuando un sol incisivo y vaporoso saltaba sobre las nubes.

«No me despedí de mi madre», pensó mientras rodaba su maleta hacia los mostradores de la línea aérea. «Tampoco importa demasiado.» Ya le escribiría un

correo y le enviaría uno de esos regalos neutros que terminan en el fondo de una gaveta. Nada terrible sucedía entre ellos dos. Nada. Una planicie serena.

Los guardias nacionales le hicieron cientos de preguntas sobre su viaje y le hurgaron la maleta con detenimiento. Él respondió sereno. Llevaba bien aprendido su libreto. Soy un profesor ecuatoriano de lengua. Enseño gramática en Ecuador. Vivo en la calle General Francisco Salazar de Quito.

Preguntaron si llevaba algún tipo de alimentos y parecieron decepcionados al ver que no podrían confiscarle nada.

Se sentía relativamente seguro en esa parte del proceso. Solo se pondrían violentos si le encontraban cocaína sin haberles pagado tributo para poder pasarla. Lo cierto es que no ocultaba nada sospechoso. Sabía por su propia experiencia y por la de Manuel que si alguno de los guardias se ponía excesivamente agresivo, un billete de cien dólares lo amansaría.

Otra cosa es que al pasar a las ventanillas descubrieran que su pasaporte era falso. Allí llamarían a los asesores cubanos y en un rato estaría desnudo, con las manos atadas a la espalda explicando cómo pensaba asesinar al presidente-comandante. Al menos una vez cada tres meses, personas atrapadas en el aeropuerto con papeles dudosos eran acusadas de intentos de magnicidio. Luego había escuchado que terminaban soltándolos por falta de pruebas; el problema era que a él, si lo dejaban libre, posiblemente lo estarían esperando en la calle tres o cuatro personas para hundirle la cabeza en una poceta y encajarle un balazo en el cerebro si no les contaba por qué huía del país y dónde se encontraban Dayana y el mayor cubano.

Buscó una ventanilla en la que hubiese una persona que ni lejanamente le resultase familiar de sus viajes anteriores. Vio a un gordo pelirrojo con la cabeza del tamaño de una auyama. Alguien así no se le habría olvidado nunca. Se colocó en su fila. Aguardó quince minutos. No había demasiadas personas, pero el hombre introducía los datos con desesperante lentitud en una anticuada computadora. Delante de Donizetti iba una mujer que cada tanto resoplaba. Llevaba un vestido rojo ceñido, medias rojas, sombrero rojo y zapatos rojos. A su lado un par de soldados cargaban montones de maletas y bolsos. Donizetti se quedó mirando el trasero de la mujer. Imponente. Una curva violenta y sólida.

Cuando le tocó el turno de que le sellaran el pasaporte, la mujer agitó sus zarcillos. Llevaba el cuello cubierto de collares de oro. Tenía un rostro agradable. Recordaba lejanamente a Sofía Vergara, pero en una versión más tosca. «Alguna amante de general», supuso Donizetti.

Al final le tocó su turno. El aire seguía oliendo al perfume estridente de la mujer. La vio alejarse hablando por su Blackberry. Respiró hondo. Esperaba que la turbulencia de ese aroma apaciguase los latidos de su corazón. Las sienas le retumbaban. El pelirrojo se quedó mirando un rato los datos de su pasaporte y

luego los introdujo en la computadora. Volvió a observar el pasaporte y escrutó a Donizetti. Una gota de sudor bajó por su espalda. Intentó respirar con mucha lentitud. Imaginó que de ese modo las aletas de su nariz no se expandirían salvajemente.

–Carlos Enrique Hernández –dijo el pelirrojo con lentitud.

Donizetti asintió. Un sabor agrio ascendió a su boca y le quemó la lengua.

–Buen nombre.

–¿Le parece?

–Sí –resopló el pelirrojo–. Así se llamaba el *Morochito* Hernández, un boxeador venezolano que le gustaba mucho a mi papá.

–Ya.

–Yo no lo vi pelear. Fue el primer campeón del mundo que tuvo Venezuela.

–Ya.

–Bueno... –dijo el pelirrojo y lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Sí?

–Que tenga feliz viaje, señor Hernández.

## Ñato en la avenida

Pasé un par de noches sin dormir.

La expectativa, supongo.

Podría parecer normal. Yo había tenido durante años un programa para insomnes. Era un insomne intermitente.

Pero vivía con plenitud en esa voz con la que acompañaba a seres pálidos que el amanecer lanzaba derrotados hacia la ciudad. Yo sabía quemarme los ojos en una vida continua, sin pausa; moverme en ese aire de las noches, en ese lento murmullo de relojes, de neveras, de motores extraviados que viajaban hacia ninguna parte.

Pero al perder mi trabajo en la radio ya no necesité de mi insomnio. Se convirtió en una humillación, en una energía malbaratada. Mejoré con pastillas, con algunas infusiones, con ejercicios de relajamiento.

Por eso me sorprendió que ahora, en las noches previas al golpe, volviera a suceder. Así descubrí que las noches en blanco eran mi modo de activarme en el mundo. Veía una y otra vez los pasos siguientes del plan. Mi viaje, el cambio de los maletines, la repartición del dinero. Me angustiaba sobre todo el agujero que venía después. Fracasar nos sumerge siempre en muchas posibles elecciones; triunfar te conduce hacia un punto de la euforia donde a veces faltan matices.

Logré tranquilizarme cuando imaginé que con ese dinero, aparte de darle una cantidad a mis padres, podía tener una modesta emisora de radio por internet. Algo pequeño. Mío. Yo de nuevo conectado con la vigilia de la gente, llenando los agujeros de sus noches con música, comentarios, confesiones, fragmentos de novelas e historias reales totalmente inventadas. Nunca había podido olvidar un programa que escuchaba mi tía Felipa en la madrugada. Un programa de Radio Tiempo donde un hombre colocaba canciones maravillosas de Felipe Pirela, Los Panchos o Toña *la Negra* a la vez que leía poemas con voz rota. Allí comprendí que esas voces que surgían de la nada creaban una irrepetible intimidad, un susurro casi sagrado. Gente solitaria como mi tía encontraba la única compañía necesaria dentro de esa lluvia de murmullos. La radio era una bella soledad compartida.

Sonreí.

La posibilidad de estar de nuevo en un estudio logró sumirme en un delicioso sopor.

Dedicaba buenos ratos a mirar la copia del maletín que había encargado. Era perfecta. Esa apariencia inocua y algo vulgar. Ese color verdoso, como de lagarto disecado.

Un maletín igual a otro maletín.

Esos días, al despertar volaba a la entrada del edificio de Raúl y lo seguía hasta la agencia de noticias. La primera mañana nada sucedió. La segunda, lo vi conversar con un coronel, mientras llevaba una caja en la mano y un cigarrillo en la otra. La tercera, cuando salió a la calle y apreció cómo miraba con atención la pantalla de su celular, supe que había llegado la hora. Nunca conoce uno de dónde surgen esas intuiciones, pero algo en su rostro me reveló que este era el momento esperado.

Esa misma tarde distinguí a lo lejos cómo, en una cervecería cerca de la plaza de La Castellana, con gesto rápido y escueto, un muchacho de cabello corto le entregaba el maletín. Me pareció que una línea de hielo atravesaba mi estómago. Ahora sí. Tal y como había acordado con Donizetti, desaparecí desde ese instante; era indispensable que Raúl no reconociese mi rostro como un rostro familiar. Ahora tenía que volver a verlo en el aeropuerto, con mucho sigilo montarme en su avión y fingirme absorto en un montón de libros sobre cocina. Ser una silueta más. Una sombra. Una opacidad.

Regresé a mi casa. Tenía el equipaje preparado. Apagué las velas del altar, recogí varias imágenes y las guardé en mi maleta. «Don Juan de los caminos, ábrame todos los senderos de luz», musité. Fingí que no me estaba despidiendo; que no poseía la certeza de que si todo salía bien, jamás regresaría. Hablé con mis padres y les dije que estaría fuera un tiempo, que me iba a Maracaibo a ver las posibilidades de trabajar en una nueva emisora. No dijeron nada especial; seguían hundidos por el cierre de la zapatería.

Llamé al taxista y salimos a la avenida. Encontramos un tráfico tremendo; espeso. La frente se me llenó de sudor. Miré la hora. Quedaba tiempo suficiente, pero hoy los carros apenas se movían. Tardamos una hora en avanzar tres cuadras. Recé todo lo que recordaba. Una oración tras otra. Desde un autobús, alguien comentó en voz alta que la gente había capturado un ladrón y lo habían linchado. Cerca de un semáforo distinguí un bulto tirado en el asfalto. Las ropas en jirones, las piernas y los brazos en posturas irreales, como de huesos rotos. Una turba continuaba rodeándolo y varios niños le sacaban fotos con sus celulares. El estómago se me contrajo. Me pareció que era el Ñato. Todavía hoy no puedo asegurarlo, pero algo en ese rostro desfigurado recordaba a mi antiguo vecino. No tenía lógica. Estaba ya en otro nivel como para dedicarse a pequeños hurtos, pero esa bola tumefacta parecía albergar en su profundidad los rasgos del hombre al que conocí años atrás. A su lado creí distinguir a alguno de los motorizados que trabajaban para él. Supuse que alguno de ellos le habría tendido una trampa; quizás una emboscada. Lo habrían hecho pasar por un ratero y en pocos segundos, decenas de manos anónimas armadas de palos, cabillas y tubos, lo habrían aniquilado sin piedad.

Bajé el rostro. Podía asumir que era un azar, que mi propia memoria se estaba

despidiendo de sí misma, cerrando con violencia los tiempos pasados. O podía pensar que era una señal de sangre que se empeñaba en despedirme ferozmente.

Le pedí al taxista que no se detuviese más de la cuenta y arrancamos a toda marcha. Aun así distinguimos cómo algunas personas llenaban de gasolina aquel cuerpo y lanzaban un yesquero encendido.

El carro avanzó veloz.

El aire fresco de la ciudad se fue llevando la imagen que parecía dormir sobre el alquitrán de la calle.

Envié un mensaje a Félix. Dos o tres palabras que no deseaban respuesta. Un saludo corriente, rutinario. Provisto de una sequedad que más que pedir el diálogo, lo excluía. Por seguridad no podía darle detalles de mi viaje, pero no podía alejarme de su abrazo sin decirle que el presente solo era un malentendido; que la felicidad alguna vez fue real. Lo mismo hice con un par de amigos de mi grupo de hermanas lobas. Tenía años sin frecuentarlos demasiado, pero fueron muchas fiestas las que nos regaló esta ciudad, cuando las madrugadas eran solo una noche más silenciosa y no el lugar del miedo.

–Pon la radio, anda, pon la radio –le pedí al taxista, sintiendo que me ardía la garganta.

Necesitaba que esas voces surgidas desde el aire lo inundaran todo, necesitaba que me envolvieran como una dulce telaraña, que poblaran el temor y lo convirtiesen en un hilo de palabras. Apreté los párpados. El carro tomó la autopista y en la radio sonaban esos deliciosos vallenatos que a Félix le horrorizaban; y cada tanto un señor leía recomendaciones para las apuestas de caballos. Me concentré en estudiar la información sobre Zadar. La ciudad, sus calles y sus mapas. En ese instante yo estaba en Caracas y no estaba. Ya se sabe, nunca nos encontramos en un solo lugar; así que, mirando en los posibles hoteles donde podría alojarse Raúl, los bares en los que quizás intentase beberse algún *rakija*, Caracas fue quedando atrás como una exhalación junto a su blancatorre susazuleslomas y sus bandas de tímidas palomas, y no alcancé a llorar porque necesitaba averiguar si era posible salir por mar desde Zadar hacia alguna ciudad italiana en caso de queuviésemos que escapar con celeridad.

Cuando llegué al aeropuerto llevaba la camisa empapada de sudor. Poco a poco, la necedad de los guardias que me hicieron cien veces las mismas preguntas fue diluyendo la imagen de ese cuerpo destrozado en la avenida.

Pasé a la zona de pasajeros y me comí una arepa con pernil. Ya tenía previsto que en estos días iba a perder masa muscular por no hacer mis ejercicios ni seguir la dieta; pero tiempo habría para recuperar mi forma.

Me senté en un discreto rincón. Descubrí a un par de hombres hermosos con corbatas; no les presté demasiada atención. No podía distraerme ni un segundo. Debía ser un par de ojos. Una mirada. Al rato distinguí a Raúl con el maletín. Lo

llevaba atenazado entre sus dedos y arrastraba un bolso de mano color magenta. Respiré hondo. Fingía leer un libro mientras seguía los pasos de aquel hombre que se sentaba por instantes y luego daba paseos por los pasillos y contemplaba las vidrieras de las tiendas.

Llamaron a un vuelo. No era el nuestro. Raúl caminó hacia esa puerta. «Idiota», pensé, «el vuelo hacia Berlín es aquí al lado, ¿dónde vas?». Seguí con mi libro, pero Raúl continuó en aquella cola. Comencé a preocuparme. Carajo. Me dolió el estómago. «Pendejo, ¿qué haces?» Me provocaba ir a su lado y halarlo por el brazo. Conté hasta diez. Conté hasta veinte.

Con absoluta serenidad, Raúl embarcó en un vuelo que no iba a Alemania. Lo vi perderse por un pasillo y en unos minutos, de su presencia quedaba tan solo una puerta cerrada y mis ojos perplejos al mirar cómo su avión despegaba atravesando el cielo cremoso de la tarde.

## Décimo quinto

–¿Puedes repetirlo otra vez, Manuel?

–Estoy en Berlín.

–Eso ya lo entendí..

–Estoy en Berlín, pero Raúl está en Madrid.

Donizetti sintió que un aire frío le recorría el cuerpo entero. Acababa de dar un corto paseo por Zadar; estuvo un rato contemplando el mar aterciopelado que miraba hacia la ciudad, luego entró a un bar y pidió una cerveza que apenas probó porque los nervios de la espera le habían sellado el estómago. Al volver recibió una llamada en uno de los celulares que se había comprado expresamente para esos días y que pensaba destruir cada cuarenta y ocho horas para no dejar huellas con las que pudiesen localizarlos.

–No entiendo nada, hermano. ¿Qué hace Raúl en Madrid?

–No tengo ni idea. La escala más sencilla es volar por Berlín. Pero a lo mejor ha habido cambios. No pude hacer nada. Lo vi marcharse y pensé en irme yo en otro vuelo hacia España, pero pensé que despertaría sospechas si no me embarcaba donde había facturado. Además, no tengo dinero.

–Ya te hice una transferencia.

–Ahora lo miro.

–Ahora lo miras y te vas a Madrid en el primer vuelo que salga.

–¿Y qué hago al llegar?

Donizetti resopló. Su cabeza era una inmensa y desierta llanura.

–Se trata de ver si la entrega será allí.

–¿Y cómo localizo a ese hombre en una ciudad tan grande?

–Yo hice varios viajes para entregar maletines allí. Solían alojarme en un hotel llamado Lusso Infantas. En una calle cerca de la Gran Vía. No recuerdo el nombre exacto de la calle. Búscalo en internet. También alguna vez me alojaron en otro hotel llamado Colón, que está cerca de la estación Sainz de Baranda ¿O era Ibiza? Bueno, míralo también en internet. Lo único que pienso es que te asomes a ver si está en alguno de esos dos sitios.

–No es un gran plan, Donizetti.

–Pero es el menos malo que se me ocurre. Lo otro es que vengas tú a Zadar, que esperemos como idiotas y no aparezca nunca.

–Pues sí... ¿Y las entregas de los maletines en Madrid dónde las hiciste?

–Pues, una en... a ver, a ver... Caballero de Gracia... algo así. Frente a un

restaurante andaluz. Don Paco, Casa Paco, El Paco... creo que Don Paco... búscalo en...

-Sí, ya, que lo busque en internet.

-La otra en un parque.

-¿En El Retiro?

-No. Otro parque.

-Estuve con Félix en Madrid una vez. Hay muchos parques.

-Sí. Lo sé. Este se llamaba... la Cuña Verde.

-Vaya.

-Era un parque grande, bonito. Con árboles muy jóvenes. El sol me achicharró la cabeza.

Donizetti se dio cuenta de que Manuel suspiraba escéptico. Estuvieron callados unos segundos. Miró por la ventana: una avenida por la que se deslizaban carros con aburrida persistencia. De golpe pensó en una receta magnífica que le dio Manuel en los tiempos del liceo para elaborar un arroz con mariscos. Siguió todos los pasos. En aquella época se conseguían todos los ingredientes necesarios. Advirtió a sus padres que esa noche prepararía él la cena, que sería especial, que le agradaría verlos tranquilos alrededor de la mesa del comedor. Cuando sirvió el arroz, comprobó que era distinto al que preparaba Manuel: tenía los mismos colores, las mismas texturas, pero parecía una réplica; parecía una de esas opacas y deslucidas fotografías de un plato que se colocan a la entrada de los restaurantes tristes donde ya nadie entra. Al probarlo, al verificar que no estaba mal de sabor, ni tampoco bien, que no estaba suelto ni pegado, que era como introducir trozos de algo que llenaba el estómago sin dejar huella alguna en la boca, imaginó que su vida siempre tendría como eje esa torpeza, esa manera de quedarse en una justa mitad que evitaba el ridículo, pero que propiciaba la certeza de que nunca debía intentar ningún acto especial, ningún gesto. De ese arroz recordaba que sus padres terminaron a gritos por un desacuerdo en torno a unas cortinas, que su mamá se levantó ofendida por algo que dijo su papá, que su papá pidió disculpas, que el arroz quedó casi entero en la olla y que al día siguiente él lo arrojó en la basura.

«Me estoy superando», pensó mientras seguía intercambiando murmullos con Manuel. «Esto no es el justo medio, esto es hundirse por entero: esperar a alguien que quizás nunca aparezca y planear el robo de un maletín que quizás nunca llegue a ver.»

-Donizetti, yo no tengo problema en lanzarme a Madrid a perseguir al tipo y ver si quiere hacer allí la entrega. Eso en caso de que no la haya hecho ya; pero si veo que eso va a ocurrir, ¿qué hago? Yo tengo el maletín sustituto, pero tú tienes la escopolamina que me vendió Chapatín. Tendría que pegarle un puñetazo y si alguien está vigilando la entrega me vería hacerlo; en un par de horas estaría preso.

-Carajo, es cierto, Manuel... Coño de su madre, la escopolamina está aquí en

Zadar y el hijo de puta con nuestro dinero está en España –masculló Donizetti, y se le quebró la voz.

Volvió a callejear durante un rato. Vio unos edificios color hueso, unos edificios que podían recordar al gusto funcional y opaco de los gobiernos comunistas. En un balcón le pareció atisbar a un hombre que fumaba con lentitud, como si la noche entera estuviese esperando por la morosidad de su gesto.

Se encendió un cigarrillo y se sentó en un banco. Habían acordado que Manuel iría al día siguiente a Madrid para intentar precisar los pasos de Raúl; se procuraría alguna sustancia similar a la que pensaban utilizar en Zadar (médicos desesperados, farmacéuticos que pueden robar un pequeño frasco existen en todos los lugares) y en caso de que intuyese que le entrega del maletín iba a ser realizada, improvisaría un plan para apropiárselo y avisaría a Donizetti.

Esa idea fue lo único que pudieron construir en tan poco tiempo. Cada uno había viajado con elementos distintos del plan para que nadie pudiese relacionar la copia del maletín con la escopolamina; pero lo que nunca llegaron a imaginar es que Raúl destrozaría sus proyectos con un movimiento insospechado.

Donizetti caminó de nuevo hacia la costa, no sin antes arrojar la colilla del cigarrillo a una papelera, como si estuviese jugando baloncesto.

Quería dar un paseo; conocer el famoso Órgano de mar, esa construcción arquitectónica donde las mareas producían un sonido musical, y luego moverse entre las casas italianas de la ciudad y llegar hasta la zona de la universidad, dejando las aguas a su derecha como un pozo de sal y tinta.

A lo lejos escuchó el sonido de una guitarra. Luego pensó si no se trataría del viento desfilando entre calles estrechas; finalmente dedujo que se trataba de unos pasos arrastrándose por el suelo.

Avanzó hacia la esquina.

Miró.

## Décimo sexto

–Güevón...

–¿Qué?

–Está aquí. Raúl está aquí.

–Imposible, Donizetti. Lo vi montarse en un avión hacia Madrid.

–Pues yo acabo de verlo en Zadar. Era él. Te lo juro.

–Lo verifiqué; viajar por España hacia Croacia es engorroso: llegas a Madrid, vuelas desde Madrid a Praga, esperas unas horas y luego vuelas en un avión pequeñísimo y de hélices hasta Zagreb, y de allí en un autobús a Zadar. No tiene sentido ese esfuerzo si puedes ir haciendo la escala berlinesa. Caracas, Berlín, Zadar.

–Sí lo tiene. Para confundir, para despistar. Exactamente lo que ha hecho contigo.

–Joder, pues sí... es posible...

–Manuel, pero lo mejor de todo, hermano... es que lleva el maletín consigo, lo acabo de ver. El maletín está con Raúl. Mañana vente a primera hora. No tardes demasiado, lo tendré controlado cada minuto, pero somos necesarios los dos para hacerlo bien.

–Pero ¿estás seguro de que es él?

–Sí. Acaba de llegar.

–¿Acaba de llegar?

–Sí. Esta ciudad, hasta que viene el turismo, es muy solitaria. Lo vi chequearse en el hotel hace unos segundos.

–Pero no tiene sentido.

–¿Por qué?

–Pues porque si saco las cuentas de la hora en que salió... el viaje por esa ruta es engorroso, muy largo, pero incluso así, Raúl ha tardado demasiado.

–Algún retraso en uno de esos tantos vuelos. Lo importante es que está aquí. Se acaba de registrar en un hotel de la calle Jurja Dalmatinca. Yo espero que no haga la entrega hasta mañana.

–¿Y si la hace esta misma noche, Donizetti?

–Pues tú y yo nos pegaremos una horrible borrachera mirando el Adriático; a lo mejor hasta nos lanzamos al agua, aunque no hay oleaje, hermano. Por no haber, ni siquiera hay arena; es un mar bello y extraño, perfecto para que nos hundamos en él.

–Seguro que no será necesario.

–No lo será, Manuel. Tengo una buena corazonada. Vente. Ese maletín está

esperándonos.

Un rato antes, cuando el ruido de pasos le pareció una señal amenazante, Donizetti se refugió en la penumbra de una calle. Se quedó inmóvil. Tieso. Escuchó los latidos de su corazón y luego se dio cuenta de que no había ninguna señal tangible de alarma. Era algo más simple, Zadar en la noche resultaba un lugar excesivamente solitario. Lo único que había sucedido es que los pasos de otra persona habían disparado sus alarmas. Volvió a asomarse a la calle. Entonces vio a Raúl, que apretaba el maletín en su mano derecha y en la izquierda llevaba una maleta negra inmensamente grande. De inmediato, se refugió de nuevo en la oscuridad. Tenía lógica. En un lugar donde todos dormían o descansaban en familia, las únicas dos almas en la vía pública eran dos venezolanos extraviados, ávidos de calle y aire y noche plácida.

Aceptó con relativa serenidad la incongruencia de que Manuel hubiese visto a Raúl embarcar hacia Madrid y que ahora su compañero de trabajo estuviese en Zadar. Lo hizo sobre todo porque, al contemplar el maletín bamboleándose en su mano, el mundo se redujo a la presencia de ese objeto. Desde el maletín sintió que el universo dejaba escapar una sutil música, una señal callada pero nítida; como si los astros iniciaran un lento giro alrededor de aquel cuadrado de cuero verde y lo señalasen como un ombligo vital donde el tiempo comenzaba a desplegar su futuro.

El maletín.

«El maletín», pensó, y los miedos de minutos atrás comenzaron a despejarse.

Pasó la noche frente al hotel donde dormía Raúl. Consiguió ubicarse en un punto donde no era visible para ningún vecino del lugar; justo debajo de un balcón lleno de flores aromáticas. Desde ahí podía vigilar la entrada y sentarse en un banco a esperar que amaneciese. La idea era no perder de vista a Raúl en ningún momento y que Manuel se registrase en ese hotel lo antes posible.

Si alguien le preguntaba qué hacía en ese sitio a esas horas, Donizetti podría decir que era insomne, que sufría de agobios respiratorios en la noche y que había salido a dar una vuelta.

La calle continuó vacía. Inmóvil en su oscuridad tenue, apenas sacudida de tanto en tanto por el aroma del mar.

A Donizetti los minutos de la espera se le hicieron eternos. Como si el tiempo fuese un vidrio al rojo vivo que se estiraba. Asumió que fumar no era buena idea. El humo podría alertar a alguien de su presencia. Contó las baldosas del suelo que tenían alguna mancha; contó las baldosas del suelo que no tenían mancha ninguna. Imaginó luego cuál sería la habitación de Raúl. Supuso que sería la ventana cuya luz se encendió poco tiempo después de que su compañero de trabajo entrase al hotel. Se lo imaginó durmiendo allí. La baba goteando por su boca entreabierta.

Las mejillas inflándose con ritmo acompasado. Para Donizetti seguía resultando incomprensible que alguien con ese rostro neutro, con esa vulgaridad inocua, hubiese sido capaz de dar un soplo por el que pudieron haber asesinado a Verónica y a Amandita; y por el que mataron a dos personas cuya única culpa había sido pasar por la calle en el momento equivocado.

Escupió entre sus zapatos. De no ser porque deseaba ese maletín, ahora mismo buscaría el modo de entrar a la habitación de Raúl y ahogarlo con una almohada. El odio silencioso, invisible, es el odio más denso de todos los rencores posibles. «Pero lo que voy a hacer no sucede por venganza, no estoy haciendo justicia. Es innecesario engañarme. Lo hago porque sí. Porque quiero esos billetes», se dijo con serena lucidez.

Recordó el último par de días en la agencia. Una sensación de derrumbe se agitaba frente a todos. Los rumores continuaban: susurros, cuchicheos, medias voces. La única información oficial era que el comandante, del que tan pocas noticias se tenían desde su operación en La Habana, se encontraba cada vez mejor y pronto regresaría al país. Por otro lado, la desaparición de Dayana y el mayor desató innumerables hipótesis. En algunas, ambos se habían asesinado mutuamente después de un encontronazo en una calle cercana al 23 de Enero; en otras, Dayana era una espía estadounidense por lo que el mayor la había ajusticiado y con posterioridad el Mossad lo había ajusticiado a él; una versión afirmaba que el mayor se había fugado a Miami y que Dayana había sido designada para aniquilarlo antes de que entregase información a la CIA sobre cierto armamento que estaba entrando a Venezuela desde Moscú; y alguno que otro apuntó que tal vez se habían fugado juntos y que su enemistad era una tapadera, pero fue la hipótesis menos valorada, alguien tan torpe como el mayor no tendría ninguna posibilidad de conquistar a una mujer tan hábil como Dayana.

«Y a lo mejor la razón la tienen todos y yo soy el que menos sabe sobre la desaparición de ambos», meditó mientras se acariciaba la zona lumbar para espantar los dolores que comenzaban a pincharle los músculos.

Cada tanto miraba su Blackberry. Leyó un mensaje de Manuel donde le afirmaba que antes de embarcarse había cerrado por internet la otra parte del plan. Apretó los dientes. Tocaba permanecer con los ojos muy abiertos. Esperar. Esperar. Solo esperar y cruzar los dedos para que no se adelantase la entrega. Solo les hacía falta un poco de suerte. Unas horas. Unas pocas horas.



# El último round

*... y entré en el sueño.*

WORDSWORTH

## Primero

La mujer era impresionante. Nada más verla Donizetti sintió un pinchazo en la ingle y una electricidad que brotó desde su estómago y se expandió por su cuerpo como si fuese el estallido de un cohete. Le indicó un sofá; ella, con elegancia pausada, se sentó. Luego levantó los brazos y se quitó la camisa. Llevaba unos sostenes negros con trazos plateados que en otra circunstancia le habrían parecido ridículos, pero que sobre la piel de esta mujer le parecieron un resplandor jugoso. Quedó mudo. Apenas pudo decir una palabra entrecortada y ella dejó sus tetas al aire: redondez, temblor, firmeza.

«Dios», susurró, y pensó en aquella fiesta cuando le dijo a una amiga que Dios eran sus preciosas nalgas. «Esto es todavía más real; más sagrado; más impresionante.» Alzó los hombros y trató de poner su mente en blanco. Avanzó sobre la mujer. Miró sus pezones. Rosados. Redondos. Lunas tímidas que al sentir el roce del aire acondicionado se elevaron punzantes. Donizetti tomó un algodón empapado con un líquido transparente y los esparció a conciencia en pequeños círculos por los pechos de la mujer. Luego dibujó un círculo más grande, luego otro todavía mayor y finalmente también frotó entre los senos.

Temblaba.

Fue al baño y se lavó las manos.

El día parecía ofrecer buenos augurios. Les habían dado una habitación muy próxima a la de Raúl desde la que podían conocer sus entradas y salidas. Ahora estaba en ella, y en segundos activarían la nueva fase de su plan.

Miró el reloj.

Le hizo una seña a la mujer y la vio salir hacia la calle. «*Call me Martina*», dijo ella en el umbral de la puerta y él sonrió pensando que todos experimentamos la necesidad de un nombre, que todos necesitamos que exista un nombre, cualquier nombre; aunque sea un invento, una patraña, una sustitución, un desplazamiento. «*Call me Juan Sebastián*», le respondió.

Aguardó unos segundos. Sintió los pasos de la mujer que se alejaban por la escalera. Llamó a Manuel.

–Listo –le dijo.

–Muy bien, ya le indico que vaya a la plaza de los Cinco Pozos.

Donizetti se asomó por la ventana. Una luz de vidrio temblaba en el aire de Zadar. La mujer que acababa de marcharse sacó un móvil de su bolso y comenzó a hablar mientras giraba a la derecha. «Ahora Manuel le estará explicando adónde debe ir. Ahora ella estará caminando hacia allí.»

Se sirvió una coca cola y la bebió lentamente. Miró el reloj.

Sacó los guantes, se los puso y luego colocó el maletín frente a él. Sintió su aroma: falso cuero y plástico; un aroma brillante. Tenía la apariencia exacta: un cierto lujo desprovisto de buen gusto. Lo sostuvo con su mano derecha. El peso era perfecto. Manuel había hecho un gran trabajo. Se lo había dicho esa mañana, cuando lo recibió de sus manos.

Volvió a mirar el reloj.

Luego contempló la pantalla del celular.

Llamó.

–Todo bien –dijo Manuel–. Sigue dando su paseo. Te confirmo que nadie lo está vigilando. Puede ser que en la entrega definitiva no envíen a nadie más.

–O que el tipo con la uña verde que me vigilaba sea amigo del mayor.. y a ese le dieron un tiro, estará un tiempo fuera de circulación.

–Pues perfecto. No hace falta que vengas a neutralizar a nadie. Está solo. Solísimo. Y ella ya está aquí. No han pasado ni dos segundos y ya Raúl se ha quedado mirándola. Casi se le cae la mandíbula.

–Okey. Seguimos hablando.

Donizetti pensó que solo en las películas podía despertarse la ilusión de que era posible controlar todos los detalles. El azar, las interferencias, los imprevistos siempre estarían allí. Era necesario improvisar, ser flexibles. La vida gusta de los desvíos. Se había atravesado ese cambio en los planes de viaje y esas horas en las que Raúl estuvo en España fuera de la mirada. Pero ahora los tres permanecían en Zadar y el maletín se movía entre ellos como un sol brillante y prometedor.

«Podemos lograrlo», pensó Donizetti, y se mojó el rostro con agua muy helada porque el cansancio se le hincaba en las pupilas.

Resopló satisfecho cuando Manuel lo llamó y le dijo:

–Picó el anzuelo. Ya la invitó a dos copas, ella parece mareada y Raúl la está llevando al hotel.

A Donizetti le pareció que con cualquiera habría funcionado una trampa semejante. Contratar un mujerón, pedirle que llevase un vestido común, como de profesora de religión en vacaciones, y que luego pareciese un poco extraviada, un poco modosa, lerda.

Manuel se lo explicó claramente por teléfono a la muchacha, después de haber contactado con ella por internet y encargarle que viajase de Zagreb especialmente para ese trabajo. Raúl debía pensar en todo momento que estaba controlando la situación, que él llevaba las riendas. «Tiene que sentir que es el macho que está engañando a una mujer bella pero tonta, que se la está llevando a la cueva para devorarla sin que ella lo sepa.»

Donizetti cerró los ojos. Escondido en esa habitación próxima a la de Raúl, imaginó lo que sucedería en los siguientes minutos y comenzó a mirar su reloj.

«En cuanto llega, Raúl suelta el maletín en una esquina. Ahora está besando a la mujer. Ahora la está mordiendo y, entre lametones y caricias, le va arrancando la ropa. Ahora la acorrala contra la pared. Ahora la ve desnuda por entero y cree que se va a morir. Casi suelta una carcajada al compararla con su esposa. Ahora le quita los sostenes y salta a chuparle los pechos como si fuese un tigre que vislumbra la sangre tibia de un ciervo. Chupa un seno, chupa el otro, lame, lame, muerde duro, intenta que esas tetas lleguen lo más hondo posible, que le rebosen, que el pezón alcance su garganta... Y ahora le parece que un zumbido sopla en su cerebro. Se levanta. Ahora el zumbido regresa. Ahora vuelve a mirar esas tetas maravillosas y de nuevo se acerca a lamerlas... Ahora el zumbido se hace más fuerte, cae en la alfombra, se desmaya. Ahora queda completamente aturdido sobre el suelo. Ahora comienza nuestro momento, ahora comienza.»

Contó los segundos. En cualquier momento debía salir la mujer y abandonar la habitación dejando la puerta entreabierta. Ese sería el instante preciso en que aparecería Manuel, buscaría el maletín, entraría a la habitación, le ordenaría a un aturdido Raúl que le entregase el pasaporte y luego realizaría el cambio. Justo en ese momento, Donizetti estaría en la puerta del hotel con un coche alquilado cuyo motor encendido no debería apagarse hasta que llegasen a Zagreb y tomaran el primer vuelo que despegase, fuese cual fuese su destino: Viena, Praga, Múnich, Berlín, Barcelona, Milán, Roma.

Siguió contando el tiempo. Cinco minutos. Diez minutos. Cuando habían pasado quince minutos comenzó a preocuparse. Era literalmente imposible que en ese tiempo Raúl no se hubiese lanzado a chupar los pezones de aquella mujer. Imposible. No era real. No era de este mundo. En ese tiempo, Raúl, y cualquier ser al que le gustasen las mujeres, se habría descoyuntado las mandíbulas con tal de tener unas tetas como las de Martina entre la lengua y los dientes.

Llamó a Manuel.

—Algo pasa.

—¿Por qué?

—La puerta sigue cerrada.

—No te distraigas. Ten el maletín a la mano y las llaves del carro. Sigue atento y me avisas cuando debo entrar al hotel y subir a buscar lo nuestro.

La mirada de Donizetti se clavó en la puerta. Aguardó. Su respiración se hizo lenta. Por algún motivo, recordó una película en la que un lobo intentaba cazar un erizo y cuando este desplegab sus púas, el lobo se paralizaba.

Una hora después ya no conservaba ninguna imagen. Le sudaban las manos.

Habló con Manuel y le pidió que verificase que Raúl no se había escapado por la

ventana. En caso de haberlo hecho, a lo mejor Martina reposaba en la bañera con la garganta abierta y varias burbujas asomando por su tráquea.

Manuel le confirmó que la ventana no se había abierto desde la mañana. Donizetti respiró aliviado, pero las manos continuaron sudándole como si se le estuviesen derritiendo. Siguió vigilando. Imaginó que entraba dando una patada, o que se aproximaba y escuchaba lo que sucedía dentro.

Cuando había pasado hora y media, Donizetti estaba hartado. Leyó noticias venezolanas en su Blackberry. Le pareció un gesto de normalidad que a su vez podía impregnar de normalidad aquella espera. Buscó un diario opositor: solían traer más detalles. Encontró noticias normales, repetidas. Un par de discursos del canciller explicando que el comandante cada vez se encontraba mejor de salud, que realizaba cinco horas de ejercicios y que pronto volvería a Venezuela; una marcha de la oposición que había sido disuelta; una historia sobre un barco venezolano que viajó a Haití a donar comida y había sido obligado a regresar porque las autoridades descubrieron que los alimentos estaban descompuestos; un director de orquesta que se había vestido con los colores de la bandera para dirigir una sinfonía de Mahler y así desear pronta recuperación al comandante; un general retirado al que unos sicarios en Lecherías le clavaron siete balas; una protesta en Mérida por un apagón de once horas; un beisbolista venezolano que acababa de firmar contrato con los Azulejos de Toronto.

Ya no le quedaba noticia sin leer y releer. La puerta continuaba cerrada.

Tomó aire. Sin conocer el motivo, intentó rezar un padrenuestro que se le fue borrando entre vacilaciones y frases truncas. Luego se puso a tararear en voz baja, casi inaudible y con espantosa pronunciación: *Oh! dolci baci, o languide carezze, / mentr'io fremente / le belle forme disciogliea dai veli! / Svanì per sempre il sogno mio d'amore... / L'ora è fuggita / E muoio disperato!... / E non ho amato mai tanto la vita!...*

Cuando miró el reloj habían pasado cinco horas. Los párpados le pesaban. Finalmente la puerta se abrió y la mujer la cerró de golpe. Donizetti comprendió que esa energía era una señal de advertencia. Martina había abortado el plan, pero lo había hecho por algún motivo. No se acercó. Donizetti llamó a Manuel y le contó lo que acababa de suceder. Su amigo le dijo que aguardase.

Diez minutos más tarde, Manuel le devolvió la llamada.

–Hablé con ella.

–¿Qué pasó?

–Dice que le debemos más dinero.

–Pero si le pagamos lo que gana en dos meses.

–Sí, pero el acuerdo es que ella entraba y en unos minutos el tipo se desmayaría.

–¿Y?

–Pues que Raúl le besó las tetas mucho rato, ella se esmeró en que no dejase de

chuparlas ni un minuto, y siguió tan tranquilo y feliz. Y después de eso se la tiró durante cinco horas. En todas las posturas, de todas las maneras, y aunque a veces descansaba un poco, jamás tuvo pinta de querer desmayarse. De hecho ella dice que es uno de los hombres más despiertos que ha visto en los últimos años.

Donizetti tuvo un pálpito. Buscó el envase que había comprado Manuel. Lo olió. Volvió a olerlo. Cada vez más intrigado bebió un pequeño trago y luego escupió.

-Manuel...

-¿Qué pasa?

-El psiquiatra tuyo, el Chapatín.

-¿Qué?

-Nos vendió basura, hermano. Nos lo cobró como escopolamina pero esto parece agua con anís. Agua transparente del trópico.

-Coño de su madre. Perro sucio, el Roberto. Qué bajo está cayendo. Hasta ahora era un estafador decente.

-Carajo, Manuel... No sé si te servirá de consuelo, pero acabamos de invitar a Raúl al polvo de su vida. Somos muy generosos.

## Las islas

Pensé en Lumumba Estaba. Lo recordé porque fue un campeón tardío; porque su pelea con Castillo es la que aparece en una escena de *Macho y Hembra*, esa película que volvió locos a mis amigos del liceo porque dos mujeres y un tipo se echaban unos polvos de muerte; y finalmente, porque Lumumba tenía mucha maña y era capaz de cometer una pillería en pocos segundos.

Lo decían sus adversarios. No era sencillo darse cuenta. Una vez, con un derechazo de rutina, noqueó a un italiano llamado Udella. El italiano explicó luego que Lumumba le había metido el dedo pulgar en el ojo y lo dejó medio ciego

Eso me sucedió con Chapatín.

El desgraciado me había metido el dedo en el ojo mientras yo me preparaba para contar los billetes que sacaría de un maletín.

Debía estar tocando fondo aquel hombre. Era un delincuente con cierta clase; quizás le habían caído encima dos o tres sentencias judiciales y había llegado al punto de vender agua de los grifos caraqueños. Nada es más peligroso que un desesperado.

Bajo ese razonamiento, Donizetti y yo estábamos a punto de convertirnos en personas peligrosas. El fracaso parecía lamernos como un perro que todavía no decide si lanzarse a nuestro cuello o dejarnos marchar. Donizetti estuvo media hora cubriéndose el rostro con las manos al comprobar que Raúl se encontraba en perfectas condiciones: ahíto de sexo, feliz, con el rastro de Martina refulgiendo en cada punto de su piel.

Y sobre todo, a mi amigo lo atormentaba que en las manos de Raúl, continuase el maletín que a estas alturas debía reposar en las nuestras.

Yo lo comprendía. Tenía la misma sensación. Odiaba el mundo. Un mundo asqueroso donde un psiquiatra era capaz de llenar un envase en el lavamanos de su casa y luego entregármelo a cambio de un montón de buenos billetes. Hijo de puta. Con qué gusto le metería el puño en la boca y le sacaría el estómago.

Raúl seguía en su cuarto. No era complicado imaginar por qué. Estaría exhausto después de su desafortunada sesión amorosa.

Nos quedamos en mi habitación, silenciosos. Viendo programas de tele que no podíamos comprender. Desde allí podíamos vigilar las entradas y salidas de Raúl. Mi amigo se frotó las manos unos segundos y sin dejar de moverse alrededor de la cama masculló:

—Yo no me voy a rendir, pana. Con la propia Martina puedo conseguir la escopolamina esa. Seguro que la hay, o que existe algo parecido. Y una mujer como

ella debe conocer a personas que la vendan. No tenemos otra opción. Tú sigue vigilando al tipo y yo pongo esta ciudad de cabeza hasta conseguir esa sustancia, luego se la ponemos en alguna bebida y le quitamos el maletín.

–Antes de eso puede que ocurra la entrega.

–Y puede que se acabe el mundo y que llueva fuego y que Dios baje desde las nubes y haga caer ceniza y azufre y mierda..., pero yo hasta el último segundo voy a intentarlo, hermano.

–Carajo, así se habla, Donizetti.

Seguí a Raúl durante toda esa tarde desde lejos y con absoluta discreción. Me distraje de tanto en tanto con algunos croatas, alemanes o italianos que tenían cuerpos de vértigo, no podía dejar de echarles breves miradas. Se veían fibrosos, sanos, con esa tersura áspera que poseen los hombres guapos. El material venezolano se había deteriorado mucho en los últimos tiempos. Cierto que las mujeres seguían siendo divinas, pero los hombres vivían estresados y comían demasiadas arepas, como si todos quisieran ser héroes y para ello debiesen utilizar camisas apretadas para envolver descomunales tripas que los hiciesen ver como machos criollos.

El propio Raúl, quizás no estuvo mal hace años, pero ahora la piel le colgaba del rostro, de la barbilla, del abdomen, de la espalda. Y por lo que hizo durante las horas siguientes, comprendí que no se encontraba en disposición de mejorar su forma física. En la plaza Central de Zadar lo vi comer dos o tres buñuelos acompañados por un café; luego, mientras paseaba cerca de la universidad y se extasiaba contemplando ese mar de seda que ondulaba frente a las aulas y ventanales, lo observé entrar a una panadería donde se comió dos hojaldres con salchichas. Después, en el ferry que tomó para ir hacia la isla de Ugljan, bebió una cerveza. Lo hacía con fruición, con plenitud. Podía ser el aire del mar o la luz de miel clara que saltaba a su alrededor, pero supongo que era sobre todo la felicidad de sus horas con Martina. Las personas podemos ser muy líricas pero la verdadera felicidad es la de ese polvo que nos hace tocar tierra y nos reduce a cuerpo, a piel, a huesos y a músculos que el tiempo se llevará por delante.

Porque la piel es felicidad.

Y esa felicidad guiaba a Raúl aquella tarde. Una felicidad corporal. Felicidad bielorrusa, supongo, por el acento con que hablaba inglés Martina. Y por eso cada gesto de aquel hombre poseía la sinuosidad con la que brazos y piernas se mueven dentro del agua. El tipo estaba feliz, ricamente feliz. Y por eso el maletín en su mano parecía resplandecer.

Cuando llegó a la isla, Raúl parecía flotar sobre la tierra y pidió un refresco antes de pasear un rato por la costa y detenerse frente a casas de veraneo en las que asomaban niños de cabellos claros que atravesaban la verja y se lanzaban de cabeza

a las aguas tranquilas. Luego dio vueltas alrededor de una iglesia; una iglesia peculiar porque se encontraba rodeada por un cementerio, y para llegar hasta su puerta había que atravesar tumbas con letras color añil.

El cielo comenzó a oscurecerse. Las sombras iban goteando sobre el camino de vuelta y mientras Raúl esperaba el ferry y bebía un café de vainilla, vi cómo se encendía su Blackberry y supe que acaba de recibir una instrucción definitiva.

Llamé entonces a Donizetti.

–Yo creo que es ahora –murmuré.

–Ya tengo lo que necesitamos. Ahora a ver cómo se lo administramos.

–Hace calor. No es improbable que antes de encontrarse con ellos beba otra cosa. Está muy distraído. Probablemente feliz por el polvo de Martina. Espérame en el puerto y me entregas lo que conseguiste. Intentaré dárselo. Luego te pones en el carro listo para arrancar.

–Okey. Vamos para allá. Y que tus espíritus nos sigan cuidando.

Cuando Raúl se detuvo en un bar próximo al Órgano de mar imaginé que la entrega podría realizarse en esa zona. Me coloqué a su espalda, en un punto donde yo podía observarlo pero él no podía verme a mí. Pese a que el plan con Martina no había funcionado, la fatiga que le había producido tirarse a una mujer como ella durante cinco horas había surtido efecto. Se le notaba distraído, vacilante, con esa torpeza que producen las felicidades inesperadas. Gracias a eso pude acercarme a la barra, pedir en macarrónico italiano una cerveza y, mientras tanto, echar en el fondo de su cocacola las dos pequeñas pastillas que Donizetti había conseguido.

En treinta segundos apuré mi copa. La idea era marcharme, esconderme en un sitio donde pudiese abordar a Raúl cuando comenzase a perder la conciencia y cambiarle el maletín en un sitio discreto. Para eso llamé a Donizetti, para contarle el punto en que estábamos y confirmarle que debía tener el motor en marcha. Quizás fue allí cuando ocurrió. Bajé los ojos unos instantes. La fatiga y los nervios de los últimos días me hicieron relajarme. Cuando alcé la mirada, Raúl había desaparecido del bar. Miré a la derecha, a la izquierda. Avancé unos metros en cada dirección. El corazón me golpeó en las sienes y en la boca. Sentía un caballo enfermo galopando hacia la muerte en medio de mi pecho. «Mierda. Mierda. Coño de la madre», pensé desesperado.

Llamé a Donizetti.

–Lo perdí. Carajo. Lo perdí.

–Pero ¿qué dices?

–Eso mismo. Estábamos cerca del Órgano de mar, bajé la mirada para llamarte y se esfumó.

–Estoy cerca, voy a mirar con el carro. Estará aturdido. No debe estar siguiendo un camino lógico. Tú busca por el lado izquierdo del bar y yo por el derecho.

Me pareció razonable la propuesta. Caminé pensando que un hombre drogado con un maletín en una pequeña ciudad era una noticia muy mala para nosotros. Levanté la vista. La noche colgaba de las nubes como una pesada cortina. Contemplé a lo lejos un par de mexicanos que escrutaban un mapa manoseado y con aceitosas manchas de hamburguesa. La ciudad pronto se llenaría de miles de turistas.

La luz del celular se encendió justo cuando yo recuperaba el aliento.

–Hermano –dijo Donizetti–, ya lo vi. Aquí está. Parece un poco atontado, pero puede caminar. Vente a la calle Bartola Kašića.

Intenté orientarme de nuevo, pero no llevaba demasiadas horas en Zadar. Apreté los párpados. Calculé que si iba hacia la derecha y atravesaba cuatro calles, llegaría al sitio que me indicaba Donizetti. Así lo hice. Acerté. En una esquina distinguí a un vacilante Raúl y, unos metros más atrás, el carro de Donizetti. Caminé con grandes zancadas y tomé a Raúl por el codo. Se notaba ausente, con la mirada vidriosa y la respiración un poco agitada. Le hablé con amabilidad, le dije que debía seguirme y descansar unos minutos. Obedeció sin chistar. Lo subí al asiento trasero del carro. Mi amigo y yo nos pusimos guantes. Cambiarle el maletín fue cosa de un segundo.

Donizetti miró el Blackberry de su compañero de trabajo y resopló:

–Tiene la entrega en unos minutos, en Morske orgulje.

–Eso es el Órgano de mar. Pero ¿qué nos importa ahora? –le dije–. Hay que dejarlo bajo la sombra de un árbol con el falso maletín y largarnos. Que se busque la vida.

–Ni hablar. Si no aparece a hacer la entrega, los que van a recibirla se alarmarán de inmediato. Hay que pedirle a Raúl que acuda y que haga su entrega. Eso dará una impresión de normalidad con la que ganaremos un rato más para alejarnos.

Esa teoría no me parecía del todo convincente, pero tampoco me atrevía a refutarla. Leí hace años que los planes deben ser flexibles en dos momentos: cuando los elaboras y cuando se van al carajo. El nuestro se había ido al carajo. Tenía razón Donizetti, era momento de flexibilidades y de huidas rápidas.

Mi amigo tomó el falso maletín y con la punta de un bolígrafo le dañó la cerradura.

–Así ganamos unos minutos más. Los que reciban el maletín no lo destruirán por miedo a estropear el dinero. Se tomarán su tiempo para abrirlo bien.

Nos acercamos con el carro hasta la zona de la entrega. El mar parecía dormido.

–Llévate a Raúl y dile exactamente lo que tiene que hacer –dijo Donizetti–. Vigila que la entrega se realice más o menos normalmente y yo te llamo cuando logre pasar el dinero del maletín a un saco de cuero que he comprado; entonces nos largamos si me dices que todo marcha bien.

Tomé a Raúl por el codo y me armé con una barra de hierro que había debajo de

uno de los asientos del carro; supuse que era una herramienta relacionada con el automóvil.

—Raúl, ahora vas a ser muy bueno. Un señor te espera en el Órgano de mar. Te vas a acercar a él, le entregas el maletín y te regresas a toda prisa. Luego te quedas un rato callejeando por la ciudad.

Raúl asintió. Por la boca entreabierta le caía un hilo de saliva.

Aguanté la respiración y esperé la aparición de los dos hombres. No me gustaba el color de esa luna. Una luna redonda pero con un punzante color de grasa reseca, de llaga antigua y a medio cicatrizar.

Intenté rezar mis oraciones. Admito que pensé si estando tan lejos mis espíritus podrían escucharme. El Adriático estaba demasiado distante de mis fuerzas, de mis luces. Quise pensar que la reina María Lionza y todas sus cortes espirituales viajaban conmigo para protegerme, pero lo cierto es que ese mar sereno, color tinta, esa isla de Ugljan que en el horizonte se estiraba como un animal dormido, me parecían otro mundo donde mis palabras se diluían.

Tomé la barra de hierro firmemente en mi mano derecha. Sentí que la fuerza del metal se transmitía a todo mi cuerpo.

Imaginé que ese instante transcurría con normalidad, que sería innecesario intervenir. Desde varios minutos atrás, el maletín, con su abrumadora cantidad de euros, se encontraba en nuestras manos. Ahora solo quedaba el momento de cierre, el momento final. En cinco minutos estaríamos en el carro saliendo a toda prisa para Zagreb y el dinero reposaría entre nosotros como una certeza cálida, como un hallazgo merecido.

Pensé en el Ñato.

Una situación como la que yo vivía ahora para el Ñato sería de una sencillez tediosa. Controlaría sus nervios, sus ansiedades. Tendría la sangre fría para inventar la respuesta perfecta en cada momento.

Debía poseer esa sangre fría del Ñato. Imitarla. Fingirla.

Un resplandor vibró en mis pupilas. Era el Saludo al sol, un monumento con paneles luminosos que se activaban al paso de la gente. Una pareja caminó sobre el lugar y un ojo azulado y parpadeante brilló sobre el suelo. Estuve vigilante por si aquellas dos siluetas eran parte de la operación, pero las vi perderse en las sombras de una calle.

Aguardé unos segundos.

Por la izquierda apareció el primer hombre: altísimo, de hombros poderosos y cuerpo en triángulo invertido. Se detuvo junto a los escalones de mármol donde el mar se mecía con bamboleo de espuma. No parecía tener prisa por moverse. Junto a él sonó el órgano. El órgano marino que activaba sus sonidos cuando las aguas

golpeaban de cierta manera y en cierta cantidad. Un sonido óseo y profundo que inundó el aire. Pensé en la agonía de unas sirenas.

A la derecha apareció Raúl, tal y como yo le había indicado.

El órgano volvió a sonar.

Un hombre frente a otro.

La luna.

Uno de los hombres avanzando con un maletín en la mano.

«Así podría ser el cierre de una película», pensé, «solo que en la vida los finales son aburridamente idénticos».

Los dos hombres se miraron. Yo apreté el hierro en mi mano y noté que la camisa se me empapaba de sudor. Raúl dio unos pasos adelante y el maletín pareció agrandarse en su mano.

Todos los actos del último mes conducían a este instante. Todo lo ocurrido después de esa noche en la que Donizetti me consoló por la expropiación y por el desencuentro con Félix llevaba a este segundo en donde yo intuía la solidez de una victoria.

Volvió a sonar el órgano.

Esperé.

Pero ¿y la llamada de Donizetti?

El maletín cambió de manos.

Esperé otro poco.

Todo bien.

Todo bien, ¿no?

Era una imprudencia seguir aquí. Ya tendríamos que estar viajando. ¿Por qué no recibía la llamada de mi amigo?

Esperé unos segundos más.

Llamé.

—¿Qué pasa? ¿Tienes el carro listo? Raúl ya entregó el maletín.

—Sí, hermano, pero no sé, no sé.

—¿Qué no sabes?

—Hay algo raro, Manuel. Algo extraño.

—Dime.

—Espérame ya mismo al borde de la calle, Manuel.

La luna color hueso pareció alejarse del mar. La vi elevarse: alta sobre el cielo. Una gota de pus, pensé al mirarla.

## Segundo

Miraron los papeles una y otra vez. Les dieron la vuelta, los miraron a trasluz. Cifras. Cifras. Cifras.

–Son mensajes codificados –murmuró Donizetti.

En la maleta no había dinero, solo un fajo de papeles de diversos tamaños repletos de cifras incomprensibles.

–Esto no vale nada –se lamentó Manuel.

–Al contrario, hermano, vale muchísimo. Ya no envían dinero, sino información. Están asustados. Necesitan sacar todos los documentos comprometedores por si es cierto que el comandante se encuentra enfermo. Aquí puedes tener informes sobre las maniobras de las FARC para trasladar droga con la ayuda del ejército venezolano; sobre los negocios rusos con la venta de armamento a través de las mafias; sobre las conspiraciones chinas para quedarse con el petróleo; sobre las conversaciones con España para que apoye al gobierno a cambio de negocios en el Orinoco; o sobre los informes de la OMS acerca de la comida que se está pudriendo en Venezuela importada por los cubanos de Castro.

–Mierda, Donizetti. ¿Todo eso?

–Eso o los acuerdos con empresas petroleras gringas para proteger al comandante sin que se note demasiado y garantizar el suministro... O las rutas de dinero en efectivo que el gobierno ha repartido durante estos años.

–Carajo.

–Esta información puede valer millones –susurró Donizetti, y sintió que la boca se le había secado con tantas inútiles palabras.

–Pues sí.

–O a lo mejor no es nada de eso y estos papeles no significan nada especial y son los nombres de las amantes del coronel que dirige la agencia de noticias, o los datos para apostar a las carreras de caballos del próximo fin de semana... Pero yo no correría ese riesgo... Soy una cagada, hermano. Soy un miedoso. Un pobre hombre. Una piltrafa a la que ahora le tiemblan las rodillas. Esto podría valer millones. Tantos que nosotros no podríamos venderlo ni hacer nada con ello. Esto nos queda demasiado grande.

Manuel resopló. Miró a lo lejos, como intentando que el horizonte le regalase una respuesta lúcida, una suerte de viscosa esperanza. Finalmente hundió su rostro y clavó la mirada en el suelo del carro.

–Es verdad, Donizetti. Esos papeles pueden ser para nosotros papeles con un montón de números o dos tiros en la nuca. Nada más. No tenemos una tercera

opción. Coño de su madre... Yo solo quería los billeticos verdes, uno detrás de otro.

Se miraron con desconsuelo y dieron vueltas en el carro. Cuando vieron a Raúl trastabillando cerca de la Puerta Terraferma, Manuel se bajó y colocó el maletín en sus manos.

–Esto se te perdió. Por eso entregaste un maletín falso. Pero ahora que tienes de nuevo el maletín correcto se lo vas a dar a los amigos que te lo pidan, y si te preguntan qué paso, les dices la verdad: que te asaltaron unos señores que hablaban ruso y lograste recuperarlo.

Le dio dos palmadas en el hombro y regresó al automóvil. Buscaron la salida hacia Zagreb. Una larga carretera donde la luna esparcía un resplandor calcáreo.

Estuvieron en silencio una larga media hora.

Donizetti pensó que la carretera se estiraba como una línea de alquitrán, una de esas oscuras culebras de jardín que abrían agujeros en la tierra. Recordó los viajes de su padre; semana tras semana repitiendo curvas, esquivando agujeros en el asfalto, mirando la indolencia de árboles que parecían inclinarse.

Manuel cerró los ojos. Rezó entre murmullos. Le dijo a Donizetti que tal vez los dioses no viajaban con quienes les rendían culto, que tal vez sus palabras habrían tenido efecto de haber estado cerca de Sorte, la montaña sagrada donde María Lionza reinaba entre el parpadeo de las velas, el ritmo de los tambores, las fogatas y los ríos de aguas crepitantes.

–Una vez me dijiste que tu tía Felipa caminaba descalza sobre las fogatas sin hacerse daño.

–Lo hacía una vez al año. Los 12 de octubre, cuando le bajaba el espíritu del Negro Felipe –respondió Manuel–. El día que se celebra la gran fiesta de la montaña. No sentía ningún dolor y luego no le quedaba ningún rastro de quemadura en la piel.

–Hoy nos habría hecho falta alguien como tu tía Felipa para que nos guiara –susurró Donizetti.

–Hoy y muchos días –musitó Manuel, y se concentró en mirar a un lado de la vía.

–¿Vas mucho a Sorte? –preguntó Donizetti con la voz ronca de quien habla para que el silencio no lo atormente.

–Hace años que no. Ahora roban en el propio altar de la entrada. Estás rezando y te llegan los pistoleros. Dicen que incluso han violado a algunas muchachas.

–Coño.

–Sí. Hasta allí llegó la mierda. Siempre que escucho noticias así le pido a María Lionza que les queme las manos a quienes lo hacen. Hace años que llevo pidiéndole que les parta los huesos a quienes nos están jodiendo, pero no sé si me escucha.

Llegaron al aeropuerto con la luz del día. Miraron las pantallas y les pareció que el vuelo a Lyon era una opción razonable. Necesitaban llevar hasta el fondo esa suerte de huida innecesaria, de fuga del lugar donde pudieron cambiar sus vidas y donde solo conocieron otros modos del fracaso.

En una computadora habilitada para el público, Donizetti miró sus correos electrónicos. Tenía algún mensaje de Gonzalo preguntándole cuándo volvería de sus pequeñas vacaciones y contándole que a Matías le había sucedido algo terrible. Al parecer, había intentado asaltar en actos públicos al vicepresidente para realizar denuncias absurdas. En dos ocasiones los anillos de seguridad lo clavaron contra el suelo. Hastiado, Matías decidió pasarse a Colombia y contactar con las FARC. Imaginó que con ellos podía alcanzar cuotas de lucha más altas y hasta tener un canal más fluido de información para denunciar lo que él llamaba imperdonables desvíos del Proceso.

Se internó en una zona colombiana donde le dijeron que operaba la guerrilla. Al encontrarlos, se dirigió a ellos efusivamente y les contó su deseo de incorporarse a sus filas. Media hora después lo habían colgado por los pies de un inmenso árbol y con un cuchillo lo fueron cortando a trozos hasta que perdió la conciencia. Por un error, se había equivocado de ruta y había caído en manos de los paramilitares de extrema derecha, quienes finalmente le devolvieron a la esposa de Matías tres o cuatro dedos de su marido, con la advertencia de que toda persona que el gobierno venezolano enviase para funciones semejantes recibiría el mismo trato.

Donizetti quedó helado. No lo comentó con Manuel. Se sentó en uno de esos duros asientos de los aeropuertos y entrecerró los ojos. ¿Para Matías, la frontera colombiana era Corea del Norte? ¿Habría hecho eso por las palabras con que Donizetti lo largó aquel día en la autopista? ¿Sería responsable de tal delirio?

«Quizás debería pensar que Matías ya tiene edad para ser responsable de su propia muerte», decidió después de un rato y buscó una máquina para servirse un agua mineral. Bebió con parsimonia hasta aliviar la sed. Se notaba exhausto. ¿Y ahora? Tal vez regresar como si nada hubiese sucedido. Tal vez quedarse con Verónica y Amanda unas semanas en Portugal, probar suerte, mirar si existía algún lugar donde un periodista como él pudiese trabajar. Sonrió con amargura infinita. El único lugar donde alguien como él podría ser considerado periodista sin despertar carcajadas era en la agencia donde trabajaba en Caracas. Volvió a sonreír con infinita tristeza.

Bebió otra agua mineral y le compró una a su amigo.

Cuando embarcaron en el avión, Manuel parecía tomado por una indolencia que flotaba desde sus ojos a la totalidad del rostro. Donizetti lo contempló de reojo. Su amigo parecía exhausto: los párpados hinchados, las cejas colgando de la cara como si estuviesen a punto de deshacerse y la mandíbula recargada hacia abajo, como apuntando hacia el suelo.

–¿Qué piensas hacer ahora? –le preguntó.

Manuel se rascó la rodilla.

–No lo tengo claro. Estoy en ese punto en que no hay plan B. Todo estaba apostado a un color en la ruleta. ¿Dices negro y sale rojo?... Pues adiós.

–Lo siento.

–No, para nada, Donizetti. Lo intentamos, viejo. Lo intentamos y me gustó sentir que teníamos esa posibilidad, que estuvimos detrás de ella.

–Ya.

Quedaron en silencio unos segundos. La azafata les sirvió a ambos un té con sabor a almidón.

–Supongo que intentaré volver con Félix –soltó Manuel.

–¿Y eso?

–No creas que es por dinero. No. Él tampoco tiene demasiado y yo no permitiría que me mantuviese. No olvides algo: en una pareja gay hay dos hombres que pueden quererse, pero que también han sido enseñados a competir, a ganar más dinero que el que tienen al lado, a no dejar que les llenen la nevera.

–Pero yo ahora conozco a compañeros a quienes mantienen sus mujeres; cada vez es más común –intervino Donizetti.

–Yo es que soy un marico muy tradicional. Lo siento. Mi dinero lo gano yo y yo me pago mi gimnasio. Y si vuelvo con Félix no será por eso, sino porque pienso que estoy en una situación ideal para el amor. Me siento completamente humillado, frágil, derrotado, completamente necesitado de que me pongan protector solar en la espalda. La manera perfecta de amar sin discusiones es sentirte un mendigo miserable.

–Vaya, qué duro.

–En serio, hermano, eso de amar es resignarte a ser, como mucho, la mitad de lo que realmente eres, a cambio de tener a alguien que te ponga el protector solar en la espalda.

–¿Cómo es eso?

–Intenta ponerte protector en la mitad de la espalda. Es imposible. Y cuando estás en la playa y quieres hacerlo, resulta humillante extender el brazo y no llegar hasta allí. Entonces, para no sentirte perdido y ridículo, buscas a alguien que te ponga ese protector solar y a cambio le das tus llaves, tus cuentas de ahorro, tus horarios, tus recuerdos, tus proyectos, tus alergias, tu mitad de una hipoteca y tu mitad de la cama. Y a los años descubres que odias haberte rendido y haber entregado todo eso, pero cada vez que vas a la playa tienes quien te ponga protector solar en la espalda, y sacrificas tu vida entera por eso.

–Carajo, Manuel... qué teorías... No sé si es el aire de los Balcanes o haber perdido un millón de dólares.

–Te lo digo en serio, hermano. Si tuviésemos los brazos más largos, no existiría la

vida en pareja.

En Lyon se alojaron en un hotel próximo a uno de los dos ríos que atravesaban la ciudad. Un sitio en la Rue Pareille con techos muy altos, muebles rústicos y amplias camas en las que las sábanas parecían envolver con una sensación de frescura que iba borrando cada pensamiento. Donizetti durmió varias siestas seguidas. Abría los ojos de tanto en tanto y cuando iba a retomar esa cadena de pensamientos frustrantes que lo ataban al maletín, volvía a quedarse dormido.

Al mediodía quedaron en verse en la recepción para ir a comer, pero cuando Donizetti bajó por la escalera de madera, Manuel se había marchado y le había dejado una nota diciéndole que se verían luego. Supuso que se encontraba especialmente deprimido. Salió a dar una vuelta. Caminó por la ribera derecha del Saône: un polvo dorado flotaba sobre las aguas. Donizetti pensó en mariposas titilando en el aire. Una belleza suave sopló sobre sus ojos. Pensó en Verónica. Le gustaba compartir con ella esos momentos de silencio.

Encontró un pequeño restaurante y pidió el plato del día. En la mesa de al lado, una señora de ojos temblorosos leía a Georges Simenon mientras a sus pies jadeaba un perro inmenso, abotargado, con esa decrepitud propia de la vejez y la fatiga. El río fluía afuera como un sonido silbante. «Todo está junto y ocurre a la vez», pensó Donizetti. «La belleza oculta su propia tristeza y en lo triste hay un fondo de belleza que suena como el agua.»

Comió sopa de cebollas, un *filet mignon* con verduras asadas, al tiempo que paladeaba un Beaujolais. Para cerrar pidió una manzana asada y un café. Alzó la mirada. Los muebles del lugar lucían ajados por el sol que saltaba desde el cielo y que flotaba desde el reflejo del río. Imaginó que una tarde de hace muchos años, alguien abrió ese restaurante y el lugar se llenó de risas afables, de olores jugosos, de bromas, de proyectos. Ahora solo permanecían allí un perro obeso, una mujer que leía a Simenon con ojos extraviados y un hombre que había perdido la noche anterior toda posibilidad de futuro. «Y sin embargo, siento el río; y, sin embargo, siento esa luz de harina que se eleva en las aguas». Estuvo a punto de llorar. De llorar por la suprema belleza de ese momento del día; y por su desgraciado padre que nunca pudo mirar un día como aquel; y por su madre, y por su hijo Jaime; y por Verónica; y por Amandita; y por todos los que no podrían contemplar ese momento exacto donde la luz se estaba convirtiendo en una miel naranja que barnizaba el río.

Se puso en pie, pagó la cuenta y salió a caminar.

Recordaba de un viaje anterior un reloj astronómico que se encontraba en la catedral. Un reloj antiguo, inmenso, lleno de clavijas, relieves, miniaturas y dibujos, y donde a cierta hora del día unos autómatas escenificaban la Anunciación. Deseaba sentarse un rato junto a él.

Estuvo extraviado un rato hasta que dio con el lugar. Antes de entrar, pidió un tinto en un bar que se encontraba enfrente y al oír las campanas, le pareció que se desplegaban frente a él muchas mañanas de domingo en las que ese sonido inundaba el aire como una ráfaga sonora, una ráfaga de luz en la que su madre y su padre quedaban cubiertos por la serenidad unos minutos.

«Seguro que me lo estoy imaginando. No creo que haya habido unas campanas parecidas a esta cerca de casa; y si las hubo, no creo que mis padres hayan sido capaces de vivir una tregua al escucharlas.»

Estuvo un buen rato junto al reloj. Lo miró desde todos los ángulos. Detalló sus partes. Luego se sentó en un banco. Le gustaba la arquitectura de las iglesias, pero no las iglesias en sí mismas. Tuvo claro hace muchos años que si el cielo de los católicos era como una iglesia, y se encontraba habitado por ese silencio espeso que brota en ellas como una fiebre, él prefería quedarse vagando como espíritu por las calles de Caracas: ruidosas salsas los viernes en la noche, atascos, semáforos a destiempo, cornetazos, tacones de las mujeres que menean sus caderas.

«Otra vez pienso en Caracas», suspiró. «Quizás si regreso, nadie se haya dado cuenta de lo que intenté hacer y no me ocurra nada. ¿Pero y mis familias? ¿Cómo puedo salvar a mis familias?»

Una pareja de ingleses se acercó a él y le pidió que les hiciera una fotografía junto al reloj. Con desgano, Donizetti sacó la fotografía de cualquier manera y volvió a sentarse. Una mano se posó en su hombro. Se enervó. Contó hasta tres. Lanzó un manotazo y aferró la muñeca de la persona que se había colocado a su espalda.

–Epa, tranquilo, mi pana... Soy yo.

Manuel sonreía.

–¿Cómo sabías que estoy aquí? –interrogó Donizetti.

–No lo sabía. Pero cuando visitamos una ciudad, las personas vamos a los mismos sitios y terminamos coincidiendo. Entré para mirar la iglesia.

–Ya. ¿Qué tal tu mañana?

–En el hotel conocí a un muchacho que va a hacer el Camino de Santiago y, para celebrarlo, nos dimos un pequeño homenaje. Luego salí a pasear. Comí una *andouillette lyonnaise* que estaba deliciosa, aunque me cayó bastante pesada, y luego me bebí un vino contemplando el río. Tenía cosas en las que pensar. Y justo ahora estaba decidido a regresar al hotel para decirte algo.

–¿Qué cosa, hermano?

–Me niego a entregarme para que alguien me ponga protector solar en la espalda. Hay un detalle que no me cuadra. Algo que quiero que miremos juntos.

Donizetti le hizo una seña para que bajase la voz. Con lentitud salieron a la calle.

–¿De qué hablas?

–Pana querido, hay algo que no encaja y creo que deberíamos saber qué es.

-No te comprendo.

-España. ¿Para qué fue Raúl a España?

-Para confundir.

-¿Solo para eso?

-Sí.

-Dime algo..., cuando llegó esa noche a Zadar, ¿qué llevaba con él?

-El maletín, claro. Y su maleta. Una inmensa maleta negra.

-¿Y un bolso de mano color magenta? -casi gritó Manuel.

-Pues no. Eso no.

-¿Seguro?

-Segurísimo.

-Llevaba un bolso de mano cuando yo lo vi en Maiquetía, y lo cuidaba tanto como el maletín. No puedo olvidarlo. Los bolsos de mano magenta son horribles. Y cuando el tipo se fue a Madrid, hubo cinco o seis horas muertas que pudo aprovechar para hacer algo.

-¿Y?

-Que deberíamos averiguarlo. Necesito saber qué estaba haciendo Raúl en Madrid. Luego, si hace falta me regreso a Caracas y me caso con el idiota de Félix en Holanda y dejo que me pague ropa de Armani y que me invite a desayunar en un hotel de Venecia. Pero antes necesito saber qué pasó con Raúl en España. ¿Tú no?

Donizetti miró hacia el cielo.

## Alfredo Marcano

Si funcionó una vez podía funcionar varias. Era otra situación, otro contexto, pero cuando Alfredo Marcano estaba destruido por su rival japonés, su ayudante le metió una cachetada tremenda y le produjo tal indignación que el cumánés salió al ring y se sacó un *uppercut* que lo hizo campeón y puso a rodar al asiático en la lona.

Donizetti parecía entregado. Rendido por completo.

No lo pensé.

En medio de la Rue de Gadagne, frente a un local donde vendían bellos títeres de madera, le lancé una bofetada que retumbó en toda la ciudad. Se puso colorado. Abrió los ojos.

–¿Qué haces, pedazo de güevón? –gritó.

–Despertarte, hermano. No te dejes. No te entregues.

–Casi me sacas la mandíbula.

–Y eso fue lo que me contaste que te hizo el sargentico que te lanzó aquel maletín en San Bernardino. A lo mejor todavía estamos a tiempo de devolverles ese carajazo. A lo mejor en España, Raúl...

–Pareces pendejo. Ya está. Ya nos jodimos.

–No, hermano. Hay algo que no cuadra. Hay unas horas, hay un bolso de mano... Y además tenemos el papel que sacaste de la computadora del sargento, el papel con la letra de Raúl y unos dibujos suyos. No he dejado de darle vueltas a ese papel desde esta mañana.

Donizetti se acarició la mejilla. Al fin la indignación parecía dar paso a una cierta curiosidad.

–¿Qué te asegura que haya algo importante?

–Vamos a pasarnos por Madrid. Nada perdemos, Donizetti. No es posible estar más jodidos de lo que estamos. Yo ya no tengo ni siquiera una zapatería a la que pueda volver.

–Eso es como prolongar la agonía, mi pana.

–Óyeme un momento. Por lo que me explicaste, la organización del traslado de los maletines la encabeza un general; luego estaba el mayor cubano, luego el coronel, luego Gonzalo y como peones, Matías, Raúl y tú, y algunos otros que no conoces.

–Sí. ¿Y qué pasa?

–También me dijiste que cada uno de ellos montó un negocio paralelo. No solo las mordidas que le daban al dinero de los maletines, sino otras cosas. El coronel y

Gonzalo intentaron trasladar dinero de sus amigos y al final se han quedado con la inmobiliaria que compra apartamentos de gente desesperada; el mayor y sus paisanos hacían sus negocios con la comida; luego está Matías, que, hasta donde sabemos, se ocupaba de denunciarlos a todos; y nos queda Raúl. ¿Por qué no investigar si tenía un negocio paralelo y si eso tiene algo que ver con esas horas que desapareció en España? Además, no me olvido de cuando te pilló esa vez que intentabas fotografiar uno de los maletines. A lo mejor no te denunció ni sospechó nada porque él también estaba ocultando algo.

Donizetti parecía indeciso. Se rascó la cabeza y suspiró. Seguí insistiendo. La duda comenzaba a brillar en sus ojos.

Después de un par de horas logré arrastrarlo hasta el aeropuerto.

Ya en el avión nos pusimos a mirar los papeles que el mayor cubano había escaneado; esas notas de Raúl que parecían incomprensibles.

En ese momento tampoco desciframos nada, pero supuse que esa energía y esa curiosidad podía durarnos cuarenta y ocho, hasta setenta y dos horas más, y eso significaba al menos posponer la derrota absoluta; eso era intentar un *uppercut* como el de Marcano, aguantar de pie como Chuck Wepner contra Ali; o al menos tener la impudicia y la rabia de Luis Primera contra Thomas Hearns.

Claro que había algo que yo no había contado a Donizetti. A la gente de poca fe hay que administrarle las iluminaciones. Esa madrugada soñé con mi tía Felipa. La vi en una casa que no era mi casa, pero que sí podía ser un sitio de Caracas: un montón de casas iguales pero de colores diferentes, colores vivos, y ella besó un crucifijo que le colgaba de una cinta tricolor y dijo: «¿Dónde está Drake?», luego señaló hacia una calle que parecía un río y entonces apareció Félix, asomado a lo alto de una pared desde donde vigilaba cada movimiento mío, y me dijo que nos casásemos, que él prometía dejarme a solas los viernes quince minutos para que yo pensase en mis cosas y recordase los grandes momentos del boxeo. Le dije que antes de vivir así prefería irme a España o a Grecia. Así mismo le dije: España o Grecia. Al despertar, me quedé con esas palabras en el cerebro y cuando un par de horas después retozaba con aquel chico que pensaba hacer el Camino de Santiago, recuperé el sueño y me dije que quizás existía alguna conexión entre lo que había sido mi madrugada y lo que estaba siendo mi día.

«Grecia quizás no significa nada, pero en España acaba de estar Raúl», me dije.

Cenamos en un peruano por la calle Gravina. Nos sirvieron un estupendo ceviche y un ají de gallina que me fue clarificando las ideas. Desplegué en la mesa las notas de Raúl. Un montón de iniciales y cantidades que siguieron sin significar nada, aunque por ciertas repeticiones: gn, cn, tntc, me pregunté si tendrían que ver con algún rango militar. El único nombre entero que conseguimos escrito, lo

buscamos en internet, y resultó ser el de un hombre que había huido semanas atrás de la policía española por asuntos de drogas y lavado de dinero; se decía que vendía con una comisión del veinte por ciento, billetes premiados de lotería a políticos españoles que necesitasen justificar fortunas de dudosa procedencia. Ministros, diputados, alcaldes y concejales se acercaban a él para pedir ayuda y, de ese modo, cientos de asesorías falsas, construcciones inmobiliarias ilegales, chantajes o sobornos quedaban ocultos tras un golpe de suerte en la Bonoloto, en el Gordo o en la Primitiva.

–¿Y Raúl qué tiene que ver con eso? –preguntó Donizetti–. Te juro que no entiendo nada. El que se dice que colabora con los servicios secretos españoles es Gonzalo.

–Quién sabe. Pero tiene pinta de asunto turbio. Ya te lo dije, tiene pinta de que Raúl estaba, aparte de llevando el maletín a Zadar, manejando su agenda propia.

Seguimos mirando los papeles. Me concentré en los dibujos. Les di la vuelta. Unos toros, un estetoscopio, unas casas, unas rayas onduladas y una equis pequeña junto a una de las casas.

–Güevón... –le dije a Donizetti dándole un manotazo en el hombro–. Esta vaina es un mapa.

–¿Ah?

–Un mapa. Mira, un mapa. Un mapa torpe, muy torpe, muy mal hecho, pero un mapa –exclamé al tiempo que señalaba una letra muy pequeña sobre los dibujos que parecía indicar el norte.

Apreté las mandíbulas. Estábamos en el límite de Chueca, el divinísimo barrio gay de Madrid. Me picaban los pies de las ganas que tenía de perderme en sus calles y conocer los bares y cuartos oscuros que no pude ver cuando viajé con Félix, pero comprendí que no había tiempo que perder.

–Esta vaina es un mapa, Donizetti, pero estoy viendo algo claro. Raúl pasó por España para hacer algo suyo; pero con el disgusto que se habrá llevado por el tema del maletín, querrá volver de inmediato a Madrid. Ahora mismo estará pasando la terrible resaca que deja la sustancia que le dimos, pero ya sabe que alguien ha estado rondando cerca de él. Ese carajo mañana mismo está en aquí, y si no conseguimos lo que sea esta misma noche, mañana ese güevón lo cambiará todo de lugar y si había algo interesante no lo sabremos nunca.

Nos fuimos al hotel y estuvimos mirando los detalles del dibujo.

Al llegar a mi habitación le dije a Donizetti que el asunto de los toros podía ser fundamental. Mi amigo resopló: toros en España le parecía un camino tortuoso, imposible. Había miles de plazas, miles de pueblos con fiestas taurinas, miles de pinturas, murales, camisetas y grafitis.

–Ahora los toros son menos importantes que hace años –le dije–. Ya no gustan tanto... eso es como antiguo. Cuando vine con Félix de visita...

–Antiguo... Mira, a pesar de lo mal que dibuja Raúl, ¿no te parece que esos toros son especialmente antiguos?

–Pues sí, Donizetti. Tienen cierto toque de arte primitivo.

Los miramos con ese criterio y el asunto pareció encajar. Ciertos trazos, cierta ingenuidad en la representación. Era posible. Algún monumento mágico. Una de esas señales que los pueblos dejaban para atraer las energías, para calmar el miedo por ese cosmos amenazante que no cesaba de enviar señales incomprensibles.

Con esos datos, mi amigo estuvo googleando un buen rato. Tenía un gesto concentrado y la tensión se le acumulaba en las arrugas que le formaban alrededor de los ojos. Me pareció que esos días lo habían transformado. No sabría decir exactamente cómo, pero me recordaba bastante menos al adolescente torpe que había compartido conmigo el liceo. Supuse que podía ser la reactivación de la amistad. Ese esplendor que es el reencuentro entre amigos. Pero también el saber que era capaz de aceptar con naturalidad que un psiquiatra hijo de puta me vendiese agua en Caracas; y que eso no significase mi defenestración inmediata.

Saqué del minibar un par de refrescos con cafeína y los puse en la mesa.

–¿Te acuerdas? –le dije–. Así estudiábamos con Reig. Toda la madrugada. Luego en el examen nos quedábamos medio dormidos y no siempre aprobábamos, pero la pasábamos bien.

–Espera, me encanta tu momento nostalgia, pero mira esto.

Su dedo señaló en la pantalla de mi portátil la foto de unos toros de piedra. Los Toros de Guisando. Unas construcciones de la Edad de Hierro que se encontraban en una población de Ávila. Los miré un buen rato. Sí. Eran esos. La mano torpe de Raúl había vulgarizado los rasgos de aquellas figuras pétreas, pero se notaba que había intentado representarlas. Donizetti siguió investigando. Buscamos la manera de llegar hasta el sitio donde se encontraban. Yo iba anotando en un papel las posibles rutas para movernos hasta allí, pero en un momento dado coloqué el lápiz sobre el escritorio y chasqué la lengua.

–¿Qué sucede? –preguntó Donizetti con cierta impaciencia.

–No cuadra. A Raúl no le daba tiempo de ir y volver allí y luego seguir su viaje hasta Zadar.

–¿Y qué se te ocurre entonces?

–Nada. Ahora nada –le dije.

Nos tomamos el refresco, pero Donizetti siguió consultado en Google y tratando de conectar los otros elementos del dibujo con aquellos toros. Fue inútil. Nada parecía cuadrar. El sueño nos fue invadiendo. De tanto en tanto se nos escapaba un bostezo. Donizetti se fumó un par de cigarrillos, pese a que en el hotel estaba prohibido. Abrí las ventanas para que el humo saliese a la calle y no se activasen las alarmas de incendio. Me asomé. A lo lejos intuía la Gran Vía, y al final de la calle, si se giraba hacia la izquierda, se tropezaba uno con la iglesia en la que

se casó Simón Bolívar. Originalmente no se encontraba allí: la habían trasladado años atrás ladrillo a ladrillo. Félix y yo habíamos pasado por el solar donde se ubicaba originalmente y donde realmente se celebró el matrimonio con María Teresa del Toro, un edificio entre las calles Libertad y Gravina en el que se conservaba una placa herrumbrosa.

Me pregunté si en ese caso podía hablarse de original y de copia. ¿Cuál era el sitio original de la boda? ¿El lugar donde estuvo la iglesia? ¿Los ladrillos, las imágenes, los vitrales que formaban la iglesia actual? Resoplé. Bolívar cada vez me interesaba menos. En su nombre nos había caído demasiada mierda. Ya estaba bien. Un general del siglo xix con las mismas ambiciones de muchos otros generales no podía seguir llenado de pus nuestras vidas con cada palabra que eructó, escribió y dictó entre batalla y batalla. Pero ¿esa iglesia era la copia del lugar donde se casó? ¿Era el original? ¿Por qué hoy en día esos términos parecían perder su sentido? ¿Lo habían perdido de verdad? El maletín con que pensábamos engañar a Raúl y a su gente dejaría de ser el original solo desde el momento en que descubriesen el cambio; hasta ese entonces poseería sus cualidades, su fuerza, su promesa, su posibilidad. La distancia entre la copia y el original podía ser solo la calidad de una mirada.

–Donizetti –dije al sentir un chispazo en mi cerebro–, busca si hay alguna réplica de los Toros de Guisando en Madrid.

Sentí cómo tecleaba con prisa en la computadora. Luego alzó el rostro, abrió los ojos y por unos instantes pareció dejar de respirar.

–Claro, carajo, yo estuve aquí. Esto es en Moratalaz –dijo dando un manotazo en la mesa–, es el parque Zeta. Casi enfrente de la Cuña Verde. ¿Recuerdas que te conté algo de eso? Es un lugar donde hice la entrega de un maletín hace varios meses. Pasé al lado de estos toros. No les presté atención, solo vi unas figuras. Ya sabes, cuando estás apurado, miras sin mirar. Es una zona de Madrid, al sureste de la ciudad. Raúl tiene que conocerla.

Me puse de pie y alcé el papel donde habíamos reproducido los dibujos de Raúl. A la torpeza de su trazo había que sumarle la pésima calidad de las fotos que había sacado Donizetti. Pese a eso le dije que a la izquierda de los toros aparecían dos casas y que, frente a una de ellas, habían trazado una equis.

–¿Recuerdas las casas?

–Para nada, Manuel. A duras penas recuerdo esos toros. Luego crucé la calle... pero sí, mira el dibujo de un estetoscopio que hizo Raúl. Ya veo lo que deseaba indicar, es la avenida Doctor Cadenas Garmendia. La réplica de los Toros de Guisando está en ese parque y desemboca en esa avenida. No tengo ninguna duda de que deseaba indicar ese lugar. Mira el mapa en internet. El parque, la avenida, lo que no veo en la pantalla son las casas; hay un pinar, hay un instituto llamado Rey Pastor...

–Eso puede ser la corona que dibujó en el mapa.

–Pues sí, estoy convencido de que hablaba de ese sitio. Carajo. ¿Qué habrá allí?

Rebusqué en las gavetas de la habitación. En una de ellas, aparte de una guía sobre restaurantes de la ciudad me parecía haber visto una pequeña linterna. Al fin la encontré.

–Donizetti. Vamos ya mismo. Llama a recepción y que nos envíen un taxi. No falta demasiado para que amanezca.

Donizetti alzó el teléfono.

«Juan de la Noche, protégenos», murmuré. Después miré al cielo, una oscuridad cerrada en la que solo palpitaba la luz de dos opacas estrellas.

## Tercero

La madrugada respiraba un desaforado olor a pinos.

Desde las farolas flotaba una luz amarillenta que se esparcía por las calles como un vapor.

Al principio no encontraron rastros. Se sentaron en el césped reseco e intentaron distinguir algo parecido a una casa. A un lado, edificios, al otro, una autopista por la que circulaban carros a toda velocidad que dejaban una estela de aire tibio y sonidos metálicos. Después de dar vueltas y discutir en susurros sobre cómo continuar la búsqueda, Donizetti señaló hacia un punto donde el parque acababa de manera abrupta, una suerte de agujero dentro del cual unas máquinas polvorientas parecían insinuar la continuidad de unas obras que nunca llegaron a ponerse en marcha.

Bajaron por un pequeño barranco. La tierra parecía quemada en varias lugares; quizás el calor del verano provocaba de tanto en tanto pequeños incendios en los rastrojos y la hierba seca. Los pies se hundían en una tierra rugosa y áspera, en la que ocasionalmente irrumpía una materia blanda que Donizetti imaginaba como una bolsa de basura que esparcía olores rancios de aceite y fruta podrida.

Caminaron con lentitud un buen rato, ayudados por el hilo luminoso que brotaba de la pequeña linterna.

Donizetti se detuvo. Le faltaba la respiración y la calidez de la noche hormigueaba por su piel. Sacudió sus pantalones. No podía distinguir con nitidez lo que sucedía, pero le pareció que un par de insectos correteaban cerca de sus rodillas. Creyó oír el sonido de una corriente de agua que aparecía y desaparecía. Alzó la vista. Se sintió en una pequeña isla de sombra en medio de la ciudad. Las estrellas ardían. Avanzó otro poco y sintió cómo trozos de escombros iban rompiendo sus zapatos.

–Pana, esto no parece tener sentido. Aquí no hay casas –susurró.

Manuel quiso responderle, pero dio un traspies y cayó de bruces. La linterna salió volando como una enloquecida espada de luz. A tientas, Donizetti intentó acercarse a él y ayudarlo, pero pasaron unos segundos hasta que en la espesa oscuridad logró atisbar algunos contornos y pudo adivinar el cuerpo de su amigo que se sacudía el polvo de la ropa y se ponía en pie.

–Carajo. Me dolió.

–¿Qué fue? ¿Un agujero?

–No –dijo Manuel–. Si lo que puedo tocar con las manos no me engaña, me caí porque acabo de tropezarme con una de las casas que no existen.

Donizetti se arrastró de rodillas hasta donde sonaba la voz de su amigo. La noche era oscura, pero no tanto como para que él no pudiese distinguir unas paredes. ¿De qué hablaba su amigo? Con los dedos fue palpando hasta que encontró un pequeñísimo desnivel que podía ser el rastro de un antiguo muro.

–Pana –insistió Manuel–. Aquí hubo una casa.

Las pupilas de Donizetti se fueron habituando un poco a la falta de luz y distinguió que su amigo apretaba algo entre los dedos. Se acercó y pudo ver un tenedor mohoso, con manchas de óxido. Luego le mostró algo que podía parecer el esqueleto de una silla de madera. Con lentos pasos fueron palpando el terreno y comprobaron que en ese lugar existió alguna vez una pequeña casa de bloques, y justo unos pocos metros a la izquierda, encontraron las bases de otra vivienda endeble que también había sido demolida.

Donizetti adivinaba las formas: azules superpuestos sobre azules. Manuel le dijo que si se guiaban por el mapa, frente a una de las dos casas debía haber algo importante. Miraron en el terreno. Hierba. Trozos de cemento. Muebles deteriorados. Un hilo de agua de áspero olor. Manuel dio un salto eufórico y alzó un bulto. Donizetti se acercó. Era un bolso color magenta completamente vacío.

–Mira. En estos días la palabra clave en nuestras vidas ha sido maletín. Maletín. Maletín. Siempre maletín. Y de repente aparece este bolso horrible. ¿No lo ves? El detalle que no encaja, el detalle diferente es el verdaderamente fundamental, es el que te está queriendo decir algo. Raúl estuvo aquí.

Dieron vueltas y vueltas. Los pies se les humedecieron y una sensación ácida creció alrededor de sus tobillos.

–Qué mal olor –murmuró Manuel, y se quedó mirando un hilo de agua turbia.

Arrugó el ceño y sin ocultar una sensación de asco, hundió la mano bajo la corriente.

–Hermano, si te fijas bien, este hilo de agua fue desviado hace unos días: se nota que pusieron ladrillos para mover la corriente hacia un lado y luego volvieron a dejarlo todo como estaba originalmente; creo que debemos buscar debajo.

Donizetti estuvo a punto de oponerse a la idea. Le pareció que un asqueroso resplandor aceitoso brillaba sobre el líquido. Miró a su alrededor. Con el pie encontró algo y lo sujetó con las manos.

–Pues sí. Aquí estuvo Raúl. Y utilizó esto para ayudarse, que es lo mismo que vamos a utilizar nosotros ahora.

Elevó una pala como si fuese un cetro, pero luego se dio la vuelta porque algún rastrojo se le enredó en los pantalones. Intentó librarse de él golpeando el zapato contra la tierra, luego alargó la mano y se arrancó varias espinas y cadillos que le pincharon los dedos. Se quejó sin hacer ruido. Al levantar la mirada solo distinguió una sombra violeta, luego un estruendo y, finalmente, un viento que se lanzaba

sobre Manuel y lo arrojaba al suelo. La noche pareció retumbar. Una silueta golpeó con saña a su amigo y trató de ahorcarlo.

Sonido de crujidos.

De fango.

De ropa rasgada.

De astillas.

Donizetti quedó paralizado. Le pareció que aquello sucedía muy lejos, en un lugar remoto, tal vez en una pantalla defectuosa de un cine de pueblo donde las imágenes comenzaban a borrarse. Solo el aire seco lo conectaba con ese instante. Al fondo atisbó las luces distantes de los carros, ojos amarillos que la noche llevaba y traía. Junto a él, ese trozo de negrura, esa escombrera rodeada por la ciudad. Los golpes continuaron. Manuel se encontraba en muy buena forma y logró responder al ataque con un par de empujones y saltos, pero aquella figura volvía a lanzarse sobre él como un lobo enrabiado.

Donizetti supo desde el principio que era Raúl. Había logrado regresar a toda prisa y justo en este instante, cuando el amanecer comenzaba a insinuarse en el canto de cientos de pájaros invisibles, su sombra irrumpía para atacarlos. Por la ceguera de su ataque, Donizetti se dio cuenta de que su compañero desconocía que allí se encontraban dos personas, y además le resultaba imposible distinguir sus rostros. El combate continuó unos segundos. Empuñado en una mano, brilló el pico de una botella. Donizetti alzó la pala y golpeó. Primero en un sitio impreciso: ¿la espalda, un hombro?, luego con toda certeza en medio del cráneo. Un golpe que repitió dos veces más. Cuando vio que Raúl caía desmayado volvió a subir la pala y dudó; la mente se le llenó de una viscosidad color azul, de unas uñas comidas, del olor a humo de un amanecer lejano.

Donizetti pensó que le gustaba el sonido, el contacto del metal contra los huesos de aquel miserable.

–Ya. Ya –le ordenó Manuel–. Es suficiente. No lo mates. Ni se te ocurra matarlo.

Quedaron inmóviles, contemplando la silueta de Raúl derramada entre hierbajos y trozos de madera carcomida por la humedad. Los dos acezaban y el sudor empapaba sus ropas. Manuel se acercó a Raúl y le tocó el cuello.

–Parece aturdido. Entre tus golpes y la resaca por la droga que le dimos ayer, dormirá un buen rato. Ni el Ñato lo habría hecho mejor que tú. Vamos a darnos prisa.

Comenzaron a excavar. Abrieron tres agujeros mientras contemplaban de reojo a un Raúl que soltaba frases como si estuviese durmiendo una gran borrachera. Manuel se rascaba el rostro y se lo llenaba de manchas de barro que le daban un aspecto feroz.

–Coño de su madre. No puede estar muy hondo. No puede. No tuvo demasiado tiempo.

Abrieron el cuarto agujero y después de varios intentos sintieron que, a la derecha, la pala soltaba un sonido metálico. Se lanzaron presurosos con las manos. Donizetti sentía que la sangre le golpeaba las sienes. Un par de veces creyó que se desmayaría por el golpeteo desaforado que bombeaba en sus venas. Una caja de metal asomó uno de sus ángulos. Manuel la haló con furia. No pudo sacarla. Era demasiado pesada. Los dos lo intentaron haciendo fuerza al mismo tiempo. Donizetti sintió que le crujían los brazos.

–Carajo –murmuró Manuel mientras indicaba un trozo de suelo donde podían depositar la caja.

Estaba protegida con un candado vulgar. Donizetti le dio varios palazos y solo logró abollar la superficie metálica.

Lo intentó Manuel. Tuvo mayor puntería. Después de cuatro golpes, el candado saltó hecho pedazos y pareció dispersarse en el aire.

Abrieron la tapa y esperaron unos segundos a que la incierta claridad dibujara su contenido. Primero hubo un resplandor negro, luego una fosforescencia roja, después el aire se impregnó de un color blanco que se fue haciendo más intenso.

–Coño –dijo Donizetti sintiendo que le flaqueaban las piernas.

Manuel miró a su amigo sin pronunciar palabra. También parecía demudado.

El sol pareció entrar de golpe en la caja de metal. Saltó como un haz luminoso que se volvió sólido y tangible. Los dos amigos apretaron los párpados.

–Oro, mi pana. Oro –dijo Manuel.

Donizetti asintió. Introdujo sus manos en la caja y comprobó que era cierto. Una sensación tibia acarició la yema de sus dedos y tembló sobre su piel. Kilos y kilos de oro brillaban con un resplandor vibrante que devoraba el último trozo de noche que permanecía sobre la ciudad.

## Orxata

Una vez leí que para recordar los grandes momentos de sus grandes peleas, Sugar Ray Leonard debía mirar las repeticiones de la televisión. Estaba tan cerca de ellas, estaba tan concentrado, tan inmerso en lo que podía alcanzar en ese momento que jamás lograba recordarlo. Era como si lo hubiese vivido otro. Así imagino que se sintió cuando *Mano de Piedra* Durán se puso de espaldas para no seguir llevando puñetazos.

A Leonard le había salido un combate perfecto. De una belleza impecable, minuciosa.

Y eso sentí yo cuando la mañana iluminó aquella caja llena de oro y frente a mí sonreía el pana Donizetti. Era como si hubiese saltado en el tiempo, como si todo lo anterior estuviese empezando a borrarse y yo hubiese abierto los ojos frente a ese resplandor.

Donizetti se dio cuenta de que yo me encontraba un poco atontado, me dijo que espabilase y nos pusiésemos en marcha. Cargamos la caja entre los dos. Solo después de unos metros sentí que regresaba a mi cuerpo, que regresaba a ese preciso segundo en que avanzábamos llenos de barro.

Imaginé que si alguien nos mirara en ese momento, contemplaría dos siluetas andrajosas, golpeadas, zigzagueantes. De mi nariz colgaban un par de gotas de sangre y notaba la boca inflamada, como si tuviese un globo dentro de los labios.

La adrenalina nos ayudó a cargar con el peso. La caja nos tiraba hacia abajo y hacía crujir nuestros hombros. Sin dudar, atravesamos la avenida y llegamos a un parque. A la derecha volví a ver los Toros de Guisando, estuve punto de comentarle a Donizetti que creía recordar que en un poema de Lorca los mencionaban, pero la voz se negó a salir de mi garganta.

Un frescor chispeante brotaba de los sauces llorones que iban quedando a nuestra derecha. Vimos varios parques infantiles, una pista de patinaje, un carril para bicicletas. La luz lo fue inundando todo y le rogué a Donizetti que nos detuviésemos un segundo. Jadeábamos. Donizetti tenía el rostro demacrado. No estaba acostumbrado al ejercicio, pero sonreía feliz. Me dijo que pronto estaría compartiendo una comida familiar en alguna aldea tranquila de Francia o Portugal, rodeado por montañas de terso esmeralda. Yo le respondí que me imaginaba en un lugar como Costa Rica, sacando rendimiento a mi dinero, haciendo radio.

Nos pusimos en marcha. Comprendí que aquel oro: joyas, relojes, pulseras, esclavas, cadenas, crucifijos, era parte de las compras apresuradas de decenas de generales y coroneles venezolanos que intentaban sacar dinero del país ante la

posible enfermedad de su comandante. Un oro que quizás pretendieron en algún momento cambiar por billetes premiados de lotería, pero que ahora se les acababa de escapar de las manos.

–Raúl no podrá denunciarnos jamás. Nunca vio tu cara, a mí no me conoce y además lo ha metido ilegalmente en España.

–¿Y si esa gente averigua qué sucedió?

–Raúl no volverá a Venezuela. Ninguno de esos señores va a creer que le quitaron la caja. Pensarán que se la agarró y solo le queda esconderse y vivir de lo que haya ahorrado. Nadie pensará en ti y en mí, hermano. Tenemos un montón de oro que nadie va a reclamar y sobrára gente que quiera comprarlo sin hacer preguntas.

Avanzamos otro trecho. Sonrientes. Cuando llegamos a otra avenida le dije que debíamos tomar un taxi. Él asintió. Le di un manotazo afectuoso en el hombro.

–Oye, Donizetti –le dije–, si yo tuviese un hermano querría que fuese como tú.

–Me vas a emocionar, pendejo –respondió–, pero ahora toca seguir cargando esta caja.

–¿Cuántos kilos habrá aquí?

–Muchos, Manuel. Muchos.

Detuvimos un taxi y el chofer se sorprendió al ver nuestro calamitoso estado.

–Venimos de una despedida de soltero –le dije–. Mañana me caso. Estoy feliz.

El taxista me felicitó.

–¿Dónde los llevo?

Donizetti se quedó mirando al frente. Mudo. Yo coloqué la caja en medio de ambos y recordé un día lejano, unas palabras distantes con Félix; un paseo perdido en el tiempo que no me producía tristeza ni melancolía.

–Vamos a Valencia.

–¿A Valencia? –dijo el taxista, un hombre grueso, de cejas pobladas y rostro colorado.

–Así mismo. Y nos llevas directo a una horchatería llamada Daniel. Quiero tomarme una horchata muy fresquita con unos *fartons*... todo el mundo en la ciudad la conoce. Quiero que mi amigo conozca ese lugar.

Donizetti me miró con las cejas alzadas, oscilando entre al sorpresa y la duda.

–Es un sitio del carajo, Donizetti. Pronto podrás llevar a tus hijos y a Verónica; les gustará mucho. Bebes una horchata bien fría y eso te ilumina por dentro, hermano. Tus dos chamos tienen que conocerla algún día.

El taxista arrugó la nariz. Sus brazos velludos y recios se aferraron al volante.

–¿Tienen dinero? Ese viaje vale una pasta.

–Tenemos suficiente dinero. Acabamos de encontrar un galeón lleno de oro.

Los tres reímos. El taxi se puso en marcha.

Una brisa suave entró por la ventanilla. El auto avanzó por una larga avenida de

esposos árboles y a la derecha descubrimos una cancha de baloncesto. Donizetti apretó los párpados y con sus manos hizo un lento movimiento, como si lanzase un balón. Lo hizo con tal parsimonia, con tal virtuosismo que me pareció contemplar el momento en que mi amigo lograba encestar desde larga distancia.

Cerré los ojos. Tenía sueño. Mis dedos se depositaron sobre el resplandor del baúl. Luego pensé en Félix, pensé en el Ñato. Los vi lejanos. Como si fuesen otra galaxia, otro tiempo y otra vida que yo no lograba reconocer.

Me gustó pensar en ellos de esa forma.

Madrid-París-Caracas-Madrid,  
septiembre 2009-septiembre 2013

Edición en formato digital: marzo de 2014

En cubierta: fotografía de © ollyy / Shutterstock

© Juan Carlos Méndez Guédez

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-52-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

|                       |    |
|-----------------------|----|
| Portadilla            | 2  |
| Los maletines         | 5  |
| Primeros rounds       | 9  |
| Primero               | 12 |
| Segundo               | 14 |
| Tercero               | 17 |
| Manuel y el Ñato      | 20 |
| Cuarto                | 23 |
| Quinto                | 26 |
| Sexto                 | 31 |
| Los sueños de Manuel  | 34 |
| Séptimo               | 36 |
| Octavo                | 39 |
| Noveno                | 42 |
| Los binoculares       | 45 |
| Décimo                | 47 |
| Décimo primero        | 50 |
| Décimo segundo        | 52 |
| Aeropuertos           | 57 |
| Décimo tercero        | 59 |
| Décimo cuarto         | 63 |
| Décimo quinto         | 67 |
| Manuel y el río       | 70 |
| Décimo sexto          | 73 |
| Décimo séptimo        | 76 |
| Décimo octavo         | 79 |
| Décimo noveno         | 81 |
| Vigésimo              | 85 |
| Vigésimo primero      | 88 |
| Pies                  | 92 |
| Vigésimo segundo      | 94 |
| Los zapatos de Manuel | 96 |
| Vigésimo segundo      | 98 |

|                        |            |
|------------------------|------------|
| Vigésimo tercero       | 102        |
| Vigésimo cuarto        | 105        |
| La noche               | 109        |
| Vigésimo quinto        | 112        |
| Vigésimo sexto         | 117        |
| Vigésimo séptimo       | 121        |
| Pipino Cuevas          | 125        |
| Vigésimo octavo        | 128        |
| Vigésimo noveno        | 131        |
| Trigésimo              | 137        |
| El peso del mundo      | 140        |
| Trigésimo primero      | 142        |
| Trigésimo segundo      | 145        |
| Trigésimo tercero      | 148        |
| Mayéutica              | 152        |
| Trigésimo cuarto       | 154        |
| Trigésimo quinto       | 158        |
| Trigésimo sexto        | 161        |
| La noche de las noches | 164        |
| Trigésimo séptimo      | 168        |
| Trigésimo octavo       | 172        |
| Trigésimo noveno       | 174        |
| En un lugar de Caracas | 179        |
| <b>Séptimo round</b>   | <b>183</b> |
| Primero                | 186        |
| Segundo                | 189        |
| Tercero                | 192        |
| Como Luis Primera      | 196        |
| Quinto                 | 200        |
| Sexto                  | 204        |
| Kowayo                 | 207        |
| Séptimo                | 211        |
| Uppercut               | 214        |
| Octavo                 | 218        |
| Noveno                 | 221        |

|                    |     |
|--------------------|-----|
| Décimo             | 223 |
| Chapatín           | 228 |
| Décimo primero     | 231 |
| Décimo segundo     | 235 |
| Otro               | 240 |
| Décimo tercero     | 243 |
| Décimo cuarto      | 251 |
| Ñato en la avenida | 258 |
| Décimo quinto      | 262 |
| Décimo sexto       | 265 |
| El último round    | 268 |
| Primero            | 271 |
| Las islas          | 276 |
| Segundo            | 282 |
| Alfredo Marcano    | 289 |
| Tercero            | 295 |
| Orxata             | 299 |
| Créditos           | 302 |